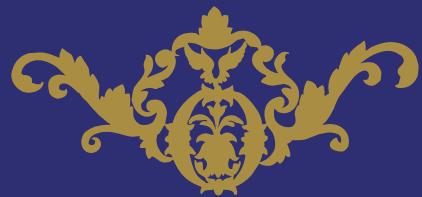


# *LOS INTERESES CREADOS* DE JACINTO BENAVENTE



UNA JOYA ARTÍSTICA  
DEL MODERNISMO ESPAÑOL



Comunidad  
de Madrid



JESÚS RUBIO JIMÉNEZ  
ANTONIO MARTÍN BARRACHINA

*LOS INTERESES CREADOS  
DE JACINTO BENAVENTE*

UNA JOYA ARTÍSTICA  
DEL MODERNISMO ESPAÑOL



PRESIDENTA  
DE LA COMUNIDAD DE MADRID  
Isabel Díaz Ayuso

CONSEJERO DE CULTURA,  
TURISMO Y DEPORTE  
Mariano de Paco Serrano

VICENCONSEJERO DE CULTURA,  
TURISMO Y DEPORTE  
Luis Fernando Martín Izquierdo

DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL  
Y OFICINA DEL ESPAÑOL  
Bartolomé González Jiménez

SUBDIRECTORIA GENERAL DEL LIBRO  
Isabel Moyano Andrés

EDITA  
Comunidad de Madrid

TEXTOS  
Jesús Rubio Jiménez  
Antonio Martín Barrachina

DISEÑO Y MAQUETACIÓN  
Acción gráfica

IMPRESIÓN  
Printer Brok 2010 SL



Esta versión forma parte de la  
Biblioteca Virtual de la  
**Comunidad de Madrid** y las  
condiciones de su distribución  
y difusión se encuentran  
amparadas por el marco  
legal de la misma.



[comunidad.madrid/publicamadrid](http://comunidad.madrid/publicamadrid)

© de la edición: Comunidad de Madrid.

© de los textos: Jesús Rubio Jiménez  
Antonio Martín Barrachina  
© de las imágenes: Archivo Histórico Nacional, Archivo ABC,  
Biblioteca Nacional de España

D.L.: M-27101-2024  
ISBN: 978-84-451-4189-2

La Subdirección General del Libro ha hecho todo lo posible para identificar a los propietarios de los derechos intelectuales de las imágenes reproducidas en esta publicación. Se piden disculpas por los posibles errores u omisiones y se agradecerá cualquier información adicional de derechos no mencionados en esta edición para, en caso de tratarse de un requerimiento legítimo y fundado, buscar una solución equitativa.

# ÍNDICE

## Volumen I

- 7 Presentación
- 9 Introducción
- 13 Estreno y triunfo de *Los intereses creados*, de Jacinto Benavente
- 31 Una farsa clásica y moderna (con raíces cervantinas)
- 41 Benavente, gloria nacional: el homenaje de la Asociación de Actores Españoles
- 53 Gabriel Ochoa, pintor miniaturista y calígrafo
- 65 El códice en sociedad: la Exposición Ochoa
- 73 «Tan laudatoria y peregrina labor»: diseño, características y estado actual del códice
- 89 *Los intereses creados*. Edición del texto

## Volumen II

- 137 *Los intereses creados* por Gabriel Ochoa. Facsímil del códice



**LA RICA TRADICIÓN TEATRAL DE MADRID SE REMONTA A NUESTRO SIGLO DE ORO.** Desde los corrales de comedias hasta los más modernos teatros, Madrid ha sido, y es, centro de la cultura escénica, lugar de paso o residencia de algunos de los más famosos dramaturgos de nuestra literatura como Lope, Tirso, María de Zayas, Calderón, Echegaray o Benavente, entre otros.

Benavente es figura central en la historia del teatro español. Reconocido por su capacidad para innovar y modernizar la escena, fue el gran renovador del teatro español de principios del siglo xx, alejándose de las corrientes de su época, adoptando un estilo de mayor realismo.

Sus comedias, caracterizadas por diálogos ágiles y llenos de ironía, son reflejo de las costumbres y contradicciones de la burguesía de su época.

La obra de Benavente transciende su tiempo y su contexto. Su influencia en el teatro moderno es notable, como lo fue su compromiso con la cultura y la sociedad española. Esto le convertirá en figura importante para entender la evolución del teatro español.

*Los intereses creados*, la que muchos consideran su obra cumbre, estrenada en el Teatro Lara el 9 de diciembre de 1907, es un claro ejemplo de su habilidad para combinar la crítica social con el entretenimiento.

Esta obra fue elegida por la Asociación de artistas líricos y dramáticos españoles para homenajear al autor con una edición singular, en pergamino, ilustrada con miniaturas a cargo del reconocido dibujante y restaurador de la Biblioteca Nacional, Gabriel Ochoa, de la que se le hizo entrega en un acto solemne celebrado el 29 de marzo de 1915.

Para celebrar el septuagésimo aniversario del fallecimiento de Jacinto Benavente, la Comunidad de Madrid quiere volver a rendir homenaje a uno de nuestros más insignes dramaturgos y Premio Nobel de Literatura con esta edición facsimilar de aquella edición en pergamino de *Los intereses creados* conservada en el Archivo Histórico Nacional, que se acompaña de un estudio de la obra a cargo de Jesús Rubio Jiménez y Antonio Martín Barrachina.

Larga vida a Benavente.

MARIANO DE PACO SERRANO  
Consejero de Cultura, Turismo y Deporte



# Introducción

**ESTRENADA EL 9 DE DICIEMBRE DE 1907 EN EL TEATRO LARA DE MADRID,**  
*Los intereses creados* es, sin lugar a duda, la principal obra dramática de la vasta producción teatral del Premio Nobel de Literatura (1922) Jacinto Benavente (1866-1954), y también uno de los títulos más importantes del teatro español del siglo xx. A más de cien años de su estreno, y tras la escasa conmemoración que ha merecido la concesión del más alto galardón del mundo de las letras al escritor madrileño, volver sobre su genial *comedia de polichinelas* a través de uno de sus testimonios más extraordinarios y sin embargo desconocidos constituye un homenaje que pretende estar a la altura del lugar de su autor —no siempre justamente apreciado— en la historia de la literatura española contemporánea.

El acercamiento que proponemos a *Los intereses creados* no se limita a un tradicional estudio dramático y a lo que significó en la renovación teatral acaecida en esas décadas, aunque se apuntan, para su comprensión cabal, las claves de ambos aspectos histórico-literarios. Tampoco se trata de presentar una nueva edición artística de la obra, como algunas que se han realizado de ella con encuadernaciones más o menos lujosas y enriquecidas con grabados e ilustraciones. En estas páginas, por el contrario, abordamos la obra desde un ángulo distinto: recuperando el códice miniado y ornamentado de la farsa que realizaron varios artistas plásticos y que la Asociación de Actores Españoles regaló a Jacinto Benavente en 1915 y, a su vez, contando su historia como homenaje y reconocimiento a la figura del dramaturgo en el mundo cultural de la España de la Restauración<sup>1</sup>.

A pesar de los elogios que mereció en su época, cuando la sociedad madrileña pudo contemplarlo en una exposición pública, el códice fue quedando olvidado hasta permanecer en la oscuridad de los depósitos del Archivo

---

<sup>1</sup> Entre las ediciones artísticas de la comedia: *Los intereses creados*, ilustraciones a color de Carlos Sáenz de Tejada, Madrid, Ediciones de Arte Fournier (Los Premios Nobeles), 1950, 500 ejemplares numerados en tapa dura de cuero con caja entelada, 29 x 24 cm, 221 p. + 1 h; *Los intereses creados. Comedia de polichinelas*, en dos actos, tres cuadros y un prólogo, aguafuertes de Irene C. Astort, Barcelona, Hora Luen, 1951, edición numerada de 350 ejemplares estampados en papel hilo, en plena piel con lomo cuajado, 28,5 x 23 cm., 156 págs. + 5 h. + 11 h.

Historico Nacional, donde se custodia el rico archivo personal del Premio Nobel. Por su naturaleza y concepción no fue nunca editado, ya que no estaba en el horizonte de sus impulsores su conversión en libro; ante todo, quisieron obsequiar al dramaturgo con una obra de arte singular, lujosa y única, cuya elaboración en los códigos estéticos y la ejecución material de otros tiempos se entiende en el marco de la reformulación del modernismo y su reinterpretación en clave nacional que se estaba llevando a cabo en esas primeras décadas del siglo xx, dentro de la revalorización del llamado *estilo español* o *arte español*.

En ese proceso de la historia de la cultura española, la aplicación de las artes plásticas a la industria del libro y las publicaciones periódicas ilustradas durante los años en que se desarrolló el modernismo en Madrid resultó fundamental, pero ha sido poco estudiada. Por otra parte, a lo largo de su desarrollo, un movimiento internacional y cosmopolita como era el modernismo invirtió o reorientó su sentido originario para constituirse en expresión de la cultura nacional y su tradición, dando lugar a distintas manifestaciones culturales —pictóricas, gráficas, literarias— que querían servir a una nueva afirmación española como muestra de un *modernismo castizo*. Así, el modernismo fue asimilado entre públicos que lo habían rechazado inicialmente por extranjero e inmoral hasta convertirse en una manifestación social aceptable por las clases conservadoras tanto en la literatura como en las otras artes. Y si se prefiere un marco más amplio para estas cuestiones, el referente internacional puede ser la confrontación entre anglosajones y germanos con el mundo latino donde el debate estético se tiñó cada vez más con tintas políticas y la reivindicación de las diferentes nacionalidades y de las tradiciones culturales que las sustentaban. Los hechos muestran que la internacionalización creciente de la cultura acorde con la modernidad convivió con movimientos centrípetos afanados en formulaciones nacionales «castizas»<sup>2</sup>.

Una pléyade de artistas de varias disciplinas apuntaló y avaló una posición u otra dando lugar a manifestaciones artísticas valiosas en sí mismas, pero muy condicionadas por fines utilitarios inmediatos, ya sean conmemorativos, ideológicos, políticos o culturales. Entre los nombres de quienes pusieron su arte al servicio de esos intereses destaca el del pintor miniaturista Gabriel Ochoa Blanco, a quien la Asociación de Actores Españoles encomendó la elaboración del códice de *Los intereses creados* para Benavente, en el que colaboraron también algunos de los pintores españoles más importantes del momento: Julio Romero de Torres, Aurelio Arteta y Anselmo Miguel Nieto.

Aunque hoy olvidado, Gabriel Ochoa había alcanzado un notable prestigio con su arte singular, cultivando disciplinas relacionadas con lo que desde comienzos de siglo dio en agruparse bajo la etiqueta de «Artes decorativas», que justificaba con creces su elección como el artista idóneo para llevar a cabo

<sup>2</sup> Propuso el concepto de *modernismo castizo* Juan Carlos Ara Torralba, *Del modernismo castizo. Fama y alcance de Ricardo León*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1996. Sobre la confrontación citada, bastará con el clásico ensayo de Lily Litvak, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona Puvill Libros, 1980, complementado con algún trabajo posterior como «El espíritu panlatino en el fin del siglo xix», *Studi Ispanici*, 35, 2010, pp. 231-239.

el objeto del homenaje al dramaturgo. El éxito artístico, la visibilidad pública y el reconocimiento social entre la burguesía madrileña no fueron ajenos para este luchador contra los estragos del tiempo: pintor de miniaturas, calígrafo, experto restaurador de códices en la Biblioteca Nacional de España y de otras piezas artísticas del pasado que hacen de su obra un dique de contención contra la destrucción que arrastra el paso del tiempo<sup>3</sup>.

*Silvio Lago*, esto es, el crítico José Francés, presentó en alguna ocasión a Gabriel Ochoa Blanco como un monje medieval aplicado a la elaboración de miniaturas en su taller con una dedicación constante, ajeno a las vicisitudes del presente. Otros testimonios, incluidas diferentes declaraciones suyas, lo revelan más bien como un hombre a quien le gustaba vivir con un buen nivel social, preocupado por el dinero contante y sonante tras años de penuria y trabajo discreto. El artista se mostraba feliz por haber alcanzado con su trabajo unos buenos ingresos y el consiguiente nivel social, que le permitían codearse con la burguesía y la aristocracia madrileñas, que constituían su principal clientela. Paradojas y caminos del arte en el mundo moderno y con sus múltiples *intereses creados*.

Un acercamiento al trabajo que Gabriel Ochoa Blanco realizó sobre *Los intereses creados* permite perfilar el cruce de intereses que impulsaba aquellas producciones culturales, que no dependían solamente de cuestiones estéticas o de los imperativos del mercado, sino también de otros intereses sociales y culturales. En este caso, el mundo teatral, capitaneado por la Asociación de Actores Españoles, quiso contribuir con tan singular homenaje a la celebración de Jacinto Benavente como gloria nacional, concediéndole un lugar en la tradición española al lado de Cervantes, Lope de Vega o Calderón. Como reza el colofón del códice, «todos los comediantes de España» encargaron a Gabriel Ochoa «este traslado único, de la jamás como se debe alabada y famosa *comedia de polichinelas*, intitulada *Los intereses creados*, que para más alta gloria y esplendor de nuestro Teatro compuso el nuevo Fénix de los Ingenios Españoles y Príncipe de las Letras Castellanas don Jacinto Benavente».

En esta historia, la creación de intereses, en efecto, es el meollo de la cuestión y el cruce de *intereses creados* será por tanto el centro de gravitación sobre el que fijaremos la atención en este ensayo, reconstruyendo el estreno y el triunfo de la *comedia de polichinelas*, con las distintas iniciativas que la consagraron como una obra clásica del teatro español y celebraron a su autor como una gloria y celebridad nacional; analizando las claves que, con el referente de Cervantes, la convierten en una obra clásica y moderna a un tiempo; presentando al artista que hizo posible su conversión en códice y en cuya exposición antológica, tras el solemne acto de entrega al dramaturgo, fue mostrada a la sociedad madrileña; y describiendo, al fin, sus características codicológicas más representativas según su concepción conmemorativa, diseño artístico y estado de conservación actual. Estos aspectos, que consti-

---

<sup>3</sup> En curso de avanzada elaboración se encuentra nuestro libro, *Gabriel Ochoa Blanco y el modernismo gráfico castizo*, donde dotamos a este artista valenciano de biografía y reconstruimos su trayectoria artística.

tuyen el primer volumen de esta obra, dan paso, para cerrarlo, a una edición de *Los intereses creados* destinada a la lectura y el disfrute de la farsa por parte de todo lector, libre por tanto de cualquier tipo de intervención erudita —más allá de ocasionales correcciones ortográficas y de erratas— y según la versión de la primera edición del texto que Gabriel Ochoa copió. El segundo volumen recupera íntegramente para el público el códice ornamentoado y miniado en una reproducción facsimilar de tan singular y única obra de arte, pieza señera del modernismo español a la que sólo algunas aventuras editoriales artísticas de entonces, como la edición de *Voces de gesta. Tragedia pastoril* (1912) de Ramón del Valle-Inclán —en la que por cierto colaboraron algunos de los pintores que participaron también en la elaboración del códice de *Los intereses creados*—, pueden acercarse.

El atractivo del estudio de obras artísticas como la que ahora recuperamos radica en que, además de su indudable valor estético, ayudan a penetrar y analizar aspectos de la vida social desde posiciones poco frecuentes pero muy reveladoras de los usos culturales de aquellos años —no en vano recordados como la Edad de Plata de la cultura española— mucho más decisivos de lo que a menudo se considera para la historia contemporánea española. Estos testimonios hoy centenarios fueron magníficas piezas de arte efímero —o no tanto— que aspiraban a consagrarse para la eternidad los sucesos y los personajes a quienes iban dirigidas. Son las paradojas de todo acto cultural: pretende convertir en eterno lo que no es más que actualidad. Y ésta es una de las grandes paradojas de la modernidad, impulsada a consumir productos culturales con un frenesí cada vez más insaciable. A alimentar semejante voracidad se aplican los artistas de la vida moderna, eligiendo, por ejemplo, actividades que recuerdan más el trabajo medieval ajeno al tiempo —una paradoja más— que el trajín nervioso de la modernidad, que las relega al desconocimiento y al olvido o, también, disfraza su significado en meros objetos ornamentales de un tiempo viejo. Es evidente que estas obras conmemorativas decoraron actos sociales y dieron brillo a las instituciones que las acogían. Basta reparar desde fuera en sus características materiales para darse cuenta; pero a la vez están dotadas de una densidad histórica admirable que sólo se revela cuando se desentrañan sus claves y se reconstruye su historia.

Como pieza teatral, *Los intereses creados* es una joya indiscutida de la literatura española compuesta durante el modernismo. Y como códice ornamentoado y miniado, la copia de *Los intereses creados* que la Asociación de Actores Españoles regaló a Jacinto Benavente en 1915 es también una joya del arte del modernismo español. Con la publicación de tan insólito y singular testimonio artístico de su inmortal *comedia de polichinelas*, la Comunidad de Madrid rinde un más que merecido homenaje institucional a Jacinto Benavente, uno de los dramaturgos españoles y europeos contemporáneos más notables, en la triple conmemoración de los setenta años de su muerte, del centenario de su nombramiento como Hijo Predilecto de Madrid y a más de cien años ya de la concesión del Premio Nobel de Literatura.

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ y ANTONIO MARTÍN BARRACHINA  
Zaragoza, octubre de 2024

## Estreno y triunfo de *Los intereses creados*, de Jacinto Benavente

**EN LOS PRIMEROS DÍAS DE OCTUBRE DE 1907, LOS PERIÓDICOS MADRILEÑOS** anunciaron la programación en el Teatro Lara para la temporada que iba a comenzar. Se nombraba a todos los componentes de la empresa en sus distintas funciones y se adelantaba entre las obras próximas a su estreno una nueva comedia de Benavente. Así, el lunes 9 de diciembre de 1907 *Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos, tres cuadros y un prólogo* se estrenó en el Teatro Lara de Madrid, que era en aquellos años era uno de los más dinámicos de la ciudad con una programación ágil y variada para los espectadores<sup>1</sup>.

El reparto de la función fue el siguiente:

Doña Sirena .....	Sra. Balbina Valverde
Silvia .....	Srta. Suárez
La señora de Polichinela .....	Srta. Alba
Colombina .....	Srta. Prado
Laura .....	Srta. Toscano
Risela .....	Srta. Beltrán
Leandro .....	Srta. Domus
Crispín .....	Sr. Puga
El Doctor .....	Sr. José Rubio
Polichinela .....	Sr. Mora
Arlequín .....	Sr. Barraycoa
El Capitán .....	R. de la Mata
Pantalón .....	Sr. Simó-Raso
El Hostelero .....	Sr. Pacheco
El Secretario .....	Sr. Romea

<sup>1</sup> «De teatros. Teatro Lara», *España Nueva*, 7 de octubre de 1907, p. 4.

Mozo 1º de la hostería ..... Sr. Suárez (A.)  
 Mozo 2º de la hostería ..... Sr. Enríquez  
 Alguacilillo 1º ..... Sr. De Diego  
 Alguacilillo 2º ..... Sr. Suárez (A.)

El autor se contaba entre los más conocidos del momento y aun así, durante el ensayo general, sobrevolaba la incertidumbre sobre cómo sería recibida su nueva propuesta escénica. Benavente lo evocó años después con estas palabras:

Recuerdo que el ensayo general fue de lo más desdichado. Seguro estoy de que cuantos asistieron a él pronosticaron un fracaso. Yo, por mi parte, sin temer el fracaso rotundo, solo esperaba un mediano éxito, y nunca que aquella obra pudiera ser lo que en teatro se califica obra de público y, por lo tanto, de dinero. Si me lo hubieran dicho por halagarme, no lo hubiera creído. La obra gustó: más el segundo cuadro. Los críticos opinaron que el tercero decaía bastante, por lo que tenía de farsa. Entonces esto de la farsa se estimaba grave pecado literario. ¡Válgame Dios! Estos muchachos de ahora, para los que nada valemos ni significamos los novecentistas, no saben lo que hemos tenido que luchar con el público y con la crítica para abrirles a ellos el camino<sup>2</sup>.

Ni los pronósticos más pesimistas ni la expectativa más moderada de su autor se cumplieron. La obra obtuvo un triunfo extraordinario e inapelable. El público interrumpió la representación en varios momentos con sus aplausos y el dramaturgo tuvo que salir al escenario al final de algunos cuadros con los artistas. En poco tiempo se convirtió en la obra más admirada de Benavente, que ya por entonces era el dramaturgo español más considerado. El clima favorable se manifestó desde la representación del prólogo: «Al final del prólogo sonaron los primeros entusiastas aplausos que ya no cesaron en toda la noche, tributándosele a Benavente un espontáneo homenaje de cariñoso entusiasmo a que tiene derecho por todos *Los intereses creados*, de sus obras, de todo su teatro»<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Jacinto Benavente, «Hoy hace años... veintitrés del estreno en Lara de *Los intereses creados*», *ABC*, 9 de diciembre de 1930, p. 7, recogido después en *Las terceras de ABC*, selección y prólogo de Adolfo Prego, Madrid, Editorial Prensa Española, 1976, pp. 47-48.

<sup>3</sup> *ABC*, 10 de diciembre de 1907, p. 2. Algunas críticas del estreno: Ángel Guerra, «Los teatros. Lara. *Los intereses creados*, comedia en dos actos, original de Jacinto Benavente», *El Globo*, 12 de diciembre de 1907, p. 1; Faquín, «Los estrenos. Lara. *Los intereses creados*», *La Prensa*, 10 de diciembre de 1907, p. 3; A. S., «De teatros. Lara», *El Universo*, 10 de diciembre de 1907, p. 2; Armando Gresca, «Crónica teatral» y E. C., «*Los intereses creados*», *El Arte del Teatro*, 15 de diciembre de 1907, pp. 3 y 13-16, con varias fotografías; Antonio de Hoyos y Vinent, «Cinematógrafo semanal», *La Época*, 16 de diciembre de 1907, p. 3.

El éxito del estreno tuvo incluso resonancia internacional: XXX, «Apuntes del día» y J. C., «Les Théâtres. Lara», *París-Madrid*, 11 de diciembre de 1907, pp. 1 y 2. Alguna discrepancia expresó la crónica de «Los teatros» de *La Nación Militar*, 14 de diciembre de 1907, p. 4, que declaraba que el autor no era «santo de nuestra devoción» y la comedia debía «amortizarse cuanto antes en beneficio del público».

Estreno de *Los intereses creados*, Teatro Lara, 9 de diciembre de 1907 (*El Arte del Teatro*, 15 de diciembre de 1907).



Es decir, se celebraba el éxito no sólo de la farsa sino el de un dramaturgo cuyas obras tenían gran prestigio en aquel momento tras un brillante recorrido en los escenarios españoles, apoyado por las compañías de mayor prestigio y por sectores conservadores de la política y de la prensa.

La crítica se volcó en análisis positivos y las revistas especializadas reprodujeron escenas y fotografías de la «comedia de polichinelas», que fue alabada casi de forma unánime. *El Arte del Teatro* le dedicó el 15 de diciembre de 1907 un amplio reportaje escrito y gráfico que muestra bien la puesta en escena. La ambientación escenográfica evocaba inequívocamente una ciudad italiana o española del Siglo de Oro con telones pintados por los escenógrafos de la compañía Amorós, Blancas y Martínez Garí, contrastados artistas escenógrafos. En los interiores se buscó un estilo español de la época, todavía más evidente en la indumentaria de los personajes: Crispín y Leandro semejan dos auténticos espadachines de comedia de capa y espada. En otros personajes se mantu-



Acto II. Arlequín, Sr. BARRYCOA Hostelero, Sr. PACHECO Crispín, Sr. PUGA Doctor, Sr. RUBIO Escribano, Sr. ROMEA  
Capitán, Sr. MATA Pantalón, Sr. SIMÓ RASO Polichinela, Sr. MORA

vieron los rasgos relacionados con la *commedia dell'arte*. El artículo comenzaba en estos términos:

Pocas veces se ofrece en el teatro una obra nueva cuyas condiciones artísticas sean tales que logren poner de acuerdo, para el elogio unánime, al público y a la crítica.

Bástale al público que la obra le deleite, le produzca alguna emoción; exige la crítica que, además de esto, ofrezca méritos literarios en que ella pueda reparar, y que para el resto del auditorio quedan inadvertidos frecuentemente.

[...] Con la comedia de polichinelas últimamente estrenada por Benavente, no ocurre esto. Ha sabido, con maestría incomparable, el gran dramaturgo unir lo ameno con lo artístico de tal manera y en tan justa proporción y medida, que su obra resulta tan interesante para el público que únicamente busca en el teatro esparcimiento como para el que quiere también literatura<sup>4</sup>.

Estreno de *Los intereses creados*, Teatro Lara, 9 de diciembre de 1907 (*El Arte del Teatro*, 15 de diciembre de 1907).

<sup>4</sup> «*Los intereses creados*», *El Arte del Teatro*, 15 de diciembre de 1907, pp. 13-16.



Final del acto I. Silvia, Sra. SUAREZ Leandro, Sra. DOMUS Crispín, Sr. PUGA



Leandro, Sra. DOMUS Crispín, Sr. PUGA  
Arlequín, Sr. BARRAYCOA Capitán, Sr. MATA



Crispín, Sr. PUGA



Capitán, Sr. Mata. Señora de Polichinela, Sra. Alba. Pantalón, Sr. Simó Raso. Arlequín, Sr. Barraycoa. Fots. Franzen.  
Silvia, Sra. Suárez. Doña Sirena, Sra. Valverde. Polichinela, Sr. Mora. Crispín, Sr. Puga.  
Leandro, Sra. Domus. Colombina, Sra. Pardo. Hostelero, Sr. Pacheco. Doctor, Sr. Rubio.

Benavente fue homenajeado diez días después con un banquete, como era habitual en aquellas ocasiones señaladas según las formas de sociabilidad características de la cultura burguesa, que ofrece un buen ejemplo de esta convergencia de intereses capaces de convertir un éxito teatral en un manifiesto patriótico de cierta trascendencia política. Volvamos a su propia rememoración:

El recuerdo más grato del estreno de *Los intereses creados* es el de una comida que en mi honor ofreció el inolvidable fundador de *Blanco y Negro* y *ABC*, don Torcuato Luca de Tena, a los actores que habían representado la obra, en unión de las más relevantes representaciones de la política, las bellas artes, la literatura y el periodismo.

Tras el encomio del organizador del banquete, recordaba a los asistentes desaparecidos, algunas de las personalidades más importantes de la política, la cultura y el periodismo: «De los que asistieron a ella..., ¡cuántos desparecidos también! Don José Canalejas, don José Ortega Munilla, Querol, Chapí, don Cándido Lara, don Segismundo Moret y, por fin, el que de tantas fiestas semejantes fue el generoso animador: don Torcuato Luca de Tena...»<sup>5</sup>.

Atisbó rápido este prócer de la prensa española que la función del Teatro Lara marcaba un verdadero hito en la reacción castiza en el teatro español. En consecuencia, puso en marcha en seguida una operación de apoyo social a la farsa benaventina que incidía en algunos de los problemas de la sociedad española —las corruptelas del poder, las simulaciones del engaño y las apariencias— pero lo hacía de una forma oblicua y en clave de farsa con lo que las posibles alusiones concretas se diluían.

Pocos días después del estreno, don Torcuato ya lo tenía todo organizado para la ceremonia de sacralización pertinente de la farsa benaventina y se podía leer este anuncio:

Mañana, en la redacción de *Blanco y Negro*, se celebrará un banquete monstruo en honor del eximio dramaturgo D. Jacinto Benavente, por sus extraordinarios éxitos en el teatro Lara.

Este homenaje al insigne literato tiene además una gran resonancia por recientes sucesos en que algunos periódicos mezclaron el nombre de Benavente<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Jacinto Benavente, «Hoy hace años... veintitrés del estreno en Lara de *Los intereses creados*», pp. 47-48. Es evidente su admiración por el fundador de *ABC*, periódico en el que no en vano estaba escribiendo: «Aquel gran español, que solo tuvo una cualidad muy poco española, la de no haber sentido nunca envidia; siempre dispuesto a ensalzar cuanto se destacaba en cualquier campo de actividad en España y fuera de España, pero con mayor satisfacción si de españoles se trataba, me honró siempre con admiración y amistad admirables».

<sup>6</sup> «En honor de Benavente», *La Opinión. Periódico Político y de Intereses Generales*, 19 de diciembre de 1907, p. 2.

Para que todos los invitados pudieran asistir al banquete se suspendieron incluso algunas funciones en el Lara y en el Teatro de la Princesa, donde iba a estrenarse *La vida que vuelve*, según informaron el 18 de diciembre *La Correspondencia de España* p. 3, y *El Liberal*, p. 3.

El banquete, en efecto, tuvo lugar el jueves día 19 de diciembre en el *hall* de Prensa Española, que Torcuato Luca de Tena gestionaba con firmeza y habilidad, organizando actos sociales de relumbrón —la fiesta era una potente campaña de imagen— mediante los cuales daba visibilidad social a la empresa y a la cultura respaldada por ella. Lo mismo organizaba una recepción de los reyes, que mostraba su apoyo a campañas benéficas como el «desayuno escolar»; recibía a los representantes de grandes periódicos extranjeros como *La Prensa* de Buenos Aires y a su propietario u organizaban exposiciones que reunían a lo más granado de la vida social madrileña. El año anterior, en la sede de Prensa Española, Antonio Maura, presidente del gobierno, había condecorado en nombre de Alfonso XIII, con gran solemnidad, a los hermanos Álvarez Quintero. El banquete a Benavente era un oportuno acto más en esta dirección: se promocionaba una determinada cultura y se proyectaba hacia la sociedad la empresa editora. Como era lógico, después el banquete fue reseñado por extenso en los medios de la empresa periodística, el diario *ABC* y las revistas *Blanco y Negro* y *El Teatro*, que semanas después le dedicó la portada<sup>7</sup>.

A las ocho de la tarde comenzaron a llegar los invitados, que fueron recibidos por el director y los redactores de los periódicos de la casa en el salón de lectura. A las nueve de la noche los comensales ocuparon sus lugares reservados para la cena. Cerca de la mesa central, como presidiendo la fiesta, se erguía la estatua de Quevedo. La mesa en forma de H ocupaba el centro del *hall* y sobre ella lucían lámparas en armonía con el estilo de la decoración, que completaban guirnaldas de flores. El *hall* estaba lujosamente decorado con tapices, plantas, arbustos y medallones artísticos montados al estilo Imperio en cuyo centro se leían los títulos de las piezas más celebradas de Benavente: *La noche del sábado*, *La gata de angora*, *Lo cursi*, *La comida de las fieras*, *Gente conocida*, *Los búhos*, *Los malhechores del bien*, *Los ojos de los muertos*, *Al natural*, *El dragón de fuego*, *Rosas de otoño...* y por supuesto, *Los intereses creados*.

Presidía la mesa don Jacinto, que tenía enfrente al ministro de Gracia y Justicia. A la derecha de Benavente se sentaban la señora Valverde, el señor Moret, la señora de Aranda y los señores José Ortega Munilla y Cándido Lara. A su izquierda, la señora Rodríguez de Rubio, el señor Canalejas, la señora Beltrán y los señores Francisco Rodríguez Marín y Sinesio Delgado. Amenizaron la velada los músicos del sexteto de la orquesta del Teatro Lara.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> «Homenaje a D. Jacinto Benavente», *ABC*, 20 de diciembre de 1907, pp. 3-4, con fotografía del acto; *Blanco y Negro*, 21 de diciembre de 1907, pp. 10-11, con un reportaje gráfico titulado «Banquete en honor a Benavente»; *El Teatro*, 10 de enero de 1908, p. 1.

<sup>8</sup> No detallamos el resto de la colocación de los comensales, que puede verse, junto con el menú y otros detalles, en las informaciones de «En honor de Benavente», *Diario de la Marina*, 20 de diciembre de 1907 [edición de la tarde], p. 1; «La fiesta de anoche. En honor a Benavente», *El Globo*, 20 de diciembre de 1907, pp. 1-2; «Homenaje a Benavente», *El Herald de Madrid*, 20 de diciembre de 1907, p. 1. Tenemos a la vista además las extensas crónicas: «Homenaje a Benavente», *La Correspondencia de España*, 20 de diciembre de 1907, p. 3 y «Homenaje a Jacinto Benavente. Un banquete ofrecido por *Blanco y Negro* y por *ABC*», *Diario de la Marina*, 7 de enero de 1908 [edición de la tarde], p. 3.

El banquete fue servido por el lujoso restaurante *Ideal Room* con arreglo a este menú:

*Consomme Rachel*  
*Medaillons Rossini*  
*Filets de sole Rejane*  
*Poularde du Mans a la Wagner*  
*Haricots verts au berre*  
*Aloyeau pique a la broche*  
*Salade de laitue aux oeufs*  
*Barvaroise á la framboise*  
*Friandises*  
*Desserts*  
*Vins: Graves, Saint-Julien*  
*Champagne Moet et Chandon*  
*Café*  
*Liqueurs*

Junto a Benavente homenajearon a los actores que habían estrenado la comedia y ahí estuvieron Balbina Valverde, Matilde Rodríguez, Nieves Suárez, la señora Beltrán, la señorita Tosano; los actores José Rubio, Ricardo Puga, Ramiro de la Mata, Ricardo Simó-Raso, Antonio Suárez, Mera, Joaquín Pacheco y Francisco Barraycoa. Excusaron su presencia por imposibilidad material de asistir las señoritas Domus, Alba y Prado.

Fueron invitados también algunos empresarios teatrales, además de Cándido Lara, Tirso Escudero, Eduardo Yáñez y Federico Oliver. El resto de los comensales representaba a otros sectores de la sociedad. En nombre del gobierno asistieron los ministros de Gobernación (Sr. Lacierva) y Gracia y Justicia (marqués de Figueroa), quien además representaba a Antonio Maura. Acudieron otros políticos representativos como Segismundo Moret y José Canalejas y numerosos literatos, artistas y hombres públicos: Francisco Rodríguez Marín, Tomás Bretón, Mariano Benlliure, el pintor Villegas, Moya, José Ortega Munilla, Chapí, Querol, Eugenio Sellés, Alejandro Saint-Aubin, Federico Oliver, Francisco Cambó, Rafael Aranda (presidente de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires), Ramiro de la Mata, Agustín de la Serna, Manuel Tolosa Latour, Manuel Linares Rivas, Antonio Palomero, Sinesio Delgado, Joaquín Moya. Pérez Galdós y los Álvarez Quintero excusaron su presencia por razones de salud, pero enviaron sentidas cartas de adhesión. La carta de Pérez Galdós:

Madrid, 19 de diciembre de 1907.

Sr. D. Torcuato Luca de Tena:

Mi distinguido amigo:

Imposibilitado de salir de noche, por motivos de salud, no asistiré de *hecho* al banquete en honor de Benavente.

Pero le ruego que haga constar mi asistencia espiritual a esa noble fiesta y la profunda satisfacción con que celebro y admiro los triunfos de tan esclarecido ingenio.

¡Honor al teatro hispano, honor a Benavente!

Es de usted siempre affmo. amigo q. b. s. m.

B. Pérez Galdós

Y los Quintero, con gran cortesía y manifestando su admiración por el homenajeado, escribieron:

Sr. D. Torcuato Luca de Tena.

Querido amigo:

Perdónenos usted, y que nos perdone el insigne Jacinto, si no asistimos esta noche a la fiesta que en obsequio suyo da usted en la casa de *Blanco y Negro*, con esa liberalidad que tanto le honra. La razón de nuestro alejamiento es harto conocida de él y de usted, y no hay por qué mencionarla ahora.

Pero ya que no presenciamos su íntimo homenaje, que tantas cosas buenas significa y representa a la vez, no queremos que le falte siquiera sea escrita, nuestra leal, entusiasta y sincera adhesión. Bien sabe el festejado que en admirar su soberano ingenio, honra de España y de sus letras, estamos si no antes que nadie, a la par de los que se consideran los primeros.

Reciba, pues, ahora, por mediación de usted, dos cordialísimos abrazos nuestros, y usted, a cuyas nobles y generosas iniciativas tanto debe la cultura de nuestro país, reciba también, con otros dos abrazos, nuestra efusiva felicitación por el acto de hoy.

Muy suyos, amigos afectuosos,

S. y J. Álvarez Quintero

Jueves, 19 de Diciembre de 1907.

También estuvo bien representada la prensa con la asistencia de algunos directores de grandes diarios conservadores y liberales: Luis López Ballesteros (*El Imparcial*); José Francos Rodríguez (*Heraldo de Madrid*); Coria (*El Globo*); Eduardo Gómez de Baquero como redactor jefe de *La Época*; los subdirectores de *Blanco y Negro* y *ABC*, Ángel María Castell y Luis Romea y el redactor jefe de *ABC*, Sixto Pérez Rojas.

No faltó el concurso especial de los críticos teatrales más acreditados en la prensa de Madrid: Francisco Villegas (*Zeda*) de *La Época*; Anselmo González (*Alejandro Miquis*), de *Diario Universal*; Joaquín Arimón, de *El Liberal*; José de Laserna de *El Imparcial*; Jaime Balmes, de *España Nueva*; Luis Gabaldón (*Floridor*) y Ricardo J. Catarineu (*Caramanchel*), de *La Correspondencia de España*.

Al acabar la cena comenzaron los brindis de rigor con champagne. Torcuato Luca de Tena habló en nombre de la prensa con sencillez y agradecimiento:

Señores:

Debo expresar mi más profunda gratitud a cuantos, aceptando mi invitación, me han permitido ofrecer al insigne Jacinto Benavente este homenaje a su talento.



A la admiración que por él sentimos va unido el prestigio de vuestros nombres, y yo estoy orgulloso de haberlos reunido para este acto.

Pero mi orgullo no es personal; me siento orgulloso por la prensa, cuya representación me permite ostentar en nombre de los ilustres compañeros aquí presentes.

Ellos hubieran sabido expresar mejor que yo que nada complace tanto a la prensa como ser eco de las glorias de su pueblo y servir de pedestal a sus grandes figuras y que, como el Leandro de la última obra del gran escritor que festejamos, sabe ante todo y sobre todo entregar su espíritu al ideal, rindiendo tributo de admiración a los hombres que enaltecen y honran a su patria, como Jacinto Benavente, en cuyo honor levanto mi copa.

El marqués de Figueroa intervino en nombre del gobierno, saludando discretamente al dramaturgo y lamentando la ausencia del presidente, que no pudo asistir a causa de otras obligaciones. Habló del teatro de Benavente para señalar que quedaría «como página gloriosa de la literatura nacional»:

Su musa implacable quizás pase alguna vez esa línea imperceptible que separa el bien y el mal; pero así y todo realiza siempre una obra de justicia. Muy simbólico y muy expresivo es que veamos aquí la figura de Quevedo, que parece como si presidiera la fiesta. Inspirándonos en su recuerdo, sepamos ver en el látigo que esgrime Benavente algo, acaso demasiado duro en ocasiones, pero siempre conveniente para la sociedad, puesto que la impulsa a caminar hacia adelante.

«Banquete en honor de Jacinto Benavente»  
(*Blanco y Negro*, 21 de diciembre de 1907).

Al concluir, chocó efusivamente su copa con la de Benavente. Segismundo Moret hizo un elocuente discurso en nombre de los comensales y fue muy aplaudido. Comenzó dando las gracias a los organizadores de la fiesta por haberlo invitado y, entre otras cuestiones, dijo lo siguiente:

Lo que tiene que he venido engañado, porque se me invita a hablar.  
¿Y de qué voy a hablar, si yo no entiendo de esas cosas?

Los que rodamos por esos mundos superiores de la política —superiores por su tamaño, nada más que por su tamaño; inferiores por su calidad— no podemos ser intérpretes de los sentimientos que palpitan en estas manifestaciones de las letras y de las artes.

La comedia es la representación de lo que pasa en la vida, en sus luchas, en sus triunfos como en sus desastres. El mérito del autor está en observar, en recoger, en reflejar esa vida de tal modo, que sorprenda y que interese como la realidad misma.

Aquí están también insignes artistas que saben dar vida a lo inanimado trabajando en la piedra y dándola expresión de la vida, a veces, el grito del dolor, la mueca de la muerte, el ademán del valor.

Llevar al teatro como llevar a la piedra o al libro lo que se ve, lo que se siente, y hacerle sentir, es labor maravillosa que se completa con el contacto del público y establece una relación de sentimiento semejante a la de los polos de dos corrientes de los que surge la luz. Algo de esto ocurre con el orador y el auditorio, si a este no llega algo más que la palabra.

El escritor a que festejamos ha llegado, con la magia de su arte y la voluntad de su entendimiento, al público, y justo es rendirle este homenaje, al cual yo me asocio con todo el fervor de la admiración y con todo el entusiasmo de que es testimonio el aplauso siempre sincero y siempre unánime del público de nuestros teatros.

Cuando llegó el turno de su brindis, Benavente leyó unas cuartillas para expresar su opinión sobre la función social del arte y cómo en aquella ocasión habían convergido no solamente su texto sino un elenco de profesionales que lo había puesto en pie sobre el escenario con entusiasmo y acierto; justo era, en consecuencia, que se los homenajeara también a todos ellos:

Nunca hallé razón para que el artista se enorgullezca sólo por serlo.

Es el Arte supremo lujo en la vida social, y, como lujo, es la más brillante expresión del esfuerzo humano. Como la flor, es la más bella forma de vegetación con la belleza de su aparente viabilidad.

Digo aparente, porque no tuvieran flor y arte otro fin que recrear nuestros sentidos, ya sería un fin social el suyo.

Pero ni la flor ni el artista deben sentir vanidad; no florecieron por sí solos. No olvidemos al admiradlos, cuánto fue preciso para su florescencia: sol, aire, lluvia; lo que es providencial, lo que es del cielo, lo que está sobre todo, más sentido por la fe que explicado por la ciencia.

Y en la tierra, la tierra misma, que la flor como el arte, no viven sin arraigar en ella muy hondo; tierra para la flor, patria para el artista.

Y de los hombres el cultivo, que es trabajo de todos. Suma de todo ello es esta flor suprema del arte. Y fuera injusticia, al aspirar su aroma, y vanidad ingrata en la flor, al sentirse halagada de cuantos al aspirarla la celebran, olvidar que no floreció por sí sola, que del cielo a la tierra, de su aroma que se eleva y libre se separa a sus raíces que en la tierra aprisiona y nutre, todo lo que es vida es vida suya, y todo fue necesario para la expresión de su belleza.

Yo, que merecio de trabajador, más que de artista, en este verdadero templo del trabajo, en que se muestra palpable la solidaridad del esfuerzo humano, vibración del espíritu en los artistas, labor manual en el obrero, que con ella da alas al pensamiento, y por ella vence al tiempo y al espacio, levanto la copa para brindar por todos los trabajadores de España, y solo como uno de ellos acepto este homenaje, que solo así puede parecerme merecido.

He dicho.

Sinesio Delgado, a continuación, se levantó y leyó un poema escrito para la ocasión, siendo muy vitoreado y aplaudido cuando finalizó la lectura; versos de circunstancias cargados de alusiones históricas en nombre de un regeneracionismo orientado a cantar la gloria de la nación y sus genios:

Del pueblo que algún día, cruzando las fronteras,  
cuando agotado y débil, y a punto de acabar  
pose en el áureo plectro la descarnada mano  
y arranque vibraciones de un arte soberano  
decir, aunque esté muerto, que va a resucitar.

Jamás ha sido la excelsa poesía  
de ruina y de amargura, de duelo y de agonía,  
sino palpable prueba de fuerza y de vigor,  
y tras de los egregios caudillos de las artes  
va la guerrera hueste, que lleva a todas partes  
el hábito sublime del genio creador.

Las armas y las letras marcharon siempre juntas,  
que las espadas godas llevaban en las puntas  
alegres cascabeles del mísero juglar,  
y los guerreros moros de nuestra Andalucía,  
enarbolando a un tiempo la guzla y la gumía,  
sobre ágiles corceles lanzábanse a luchar.

Abramos, pues, tranquilos el pecho a la esperanza,  
que allá, en la lejanía, la juventud avanza  
cantando en frases rítmicas la vida y el amor,  
y el brío de la raza despierta con sus cantos  
y surgirán tras ella los héroes y los santos  
que van, por ley eterna, siguiendo al trovador.

¿No oís? Ya llegan. Vienen, en filas apretadas  
poetas y soldados con cítaras y espadas  
y traen para la patria coronas de laurel.

Ya la brillante tropa tiene un caudillo al frente...  
 ¡Viva España! Y no quiero nombrar a Benavente,  
 porque al decir caudillo, ya estoy hablando de él<sup>9</sup>.

Poco más cabe añadir sobre la visión de la cultura española que sustentaba estos versos, distorsionando hasta lo indecible el viejo tópico de las armas y las letras, para concluir con una exaltación caudillista del dramaturgo como gloria nacional.

Los comensales deseaban escuchar también a los actores y siguió una lectura de fragmentos de obras de Benavente por parte de algunos de ellos: Balbina Valverde y Matilde Rodríguez de Rubio leyeron fragmentos de *Cartas de mujeres*; Matilde la titulada «Historia de un día en tres cartas» y Balbina «Carta de una colegiala». Ricardo Puga declamó el prólogo de *Los intereses creados* y Nieves Suárez la poesía del segundo cuadro con que termina el acto primero. Pepe Rubio, muy emocionado, pidió después al gobierno que le concediera una condecoración oficial a Benavente. El ministro le contestó que con mucho gusto se hacía eco de esa pretensión que juzgaba justa y oportuna.

En el fin de fiesta participaron los obreros de los talleres, a quienes se obsequió con pastas, dulces y licores, servidos por las actrices del Teatro Lara y la señora de Aranda. Benavente los saludó estrechándoles la mano a petición de los mismos y los comensales, para ello, bajaron a la galería donde estaban trabajando, dando lugar la insólita situación a «un cuadro interesante y altamente conmovedor»<sup>10</sup>.

El eco en la prensa provincial fue enorme y se puede afirmar que la cena constituyó una verdadera celebración patriótica<sup>11</sup>.

A comienzos de 1908 *Los intereses creados* continuaban de actualidad y comenzaron a ser representados en otros teatros del país como Eldorado de Barcelona. Los periódicos multiplicaban las referencias a la función y la imagen de Benavente salpicaba las páginas. Baste un ejemplo: Fresno le dedicó en *ABC* una plana completa de caricaturas al suceso. Otro síntoma inequívoco del éxito es que la comedia de polichinelas no tardó en ser parodiada. Luis Ramírez publicó en Valencia *Los intereses burlados: casi farsa en un acto, tres cuadros y una oratoria y un discurso, con pretensiones de parodia de la obra de D. Jacinto Benavente Los intereses creados*<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> Las cartas y las intervenciones citadas, en «Homenaje a D. Jacinto Benavente», *ABC*, 20 de diciembre de 1907, pp. 3-4; «La fiesta de anoche. En honor a Benavente», *El Globo*, 20 de diciembre de 1907, pp. 1-2; «Homenaje a Benavente», *La Correspondencia de España*, 20 de diciembre de 1907, p. 3; «Homenaje a Jacinto Benavente. Un banquete ofrecido por Blanco y Negro y por ABC», *Diario de la Marina*, 7 de enero de 1908 [edición de la tarde], p. 3.

<sup>10</sup> «Homenaje a Jacinto Benavente. Un banquete ofrecido por Blanco y Negro y por ABC», *Diario de la Marina*, 7 de enero de 1908 [edición de la tarde], p. 3.

<sup>11</sup> Entre otros: «Homenaje a Benavente», *Las Provincias. Diario de Valencia*, 20 de diciembre de 1907, p. 3; «En honor de Benavente», *La Rioja. Diario Político*, 20 de diciembre de 1907, p. 3; «Homenaje a Benavente», *El Correo*, 20 de diciembre de 1907, p. 1; *El Noticiero. Diario de Cáceres*, 21 de diciembre de 1907, p. 1; *Diario de Alicante*, 24 de diciembre de 1907, p. 1.

<sup>12</sup> La representación en Barcelona tuvo éxito a pesar de que la interpretación «fue deficiente»: «Estreno y reprise», *El Correo Español*, 20 de enero de 1908, p. 2; Fresno, «Teatro Lara. El autor y los principales personajes de *Los intereses creados*», *ABC*, 30 de enero de 1908, p. 6.

Benavente, con su omnipresencia social, también contribuyó a que la obra fuera alcanzando gran resonancia, al tiempo que encadenaba nuevos estrenos gloriosos como el de *Señora ama* en el Teatro de la Princesa en febrero de 1908. Y hasta él mismo se prestó a representar el papel de Crispín un tiempo después, con lo cual, la fama que arrastraba desde hacía años de personaje «mefistofélico» se veía refrendada desde el escenario encarnada en el hábil pícaro de la comedia. *Los intereses creados*, para entonces, ya se había convertido en una pieza clásica del repertorio de algunas compañías y desde luego daba lugar para actos de sociabilidad como el que suscitó que don Jacinto encarnara a Crispín, a quien volvió a interpretar en la función de los Inocentes de 1910 celebrada en el Teatro Lara<sup>13</sup>.

En el éxito de la farsa benaventina convergieron y se fueron sumando por lo tanto diferentes aspectos, que van desde la fama y la gran visibilidad social de su autor a un montaje que se juzgó apropiado y que visto con la perspectiva de la historia literaria, resaltaba, ante todo y sobre todo, la brillante teatralidad de la comedia. Eran años en los que al albur del movimiento internacional de la *reteatralización* del arte escénico, viejos géneros cobraban actualidad y se explotaban sus posibilidades espectaculares con un rigor desconocido pocos años antes. Y algunos de los más explorados fueron justamente los que Benavente eligió como modelos para escribir su farsa. No es casual que en sus recuerdos que venimos citando insistiera en el carácter avanzado de su comedia de polichinelas respecto a los gustos dominantes de los públicos de entonces aun entre los críticos teatrales. Él venía encabezando desde los años noventa del siglo anterior propuestas renovadoras intentando que los teatros españoles ofrecieran un repertorio renovador similar al de otros grandes países europeos. Representaba un referente fundamental en el modernismo español con todas sus implicaciones<sup>14</sup>.

Con el correr de los años la comedia de polichinelas alcanzó la categoría de *clásica* y como tal figura en las historias del teatro español hasta hoy mismo, aunque sólo de tarde en tarde sube ya a los escenarios, a menudo en montajes

<sup>13</sup> Algunas reseñas del estreno de *Señora ama*: Caramanchel, «*Señora ama*. Teatro de la Princesa», *La Correspondencia de España*, 23 de febrero de 1908, p. 3; Bernardo G. de Candomo, «*Señora Ama*», *El Mundo*, 23 de febrero de 1908, p. 3; Alejandro Miquis, «La semana teatral. *Señora Ama. El tercer demonio*», *Nuevo Mundo*, 5 de marzo de 1908, p. 25; reportaje gráfico en «Los últimos estrenos», *Actualidades*, 27 de febrero de 1908, p. 7. Sobre su interpretación de Crispín, *El Teatro* ofreció un reportaje gráfico al respecto. Para la función de Inocentes, *Nuevo Mundo*, 5 de enero de 1911, pp. 11-12.

<sup>14</sup> Sobre el concepto de *reteatralización* y su difusión en España, así como una visión panorámica de la farsa en el cambio de siglo, Jesús Rubio Jiménez, *Modernismo y teatro poético en España. Del modernismo a las vanguardias*, Murcia, Universidad de Murcia, 1993, p. 63 y ss., y, para una puesta al día y revisión de la cuestión a partir del lugar de la reteatralización en la renovación teatral de la Edad de Plata, Antonio Martín Barrachina, «“Arte puro, viejo y moderno”: Federico García Lorca y los Títeres de Cachiporra de 1923, fiesta centenaria de tradición y vanguardia para la renovación teatral», *Creneida*, 11, 2023, pp. 440-453. Sobre la renovación artística que promovió Benavente desde sus comienzos, Diana Muela Bermejo, «Jacinto Benavente en el modernismo hispánico: reflexiones publicadas en la prensa y amistades literarias», *Revista de Literatura*, 161, 2019, pp. 99-124.

NUMERO 969

A B C. JUEVES 30 DE ENERO DE 1908. OCHO PAGINAS. EDICION 1.<sup>a</sup>

PAGINA 6

## TEARTO LARA. EL AUTOR Y LOS PRINCIPALES PERSONAJES DE «LOS INTERESES CREADOS»



D. Jacinto Benavente.



Sras. Suárez y Domus.



Sra. Valverde y Sra. Parc'



Sres. Pacheco y Simó Raso.



Sres. Barraycoa y Mata.



Sr. Puga.



Sres. Mora y Rubio.

El ministro de la Gobernación preguntó á los reunidos lo que cada uno de ellos podía hacer, de acuerdo con sus medios y contando con el apoyo oficial.

Hubo muchos ofrecimientos, entre otros, uno del Sr. Aguilera, que manifestó que podía dar refugio á 150 individuos; pues en la Moncloa hay espacio suficiente para ello, pero lo que faltó son los recursos pecuniarios para sostenerlos.

Al noche á las nueve y media, se reunió el Consejo superior de protección á la infancia para elegir una Comisión ejecutiva que estudie los medios de realizar el pensamiento del Sr. La Cerva y que coordine los ofrecimientos hechos hasta la fecha.

El ministro de la Gobernación piensa pedir también la cooperación del vecindario.

El alcalde de Madrid se ocupará estos días en buscar un local para depósito de mendigos, donde se procederá á la limpieza y á la fumigación de los que sean recogidos

Benavente y los principales personajes de *Los intereses creados*, caricaturas de Fresno (ABC, 30 de enero de 1908).

que no hacen justicia a su concepción<sup>15</sup>. Su prestigio lo fueron afianzando actos como el banquete mencionado y reconocimientos —del premio de la Real Academia Española en 1912, sobre el que volveremos más adelante, al Premio Nobel de Literatura en 1922— que, en los años anteriores, recayeron en la obra y en el autor, cuando éste alcanzó la plenitud de su consideración como gloria nacional, además de su representación en numerosos teatros de todo el mundo. Una proyección que la farsa amplió al convertirse en película, estrenada el 7 de octubre de 1919 y dirigida por el propio Benavente y Ricardo Puga, el nuevo arte que traspasaba todas las fronteras con facilidad. Así, no

<sup>15</sup> También editorialmente se encuentra en un *impasse*. No se ha ensayado hasta donde se nos alcanza ninguna edición crítica, sino tan solo ediciones escolares de corte académico. La más difundida es la que realizó Fernando Lázaro Carreter en Anaya y hoy incorporada al catálogo de Cátedra.



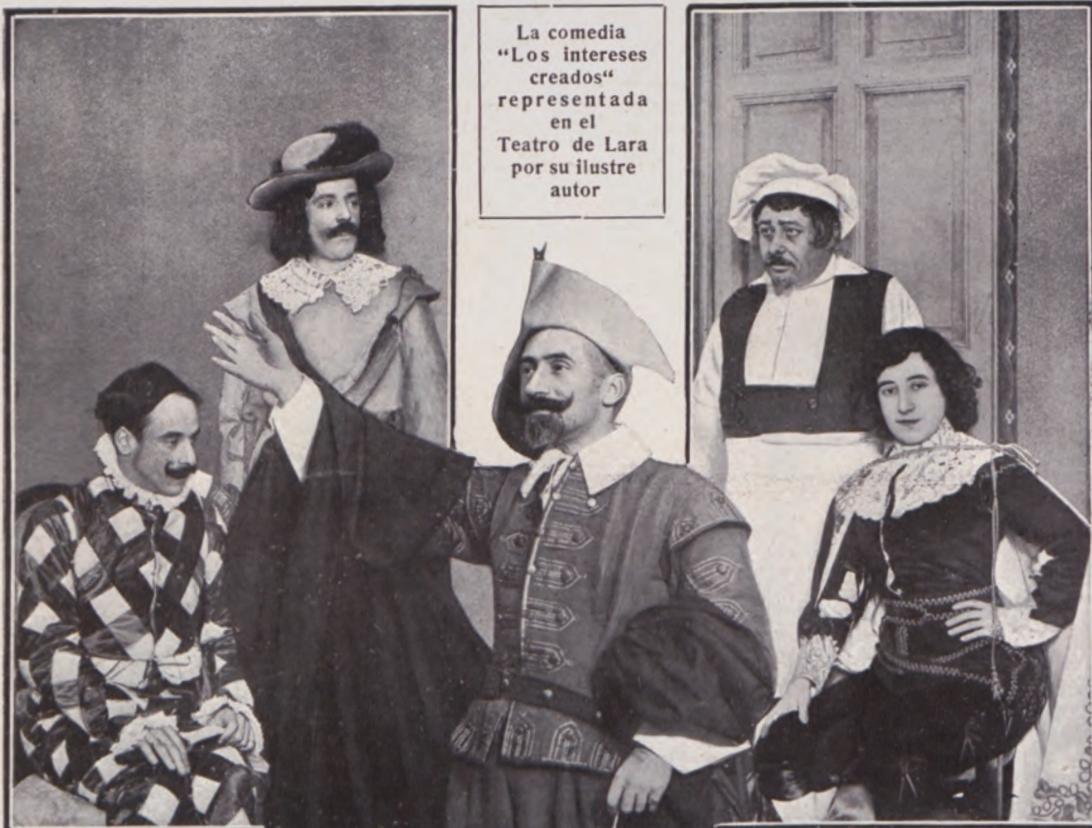
Jacinto Benavente, el ilustre autor de "Los intereses creados", representando el papel de "Crispín" de su magnífica comedia en el Teatro Lara, de Madrid, el dia 28 de Diciembre ultimo

FOT. N. M., POR VILASECA

En nuestra fotografía se ve á Benavente acompañado de la notable artista Celia Ortiz

Benavente como Crispín, con Celia Ortiz (Leandro), en *Los intereses creados*, 28 de diciembre de 1910 (*Nuevo Mundo*, 5 de enero de 1911)

## JACINTO BENAVENTE, ACTOR

Eusebio Martínez Sierra  
y Nilo Fabra

D<sup>ía</sup> la espectación que produjo la noticia de que el propio Benavente representaría el Crispín de su famosa comedia 'Los intereses creados', da idea el hecho de que acudió á la taquilla de Lara un público bastante numeroso para llenar varias veces el más capaz de nuestros coliseos.

El insigne autor recitó su monólogo—tan hermoso como difícil—con las mismas originalidad, intención y delicadeza con que brotaron de su mágica pluma, y el público le dedicó una cordialísima ovación. Luego, en el único cuadro que de su obra magna se puso en escena, derrochó tanto ingenio y tan buen gusto en las 'morcillas' los detalles con que matizó su papel, que la risa y los aplausos se sucedían sin cesar en la sala, con tanta frecuencia, que un actor de la compañía dijo ingenuamente:—'Ahí lo tienen ustedes: quítandones el pan...'

En fin, que la fiesta fué una solemnidad artística de perdurable memoria.

No es la primera vez que nuestro primer dramaturgo se hace aplaudir representando comedias. Lo ha sido anteriormente en dos suyas que estrenó él mismo: 'Sin querer', en la Comedia, con Rosario Pino, y 'Des-

La comedia  
"Los intereses  
creados"  
representada  
en el  
Teatro de Lara  
por su ilustre  
autor

Tomás García Aienza y Celia Ortiz  
pedida cruel', en Lara, con Josefina Blanco y con el exquisito literato Martínez Sierra. Nunca agradeceremos bastante, en nombre del público, á los Sres. Yáñez y Aienza, empresario y representante respectivamente, las facilidades que nos dieron para nuestra información gráfica, y al ilustre propietario del teatro Lara la amabilidad y el ingenio con que nos manifestó su sentimiento porque el contrato con la empresa le impidió permitir en su finca disparos con magnesio, amabilidad que nos dió pretexto para rogar á D. Jacinto que trajese sus principales polichinelas á nuestra Redacción.

Y el gran artista que ha transformado el teatro contemporáneo, y cuyo nombre pasará á la posteridad á unirse con los de Shakespeare, Moliére y Lope; el maestro que sabe ser bueno y ser grande hasta en las cosas más pequeñas, nos concedió el honor y el placer—que con alma y vida le agradecemos—de ver al verdadero Crispín en nuestra casa, que es la suya.

Y con esplendidez de principio, en vez de mostrar enojo por la molestia sufrida, aún nos regaló con la sal de su charla.

Con Benavente interpretaron 'Los intereses creados' los literatos Martínez Sierra y Nilo Fabra y el Sr. Aienza.

El insigne dramaturgo D. Jacinto Benavente con el traje de "Crispín" de su magnífica comedia "Los intereses creados", que representó en la función de "Inocentes" verificada el dia 28 del pasado en el Teatro de Lara  
FOT. N. M., POR VILASECA

«Jacinto Benavente, actor» en *Los intereses creados*, 28 de diciembre de 1910 (Nuevo Mundo, 5 de enero de 1911).

resulta extraño que en la encuesta realizada en 1930 entre cincuenta mil personas para valorar cuál era la pieza más importante de Benavente, la mayoría de los encuestados coincidieran en elegir *Los intereses creados*, lo que dio lugar a esta opinión de su autor:

¿Qué pienso yo de *Los intereses creados*? En numerosa votación fue proclamada mi mejor obra. No es cosa de llevar la contraria al público. Hoy la escribiría de otra manera; más en tono de farsa. Ya no es pecado escribir farsas; pero enemigo como soy de corregir mis obras, aunque tuviera la seguridad de mejorarlas, así durará... lo que el público quiera<sup>16</sup>.

Desde que fue estrenada y celebrada con éxito, la crítica ha ido descubriendo detrás de su aparente sencillez una pieza de gran complejidad teatral, hábilmente estructurada por un dramaturgo con larga trayectoria y con sutil escritura. Imposible —e innecesario para los fines aquí buscados— es proceder a un recuento minucioso de los análisis que ha tenido, pero es preciso apuntar que ya alguno de los críticos contemporáneos adivinó esta sugestiva complejidad, como Eduardo Gómez de Baquero en la reseña que le dedicó en *La España Moderna*. Nos limitamos a incidir sólo en los aspectos que iluminan sus claves y facilitan su lectura cabal, que contribuyen también al entendimiento del trabajo que llevó a cabo Gabriel Ochoa en el manuscrito miniado que aquí recuperamos y reproducimos.

---

<sup>16</sup> Jacinto Benavente, «Hoy hace años... veintitrés del estreno en Lara de *Los intereses creados*», pp. 48-49.

# Una farsa clásica y moderna (con raíces cervantinas)

**LA TEMÁTICA Y LAS FUENTES DE LOS INTERESES CREADOS PERMITEN UNA**  
ubicación histórica elástica de la obra sin temor a que el anacronismo —que  
después de todo es componente sustancial en esta modalidad escénica— aflo-  
re. Ante la multitud de posibles fuentes que iban proponiendo quienes anali-  
zaban la pieza, Benavente se sintió obligado a salir al paso, pues se había llega-  
do incluso a traspasar la línea de lo sensato acusándolo de plagio, y escribió:

No ha faltado en torno a *Los intereses creados* —¿cómo no?— el mos-  
coneo acusador de plagio. Y tan plagio. *Los intereses creados* es la obra  
que más se parece a muchas otras de todos los tiempos y de todos los  
países. A las comedias latinas, a las comedias del arte italiano, a mu-  
chas obras de Molière, de Reynard, de Beaumarchais. A la que menos  
se parece es, justamente, a la que más dijeron que se parecía, al *Volpo-  
ne*, original de Ben Jonson. Digo al original porque a las adaptaciones  
sí se parecía; porque más de un adaptador procuró —lóbreme Dios de  
creer que con mala fe!— que se pareciera. Ya en la adaptación france-  
sa de Jules Romains, el personaje de Mosca, el criado, adquiere una  
importancia que no tiene en el original inglés. Bien sé yo que el autor  
francés desconoce *Los intereses creados*, como todas mis obras; le bas-  
taba con acordarse de Molière y de Reynard para ampliar la figura de  
Mosca, que es el criado pícaro del teatro latino, de la comedia italiana,  
del teatro francés y de nuestro teatro clásico.

Presumir de absoluta originalidad es la más pueril de las presunciones.

Para creer que se ha hecho algo nuevo es preciso una falta de cultura y  
una sobra de atrevimiento o de ignorancia, incompatibles con el acierto  
en la menor obra emprendida.

El Señor nos preserve siempre de toda vanidad, hasta de la de no creer-  
nos vanidosos, que, por lo que tiene de inconsciente, es la más ridícula  
vanidad<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Jacinto Benavente, «Hoy hace años... veintitrés del estreno en Lara de *Los intereses creados*», p. 49.

Zanjaba así la discusión y no le faltaba razón al dramaturgo: insistir en ese aspecto es desconocer la poética carnavalesca que caracteriza la escritura de la farsa como género que no procede nunca con voluntad realista, sino como puro juego teatral. Evitamos por ello aquí hacer recuento alguno de fuentes concretas y consideramos más conveniente intentar penetrar en la poética teatral que sustenta la teatralidad de *Los intereses creados*, farsa a nuestro entender de estirpe cervantina por su permeabilidad y por la amplitud de horizontes con que fue escrita<sup>18</sup>.

Nadie discute que *Los intereses creados* forma parte del *canon* de la literatura española en la categoría máxima: una obra *clásica*. Y, sin embargo, rara vez llega a los escenarios españoles y ha desaparecido de las listas de lecturas en los programas de educación, aunque es la obra más célebre de su autor, que hace ya más de un siglo recibió el Premio Nobel de Literatura. De entrada, por lo tanto, la rodean dos paradojas: una obra y un autor cumbres de una tradición literaria malviven en lo más hondo de las historias literarias.

Así las cosas, no es extraño que se siga editando de manera rutinaria, siguiendo criterios fijados hace más de medio siglo. El peso de las opiniones de Dámaso Alonso y de Fernando Lázaro Carreter están resultando más una losa que un acicate para su lectura, no digamos ya para su representación, que es una causa imposible en un país que ha perdido la noción de repertorio teatral y como mucho revisita a sus clásicos al albur de efemérides y al amparo de las consiguientes subvenciones.

Para explicar la farsa la *crítica hidráulica* o de fuentes sigue acudiendo todavía tozudamente a los referentes de la *commedia dell'arte* y a la comparación que Dámaso Alonso hizo con *El caballero de Illescas*, de Lope de Vega y poco más. La fijación textual y las aclaraciones de la farsa continúan sin avanzar de la anotación escolar de Lázaro Carreter. Otras referencias de fuentes se quedan diluidas aunque, como se verá, resultan mucho más iluminadoras para la comprensión de la farsa. Sólo de tarde en tarde alguien ensaya una relectura, pero los estudios académicos sobre don Jacinto parecen una y otra vez abocados al silencio<sup>19</sup>.

Avala a *Los intereses creados* lo mejor que puede presentar una pieza teatral: su teatralidad. Es su mejor cualidad y su coartada frente a quienes descalifican el teatro benaventino como caducado, argumentando que como mucho tiene un valor de documento de época. Como si esto fuera un demérito, que no lo es. Asunto distinto y razonable es que se pida algo más a una pieza teatral para considerarla canónica, cualidad que *Los intereses creados* tiene de sobra. Y por ello volvemos aquí a recalcar su lugar excepcional dentro del movimiento renovador de *reteatralización* que vivió el mejor teatro de su tiempo, anunciando las vanguardias y su radical cuestionamiento de la tradición realista.

<sup>18</sup> Este apartado sintetiza las claves de lo estudiado, con mayor detenimiento, por Jesús Rubio Jiménez, «De Cervantes a Benavente: *Los intereses creados*, un nuevo Retablo de las maravillas», en Enrique García Santo-Tomas (ed.), *El teatro del Siglo de Oro ante los espacios de la crítica*, Madrid, Iberoamericana / Vervuert, 2002, pp. 173-202.

<sup>19</sup> Dámaso Alonso, «De *El caballero de Illescas* a *Los intereses creados*», *Revista de Filología Española*, L, 1967, pp. 1-24; Jacinto Benavente, *Los intereses creados*, ed. Fernando Lázaro Carreter, Madrid, Cátedra, 1976.

Los indicadores genéricos de *Los intereses creados* inscriben la farsa en este nuevo horizonte: «Es una farsa *guiñolesca*, de asunto disparatado, sin realidad alguna», como anuncia en el «Prólogo» Crispín, que la sitúa, por lo tanto, en los antípodas del teatro realista: «sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos o fantoches de cartón y trapo, con groseros hilos, visibles a poca luz y al más corto de vista». Por si quedara alguna duda, Silvia reitera este carácter de «muñecos» de los personajes en la última intervención, estableciendo ahora una comparación entre los cordelillos groseros que los mueven —los intereses, las pasioncillas— y los que tiran de los seres humanos. La farsa es, en definitiva, una reflexión sobre los comportamientos humanos, aunque presentados de manera oblicua.

El «Prólogo» y este en cierto modo breve epílogo ofrecen las claves de la poética de la farsa. Se evocan en ellos modos teatrales y hasta aparecen citados varios dramaturgos. Se evocan formas teatrales populares que proporcionaban savia nueva para la *reteatralización* pretendida, que consistía sencillamente en una utilización consciente de temas y recursos teatrales sancionados por la tradición con los que se elaboraban nuevas propuestas. *Los intereses creados* se nutren de la elástica poética intersticial de la farsa con su carácter lúdico y la ostentación de los propios recursos teatrales que la van construyendo. Y se insiste, además, en que su finalidad es instruir al débil, mostrando el poder de la astucia para vencer al fuerte.

Ahí está la singularidad de esta «farsa *guiñolesca*» de cuyas raíces habla el dramaturgo en el «Prólogo»: la «antigua farsa» del teatro profano popular de los siglos XVI y XVII, la *commedia dell'arte* y autores como Tabarin, Lope de Rueda, Shakespeare y Molière (sus hábiles criados Scapin y Sganarelle). En otras declaraciones añadió Benavente los nombres de Regnard (de *Le légataire universel* provendría Crispín) o Beaumarchais (Fígaro en *El barbero de Sevilla*, siempre superior a las circunstancias).

El referente más analizado ha sido la *commedia dell'arte*, pero centrándose más en sus rasgos arquetípicos, en sus distintas máscaras, que en su evolución histórica y el papel que jugaba en la renovación teatral del cambio de siglo, que es el verdadero referente que importa. La *commedia dell'arte*, en efecto, fue enriqueciendo los modelos tradicionales con numerosas variaciones sobre sus temas y géneros y personajes<sup>1</sup>.

Son tantas las posibles fuentes porque es obra que se parece a muchas obras de todos los tiempos y de todos los países, como reconocía Benavente. Se ha abundado después señalando otros referentes con mayor o menor fortuna y una consideración morosa del tejido de *Los intereses creados* da lugar a un extenso mosaico de modelos posibles. Por este lado, no obstante, se puede continuar haciendo aportaciones siempre que no se olvide lo fundamental: que es una farsa de muñecos y no de personajes. Es decir, que no tienen psicología ni entidad humana alguna, sino que son soportes que permiten el juego escénico. En nuestra opinión, lo que mayor mal ha hecho a *Los intereses creados*

<sup>1</sup> David George, *The History of the Commedia dell'arte in Modern Hispanic Literature with Special Attention to the Work of García Lorca*, Lewinston, The Edwin Mellen Press, 1995.

cuando ha sido representada ha sido la traición a su poética farsesca, llevando la representación hacia una supuesta naturalidad.

Justamente ahí reside la mejor parte de su teatralidad: en la utilización consciente de la tradición para construir una pieza nueva. La base de la *reteatralización* es el conocimiento exhaustivo de la propia historia del teatro, que el dramaturgo moderno utiliza como una herramienta para su escritura. Y como tal farsa se debería representar, atendiendo a como los diferentes elementos utilizados en su construcción contribuyen al juego escénico.

De otro modo se cae en el psicologismo, como le sucedió a Dámaso Alonso en su por otro lado brillante comparación con *El caballero de Illescas*. Explicaba que Benavente había rehecho los «monólogos dialogados» de Juan Tomás, desdoblando al personaje en Leandro y Crispín. No es convincente, porque, insistimos, no hablamos de personajes, sino de muñecos. Y aun suponiendo que admitiéramos que Benavente realizara este desdoblamiento, éste sería ahora cuádruple, ya que los personajes benaventinos Leandro y Crispín tienen momentos en que muestran su conciencia entre quienes son —dos *pícaros*— y el personaje que representan: amo y criado en el juego escénico. No es un asunto de desdoblamiento psicológico sino escénico lo que importa a Benavente. Son las posibilidades de juego y no una supuesta complejidad interna lo que explora. En la farsa, los personajes no son, sino que *representan*.

Ahí está el meollo de *Los intereses creados* y la necesidad de mirar hacia otros lados para encontrar claves de lectura más productivas: la novela picaresca y cómo experimentó con ella Cervantes, mediador privilegiado entre la tradición de la «antigua farsa» y la «nueva farsa» que propone Benavente. Al igual que Cervantes, opera con una gran libertad con los escritos anteriores para crear algo diferente. Benavente no realiza una imitación arqueológica para poner en pie una farsa en una imprecisa ciudad italiana del siglo XVII, sino que utiliza recursos de aquella tradición para construir una farsa moderna mediante la cual realiza una aguda crítica oblicua de la sociedad contemporánea<sup>2</sup>.

La asociación de *Los intereses creados* con Cervantes no es nueva. Lo hizo ya el crítico teatral Eduardo Gómez de Baquero en 1908, pero no sacó las consecuencias que procedían. Tal vez fue Amado Alonso quien en 1929 mejor atisbó el juego picaresco resaltando cómo el pícaro Crispín maneja los resortes, hasta tal punto que pudo hablar de la farsa como «comedia picaresca» donde vemos el mundo sobre todo «desde las pupilas de Crispín»<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Sobre ese aspecto: Carlos Blanco Aguinaga, «Cervantes y la picaresca. Notas sobre dos tipos de realismo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XI, 1957, pp. 313-342; Claudio Guillén, «Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y los inventores del género picaresco», en *Homenaje a Antonio Rodríguez Moñino*, Madrid, Castalia, 1966, vol. I, pp. 221-231; Gonzalo Sobejano, «El coloquio de los perros en la picaresca y otros apuntes», *Hispanic Review*, XLIII, 1975, pp. 25-41 y «De Alemán a Cervantes: monólogo y diálogo», en *Homenaje al profesor Muñoz Cortés*, Murcia, Universidad de Murcia, 1977, pp. 25-41.

<sup>3</sup> Eduardo Gómez de Baquero, «Crónica literaria. *Los intereses creados*, comedia en dos actos, de D. Jacinto Benavente», *La España Moderna*, 229, enero de 1908, pp. 169-178; Amado Alonso, «Conferencia sobre lo picaresco en la literatura picaresca», *Anales de la Institución Cultural Española*, Buenos Aires, 1919-1930, p. 387.

La cercanía de la escritura de nuestra farsa a las conmemoraciones del tricentenario de la primera parte del *Quijote* en 1905 y las numerosas exégesis de la obra cervantina a que dieron lugar deben examinarse, en nuestra opinión, para comprender mejor la textura del texto benaventino. En Cervantes encontraron un reservorio de finos recursos de teatralidad los dramaturgos españoles empeñados en *reteatralizar* nuestro teatro. Basta recordar las farsas de Valle-Inclán, el *Retablo de Maese Pedro* de Martínez Sierra y Falla o *La zapatera prodigiosa*, farsa furiosa de García Lorca.

Jacinto Benavente se adelantó a todos ellos. Comprendió pronto la literatura de Cervantes y exploró sus procedimientos de búsqueda de la verdad, preocupado como estaba por desvelar apariencias. Cultivó el arte del diálogo como pocos en su tiempo y no sólo en el teatro sino en la crónica periodística y aun en la conferencia —bisturí perfecto para sajar las verdades absolutas y relativizarlas— y hasta publicó en 1908 en *El Cuento Semanal* un *Nuevo coloquio de los perros*, fruto de sus indagaciones cervantinas. El lugar de Cipión y Berganza lo ocupan ahora Ninchi y Darling, el primero un perro golfo, sucio y maltratado, deslenguado y ácidamente crítico en sus comentarios. Por su parte, Darling es un perro de pelo negro y sedoso, nacido en París y que habla varios idiomas. El narrador del relato —un «empecatado trasnochador madrileño»— escucha y transcribe su coloquio del que se deduce una acerba crítica del mundo de apariencias y cómo «no hubo jamás en el mundo collar de verdades que no fuera engarzado en el hilo de una mentira». Benavente hizo suyo el modelo cervantino con gran finura y mediante el diálogo de los dos canes desveló el mundo de apariencias y mentiras en que se desenvuelven los hombres. Urdió así una sátira de la vida moderna al igual que había hecho meses antes con *Los intereses creados*, pero aquí construyendo un artefacto literario más complicado, situándolo en el pasado y recurriendo a variados recursos que exprimió con agudeza<sup>4</sup>.

Algunos de ellos, como en el *Nuevo coloquio de los perros*, provienen de la tradición picaresca utilizada al modo cervantino: abriendo su cerrado mundo mediante la duplicación de los protagonistas y construyendo relatos abiertos en los que estos se van haciendo mediante la acumulación de experiencias, que van asimilando y a la que contribuye decisivamente su actitud dialogante. Leandro y Crispín encuentran una explicación completa en la tradición picaresca mucho mejor que en la apelación simplista, por general, que a veces se ha hecho entre un supuesto personaje idealista (Leandro) y otro pragmático (Crispín), que corresponderían al amo (don Quijote) y al criado (Sancho).

Benavente no presenta a un caballero y a su criado, sino a dos rufianes, dos *pícaros*, que se hacen pasar por lo que no son. El cambio potencia enormemente las posibilidades teatrales. Dos pícaros que vienen huyendo de la justicia y que además, uno de ellos, Crispín, estuvo condenado a galeras, es un *galeote*. Sorprende que se haya señalado tan poco esta filiación que nos introduce en

---

<sup>4</sup> Jacinto Benavente, *Nuevo coloquio de los perros*, *El Cuento Semanal*, 93, 1908, s. p., con ilustraciones de Juan Francés. Un comentario más detallado en Rubio Jiménez, «De Cervantes a Benavente», pp. 181-183.

los entresijos de la farsa, conduciéndonos directamente a Cervantes, a algunos célebres episodios quijotescos y en general a su obra completa. El rendimiento teatral del juego es extraordinario: la escena séptima del acto primero es muy reveladora y en ella se encuentran frente a frente Crispín y Polichinela. Para Polichinela, Crispín es el pasado que vuelve:

¿No recordáis de mí? No es extraño. El tiempo lo borra todo, y cuando es algo enojoso lo borrado, no deja ni siquiera el borrón como recuerdo, sino que se apresura a pintar sobre él con alegres colores, esos alegres colores con que ocultáis al mundo vuestras jorobas. Señor Polichinela, cuando yo os conocí, apenas las cubrían unos descoloridos andrajos. [...] Yo era un mozuelo, tú eras ya todo un hombre. Pero ¿has olvidado ya tantas gloriosas hazañas por esos mares, tantas victorias ganadas al turco, a que no poco contribuimos con nuestro heroico esfuerzo, unidos los dos al mismo noble remo en la misma gloriosa nave?

*Los intereses creados* es una farsa de *pícaros* y *galeotes*. Uno en la cumbre de su buena fortuna (Polichinela); otro en situación de miseria pero exigiéndole que reme por él y por su supuesto amo, también *pícaro* aunque no *galeote*: «Rema por mí, por el fiel amigo de entonces, que la vida es muy pesada galera y yo llevo remando mucho», pide Crispín.

Se trata por tanto de una farsa de pícaros dispuestos a salir adelante a cualquier precio y por cualquier procedimiento. Polichinela lo logró mediante el crimen sin escrúpulos: la relación de los amos a los que se sirvió es inevitable en cualquier novela picaresca, la historia de los crímenes de su biografía. Crispín, que bien lo sabe, se lo espeta con estas palabras: «O harás conmigo como con tu primer amo en Nápoles, y con tu primera mujer en Bolonia, y con aquel mercader judío en Venecia...». El pasado de Polichinela es turbio. Compró honores y reconocimiento social y Crispín quiere alcanzar un triunfo similar: «Soy... lo que fuiste. Y quien llegará a ser lo que eres... como tu llegaste». Aprendió bien la lección de galeras y le dirá después a Leandro: «Medité un tiempo en galeras, donde esta conciencia de mi entendimiento me acusó más de torpe de que pícaro. Con más picardías y menos torpeza, en vez de remar en ellas pude llegar a mandarlas. Por eso juré no volver en mi vida».

Y no es todo. Aún hay otro pícaro más: el Hostelero. El Capitán, dispuesto a batirse, lo señala como tal en la escena cuarta del acto primero: «Voto a..., que sí la emplearé [*la espada*] escarmientando a un pícaro!». Y en la discusión se va completando su retrato de pícaro sobre todo con la referencia a sus «pasteles de liebre», que Crispín, resolviendo el dicho, describirá mejor como «empanadas de gato». La identificación entre hostelero o ventero con ladrón viene de lejos y Mateo Alemán y Cervantes así los calificaron, mostrando que robaban a placer, haciendo bueno el refrán de Covarrubias: «Venteros y gatos, todos son latros»; y además vendiendo «gato por liebre». El juego de Benavente con estos referentes y expresiones no es una casualidad.

No faltan estos venteros ladrones en Cervantes, que en el *Quijote* los emparenta con Caco. Recordemos que en la venta donde don Quijote es armado caballero, el ventero «era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no

menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje». Había viajado por los más conocidos parajes de la picaresca

Y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay en casi toda España, y que, a lo último, se había venido a recoger aquél su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas.<sup>5</sup>

Palomeque en su venta nutre la construcción del Hostelero y su entorno en la farsa de Benavente. Más soterrado, pero no menos evidente, anda el recuerdo de otro célebre pícaro cervantino: Ginés de Pasamonte, *pícaro y galeote*, que va ofreciendo con su retablo funciones con fantoches y jugando un papel no muy diferente al de Crispín desde el prólogo de la farsa: repartiendo papeles, dirigiendo las acciones y metamorfoseándose continuamente. También Crispín es proteico, en él todo es apariencia y teatro y lo crea y cambia según su antojo en situaciones que lo facilitan: la venta, la fiesta. Actúa como un maestro de ceremonias en lugares donde el engaño es permanente. Nada es lo que parece. El vestuario determina la identidad y con el vestido se cambia de identidad, da igual que sea llegando disfrazados a una venta o disfrazándose para una fiesta.

Lo importante es ser capaz de engañar a los demás adoptando la identidad fingida que se requiere en función de los intereses y las circunstancias para así poder ir creando una red de intereses que los lleven al fin pretendido de triunfo social mediante un ventajoso matrimonio de Leandro con Silvia, que permitirá que casi todo el mundo encuentre una salida conveniente.

Leandro y Crispín actúan como las parejas de pícaros cervantinos y como los protagonistas de *El gato con botas* tal como lo dejó escrito Perrault. Gato y dueño —Crispín y Leandro respectivamente— unidos por el infierno componen una pareja imparable gracias al ingenio del gato, que librará a su dueño de la miseria. Buero Vallejo recordó en 1983 unas tardías declaraciones de Benavente, que no dejan duda alguna sobre la impronta del célebre cuento en la construcción de su pareja de pícaros, que refuerza el carácter sincrético, y clásico tradicional, de *Los intereses creados*. El gato hace de las necesidades virtud y con ingenio logra salvar el pellejo —su amo pensaba hacerse un gorro con su piel— y que realice un ventajoso matrimonio del cual se beneficiará. Comerán al final buena liebre en vez de gato. Idea acciones que conducen a su ingenuo amo hasta palacio y a emparentar con el rey. Benavente crea una síntesis entre la pareja de Perrault y la pareja de pícaros al cervantino modo, que se ensamblan en la farsa con singular gracia<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. dir. por Francisco Rico, Madrid, Real Academia Española, 2015, vol. I, pp. 51 y 55-56. Véase Javier Salazar Rincón, «De ventas y venteros: tradición literaria, ideología y mimesis en la obra de Cervantes», *Anales Cervantinos*, XXXIII, 1995-1997, pp. 85-116.

<sup>6</sup> Antonio Buero Vallejo, «*Los intereses creados*, todavía», en *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, 1983, pp. 107-112.

Habilidad en las acciones ideadas, pero sobre todo habilidad lingüística extraordinaria que logrará que sus mentirosas palabras acaben siendo ciertas como por arte de magia. También hay un uso casi mágico de las palabras en *Los intereses creados*. A la vista de la habilidad de Crispín para cambiar las situaciones con sus palabras, Colombina lo calificará como mago. Es Crispín en este ritual, como indicó Rodolfo Cardona, «el Maestro de la Palabra, autor, director y actor principal»<sup>7</sup>. Él rige y dirige ese mundo que se va desplegando ante los ojos cómplices aunque cada vez más atónitos de los espectadores. Todo invita a insistir en el carácter fronterizo de esta «farsa *guiñolesca*» donde se mezclan tiempos y espacios para dar lugar una prodigiosa teatralidad. El demiurgo que lleva a cabo las operaciones necesarias es Crispín, un pícaro y un gato que acabará engañando y robando a otro pícaro y gato no menos maleado que él: Polichinela. Los diferencia la habilidad verbal de Crispín, cumpliendo así uno de los axiomas indispensables de la farsa: con su habilidad y astucia, el débil vence la fuerza del poderoso.

Cervantes potenció hasta lo indecible en su literatura la apropiación de la realidad mediante la palabra y mediante la conciencia de saber quién se es y quien se quiere ser. La voluntad de ser quien quiere ser impulsa a Crispín como a don Quijote («yo sé quién soy») o a Ginés de Pasamonte. No le arredra llegar disfrazado con Leandro a una ciudad desconocida sino que pronto diseña un plan para conquistarla sabiendo que «Hombres somos, y con hombres hemos de vernos». Poseen dos recursos: unos buenos vestidos y su ingenio. Los primeros los dotan de una identidad señorial y con el segundo tendrán que hacerla valer, convirtiendo lo que no es sino apariencia en realidad. De su habilidad dependerá el logro de su proyecto. Crispín sabe de la importancia del buen vestir como disfraz imprescindible para triunfar en sociedad. El traje —el disfraz— otorga una supuesta identidad, es una segunda piel imprescindible para moverse socialmente y también para interpretar y teatralizar sobre la escena. Por eso dirá: «¡Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece».

Y todavía maneja mejor otro disfraz, el más sutil: las palabras. Las palabras adecuadas y oportunas de Crispín, combinadas con el silencio cauto y misterioso de Leandro, deberán hacer que los demás no descubran que son unos pícaros disfrazados; y que por el contrario los doten de una identidad diferente: la de un rico señor que viaja de incógnito acompañado por su criado. La palabra y el silencio aliados lograrán conquistar la ciudad. Lo que importa es que se utilicen con tino. Son complementarios como lo son Crispín y Leandro.

La lección cervantina es también aquí decisiva. El *pícaro* es de por sí proteico y mentiroso, predisposto a adoptar las apariencias que la situación requiera. Cervantes apuró la exploración de estas posibilidades, haciendo que,

<sup>7</sup> Rodolfo Cardona, «El poder de la palabra en *Los intereses creados*, de Benavente», en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Verlag / Frankfurt am Main, Iberoamericana Vervuert, 1989, pp. 195-200.

además, sus pícaros gustaran del teatro y hasta fueran cómicos. El ventero Palomeque se embarca con entusiasmo en la farsa de armar caballero a don Quijote. Otros personajes suyos aun van más lejos y llegan a ser comediantes, profesión fronteriza con la picardía más de una vez. En *El coloquio de los perros* se recuerda que Berganza fue actor. Célebres retablos cervantinos son el de las Maravillas, donde Chanfalla y Chirinos son capaces de hacer ver lo que no existe, y el de Maese Pedro, donde Ginés de Pasamonte reaparece convertido en titiritero. El estafador Pedro de Urdemalas es también autor de comedias y representante de su vida. La habilidad verbal es común a todos ellos y otro tanto sucede en la farsa benaventina donde Crispín, gran mago de la palabra, es encargado de hacer ver a los otros la supuesta nobleza de Leandro hasta convertirlo en valiosa mercancía apetecida en la ciudad a la que han llegado:

Somos los hombres como mercancía, que valemos más o menos según la habilidad del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que, así fueras de vidrio, a mi cargo corre que pases por diamante.

Mundo es este de toma y daca; lonja de contratación, casa de cambio, y antes de pedir, ha de ofrecerse.

Crispín demostrará una habilidad verbal incomparable, atrapando con la miel de sus palabras a cuantos se cruzan por su camino, menos a quienes tienen que ver con la picardía —Polichinela, doña Sirena cuando reaccione y se procure más datos sobre él— porque tienen habilidad para fingir y para desvelar fingimientos. Su enfrentamiento con Arlequín y el Capitán para arrastrarlos a su causa es asunto fácil para él desde su primer encuentro; en el cuadro segundo, salvando a doña Sirena y a Colombina de su mala situación con promesas, las gana igualmente. Las supuestas riquezas de Leandro le dan crédito ante Pantaleón... Y cuando se descubra su estrategia de ir creando intereses, aún será capaz de convencerlos a todos con palabras de que lo que más les conviene para salvar sus intereses es que ayuden a que se casen Leandro y Silvia.

Como buen personaje de estirpe cervantina Crispín es capaz de engañar con la verdad. Ya en la escena tercera del primer cuadro echa mano a frases de doble sentido (recto para los espectadores avisados, engañoso para los personajes de la farsa). Dirigiéndose a los criados, advierte: «Y tened en cuenta a quien servís, que la mayor fortuna o la mayor desdicha os entró por las puer tas». También previene al Hostelero: «¡Callad, callad, que no sabéis a quien tenéis en vuestra casa, y si lo supierais no diríais tantas impertinencias!». No es difícil aducir otros ejemplos: en la escena cuarta de este cuadro, tras haber logrado que sirvan a Arlequín y a El Capitán, cuando sugieren que cómo podrán pagárselo se descuelga con rotundidad: «¡Nadie hable aquí de pagar, que es palabra que ofende!».

No sólo sabe engañar con palabras, sino con la verdad de los hechos. El maleado Polichinela conoce que, como él, es en realidad un pícaro con quien tiene que vérselas. No es fácil urdir un engaño en el que caiga, salvo que sea la propia verdad y así se lo explica Crispín a Leandro: «Sí, al señor Polichinela no

es fácil engañarle como a un hombre vulgar. A un zorro viejo como él, hay que engañarle con lealtad». Y así lo hará, impulsándolo a que aparte a su hija Silvia de Leandro, para que no la seduzca. Pero lo hace a sabiendas de que ha prendido en ella la llama del amor y que cuanto más procuren alejarla, más intensamente se unirá a Leandro. Le engaña, por tanto, con la propia verdad. Crispín sabe que el mejor disfraz es el lenguaje si se sabe utilizar con finura: «¿No es así la vida, una fiesta en que la música sirve para disimular las palabras y las palabras para disimular pensamientos? Que la música suene incesante, que la conversación se anime con alegres risas, que la cena esté bien servida...». Y sabe también el valor de la opinión de los otros sobre uno mismo, así que una vez introducido en el mercado su producto —la supuesta nobleza y la riqueza de Leandro— hace lo posible para que ande en boca de todos. Convierte en pregoneros de su mercancía a Arlequín y El Capitán; luego suma a doña Sirena y Colombina con quienes pacta su apoyo; se añaden después Laura y Risella... La estrategia estaba ya muy bien desarrollada en *El gato con botas* donde este lograba por convencimiento o con amenazas que todos los que se va encontrando a su paso hagan una loa de su amo.

La palabra, en definitiva, es tanto un instrumento de revelación como de ocultación si se domina su uso. Crispín y Leandro hablan continuamente y Crispín (la voz de la experiencia) le va transmitiendo enseñanzas a Leandro, sobre todo en la primera escena o después cuando queden solos en la escena novena del segundo cuadro y en la cuarta del cuadro tercero. En las tres, el maestro experimentado aconseja al joven inexperto, según el clásico esquema del *puer* y el *senex*. Son momentos en que la farsa adquiere un tono de coloquio cervantino, de diálogo inacabado y abierto hacia el futuro. No falta cierto cinismo en Crispín, pero es así como puede ir desengañando al joven Leandro del mundo y de paso reflexiona acerca de que el mayor engaño es el que le sucede a uno mismo con el amor.

Y fue así como Benavente fue urdiendo su farsa con episodios cada vez más disparatados, pero acertando a darles una solución teatral brillante. Tan solo al final, ya relajado, Crispín cede la palabra a Silvia para que introduzca un mensaje positivo acerca del amor. El viejo *pícaro galeote* no podría suscribir tales palabras, así que se retira con sus melancólicas reflexiones sobre la condición humana. La clave del éxito de *Los intereses creados* está en la brillantez de su diálogo de texturas cervantinas. Brilla el poder creador de la palabra, capaz de levantar mundos ficticios a la vez disparatados y reveladores de los laberintos de los comportamientos humanos, en función de sus intereses creados y sobrevenidos en el transcurso de la vida. Y de ahí que, pese a todo, siga tan viva y resulte tan actual.

# Benavente, gloria nacional: el homenaje de la Asociación de Actores Españoles

**VOLVAMOS AL MOMENTO Y A LA NARRACIÓN DE LAS CIRCUNSTANCIAS QUE** hicieron posible el trabajo de Gabriel Ochoa sobre *Los intereses creados*. Después de su clamoroso éxito en el estreno y de los sucesivos reconocimientos *sacralizadores* que fue sumando, la farsa se siguió representando en numerosos escenarios. Jacinto Benavente, como era natural, hizo cuanto estaba en su mano para que la comedia de polichinelas continuara llenando los teatros y se difundiera entre el público. De forma paralela a su reconocimiento como obra clásica del teatro español, la glorificación del dramaturgo también continuó creciendo, hasta que su consideración pública cristalizó en gloria y celebridad nacional y fue aclamado como un creador a la altura de los mayores clásicos de literatura castellana, arrebatándole el trono de Talía a Lope y a Tirso y a Calderón; como la encarnación de lo más elevado de un supuesto genio nacional; como una nueva *plenitud española*<sup>1</sup>.

El 5 de junio de 1912 la Real Academia España concedió el Premio Espinosa y Cortina a *Los intereses creados*, cuya candidatura había presentado en marzo del año anterior, cuando se convocó el premio, el escritor y periodista José Jurado de la Parra, íntimo amigo de Benavente, que ya le había dedicado la comedia *Gente conocida. Escenas de la vida moderna* (1894). La institución encargada de velar por la lengua y literatura españolas reconocía así la farsa como la mejor pieza del teatro español estrenada en el lustro de 1903-1907, según el carácter del galardón, que en sus dos ediciones anteriores había recaído en *Mariana* de José Echegaray y en *María del Carmen* de José Feliú y Codina.

El premio se concedió a Benavente en un momento en que su popularidad era extraordinaria. Reconocido como el autor dramático español más considerado, se distinguía una obra que se había consolidado ya como su

---

<sup>1</sup> Antonio Martín Barrachina, *Jacinto Benavente, plenitud española. Historia de una apoteosis nacional en la España de 1912*, Madrid, Guillermo Escolar, 2024, donde se estudia con detalle el proceso, que sintetizamos en las páginas siguientes para situar el origen y el sentido del homenaje de los actores con el código de Ochoa.

pieza más admirada. El reconocimiento institucional, en consecuencia, acentuaba la glorificación del dramaturgo, remachando el lugar de *Los intereses creados* en el sitio del teatro clásico español.

De forma unánime, la opinión pública celebró con entusiasmo la concesión del premio a «esa verdadera joya del arte dramático», en palabras de *ABC* y *La Época*, y felicitó efusivamente a su autor. Los periódicos coincidían al entenderla como un acertado acto de justicia que se correspondía con lo sancionado por el aplauso del público a la «genial comedia». El parecer de *La Correspondencia de España* resume el cariz de las informaciones ofrecidas por cabeceras nacionales y regionales durante esas semanas:

la distinción representa en este caso algo mucho más estimable y perenne, cual es el acto de justicia, de sana y recta justicia, que ha inspirado la docta Corporación al concederle. Por todos los admiradores de las clásicas y de las presentes glorias de nuestro Teatro habrá sido acogido con aplauso entusiasta y sincero este acierto de la Real Academia Española [...] el eminent autor merece felicitaciones por haber visto refrendado por la Academia el voto unánime del público y de la crítica, que han proclamado a *Los intereses creados* como una de las mejores obras contemporáneas<sup>2</sup>.

En el clima favorable que propició la celebración pública del premio a *Los intereses creados*, el 12 de junio José Echegaray, Jacinto Octavio Picón y José Rodríguez Carracido presentaron la candidatura de Jacinto Benavente a la Real Academia Española para cubrir la vacante de Marcelino Menéndez Pelayo, fallecido el 19 de mayo y titular durante tres décadas del sillón I. En ese momento, el reconocimiento institucional a Benavente y su obra en España se sumaba al éxito europeo que había alcanzado la farsa, traducida al inglés como *The Bias of the World* («El prejuicio o el sesgo del mundo») y representada en la Stage Society de Londres. «Ya era hora de que en España, y fuera de España, se le otorgaran todas las preeminencias a que tiene derecho», celebraba *Caranichel* [Ricardo J. Catarineu] en su célebre crónica teatral<sup>3</sup>.

La candidatura de Benavente contó con el respaldo mayoritario de la opinión pública. A lo largo del verano abundaron los testimonios que prueban cómo su consideración cristalizó en gloria y celebridad nacional. Su presencia se requería desde distintas regiones del país para las festividades del estío y él correspondió con su asistencia, una buena disposición que puede estimarse propicia para favorecer la aclamación de que sería objeto desde todo el país en las semanas próximas. Así, votado por una rotunda mayoría, el 18 de octubre Jacinto Benavente fue elegido académico de número de la Real Academia Española. La correspondencia de la decisión académica con el sentir general legitimaba el acierto de la elección para la opinión pública. «Esta vez se puede decir con verdad —sancionaba Eduardo Gómez de Baquero en *Nuevo Mundo*—

<sup>2</sup> «Un premio a Benavente», *ABC*, 2 de junio de 1912, p. 13; «Premio a Jacinto Benavente», *La Época*, 2 de junio de 1912, p. 3; *La Correspondencia de España*, 2 de junio de 1912, p. 6.

<sup>3</sup> *La Correspondencia de España*, 14 de junio de 1912, p. 6.

la obligada frase de que tanto se abusa, y con tan poca convicción a veces, en conversaciones, discursos y escritos: La Academia y Benavente están de enhorabuena». «¡Privilegio grande, que lo admitiese la Academia! ¡Pero privilegio mayor, que lo jaleen los unos y los otros», escribiría el padre Eguía Ruiz recordando «la boga de un superhombre» que se concedió a Benavente, el triunfo de «una reputación tan alta y superior a la de otros notables dramaturgos, que apenas es ya posible tiro tan elevado y certero que pueda menoscabarla»<sup>4</sup>.

Nunca, sin embargo, llegó el dramaturgo a leer —ni a escribir— su discurso de ingreso, requerido para verificar su incorporación a la Española. En la correspondencia que mantuvo con Antonio Maura, director de la corporación entre 1913-1925, se aprecia con claridad cómo iba posponiendo el compromiso, alegando su gran ocupación en la escritura de sus piezas teatrales; proyectándolo para en cuanto aquella le diera un respiro y asegurando, otras veces, ponerse de inmediato a ello... «y salga lo que salga». Al final, resuelto a no ingresar, en 1939 pidió que se declarara vacante su puesto, a lo que la Academia correspondió en 1946 nombrándolo académico de honor<sup>5</sup>.

Pero volviendo a nuestros intereses de 1912, la concesión del Premio Espinosa y Cortina en junio y su elección como académico en octubre fueron el catalizador para que la consideración de su imagen pública triunfara como gloria y celebridad nacional, merced a los numerosos homenajes que se le rindieron de manera inmediata. En efecto, a renglón seguido de la noticia de su elección ya se hablaba de hacerle un homenaje nacional, «idea que fue iniciada y amparada por muchas personalidades literarias, artistas y políticos». La iniciativa conmemorativa nacional fue muy bien acogida por el conjunto de la opinión, que la consideraba de justicia. Los periódicos recibieron infinidad de cartas que planteaban propuestas, manifestaban adhesiones y solicitaban su concurso. Aunque se comenzó a hablar de representaciones en Aranjuez, banquetes, proyectos de edición de sus obras y erección de monumentos en Madrid, la determinación que se fue imponiendo consistió en el montaje de una obra benaventina en todos los teatros de España y en el mismo día<sup>6</sup>.

La idea se acomodaba a los deseos del propio Benavente, que inmediatamente reaccionó a la vorágine conmemorativa de que era objeto. El 21 de octubre, en su artículo «De sobremesa» de *El Imparcial*, agradecía las numerosas manifestaciones de reconocimiento pero rehusaba las habituales formas de gratitud ostentosas para proponer en su lugar una muestra de afecto que lo satisfaría de veras:

<sup>4</sup> Andrenio, «El teatro de la vida. Benavente académico», *Nuevo Mundo*, 7 de noviembre de 1912, p. 3; Constancio Eguía Ruiz, «Un dramaturgo en la Academia: don Jacinto Benavente», en *Literatura y Literatos*, Madrid, 1914, pp. 284-285.

<sup>5</sup> Martín Barrachina, *Jacinto Benavente, plenitud española*, con las cartas, detalles y expedientes de su nombramiento.

<sup>6</sup> «Benavente en la Academia», *La Correspondencia de España*, 19 de octubre de 1912, p. 4; «Elección en la Academia Española. Triunfo de Benavente», *El Imparcial*, 18 de octubre de 1912, p. 1; «La Academia Española elige a Jacinto Benavente», *La Época*, 18 de octubre de 1912, p. 1; «Nuevo académico. Homenaje a Benavente», *ABC*, 21 de octubre de 1912, p. 6.

Sería falsa modestia hacerme el desentendido. Amigos cariñosos pretenden obsequiarme y, con el mejor deseo, acaso no aciertyan con el obsequio de mi gusto. ¿Queréis saber lo que más pudiera satisfacerme? Nada de banquetes, nada de exhibiciones; podéis suponer que por grande que fuera mi vanidad personal, estaría ya bien satisfecha.

Empieza el invierno; hay una obra meritoria que no consigue prosperar, en lucha con la indiferencia: la obra del Desayuno Escolar. Yo os agradecería con toda mi alma que ese fuera el obsequio: contribuir a ella en lo que habíais de contribuir a obsequiarme en otra forma. A todos nos quedaría mejor recuerdo; la buena obra del Desayuno Escolar, atendida, será el mejor obsequio para mí y un obsequio más duradero en el corazón de todos los que nos unamos en el amor a los niños.

Si me creéis capaz de una gran vanidad, permitidme que me envanezca de este modo; si me estimáis lo bastante para creer que llevo más alto el corazón que la inteligencia, ya que por amigos os estimo más que por admiradores, sea el obsequio de corazón a corazón. Así el día que me sienta vanidoso, podré decir: «¡Gracias a mi talento, he procurado el desayuno a muchos pobres niños!» Y el día que me sienta modesto, por lo menos tendré el consuelo de pensar: «¡Yo no tendré mucho talento; pero los pobres niños de las escuelas tienen su buen desayuno en las mañanas del invierno!».

De suerte que ya lo sabéis: con este obsequio no me obsequiáis para un día solo que sería de vanidad; me obsequiáis para muchos días: unos, de vanidad; otros, de modestia, que allá se van alternados, como los días tristes y los alegres; pero todos son buenos cuando sobre su variable temperanza ponemos algo que esté sobre nosotros mismos, sobre nuestras arrogancias o nuestros desalientos<sup>7</sup>.

Las palabras del dramaturgo fueron muy celebradas. Lo revelaban un «hombre de genio y de corazón» y en los días siguientes se reprodujeron en periódicos de toda España, a menudo en las portadas, como muestra de «sentido, fervoroso, aplauso» a su actitud bondadosa y caritativa. No faltaron referencias a su padre, el célebre pediatra Mariano Benavente González (1818-1885), y a su pionera y reconocida labor al servicio del cuidado de la infancia. Y por supuesto se recordó que había sido el iniciador de El Teatro de los Niños, orientado en favor de la educación y el bienestar infantil<sup>8</sup>.

Lo que Benavente proponía en su artículo fue lo acordado. Cumpliendo su deseo, los ingresos recaudados en las funciones del homenaje nacional se destinarían a la asociación caritativa de Madrid. En consecuencia, esa iniciativa fue la que cobró mayor impulso, desestimándose otras, como la inicialmente proyectada por la junta organizadora del homenaje en el Teatro Real.

<sup>7</sup> Jacinto Benavente, «De sobremesa», *El Imparcial*, 21 de octubre de 1912, p. 3.

<sup>8</sup> «El mejor homenaje. Jacinto Benavente y los niños», *La Época*, 23 de octubre de 1912, p. 3; «Homenaje a Benavente, nuevo académico», *ABC*, 22 de octubre de 1912, p. 18. Sobre su Teatro de los Niños, Javier Huerta Calvo, «El Teatro de los Niños, de Jacinto Benavente», *Don Galán*, 2, 2012, pp. 72-80.

No obstante, a pesar de su voluntad, ya lo avisaba Alonso López en la portada de *El Universo* una semana después del rechazo en la sobremesa, «el insigne poeta dramático don Jacinto Benavente va a ser víctima de un homenaje. La cosa es ya inevitable: algunos prohombres de las letras cabildean para este fin y claro es que el día menos pensado surgirá la apoteosis»<sup>9</sup>.

Los escritores de Madrid, liderados por Tomás Borrás, justificaron la obligación de rendir homenaje a «nuestro Benavente» y fueron dando cuenta de la evolución de su iniciativa en las páginas de *La Tribuna*, que se solapó con los proyectos de varias instituciones o la celebración del banquete que el que el domingo 27 de octubre tuvo lugar en el Ateneo, de cuya sección de Literatura era presidente el dramaturgo<sup>10</sup>.

Su propuesta centrada en los niños continuó desarrollándose y adquirió una dimensión verdaderamente nacional cuando, haciéndose eco de las reclamaciones señaladas por la prensa regional, pidió en un nuevo artículo «De sobremesa» que las acciones benéficas se ampliaran también a los niños de provincias, de manera que lo obtenido por cada teatro provincial se dividiría entre el Desayuno Escolar y una institución benéfica local. Los teatros provinciales facilitaron la organización, poniendo sus escenarios al servicio del homenaje al dramaturgo en toda España, y las asociaciones culturales se volcaron con el proyecto<sup>11</sup>.

La popularidad de Benavente no dejó de crecer en el mes que medió entre sus artículos y la realización del homenaje. Semana a semana —cuando no día a día— afloraban nuevas iniciativas, entre las que destacó la de la revista *Nuevo Mundo* y varios críticos teatrales encabezados por Sinesio Delgado de fundar en Madrid un Teatro Benavente donde se representasen de manera preferente y continuada las obras del dramaturgo<sup>12</sup>.

Finalmente, se fijó la fecha del 28 de noviembre de 1912, jueves, como el día en que se representarían las funciones del homenaje nacional. La prensa confirmó que en casi todos los teatros de España se montarían esa noche obras de Benavente. Las representaciones protagonizaron la información cultural de la prensa española durante los días posteriores, aunque los tributos no terminaron ahí, pues hasta finales de diciembre se concedió tiempo para que se celebraran las funciones cuya organización no las hubiera hecho posible la noche señalada. Con todo, se concedió especial atención a las celebradas en Madrid, en particular a la representación de *La noche del sábado* en el Teatro de la Princesa por la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que aunque habían montado el año anterior *Los intereses creados*, llevaban años sin estrenar obras benaventinas. En esas funciones celebradas en los teatros de

<sup>9</sup> Alonso López, «Homenaje a Benavente», *El Universo*, 27 de octubre de 1912, p. 1.

<sup>10</sup> Tomás Borrás, «En honor de Benavente. Los escritores madrileños», *La Tribuna*, 22 de octubre de 1912, p. 3; «El homenaje a Benavente», *La Época*, 27 de octubre de 1912, p. 2; «El homenaje a Benavente», *La Publicidad*, 28 de octubre de 1912, p. 1.

<sup>11</sup> Jacinto Benavente, «De sobremesa», *El Imparcial*, 28 de octubre de 1912, p. 3.

<sup>12</sup> Caramanchel, «El Teatro Benavente. A Sinesio Delgado», *Nuevo Mundo*, 31 de octubre de 1912, p. 9; Sinesio Delgado, «El teatro de Benavente», *Nuevo Mundo*, 7 de noviembre de 1912, p. 24.

Madrid se evidenció, como destacó *La Época*, «la unanimidad con que es admirado Benavente. El insigne escritor tiene su público... que es todo el público»<sup>13</sup>.

«España entera rinde justo homenaje de admiración al más preclaro de nuestros genios», «orgullo y gloria de nuestras Letras», se podría leer en la portada de *La Información* a comienzos de diciembre<sup>14</sup>.

Instituciones como el Ateneo, la Sociedad de Autores, el Teatro Español, periódicos y revistas, asociaciones benéficas, escritores y gentes del teatro de distintos lugares, como hemos visto, habían planteado actos en su honor. El mundo teatral se había implicado de lleno en la celebración del 28 de noviembre, pero aún faltaba otro reconocimiento a su dramaturgo más popular. De ahí, en esa coyuntura y siguiendo el sentido que cobró la celebración nacional del dramaturgo, surge precisamente el códice de *Los intereses creados* de Gabriel Ochoa.

El 29 de noviembre la Asociación de Artistas Líricos y Dramáticos, con sede en la calle del Príncipe, justo al lado del Teatro Español, anunció en *La Tribuna* la apertura una suscripción pública para llevar a término su iniciativa, «acto de justicia y de gratitud»:

#### El homenaje de los actores a Benavente

Los artistas líricos y dramáticos españoles, ofrecen a Benavente por suscripción, una edición «única» impresa sobre pergamino con dibujos originales de los más prestigiosos pintores españoles, de su comedia *Los intereses creados*. La impresión y encuadernación serán estilo siglo XVII.

La Comisión iniciadora y organizadora la forman los Sres. D. Juan Bonafé, don Manuel González y D. Ramón Gatuellas.

Los donativos se recibirán únicamente en la «Asociación de artistas líricos y dramáticos», calle del Príncipe, número 27, de dos a siete de la tarde.

Las listas de suscripción se irán publicando en *La Tribuna* a medida que las vaya facilitando la Comisión.

Todos los artistas escénicos españoles deben contribuir a este homenaje que se rinde al autor favorito de los públicos. Particularmente ellos han de demostrar su admiración y su afecto al insigne dramaturgo. Muchos de ellos han triunfado representando obras suyas y raro será el que en alguna ocasión, no haya puesto en escena alguna de sus producciones.

Estamos seguros de que los artistas españoles no necesitan excitaciones de ninguna clase para enviar su adhesión a este acto de justicia y de gratitud<sup>15</sup>.

La idea fue acogida con entusiasmo; la prensa colaboró activamente en su difusión, informando de las características del proyecto y la manera de contri-

<sup>13</sup> «Homenajes a Benavente», *La Época*, 29 de noviembre de 1912, p. 4.

<sup>14</sup> *La Información*, 2 de diciembre de 1912, p. 1.

<sup>15</sup> *La Tribuna*, 29 de noviembre de 1912, p. 10.

buir a la suscripción. Pocos días después se dieron a conocer ya las primeras aportaciones que, encabezadas por la propia Asociación, María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza y Matilde Moreno, ascendían a 1670 pesetas:

Lista de las cantidades recibidas hasta hoy, y que siguen admitiéndose en la Asociación de Actores, Príncipe, 27:

Asociación de Actores Españoles, 250 pesetas.— Doña María Guerrero, 250.—D. Fernando Díaz de Mendoza, 250,—Doña Matilde Moreno, 250.— Doña Mercedes Pérez de Vargas, 100.—Doña Irene Alba de Caba, 100.—Doña Teodora Moreno, 25.—Doña Adela Carboné, 25.— D. Ricardo Simó Raso, 50.—Doña Mercedes Sampedro, 25.—Doña Leocadia Alba, 25.—D. Constante Viñas, 10.—D. Pedro Sepúlveda, 25.—D. Francisco Fuentes, 100.—D. Jaime Borrás, 100.—D. Delfín Jerez, 5—D. Pedro Cabre, 10.—D. Alejandro Maximino, 10.—D. Germán de Sylas, 10.—D. Manuel Ceballos, 10.—D. José de la Calle, 25, y D. Federico González, 15.—Total, 1.670 pesetas<sup>16</sup>.

La Asociación de Artistas Líricos Dramáticos Españoles —que ese era el nombre completo— había comenzado su andadura a comienzos de 1901 con una aceptación extraordinaria por parte de los actores, deseosos de contar con un Montepío propio. Por ello, alcanzó pronto más de dos mil artistas asociados, cuyas señas y compañías en las que actuaban recogió en un nomenclátor, guía editada a tal efecto desde 1902. En los primeros años se financiaba con las cuotas de los socios y mediante funciones de beneficio en los teatros, actos para los que llegaron a escribirse y estrenarse piezas teatrales como *La leyenda dorada. Revista fantástica en un acto, dividido en seis cuadros, escrita expresamente para la Asociación de Actores Dramáticos y Líricos Españoles y representada a beneficio de la misma en el Teatro Real el 13 de febrero de 1903*, con libreto de Sinesio Delgado y música de Rupert Chapí, editada por la propia Asociación en 1905. Con tal funcionamiento y gracias a estas iniciativas, en 1908 los socios pudieron comprar por 550.000 pesetas la casa donde organizaron la sede definitiva, en la calle del Príncipe 27, compartiendo fachada con el Teatro Español y realizando importantes obras de adaptación. También publicó un *Boletín Oficial de la Asociación de Actores Dramáticos y Líricos Españoles*, que si se localizara una colección completa —o el archivo de la asociación, si sobrevivió a su disolución en agosto de 1933, cuando quedaban muy pocos socios— permitiría trazar su trayectoria, todavía pendiente para la historia del teatro español contemporáneo<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> «Homenaje a Benavente», *La Correspondencia de España*, 9 de diciembre de 1912, p. 6; «Homenaje a Benavente. Por los artistas dramáticos y líricos españoles», *Diario de la Marina*, 9 de diciembre de 1912, p. 2; «Homenaje a Benavente. Por los artistas dramáticos y líricos españoles», *La Publicidad*, 10 de diciembre de 1912, p. 2; *El Heraldo Militar*, 10 de diciembre de 1912, p. 1. De los periódicos que difundieron la propuesta los primeros días de diciembre: «En honor a Jacinto Benavente. Suscripción entre actores», *Diario de la Marina*, 2 de diciembre de 1912, p. 1; *Heraldo Alavés*, 5 de diciembre de 1912, p. 2, entre otros.

<sup>17</sup> Eduardo Valero García, «La Casa de los Actores de la calle del Príncipe, 27 y la ampliación del Teatro Español», *Historia urbana de Madrid... y del Madrid galdosiano* [blog], 20 de

Con esa trayectoria de más de una década en la vida teatral madrileña, la Asociación de Actores contaba con el respaldo de los artistas y los empresarios de la capital. El 19 de diciembre todos los teatros de Madrid celebraron una función a su beneficio, cediendo la entrada a favor de la caja de la benéfica colectividad. La suscripción continuó cosechando una respuesta favorable, ascendiendo a 2605 pesetas la cantidad recauda a 3 de enero de 1913, día en que la comisión iniciadora rogaba «encarecidamente a todos los artistas de Madrid que deseen contribuir a él se sirvan hacerlo lo antes posible, a fin de activar los trabajos de organización»<sup>18</sup>.

Gracias a la buena respuesta, la recaudación llegó después a las 3014 pesetas y tras una adhesión numerosa de noventa actores, encabezado por las trescientas pesetas de Enrique Borrás, las doscientas cincuenta de José Tallaví, las cien de Francisco Morano y otras tantas de Fernando Porredón, alcanzó las 4406,50 el 30 de abril de 1913. Ya entonces la Asociación había encomendado la tarea a Gabriel Ochoa. La idea era hacer coincidir la entrega de la copia miniada de *Los intereses creados* a Benavente, que tendría lugar en un acto celebrado en el Ateneo, con su ingreso en la Real Academia Española, que el dramaturgo había señalado para octubre:

Los actores españoles van a realizar la idea de hacer a Benavente un homenaje. Consistirá en el regalo de un único ejemplar de *Los intereses creados*, hecho todo a mano por el notable artista calígrafo Sr. Ochoa y con ilustraciones de los principales pasajes de la obra, originales de los laureados y exquisitos pintores Sres. Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto y José [sic] Arteta, los cuales se han brindado a prestar su valioso concurso para este justo homenaje al príncipe de las letras españolas. El libro se ajustará al más refinado estilo siglo XVII, encuadrado artísticamente y encerrado en una linda arqueta de roble.

El maestro Benavente ha fijado para octubre la lectura de su discurso de entrada a la Academia, y de acuerdo con él, en esa fecha se le hará entrega del libro en el Ateneo y en un acto que se organizará oportunamente. La Comisión organizadora ruega encarecidamente a todos los artistas dramáticos invitados a este homenaje, y que quieran contribuir a él, se sirvan hacerlo lo antes posible, puesto que en mayo quedarán cerradas las listas de donativos, que se reciben en la Asociación de Actores, Príncipe, 27<sup>19</sup>.

Benavente no leyó su discurso en octubre, en lo que sería tan sólo una de las primeras veces que demoraría su ingreso... a lo largo de treinta años. El regalo, por lo demás, tampoco habría estado terminado. Dada la exquisita minuciosidad de su elaboración, Gabriel Ochoa trabajó en él durante siete meses, desde el 20 de agosto de 1913 al 14 de marzo de 1914.

---

mayo de 2021.

<sup>18</sup> «Espectáculos», *La Tribuna*, 18 de diciembre de 1912, p. 11; «Asociación de actores españoles», *La Tribuna*, 19 de diciembre de 1912, p. 4; «Los actores españoles. Homenaje a Benavente», *La Correspondencia de España*, 3 de enero de 1913, p. 6; «Monumento a Canalejas. La suscripción», *La Tribuna*, 3 de enero de 1913, p. 3.

<sup>19</sup> «Homenaje a Benavente», *La Tribuna*, 30 de abril de 1913, p. 10; *La Época*, 30 de abril de 1913, p. 3.

La culminación del homenaje de los actores, iniciado a finales de noviembre de 1912 con la apertura de la suscripción, que se cerró el 31 de marzo de 1915, remachó a su vez la consideración nacional del escritor, en «testimonio de admiración» rendido «al nuevo Fénix de los ingenios españoles, príncipe de las letras castellanas, D. Jacinto Benavente». El trabajo primoroso de Gabriel Ochoa convirtió *Los intereses creados*, su creación más celebrada como expresión de la tradición teatral española, en una obra de arte única del patrimonio artístico modernista en España, en los moldes estéticos y formales del llamado *estilo español* que situaba materialmente al lado de aquellos manuscritos iluminados, exquisitas copias ornamentadas y lujosas incunables que preservaban, contra el paso del tiempo y el olvido, las grandes obras fundantes de una tradición, de una cultura nacional. El propio artista refirió los detalles de su ejecución en una entrevista con Miguel España, pocos días antes de terminarla:

Cuando me expusieron el proyecto, lo acogí con gran entusiasmo, poniéndome desde luego a trabajar en ello—dice el Sr. Ochoa.

Toda la obra va escrita en letra gótica de fines del siglo XVII y principios del XVIII, en distintos tamaños, y con los colores azul, rojo, verde, oro y negro combinados.

Cada una de las ochenta o cien páginas de que constara la obra, lleva una orla distinta hecha a todo color.

Las letras capitales son miniadas, y todas también de dibujos distintos, con los fondos de la época y en oro bruñido.

Al comenzar las escenas va el retrato en miniatura de cada uno de los personajes, con la figura de los actores que la estrenaran en Lara. La Valverde, Simó Raso, Pacheco y Puga, que son las miniaturas hechas hasta hoy, están verdaderamente prodigiosas de parecido. Toda la obra escrita a dos columnas.

El prólogo va escrito a toda página, y con una línea en azul y otra en oro.

En los principios de cuadros, como portada, van una escena del jardín, pintada por Julio Romero de Torres; las tres mujeres de la obra, pintadas por Anselmo Miguel; escena final del cuadro segundo, pintada por Arteta, y, como portada del libro, la escena primera de la comedia, pintada por el mismo Sr. Ochoa. En el colofón lleva en miniatura el retrato de Benavente.

Esta joya artística irá encuadrada en piel de Rusia, con esmaltes a colores planos y los dorados a fuego, imitando la maravillosa encuadernación que ostenta el ejemplar de *La Historia* que los Reyes de Inglaterra enviaron por medio de una embajada a S. M. Católica Felipe II, y cuyo ejemplar se conserva en El Escorial como una de las más preciadas joyas de su Biblioteca.

El libro de *Los intereses creados* estará terminado en los últimos días del mes actual, siendo siete los meses que se han invertido en hacerlo<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> Miguel España, «Un homenaje a Benavente. *Los intereses creados*», *El Mundo*, 7 de marzo de 1914, p. 3, reproducida después en *La Correspondencia de Valencia*, 10 de marzo de 1914, p. 1, y *La Última Hora*, 20 de marzo de 1914, p. 1.



El resultado fue una obra artística única del modernismo español que ha quedado extrañamente olvidada tras haber gozado unos meses de merecida gloria cuando fue mostrada al público tras su ejecución<sup>21</sup>. Finalmente, cuando Ochoa concluyó el trabajo la Asociación de Actores organizó un acto de homenaje al dramaturgo y en él le entregaron el precioso manuscrito.

Aún se retrasó un tiempo la entrega oficial de la obra, probablemente porque se dilataron los trabajos de encuadernación y de organización del acto y acaso porque, como habían manifestado, se quería que coincidiera con el ingreso de Benavente en la Academia. En *La Correspondencia de España*, el 27 de marzo de 1915 se anuncia que el lunes, 29, a las cuatro de la tarde, tendría lugar el solemne acto de entrega del códice de *Los intereses creados*, realizado como un acto de homenaje y por suscripción de los actores españoles. Invitaban desde la Asociación a donantes y socios al acto en la sede de la calle del Príncipe.

Resultó un acto social relevante y así lo destacaron periódicos como *ABC*, que centró su atención en las numerosas actrices asistentes:

Entrega del códice de *Los intereses creados* a Benavente (*La Ilustración Artística*, 5 de abril de 1915).

<sup>21</sup> Se reprodujeron, en blanco y negro, dos folios del códice en las primeras páginas del volumen III de las *Obras completas* de Benavente publicadas por Aguilar, en las que cada tomo, en efecto, va precedido por distintos testimonios gráficos relacionados con su vida y obra.

Placa conmemorativa del nombramiento de Benavente como presidente honorario del Montepío de Actores Españoles (Archivo Histórico Nacional).



En el salón se hallaban congregadas actrices de todas las compañías de verso. Recordamos a las señoritas y señoritas Guerrero (María), Cobeña (Carmen), Alba (Leocadia), Montero, Seco, Martos, Romero (Sofía), Torres, Hermoso, Pardo, Ceballos, Cancio, Riquelme, Salvador (Elena) Suárez (Nieves), Bárcena, Illescas, Las Heras, Robles, Soriano, Ladrón de Guevara, Torres, Pérez de Vargas, Carbone, Villa, Alverá, Ruiz Moragas, Juandes, Bofill, Bermejo, Bueno, Santaularia...».

Estuvieron en el estrado presidencial las actrices María Guerrero, Nieves Suárez, Conchita Ruiz, Carmen Cobeña, Irene Alba, Mercedes Pérez de Vargas y Mercedes Pardo. También asistieron los actores Fernando Díaz de Mendoza, Borrás, Emilio Thuillier, Santiago y otros.

El desarrollo del acto fue sencillo, pero íntimo y cordial: el señor Cirera, vicepresidente de la Asociación, hizo un pequeño discurso encomiástico, leyendo «unos párrafos brevísimos, que revelan modestia tan sincera como gratitud». Se leyeron después cartas de la Junta y del propio Gabriel Ochoa. Al fin, la actriz Leocadia Alba le entregó el códice al dramaturgo y «dijo con espontáneas y abundantes lágrimas el discurso más elocuente que cabía en este homenaje». Para terminar, Benavente leyó dos cuartillas con su discurso de agradecimiento, manifestando que aquella farsa sería lo único que quedaría de sus obras tras su muerte.

Benavente siguió muy emocionado el transcurso del acto y después muchas actrices lo abrazaron efusivamente. Y continuaba *ABC*: «Un viva! oportunio de Fernando Díaz de Mendoza fue como la válvula para que se expandiera en clamores de entusiasmo y se desahogaran los corazones.» La Junta obsequió después a las señoritas con un *lunch* y en medio de tanta cordialidad:

Jacinto Benavente —ocioso es expresarlo— sentíase archisatisfecho. Porque la devoción a su obra, a su alto entendimiento, ha producido el homenaje y la feliz coincidencia de reunir en una misma tarde a todas las actrices de todos los teatros ¡y todas de acuerdo!<sup>22</sup>.

*La Ilustración Artística* el día 5 de abril en «Madrid. Notas de actualidad» ofreció asimismo una crónica del acto de entrega, ilustrada con una fotografía y con la reproducción de la página del comienzo del cuadro primero en la plaza de una ciudad, en cuyo lateral derecho se encuentra situada la hostería a la que llegan Leandro y Crispín, los dos pícaros protagonistas de la comedia.

Y también en *La Esfera*, *Silvio Lago*, el día 5 de junio, dedicó un artículo al acto acompañándolo con la reproducción de otra página de la obra.

En otras publicaciones se encuentra abundante información al respecto. El *Diario de la Marina*, el 9 de junio citaba tanto la exposición como el acto de entrega y se extendía en comentarios acerca de obras que recordaban la contemplación de las páginas del primoroso trabajo de Ochoa en esta ocasión. Situaba por lo tanto la obra en su horizonte de *revival* del pasado glorioso cultural, una más de las manifestaciones de la reformulación nacional del modernismo.

En correspondencia a un homenaje que debió apreciar de veras, y haciendo gala de su defensa de la dignidad de la profesión actoral, el 13 de marzo de 1929 Jacinto Benavente donó los derechos de *Los intereses creados* a la Asociación, «para testimoniar a los actores españoles el gran afecto que les profesa y contribuir al mayor auge y prosperidad de la Asociación que han creado denominada Montepío del Sindicato de los Actores españoles», y de la que en 1929 sería nombrado presidente honorario<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> «Homenaje a Benavente», *ABC*, 30 de marzo de 1915, p. 12; «Homenaje a Benavente», *Blanco y Negro*, 28 de marzo de 1915, p. 33; *La Nación*, 30 de marzo de 1915, sobre el discurso de Benavente; «Homenaje a Benavente», *Diario de Valencia*, 30 de marzo de 1915, p. 5.

<sup>23</sup> La escritura de donación de los derechos de *Los intereses creados* otorgada por Benavente se conserva en el Archivo Histórico Nacional (AHN, Diversos-General, 368, n.º 18), igual que la placa de su título de presidente honorario del Montepío (AHN, Objetos, n.º 187).

# Gabriel Ochoa, pintor miniaturista y calígrafo

**GABRIEL OCHOA BLANCO NACIÓ EL 27 DE JUNIO DE 1877 EN VALENCIA**, donde su padre era el jefe del Cuerpo de Artillería. En la capital valenciana realizó los primeros estudios en el colegio de los jesuitas y después el bachillerato en el Instituto Luis Vives. Ya entonces su gran pasión era la pintura y vendía los primeros cuadros a varios de sus familiares, a pesar de que su padre, también inevitable comprador, le insistiera en estudiar una carrera<sup>1</sup>.

Terminado el bachillerato, Gabriel viajó a Barcelona y estudió durante tres años en la Escuela de Arquitectura. Los estudios, sin embargo, no resultaron demasiado provechosos y decidió volver a Valencia, donde aprendió dibujo en la Escuela de San Carlos y cursó también formación como perito mecánico, químico y electricista, que después le sirvió para sus experimentaciones como restaurador de documentos antiguos. Cuando concluyó estos estudios trabajó en la construcción de la línea ferroviaria de Calatayud a Teruel, pero se aburrió pronto de este trabajo y decidió retomar los pinceles. Entrevistado por Miguel España en su estudio, confesó que abandonó pronto la pintura porque ganaba poco y se decidió entonces por el estudio de la miniatura, de los códices y de su restauración. Se sintió desolado, sin embargo, porque no acababa de ver cómo se podían reproducir fielmente los códices hasta que encontró una fórmula que le dio buenos resultados. Animado con aquel procedimiento se trasladó a Madrid con su esposa Elisa Martínez Ylario, con quien contrajo matrimonio en 1904, y sus dos hijas<sup>2</sup>.

En la entrevista concedida a Miguel de Castro, sin embargo, recargó más su leyenda de artista incomprendido narrando que vino a Madrid a los 25 años; trató de obtener un puesto en la Biblioteca Nacional, pero debió volverse de vacío hasta que el ministro de Instrucción Pública, el doctor San Martín, a quien se había presentado, lo llamó cuando falleció el calígrafo que se ocupaba de esas funciones. En Madrid, en efecto, vivió con grandes dificultades

<sup>1</sup> Adelantamos aquí algunos datos del libro *Gabriel Ochoa Blanco y el modernismo gráfico castizo*, en curso de elaboración.

<sup>2</sup> España, «Un homenaje a Benavente. *Los intereses creados*», *La Correspondencia de Valencia*. Dio cuenta de la boda un suelto de *La Correspondencia de Valencia*, 8 de enero de 1904, p. 2. Fue padrino el padre de artista, entonces teniente coronel.

durante los primeros años, pasando «las de Caín» según sus propias palabras. Instalado en la capital, comenzó a frecuentar la Escuela de Arquitectura, a participar en concursos y a enviar obras a las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. En la de 1908 obtuvo una tercera medalla en la sección de «Arte decorativo» con «Miniaturas». Y en la Exposición de 1910 alcanzó la medalla de oro en la misma sección<sup>3</sup>.

Gracias a esos primeros logros su nombre comenzó a ser conocido y obtuvo los primeros encargos como miniaturista, restaurador de códices y de otras obras antiguas. A Miguel España le comentaba que el primer cliente fue el marqués de Viana y pronto siguió otro encargo del duque de T'Serclaes. El Sr. Osma le fue presentando también a amigos suyos interesados en estas labores y, además, comenzaron a llegarle encargos desde América.

Gabriel Ochoa aceptaba en aquellos años cualquier encargo y de alguno de ellos queda constancia de la prensa. Así, *La Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes* mencionaba el 10 de marzo de 1908 el «Homenaje a un Maestro», don Rufino Blanco y Sánchez, que le rindieron sus compañeros, los maestros auxiliares de las escuelas públicas de Madrid. Consistió el documento en una vitela, cuya primera hoja contenía la dedicatoria dentro de una orla de puro estilo florentino, «miniada y dorada por el notable artista D. Gabriel Ochoa, restaurador de la Biblioteca Nacional». Tanto el trabajo de la orla como el de la inscripción estaban inspirados en los códices del siglo xv. El texto, caligrado en caracteres de aquella época y con letras capitales ornamentadas en estilo florentino, decía: «*Al señor D. Rufino Blanco y Sánchez, honra del Magisterio español, dedica este homenaje de admiración y simpatía, con motivo de su elección para la Junta Central de primera enseñanza, el Cuerpo de Maestros-Auxiliares de las escuelas Públicas de Madrid*». Y seguían la fecha de elección y en planas sucesivas 117 firmas de los individuos del Cuerpo<sup>4</sup>.

Además de trabajos de calígrafo y miniaturista según este patrón artístico y esta naturaleza conmemorativa, los encargos más frecuentes eran retratos en miniatura sobre marfil y restauraciones de códices y libros antiguos. La presencia en la sociedad de su arte singular, emulando la labor del copista de siglos pasados, se vio incrementada por la gran demanda de ejecutorias por parte de la nobleza y la aristocracia. Colaboró con el Rey de Armas Luis Rubio y Ganga, quien desde comienzos de siglo comercializó ejecutorias, sobre todo entre 1905 y 1912<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> «Exposición de Bellas Artes», *El Globo*, 8 de mayo de 1908, p. 2; Fernando Soldevilla, «La Exposición de Bellas Artes, III», *La Correspondencia de España*, 8 de mayo de 1908, p. 1; *Las Provincias*, 8 de mayo de 1908, p. 3; «La clausura de la Exposición», *Las Provincias*, 10 de enero de 1910, p. 1. En los años posteriores continuó llevando obra a las Nacionales. Por ejemplo, «La Exposición Nacional. Arte decorativo», *La Esfera*, 19 de junio de 1920, p. 10 (con fotografía), indica que en la sala de Artes Gráficas había envíos de Bujados, José Moya del Pino, Gabriel Ochoa y otros.

<sup>4</sup> «Homenaje a un Maestro», *La Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 10 de marzo de 1908, pp. 1-2.

<sup>5</sup> José Antonio Vivar del Riego, «El Rey de Armas Luis Rubio y Ganga y sus ejecutorias», *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, 18, 2015, pp. 265-316, la cita en p. 278.

En ocasiones los encargos eran también institucionales. En la primavera de 1910 anduvo realizando un pergamo que representaba hechos históricos relevantes de Valencia. Durante el mes de junio fueron apareciendo elogios en la prensa del extraordinario trabajo realizado. *La Correspondencia de España* informaba de que se habían reunido el capitán general, el gobernador civil y el alcalde para examinar la ejecutoria de Rey de Armas de Valencia hecha por Rubio y Ganga con Ochoa como artista. Se trataba de un gran pergamo sin recortar con una magnífica orla estilo Renacimiento. En el centro, en la parte superior, presentaba el escudo de la ciudad rodeado de sus diecisésis banderas y varias alegorías de la patria chica. El texto, enriquecido con viñetas y distribuido en tres columnas polícromas, relataba la entrada en Valencia del rey don Jaime, la Virgen de los Desamparados y la coronación de Teodoro Llorente en la Exposición Regional. La policromía la realizó el pintor Julio Feria y el calígrafo fue Gabriel Ochoa. Firmó la ejecutoria el notario de Madrid don Zácaras Alonso. Fue entregado al Ayuntamiento de Valencia unos días después; la recibió el alcalde y estuvo expuesta al público durante 15 días. En *Heraldo de Madrid* comentaron la obra con estas palabras:

Hemos tenido ocasión de ver un hermoso pergamo en el que se hacen ostensibles los hechos gloriosos de la ciudad de Valencia. El documento comienza con una certificación del blasón de la ciudad, facultad que es única y exclusiva de los Reyes de Armas de Su Majestad, y que ha expedido D. Luis Rubio y Ganga.

La obra es primorosa y honra a sus autores, los conocidos artistas valencianos don Julio Feria y D. Gabriel Ochoa. Entre las viñetas que contiene, hay una en que aparece la figura del gran poeta Teodoro Llorente en el momento en que coloca sobre sus sienes una valenciana inmarcesible corona de laurel.

Pero lo que más emociona, y por ello felicitamos al Ayuntamiento de la hermosa ciudad del Turia, es el ver que no es indiferente el recuerdo de nuestro pasado, y todavía los que son representantes de las heroicidades y grandezas de nuestra raza tratan de hacer ostensibles las magnificencias del pueblo, que, a no dudarlo, han de servir de este modo de estímulo a las venideras generaciones.

Tanto el Sr. Rubio como los citados artistas han recibido muchas felicitaciones por su hermosa obra.<sup>6</sup>

El pergamo alcanzó resonancia nacional y se reprodujo en las páginas de la revista *Blanco y Negro* el 10 de julio de 1912. Sin embargo, pronto comenzaron a descubrirse inexactitudes heráldicas e históricas que llevaron al

<sup>6</sup> «Una ejecutoria de Valencia», *Heraldo de Madrid*, 22 de junio de 1910, p. 3. Da cuenta del encargo *La Correspondencia de Valencia*, 14 de marzo de 1910, p. 2; *El Pueblo*, 23 de junio de 1910, p. 3. También se hizo eco «Exposición Nacional en Valencia», *La Correspondencia de Valencia*, 2 de julio de 1910, p. 1, felicitando a los artistas; «Exposición Nacional en Valencia», *La Correspondencia de Valencia*, 6 de julio de 1910, p. 1.

ayuntamiento a solicitar un informe académico y a devolver la obra, lo que dio lugar a un largo pleito<sup>7</sup>.

Después de aquel conflicto, Rubio y Ganga perdió crédito y disminuyeron los encargos. Pero de Valencia siempre le llegaban trabajos a Gabriel Ochoa. *Las Provincias* el 11 de junio de 1912 informaba de que el Círculo de Bellas Artes, para homenajear al pintor Ignacio Pinazo, le solicitó un árbol genealógico de artistas valencianos donde Pinazo era el tronco y de él salía una rama importante, Joaquín Sorolla, y de ésta, otras que conducían a los pintores Benedito, Chicharro, Bermejo y sus discípulos. Al cabo, se trataba de fundamentar la existencia de una *escuela valenciana* de pintura, de acuerdo con el desarrollo del regionalismo en esos años.

Fue entonces cuando comenzó a realizar trabajos que le acercaban también al mundo político, de donde le llegaron apoyos importantes. Tienen que ver con la sociabilidad y el reconocimiento de servicios prestados por determinados personajes a quienes se les honraba con banquetes y otros actos de agradecimiento por sus actuaciones. El médico y político del partido Liberal Amilio Gimeno y Cabañas, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Marina, Gobernación, Fomento y Estado a lo largo de su trayectoria, fue uno de aquellos próceres homenajeados y se lo obsequió con obras de su paisano en diferentes ocasiones. La primera de ellas ya en 1906 —al frente de la cartera de Instrucción Pública dentro del gabinete de José López Domingo, mandato en el que impulsó la Junta de Ampliación de Estudios— cuando le entregaron un álbum de todas las corporaciones de la ciudad y de la región de Valencia en pergamino, realizado por Gabriel Ochoa y por otros artistas valencianos<sup>8</sup>.

Gimeno y Cabañas volvió a Instrucción Pública en el gobierno de José Canalejas entre el 3 de marzo de 1911 y el 12 de marzo de 1912, promoviendo nuevas medidas de modernización e impulsando proyectos de divulgación cultural como las bibliotecas populares. Poco después de su salida del ministerio se inició la preparación de un homenaje, que consistió en un álbum cuya realización se encargó a Gabriel Ochoa. Era una imitación de un códice del siglo XVI con esta dedicatoria:

El cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, a cuya guarda confió la nación preciado caudal de letras y artes, acude, con el acatamiento que debe a la elevada jerarquía intelectual y social de V. E., para mostrarle, en forma sencilla, pero intensa, el entrañable agradecimiento y el entusiasmo que le anima por la fundación de nuevas bibliotecas que se acaba de decretar, prenda segura de mayores ensanches y mejores, siempre en ventaja de la cultura nacional y del bien público.

<sup>7</sup> Lo ha reconstruido con detalle Vivar del Riego, «El Rey de Armas Luis Rubio y Ganga y sus ejecutorias», pp. 273 y ss., y 296 y ss.

<sup>8</sup> «Exposición artística», *La Correspondencia de Valencia*, 8 de marzo de 1907, p. 2, se refirió a un álbum ofrecido a los exministros Navarro Reverter y Gimeno donde figuraba una obra de Ochoa: «La alcaldesa de Gamarramala (Segovia)». Y en «Lo Rat-Penat. Exposición artística», *Las Provincias*, 10 de marzo de 1907, p. 2, se decía que en los álbumes había una orla de puro estilo florentino del siglo XVI.

Portada del álbum de Gabriel Ochoa dedicado a Amalio Gimeno y Cabañas como recuerdo de la creación de las bibliotecas populares (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXVI, marzo-abril de 1912, p. 187, lámina V).



Dígnese V. E. aceptar este sincero mensaje de felicitación y gratitud, y seguros de que vuestra indulgencia tasará lo más alto de lo que se merece nuestro buen deseo, fiamos en gracia al mismo perdone la cortedad de nuestra ofrenda.

El «Homenaje artístico» —como lo denominó *El Universo* el 27 de marzo en una extensa crónica, detallando la comisión que lo presentó y el acto de entrega— estaba inspirado en una obra del siglo XVI conservada en el monasterio de El Escorial. El texto de la dedicatoria estaba escrito con letra de la época, en azul y oro. A continuación, se hallaban los nombres de todos los individuos del Cuerpo, agrupados por regiones y escritos en letras policromadas y con las capitales miniadas. Además del texto y de las siete ricas vitelas, llamaron la atención la portada y las tapas de la encuadernación. La portada con una orla miniada, estilo renacimiento italiano; en el centro, esmaltado, el escudo de España, con un águila nimbada, sostenido por dos geniecillos; a la derecha, en un círculo «Minerva», imitando un camafeo, y en la letra capitular «A la gran cruz de Alfonso XII»; a continuación,

la dedicatoria del Cuerpo con capitales e iniciales policromadas, los nombres del Cuerpo de Archiveros por regiones. Las tapas eran de finísima piel de becerrillo. Llevaban, sobre fondo blanco, enlaces geométricos de la época, fileteados de oro, con artísticos contrastes de azul, verde y rojo. Las reseñas periodísticas presentaba el trabajo como obra del restaurador de la Biblioteca Nacional Gabriel Ochoa, cuyo nombre y posición comenzaba a ser reconocidos por la sociedad y la prensa, que le transmitía su sincera felicitación por el nuevo ejemplo de su arte<sup>9</sup>.

Nuevos encargos procedentes de similares esferas protagonizan su trabajo desde entonces. *La Correspondencia de España* informó el 23 de octubre de 1912 de que se le había encargado un pergamo para el general Ferrández, ex ministro de Marina, en reconocimiento a sus servicios. Al parecer fue reproducido en la revista *Vida marítima*.

En 1913 se encuentra noticia de otro pergamo similar ofrecido el día de San Juan al Sr. La Cierva por el director del *Heraldo Militar* y una comisión en nombre de los segundos tenientes. Se reprodujo fotográficamente en el periódico, donde aclaraban que

Es obra del siglo xv, ejecutada por el eminent restaurador de la Biblioteca Nacional y pintor de Heráldica D. Gabriel Ochoa. El primoroso retrato del insigne ex ministro está pintado por el laureado artista D. Julio Romero de Torres, quien sobre los laureles que tiene ganados, acaba de obtener en la Exposición de Múnich una segunda medalla<sup>10</sup>.

A la altura de 1914 Gabriel Ochoa había consolidado su situación profesional y económica. Se acumulaban los encargos. Algunos de ellos de gran envergadura. Otros eran más sencillos, pero nunca populares ni por su precio ni por su destino. Cobraba mil pesetas por una miniatura. Pero sobre todo había logrado la ansiada estabilidad profesional como calígrafo y restaurador de códices antiguos en la Biblioteca Nacional. Era su mejor y más valiosa tarjeta de presentación social como «eminente restaurador».

El ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes Alejandro San Martín Satrústegui —entre el 10 de junio y el 6 de julio de 1906, en el gobierno presidido por Segismundo Moret— lo ayudó a ingresar en la Biblioteca Nacional

<sup>9</sup> «Homenaje artístico», *El Universo*, 27 de marzo de 1912, p. 2; «Una obra de arte», *El Pueblo*, 3 de abril de 1912, p. 1. La portada fue reproducida como lámina suelta en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXVI, marzo-abril de 1912, p. 187, lámina V, indicando que reproducía miniaturas, caligrafía y capitales policromadas, siguiendo el gusto y la ornamentación de un códice del cardenal Palavicino (siglo xvi) conservado en el monasterio del Escorial. En «Cariño a Valencia», *La Correspondencia de Valencia*, 27 de septiembre de 1913, p. 2, el ya ex ministro Gimeno y Cabañas agradeció en unas declaraciones los homenajes y el regalo del miniaturista en 1906.

<sup>10</sup> *Heraldo Militar*, 27 de junio de 1913, p. 1. Reproducción fotográfica del pergamo enmarcado con el retrato y el siguiente texto: «Los segundos Tenientes de las Escalas de Reserva Retribuida del Ejército en prueba de gratitud al Excmo. Sr. Don Juan de la Cierva y Peñafiel por su tan desinteresada como brillantísima defensa del pleito contencioso administrativo visto ante la Sala del Tribunal Supremo de Justicia el día 11 de Diciembre de 1912».



Pergamo de Gabriel Ochoa para el homenaje a La Cierva (*Heraldo Militar*, 27 de junio de 1913).

como restaurador y allí llevó a cabo labores de restauración de obras antiguas y de copista de códices. Parecen ciertas las declaraciones a un periodista años después de Ochoa de que solicitó ver al ministro con varias muestras de sus trabajos y fue por gestión de éste como se lo nombró aspirante a restaurador con dos mil pesetas de sueldo anual<sup>11</sup>.

Las primeras huellas del proceso seguido para la incorporación de Gabriel Ochoa a la institución que se encuentran en el Archivo de la Biblioteca Nacional corresponden a aquellas fechas. El 29 de junio de 1906, el Subsecretario Sr. Roselló, director de la Biblioteca Nacional, solicitó que habiendo fallecido el restaurador anterior se le proporcionara su plaza con la asignación referida. El 2 de julio contestó a esta petición el director indicando que la única persona que podía proponer era Gabriel Ochoa, bachiller en Artes y perito mecánico, que no había tenido hasta entonces destino en el Estado.

<sup>11</sup> Miguel de Castro, «Nuestras interviú. Confesiones de Gabriel Ochoa, ilustre artista valenciano», *Las Provincias*, 12 de diciembre de 1923, p. 5.

Señalaba que era necesario precisar si estos títulos eran suficientes con arreglo a la ley para nombrarlo para el puesto vacante. Advertía sobre la dificultad de hallar a alguien que fuera perito para la restauración de códices, manuscritos, ediciones raras de libros impresos, etc. y que hubiera servido también al Estado. Estas y otras circunstancias dieron lugar a un largo proceso administrativo que consta en su expediente del Archivo de la Biblioteca Nacional. Del 4 de julio al 31 de diciembre de 1908 figura como oficial quinto de administración civil con mil quinientas pesetas de sueldo como aspirante segundo de la secretaría de ese ministerio. El 1 de enero de 1909 se ofició indicando que el rey había tenido a bien nombrarlo restaurador de la Biblioteca Nacional con tres mil pesetas de sueldo por Real Orden; el 21 de enero Antonio Paz y Melià certificó la toma de posesión, que se comunicó el 29 de enero. El 18 de enero de 1911 desde el ministerio de Instrucción Pública se le confirmó como restaurador de la Biblioteca Nacional con un sueldo de tres mil quinientas pesetas anuales por Real Decreto. Antonio Paz y Melià firmó como segundo jefe de la Biblioteca Nacional el certificado del nombramiento. Y el 23 de noviembre de 1918 tuvo un nuevo aumento de sueldo a cuatro mil quinientas pesetas<sup>12</sup>.

El empleo en la Biblioteca Nacional le dio una estabilidad necesaria para llevar adelante sus búsquedas de procedimientos de restauración eficaces. A Miguel España le explicó como reconstruía el papel de los viejos códices disolviendo papel antiguo en ácido nítrico o clorhídrico, lo lavaba y hacía una pasta con la que rellenaba los huecos y tras alisarlos pintaba lo deteriorado:

Hay en la Biblioteca Nacional muchos volúmenes que, por tratarse de códices de ediciones antiquísimas, requieren un cuidado grande para su conservación. Bastantes hay también que han sido atacados por la polilla y que presentan sus hojas perforadas por la carcoma y el tiempo.

El Sr. Ochoa reconstruye el papel. Para ello disuelve en ácido nítrico o clorhídrico papel antiguo, lo lava y hace con él una pasta, que coloca en los huecos, prensándola y desecándola. Después la raspa hasta dejarla de grueso idéntico al papel del libro, y luego lo pinta, dándole la pátina del tiempo con tal precisión, con exactitud tan asombrosa, que a pesar de habernos presentado el Sr. Ochoa varios ejemplares así restaurados, ni una vez dimos en el clavo de acertar cuál de sus hojas había sentido sobre su seno, rejuveneciéndola, la mano del artista. Después, reproduce lo escrito con exactitud extraordinaria.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Archivo de la Biblioteca Nacional de España, signaturas: 3134/34 (1 y 2); 3134 (11); 3134/34 (3, 4, 5, 6). En «Notas de arte», *ABC*, 4 de octubre de 1919, p. 12, informaba de que el restaurador de la Biblioteca Nacional había empezado trabajos para reproducir con absoluta fielidad ejemplares únicos o casi únicos de los fondos de la institución. Archivo de la Biblioteca Nacional de España, signaturas: 3158/81; 3134/34 (7, 8, 9), había recibido su cédula de identidad personal y ese día comunicó su cese de esa categoría por ascenso; 3134/34 (10, 11).

<sup>13</sup> España, «Un homenaje a Benavente. *Los intereses creados*».

Su cuidadoso trabajo le fue granjeando amigos y apoyos dentro de la propia institución. Es el caso de su director Francisco Rodríguez Marín, a quien retrató para una lámina incorporada a su libro *Ensaladilla. Menudencias de varia, leve y entretenida erudición* (1923)<sup>14</sup>.

El trabajo como empleado en la Biblioteca Nacional no le impedía continuar realizando encargos en su estudio y participar en la vida social presentando piezas en exposiciones con retratos de miniaturas en marfil y colaborando también en la ilustración de libros. La actividad era constante hasta que su salud se resintió. En 1922 tuvo ya algunos problemas y en noviembre solicitó una licencia de un mes por enfermedad, que el director de la Biblioteca Nacional contestó positivamente y manteniendo todo su sueldo. Su salud continuaba siendo precaria en 1924 y en septiembre pidió una nueva licencia. Los problemas continuaron y en 1925, por orden de la Dirección General de Bellas Artes de 15 de enero de 1925, se le instruyó un expediente gubernativo «por abandono de destino». Por Real Orden de 15 de febrero de 1926 se le condenó a una cesantía o separación definitiva del Servicio. El expedientado recurrió entonces al Ministerio exponiendo que padecía «iritis crónica» y que en lugar de la cesantía se le concediera una excedencia voluntaria, para restablecer su salud. Aun así, decidieron decretar la cesantía, que firmó el Director General de Bellas Artes, Sr. Callejo<sup>15</sup>.

Durante esos años había realizado numerosas labores de restauración y copia de obras antiguas de la Biblioteca Nacional. Otros trabajos singulares, como el códice de *Los intereses creados*, tuvieron especial relevancia en la construcción y proyección social de la imagen de Gabriel Ochoa como artista y merecen ser tratados de modo particular.

Es el caso del *Libro de oro* del Casino de la Real Gran Peña, asociación creada en 1869 impulsada por miembros de los diferentes ejércitos a los que se fueron agregando con el tiempo socios procedentes de otros ámbitos sociales, sobre todo aristócratas y burgueses acomodados. La asociación ha tenido diferentes domicilios. Durante las primeras décadas de la Restauración su sede estaba en el café Suizo de la calle de Alcalá y desde allí trasladaron sus enseres y una parte sustancial de la decoración a la sede actual, en Gran Vía 2, cuando construyeron el edificio que la alberga, coincidiendo con el gran desarrollo arquitectónico de la popular calle madrileña. Fue entonces cuando se impulsaron los primeros estudios históricos sobre trayectoria de la asociación y entre ellos se cuenta la obra que aquí importa: el *Libro de oro*<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Francisco Rodríguez Marín, *Ensaladilla. Menudencias de varia, leve y entretenida erudición. Segunda serie de «Burlas burlando»*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1923. La *Miscelánea de Andalucía*, Buenos Aires, Editorial Páez, 1927, también lleva un frontis con un retrato del autor realizado por Ochoa.

<sup>15</sup> Archivo de la Biblioteca Nacional de España, signaturas: 3134/34 (12-16 y 22-24). El día 9 quedó constancia de que había comenzado a disfrutar la licencia, tal como él mismo comunicó en escrito manuscrito. El 8 de enero de 1923 se reincorporó a su cargo de restaurador. En noviembre se le concedió un mes de prórroga de la licencia con medio sueldo los primeros quince días y sin sueldo los restantes. La cesantía de Ochoa, en *Gaceta de Madrid*, 48, 17 de febrero de 1926, p. 881.

<sup>16</sup> *La Gran Peña, 1869-2019. Ciento cincuenta años en la historia de España. Notas de historia, arte y sociedad*, Madrid, Turner, 2019.



La realización del *Libro de oro* fue aprobada en la Junta general del cinco de enero de 1910 a propuesta del conde del Serrallo y del marqués de Cabiñana. Se trataba de homenajear a los socios ilustres de la asociación que habían muerto en acto de servicio a la patria en acciones de guerra desde 1874, pero se alteró el plan, ampliándolo, cuando fue asesinado José Canalejas el 12 de noviembre de 1912 en el centro de Madrid. Era miembro de la Gran Peña desde 1910 y en una junta decidieron dedicarle una página necrológica en el *Libro de oro*.

Diferenciaron en la realización del proyecto entre la envoltura y el interior del códice. Se encargaron a la Fábrica de armas de Toledo las tapas del libro y la realización del contenido de este «a un hábil, habilísimo artista, el restaurador de la Biblioteca Nacional, el dibujo de las hojas necrológicas.» Gabriel Ochoa era el «habilísimo artista» mencionado. Trabajó en el proyecto durante los años 1910 y 1911 y «A principios de 1912 hizo su entrada triunfal el LIBRO DE ORO en la biblioteca de la Sociedad, donde quedó instalado en una lujosa vitrina, y si un día fue admirado por los peñistas el carbón de Antonio Gomar, mucho más lo fue el artístico volumen, honra de la GRAN PEÑA»<sup>17</sup>.

José Gómez Pallete describió ya el *código* con cierto detalle a la vez que explicaba su contenido: la cubierta presenta en el centro un escudo de armas de España, esmaltes y la bandera de España y los emblemas de los diferentes

El abanico de María Antonieta, restaurado por Gabriel Ochoa (*La Esfera*, 28 de octubre de 1916).

<sup>17</sup> José Gómez Pallete, *La Gran Peña. Bodas de oro (1869-1917)*, Madrid, Talleres Tipográficos Fortanet, 1917, p. 59.

Primera página de la copia miniada y ornamentada del discurso de Antonio Maura, por Gabriel Ochoa, retratado a la izquierda (*La Esfera*, 10 de junio de 1922).



ejércitos. El interior consiste en sucesivas hojas de pergamino cada una de ellas dedicada a un peñista relevante muerto en acción de guerra al servicio de la patria entre 1874 y 1913. Una vez entregado el libro aún se añadieron nuevos pergaminos en los años siguientes.

Del acto de entrega del *Libro de oro* dio cuenta C. Palencia Tubau en *La Tribuna* describiendo la obra: veinte hojas en pergamino orladas y miniadas con estilo diferente cada una y abarcando modelos de los siglos x al xvi. Para llevarlo a cabo Gabriel Ochoa realizó estudios en las bibliotecas de El Escorial, en la Universitaria de Valencia, en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca de Indias<sup>18</sup>.

Otra obra de interés de aquellos años fueron algunos pergaminos encargados por el Círculo de Bellas Artes, que al parecer se han perdido. Menor

<sup>18</sup> C. Palencia Tubau, «De Arte. Tres Exposiciones», *La Tribuna*, 31 de mayo de 1912, p. 8.

entidad, pero notable relevancia social tuvo su trabajo de restauración de un abanico de la reina María Antonieta, realizado por encargo de la Casa Real en 1916<sup>19</sup>.

Gracias a estos trabajos, a finales de los años diez Gabriel Ochoa era el artista al que se recurrió para la realización de obras de *estilo español* en los que, imitando modelos artísticos del pasado de la nación, se trataba de insertar en aquella misma tradición acontecimientos recientes. Fue el caso de la que, con el códice de *Los intereses creados*, constituye sin duda su obra mayor: la magnífica copia en pergamino, miniado y ornamentado, que realizó del célebre discurso de Antonio Maura sobre la neutralidad española en la Primera Guerra Mundial celebrado el 29 de abril de 1917 en la plaza de toros de Madrid. Y también de los pergaminos realizados con motivo del nombramiento de Teresa de Jesús como doctora *honoris causa* por la Universidad de Salamanca en 1922 en un memorable acto de exaltación nacional<sup>20</sup>.

Gabriel Ochoa Blanco, por tanto, era el artista más adecuado del momento para realizar el encargo con que la Asociación de Actores quiso homenajear a Jacinto Benavente con una obra excepcional, que lo integrara definitivamente en la tradición española como gloria y celebridad nacional.

<sup>19</sup> José Francés, «Un abanico histórico», *La Esfera*, 28 de octubre de 1916, p. 29.

<sup>20</sup> Silvio L[ago], «Vida artística. El miniaturista Ochoa», *La Esfera*, 10 de junio de 1922, p. 25; «Preparando las fiestas teresianas del centenario», *La Basílica Teresiana*, 96-97, julio de 1922, pp. 216-217; Antonio Martín Barrachina, «“La patria está escuchando a su profeta”: Antonio Maura en la recepción de su discurso en la plaza de toros de Madrid», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CCXXII, 3, 2025, en prensa.

Para los detalles y análisis de las obras mencionadas de Ochoa remitimos a los capítulos correspondientes de nuestro citado *Gabriel Ochoa y el modernismo gráfico castizo*.

# El códice en sociedad: la Exposición Ochoa

**LA EXPOSICIÓN PÚBLICA DEL CÓDICE DE *LOS INTERESES CREADOS* TUVO** lugar dentro de una muestra antológica de la obra de Gabriel Ochoa, celebrada en el Salón Vilches (calle del Príncipe, 7), que se inauguró el 24 de marzo de 1915, unos pocos días antes de la celebración del acto de entrega de la pieza a Jacinto Benavente<sup>1</sup>.

En la Exposición Ochoa, como se la denominó, el público pudo contemplar varias obras del artista: distintas copias con reproducciones de códices; imitaciones de naipes y de un billete de banco —en alguna entrevista posterior presumió su autor de haber realizado una copia tan perfecta que hasta los técnicos de Hacienda dudaban de su autenticidad—; miniaturas; un abanico artístico pintado para la marquesa de Esquilache; diferentes pergaminos, entre los que se encontraba el que diseñó para los fundadores de *La Esfera*, y por supuesto el portentoso códice de *Los intereses creados* «testimonio de admiración de los actores españoles al nuevo Fénix de los Ingenios Españoles, Príncipe de las Letras Castellanas, D. Jacinto Benavente», según rezaba en el colofón de la obra. El elogio no podía ser más elevado. Y según destacó la prensa en sus reseñas de la muestra:

Ante esta obra de arte, particularmente, quedaron absortos de admiración los numerosos y distinguidos visitantes de la exposición. Su gran propiedad cronológica, el exquisito gusto, la variedad y maravillosidad de sus dibujos, medallones y floreos, y su admirable colorido, forman una cautivante obra del arte que ya se tenía casi olvidado. Finaliza el

---

<sup>1</sup> «Homenaje a Benavente. La exposición Ochoa», *El Correo Español*, 23 de marzo de 1915, p. 3, anunciando la inauguración de la exposición al día siguiente. Reiteran el contenido ese mismo día *España Nueva* y *El Mundo*. «Homenaje a Benavente. La Exposición Ochoa», *La Correspondencia de España*, 24 de marzo de 1915, p. 5. Los periódicos indicaban que hasta el día 31 estaba abierta la suscripción para el homenaje promovido por la asociación Sociedad de Actores Españoles. El mismo día repitieron la información *El Globo*, *El Imparcial*, *La Patria*. O al día siguiente la reseñó Federico Leal en *El Universo*, como comentamos después. También: J. P., «De arte. Exposición Ochoa», *Diario de la Marina*, 26 de marzo de 1915, p. 2; Salomé Núñez y Topete, «Cartas a las damas», *Diario de la Marina*, 9 de junio de 1915, p. 7.

código con un colofón, de sabor antiguo, redactado por Diego San José, y con un retrato del ilustre Jacinto Benavente<sup>2</sup>.

La exposición alcanzó gran resonancia pública en la sociedad madrileña y la visitaron personalidades como el infante don Fernando y la duquesa de Talavera<sup>3</sup>.

La presentación en sociedad del código benaventino, por lo tanto, se distinguió dando lugar a una exposición antológica de Ochoa, con la consecuencia inmediata para el artista valenciano de que su obra adquiriera una notable dimensión pública, ya que antes apenas trascendía al público en general aquél arte, de concepción singular y circulación eminentemente privada, aplicado a la copia y a la restauración de códices antiguos, a la pintura de miniaturas sobre marfil y a la realización de pergaminos destinados a homenajes de personajes de relevancia social.

Numerosas publicaciones ofrecieron crónicas de la inauguración de la muestra que atestiguan su eco social y la estimación que cosechó el artista. En el periódico *El Universo* Federico Leal publicó una extensa reseña, «De arte. Exposición Ochoa», al día siguiente de la inauguración:

En la calle del Príncipe, en el elegante salón de la casa Vilches, se ha inaugurado ayer una Exposición de las más interesantes que hemos visto, pues abarca la obra original y rarísima de un arte un poco olvidado, por porvenir de tiempos más patricios, en que los valores espirituales presidían la vida de los grandes. En la Italia y Flandes del Renacimiento, los adinerados magnates gastaban en las suntuosidades de su vida todas sus rentas y beneficios, cambiando a los artistas y artífices sus dineros por el embellecimiento de los objetos que les rodeaban.

El progreso material de estos días lleva a los ricos a gastar en caucho y gasolina ríos de oro. La exteriorización de la piedad religiosa y devoción a los recuerdos de los mayores, a lo más hace gastar a nuestros grandes unas míseras pesetas, o en la horrible imaginería de troquel y fototipia baratas, o de los amanerados y lamidos grabados de los dibujantes británicos.

Cualquiera de los códices miniados de estilo que presenta Ochoa asustaría por su coste a quienes se perecen porque sus automóviles chillen y hagan más humo que el de un grande de España.

Por esto el arte que cultiva Gabriel Ochoa merece el mayor encarecimiento y la más grande protección, pues es una prolongación de los siglos pretéritos de las glorias de la raza, del mayor esplendor, de los triunfos de la Iglesia y del Ejército y la Patria. La majestad augusta de los príncipes de la Iglesia y de la sangre tenía radiaciones en todas esas externas formas de un arte puramente ideal, y se cantaban las alabanzas del Altísimo en libros inmortales que, como el famoso breviario del cardenal Grimaldi, eran un *substratum* del lirismo, de la pasmosa

<sup>2</sup> J. P., «De arte. Exposición Ochoa», *Diario de la Marina*, 26 de marzo de 1915, p. 2.

<sup>3</sup> «Exposición Ochoa», *ABC*, 26 de marzo de 1915, p. 17.

habilidad, de la piadosa inspiración de genios que, como los de van Eyck y Gerardo de Gante, llevaban a sus acuarelas los pedazos de cielo de los cantos de los poetas, de los reyes sabios y de los profetas iluminados por el Espíritu Santo<sup>4</sup>.

Los objetos de arte se contemplaban a través de una perspectiva que los hacía descubridores de la prolongación de una cultura nacional. A Gabriel Ochoa lo veían resucitando aquel espíritu de tiempos pasados gloriosos en que ese tipo de obras era habitual:

Gabriel Ochoa resucita, con la pericia e inspiración de uno de aquellos misteriosos monjes cluniacenses la fastuosa vida de los antifonarios y sacramentarios de las pasadas basílicas romanas, o de las bizantinas preciosidades de Rávena y Venecia.

Y en relación con *Los intereses creados*, que motivaba este largo preludio explicativo de su estilo y significación, escribía:

Este inmortal monumento de las artes gráficas y suntuarias consta de 40 folios en pergamino natural, admirables por la riqueza fastuosa de miniaturas, capitales, corondeles decorados y la riqueza de los tipos de letra, no igualados en nada hecho modernamente.

La voluntad de restauración del pasado la veían prolongada en el colofón compuesto «por el cuentista y restaurador de la literatura clásica» Diego San José, que transcribieron completo. Si Benavente era considerado en esas líneas «el nuevo Fénix de los Ingenios españoles y Príncipe de las letras castellanas», consideración que había triunfado con la apoteosis conmemorativa de 1912, nada más lógico que copiar suntuosamente su comedia, compuesta «para más alta gloria y esplendor de nuestro Teatro», situándola en el horizonte de la tradición más elevada a la que pertenecía. Dicho con su propia retórica, Benavente era una prolongación de los siglos pretéritos de las glorias de la raza, del mayor esplendor y de los triunfos de la patria. De ahí, justamente, que la tradición teatral española y la cultura nacional constituyeran los puntos de referencia a partir de los cuales *Los intereses creados* se consagró desde su estreno como una pieza clásica de dicha filiación y que su autor, durante la vorágine de homenajes y reconocimientos que siguieron al Premio Espinosa y Cortina y a su elección para la Real Academia Española, fuera celebrado como una plenitud española<sup>5</sup>.

El códice, por lo demás, debía admirarse por su fidelidad a los grandes modelos de la bibliografía artística en la que se integraba. Ejecutoria excelente que el artista había acreditado en las otras piezas que componían la muestra:

<sup>4</sup> Federico Leal, «De arte. Exposición Ochoa», *El Universo*, 25 de marzo de 1915, p. 2.

<sup>5</sup> Martín Barrachina, *Jacinto Benavente, plenitud española*.

Son pasmosas igualmente las restauraciones de portadas fotográficas de incunables, los pergaminos de homenajes de gremios y corporaciones a los grandes patricios protectores y las imitaciones que presenta de billetes, naipes y otras numerosas curiosidades gráficas.

Ochoa, es preciso subrayarlo, alcanzó una visibilidad social importante, que se detecta en los días siguientes por ejemplo en la publicación de su retrato el 31 de marzo en *Mundo Gráfico* con este pie:

D. GABRIEL OCHOA

Notable pintor miniaturista, que ha hecho una exposición de miniaturas sobre marfil y pergaminos, y en la que figura un ejemplar de «Los intereses creados», que regala a su autor la Asociación de Actores<sup>6</sup>.



El dramaturgo Jacinto Grau comentó también la exposición en *La Ilustración Española y Americana* el 8 de abril de 1915:

Entre lo expuesto, resaltaba, en un atril, un libro precioso, encuadrado en piel y escrito a mano sobre pergamo. Este libro motiva las presentes líneas. Es un homenaje de los actores españoles a Benavente. [...] Conocida de todos es la ya famosa comedia representada ciento cincuenta o sesenta noches en Lara en la época de su estreno, a teatro lleno. Polichinelas por fuera, hombres y muy hombres por dentro, son

<sup>6</sup> *Mundo Gráfico*, 31 de marzo de 1915, p. 16.

sus personajes. Discretos dicen, y entre galanuras y lindezas se va destruyendo amablemente, con mucha más fuerza que en varias comedias de terrible apariencia y abundante inocencia interior. En toda la farsa graciosa y pulida de *Los intereses creados*, no dejan nunca el desenfado y la malicia aguda de andar emparejados con esa lindezza inefable de nuestra comedia clásica, al estilo de *El Burlador*, de *El desdén con el desdén* o de *Entre bobos anda el juego*, y como es más moderna el alma del poeta, a esas lindezas va unido un matiz de belleza, muy de nuestros días y muy ya de todos los tiempos. Es una comedia evocadora y tan ilustrable, que de ella hubieran dibujado páginas deliciosas un Rackan, un Dulac o ese moderno y maravilloso Kay Nielsen, continuador, con ventaja, en el preciosismo y la opulencia, si no en el espíritu crítico de Auber Beardles [sic], el gran genio inglés del dibujo, muerto lastimosamente para el arte al terminar su adolescencia<sup>7</sup>.

Grau traía a colación unos cuantos ilustradores de gran fama internacional, aunque sin manejar con precisión sus nombres. Los actores españoles no podían idear una edición como las inglesas, pero aun haciéndola no hubiera tenido el carácter íntimo del homenaje tributado con este libro único. Las características de su trabajo en *Los intereses creados* convertían a Ochoa en «un maestro en su arte sin rivales conocidos»:

Magníficas las tapas; preciosas algunas de las portadas de los actos, como la de Arteta, decorativo y delicado de color, el colofón y las tonalidades de las letras y de las orlas de las páginas, fijadas en el pergamino con una limpieza, con un sentido de la entonación y de las proporciones y con un espíritu de tradición bibliográfica digno de todo elogio. El medallón, en tonos bronceados, donde está el diseño del retrato de Benavente, retrato admirablemente fijado y acabado, aunque quizás, un poco faltó del espíritu del retratado, los remates y principios de capítulo, los encabezamientos en actos y escenas, acusan en su autor, señor Ochoa, una larga preparación, un trasiego constante por archivos y bibliotecas y un acierto en los modelos escogidos para la ornamentación del cuaderno. En suma, D. Gabriel Ochoa es, hoy por hoy, un maestro en su arte sin rivales conocidos.

El dramaturgo hacía después otras consideraciones y, con buen criterio, ponía en relación el trabajo de Ochoa con el llevado a cabo por los editores de la Corona, invitando a que su primoroso trabajo se prolongara en ediciones artísticas como las de aquellos:

Figúrese el señor Ochoa lo que puede hacer un hombre, en posesión de sus habilidades en la manufactura de libros. ¿Qué creaciones de

<sup>7</sup> Jacinto Grau, «La Exposición Ochoa y un libro extraordinario», *La Ilustración Española y Americana*, 8 de abril de 1915, pp. 208-209, con la reproducción de una página del manuscrito, el colofón y el retrato de Leandro, además de un retrato fotográfico de Gabriel Ochoa.

cuadernos diversos, que representen típicamente un carácter, no puede fabricar la maestra mano del señor Ochoa?... ¿Qué resurrecciones de iniciales, de letras, de estructuras de composiciones, qué riqueza de viejas formas olvidadas transfiguradas por el moderno espíritu ornamental, o desenterradas en toda su noble sinceridad primitiva? ¿Y en esta labor de artística selección, qué facilidades no podía encontrar el editor moderno para ciertos libros, joyas de bibliografía, que nos abrirían mercados en el extranjero, aumentando nuestro prestigio tan decaído en lo presente?

No andaba errado Jacinto Grau. Ciertamente, el trabajo de Ochoa se inscribe a la perfección en el horizonte de las ediciones artísticas que andaban publicando Ramón Pérez de Ayala y Enrique de Mesa en la Biblioteca Corona. De hecho, no tardó en colaborar con ellos ilustrando una bella edición de una antología de poemas de fray Luis de León, titulada *La lírica*. Presumiblemente, además de esta colaboración directa, debió asesorarles y facilitarles materiales en la preparación de los otros volúmenes de la colección, ya que tenía para entonces conocimientos y prestigio contrastados. Con aquella cuidada biblioteca intentaban poner al alcance de los lectores cultos y de cierto nivel adquisitivo a grandes clásicos españoles. Dejando aparte el diseño general de la colección que corrió a cargo de Ángel Vivanco —otro de los grandes artífices gráficos de aquel renacimiento clasicista español—, lo que encontramos en esta breve antología de la poesía de fray Luis es lo siguiente:

La cubierta de pergamino diseñada para toda la colección por Vivanco, impresa en esta ocasión en tinta verde oscura y violeta y singularizada con el texto: «FRAY LVIS | DE LEON».

Tras el [folio I], reservado a la DEDICATORIA, en el [folio III] ocupa el centro de la página un fotograbado con los símbolos de la orden religiosa del autor antologado: un corazón atravesado, un sombrero y unos cordones.

En el [folio V], un retrato de Fray Luis, grabado imitando los que se hacían en los siglos XVI-XVII, que marca el tono que seguirá la ornamentación y que confirma el [folio VII] con una orla formada con filetes renacentistas platerescos. Dentro el texto en rojo imitando grañas de entonces: «La Lírica| en fr. |Luis de | Leon».

El diseño de los folios posteriores sigue esta pauta de montar una orla con filetes renacentistas platerescos en cuyo interior se ubican los textos de los poemas seleccionados. Cada poema comienza con una gran letra capitular en rojo, enmarcada en motivos vegetales y continuada por el resto del verso en mayúsculas. La antología queda configurada por estos poemas: [Folios VIII-XVI], «[Q]UE DESCANSADA VIDA». [Folios XVII-XXII]: «[E]L AIRE SE SERENA». [Folios XXIII-XXX]: «[C]UANDO SERÁ QUE PUEDA». [Folios XXXI-XXXV]: «[A]LMA REGIÓN LUCIENTE». [Folios XXXVI-XLIV]: «[C]UANDO CONTEMPLO EL CIELO».

[Folios XLV-XLVII]: «[Y] DEJAS PASTOR SANTO». [Folios XLVIII-LII]: «[R]ECOGÉ YA EN EL SENO». [Folios LIII-LIX]: «[O]H YA SEGURO PUERTO». [Folios LX-LXI]: «[A]QUÍ LA ENVIDIA Y LA MENTIRA», breve texto de diez versos sobre su encierro, que redondea la glosa de su poesía y de su personalidad.

El [Folio LXII] «FINIS», escrito dentro de un adorno formado con unos angelitos barrocos<sup>8</sup>.

En lo sustancial, la antología de fray Luis que ilustró no difiere de otros trabajos suyos en aquellos años, incluida la copia de *Los intereses creados*. Ochoa se hallaba plenamente familiarizado con las grandes obras áureas españolas y ahora las recreaba con gran habilidad. El éxito de la exposición de aquella selección de trabajos dio lugar a que se reprodujera su retrato junto a los comentarios sobre las obras y a que los caricaturistas trazaran una su silueta en los diarios, como sucede en *Mundo Gráfico*, donde el 7 de abril de 1915 una caricatura del artista firmada por Fresno acompañaba a los comentarios «De Bellas Artes» de José Francés, que en junio ofreció en *La Esfera* varias páginas dedicadas a «El miniaturista Ochoa». Y como era lógico, trascendió la información hacia publicaciones provinciales, sobre todo valencianas, como *Las Provincias*.

Al año siguiente, se mencionó entre las exposiciones relevantes de la temporada anterior en «El año artístico 1915». La obra, por su parte, quedó como ejemplo notable para la posteridad, exponiéndose en alguna otra ocasión como en la exposición de arte decorativo de 1920 donde era señalada, además, como «una de las obras más interesantes presentadas»<sup>9</sup>.

A comienzos de los años veinte Gabriel Ochoa se había convertido en un artista de referencia en su arte y su fama se expandía por todo el país. En Barcelona, refiriéndose a las falsificaciones que llegaban al mundo del arte, se decía con referencia a Ochoa:

En España tenemos un gran miniaturista que podría traerse de América, cuando quisiere, arcones llenos de oro a cambio de imitaciones y reproducciones lealmente confesadas que se las pagaría en cuanto pidiese: Gabriel Ochoa<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Fray Luis de León, *La lírica*, Madrid, Biblioteca Corona, colección Libros de horas, 1917. Ilustraciones y ornamentación de Gabriel Ochoa. Con estas precisiones: En el [folio VI], una orla cuadrada ocupa toda la página con óvalo en el centro donde en letras rojas se lee: «Los editores de la «Biblioteca Corona» prepararon la publicación del presente volumen. Decoró la edición Gabriel Ochoa, y fue impresa por Blass y Cía. Madrid MCMXVII.». Sobre la colección y su historia, Jesús Rubio Jiménez, «Breviarios de estética modernista: la colección «Libros de horas» de la Biblioteca Corona», *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 47.3, 2022, pp. 145-174.

<sup>9</sup> «Un libro interesante. El año artístico 1915», *Nuevo Mundo*, 17 de marzo de 1916, p. 33; *La Ilustración Española y Americana*, 30 de mayo de 1920, p. 319; «La exposición nacional. Arte decorativo», *La Esfera*, 19 de junio de 1920, pp. 10-11, con varias fotografías.

<sup>10</sup> D. Castejón, «Por el mundo del fraude. Los falsificadores de obras maestras antiguas», *Mi revista*, 30 de marzo de 1920, p. 10.

Algunos de sus mejores trabajos volvían a ser expuestos junto a obras nuevas. Así ocurrió en la Exposición Gabriel Ochoa de Madrid, celebrada en junio de 1921 en la galería que tenía su sede en la planta baja de la calle Nicolás María Rivero 11. Allí, según la reseña de *El Sol*, se reunieron «pri-morosos objetos», presentándose una vez más la edición artística del discurso de Antonio Maura de 1917 y el abanico de María Antonieta, propiedad de la reina María Cristina, «admirablemente restaurado por el autor»<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> «Exposición Gabriel Ochoa», *El Sol*, 17 de junio de 1921, p. 7.

# «Tan laudatoria y peregrina labor»: diseño, características y estado actual del códice

## EL CÓDICE DE LOS INTERESES CREADOS INGRESÓ EN EL ARCHIVO HISTÓRICO

Nacional formando parte del legado de Jacinto Benavente, adquirido por el estado en dos momentos distintos, en 1972 y en 2012. Dados su olvido y desconocimiento, durante años pasó desapercibido hasta que, siguiendo nuestras indicaciones, lo localizó Diana Muela Bermejo mientras preparaba su tesis doctoral sobre el dramaturgo. Después, con buen criterio, el Archivo Histórico Nacional lo expuso en septiembre de 2016 como «pieza del mes», acompañado de una breve descripción. En la actualidad se encuentra debidamente catalogado en sus fondos, en el conjunto de los que constituyen el archivo personal del Premio Nobel, y salvaguardado en una de las cámaras de mayor protección, dentro de una carpeta especial rotulada en letra gótica, con la firma: «Diversos –Gral. / Carp. 3, N. 1»<sup>1</sup>.

A lo largo del proceso de confección del códice de *Los intereses creados*, Gabriel Ochoa realizó todas las tareas que llevaban a cabo los distintos tipos de artífice u operarios implicados en la elaboración de un códice antiguo: la del *scriptor*, copista o amanuense encargado de la impaginación y la escritura; la del *rubricator*, encargado de la ornamentación relacionada con el texto, y la del *illuminator*, iluminador o pintor miniaturista a quien correspondía la labor decorativa y que, como artesano especializado o pintor dedicado a miniar códices, intervenía sólo en la fabricación de los más lujosos<sup>2</sup>.

El proceso de copia, del mismo modo, fue el característico de este tipo de obras, realizadas por amanuenses expertos a partir de otra copia, que podemos identificar con la primera edición de la farsa, publicada en 1908 en

<sup>1</sup> Diana Muela Bermejo, *La renovación teatral de Jacinto Benavente (1885-1905)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2015, tesis doctoral dirigida por Jesús Rubio Jiménez y Leonardo Romero Tobar; *Pieza del mes, Los intereses creados, por Jacinto Benavente*, presentación de José Luis la Torre Merino, Madrid, Archivo Histórico Nacional, septiembre de 2016.

<sup>2</sup> Alberto Montaner Frutos, *Prontuario de bibliografía. Pautas para la realización de descripciones, citas y repertorios*, Gijón, Trea, 1999, p. 90, cuyas indicaciones para la descripción analítica de manuscritos tenemos en cuenta.

Madrid, por la Sociedad de Autores Españoles, cuyo texto y organización de la acción dramática se respeta cuidadosamente en el códice tal como Benavente la publicó.

El códice consta de cuarenta hojas de pergamino, de 38 cm, más siete hojas de respeto, tres al principio y cuatro al final —las dos primeras de color ocre y la tercera blanca, en el primer caso; dos blancas y dos ocres, en el segundo—, de papel de hilo o de barba de gran calidad, utilizadas, según era habitual, como refuerzo de la encuadernación. El pergamino, de buena calidad y tono lechoso uniforme, sin manchas, a lo largo de todas las páginas, presenta un muy notable estado de conservación, tanto en la cara de pelo como en la de carne, que sólo disminuye por las arrugas de varias páginas (I, II, XXIII, XXVIII) en los extremos, debido a su grosor, que un tamaño mayor habría preservado mejor del paso del tiempo y habría reducido la transparencia entre las caras.

La copia está encuadernada en piel marrón, aparentemente siguiendo la pauta, según declaró el artista en la citada entrevista de marzo de 1914, del códice de la Biblioteca de El Escorial tomado al efecto como referencia:

Esta joya artística irá encuadernada en piel de Rusia, con esmaltes a colores planos, y los dorados a fuego, imitando la maravillosa encuadernación que ostenta el ejemplar de «La Historia» que los Reyes de Inglaterra enviaron por medio de una embajada a S. M. Católica Felipe II, y cuyo ejemplar se conserva en el monasterio de El Escorial como una de las más preciadas joyas de la Biblioteca<sup>3</sup>.

La encuadernación aporta el primer ejemplo de riqueza decorativa que caracteriza esta «joya artística». La cubierta —bien conservada salvo alguna marca de deterioro en los bordes de los extremos derecho e inferior— se compone de patrones entrelazados, organizados a partir de la proyección de una doble cruz trebolada en el centro, núcleo de un diseño de geometría perfectamente simétrica que combina formas estilizadas de nudos celtas, entramado mudéjar y tracería gótica. Más allá del plano descriptivo, la sutileza de estos detalles confiere al diseño de la cubierta una posible lectura simbólica a partir de sus constituyentes contextuales. En un primer nivel, las formas geométricas de los estilos artísticos señalados reúnen, histórica y simbólicamente, distintos momentos de lo que a lo largo del siglo XIX se construyó como orígenes y etapas de la nación española, congregando los distintos estilos como raíces del entonces en boga estilo español, igual que la copia del texto remite a los códices y manuscritos antiguos, donde estas formas decorativas eran muy frecuentes, en particular los nudos celtas, adaptados para la ornamentación monumental cristiana y para la decoración de códices altomedievales. En un segundo nivel, la simbología de los constituyentes —el trébol como símbolo de la

<sup>3</sup> Miguel España, «Un homenaje a Benavente. *Los intereses creados*. Gabriel Ochoa», *El Mundo*, 7 de marzo de 1914.

A pesar de las averiguaciones llevadas a cabo en la Biblioteca de El Escorial, a cuyo personal bibliotecario agradecemos la atención a nuestras pesquisas, no ha sido posible identificar la obra que se habría tomado como modelo para la encuadernación.

Cubierta del códice  
de *Los intereses creados*.



fortuna, la trascendencia de la cruz y la eternidad cifrada en la continuidad del nudo celta—puede leerse como una cifra de la posteridad de Benavente, del triunfo de su fama como gloria nacional española (primer nivel) y de la inmortalidad de su obra (segundo nivel), de acuerdo con las pautas que caracterizó su celebración en 1912, de la que, en último término, surgió el códice de Gabriel Ochoa con el homenaje de los actores<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Martín Barrachina, *Jacinto Benavente, plenitud española*.

En el centro de la cuarta de cubierta, mucho más sobria, un círculo dorado subraya la datación «AÑO | 1915», fecha en que se terminó su ejecución y se celebró el acto de entrega. Presenta también, como la primera, el marco dorado que delimita los bordes y que se corresponde con la encuadernación interior de las tapas, con las guardas de tela de seda ocre, donde los encuaderadores, generalmente en los extremos inferiores, solían firmar su trabajo.

De las cuarenta y seis hojas que constituyen el códice, entre pergamino y papel, la impaginación abarca treinta y seis páginas de pergamino, con las excepciones de la primera y las páginas [III], [XII] y [XXVI], en las que figuran, respectivamente, el retrato de Leandro, por Gabriel Ochoa, y las obras, firmadas, de Julio Romero de Torres (*Leandro y Silvia en la fiesta del jardín*) y Aurelio Arteta (*Escena galante en el jardín*), cuyos vueltos, como los de otras páginas en las que se producen de escena o mutaciones espaciales, permanecen en blanco. La paginación se indica a lo largo de todas ellas en el extremo superior derecho, según la habitual foliación en recto y vuelto hasta el triunfo del impreso, a través de una numeración correlativa en el recto de cada hoja, desde la II a la XL, en romanos, sistema exclusivo, frente a los arábigos, en la paginación de códices hasta el siglo XIII.

Las hojas de pergamino contienen el texto de la farsa, organizado de acuerdo con una disposición más o menos regular de la página que distribuye el texto y la ornamentación en la hoja mediante un pautado en el que ni las líneas rectrices, que establecen el espaciado entre los renglones del texto, ni las líneas de justificación, que delimitan los márgenes izquierdo y derecho y superior e inferior, resultan visibles en el resultado final. La caja de escritura resultante consta de los cuatro márgenes, con disposición del texto a dos columnas y distribuido, mayoritariamente, entre las veintinueve y las treinta y siete líneas por página.

Este diseño de la página, en el que la caja comprende alrededor de la mitad del total de la hoja, concede al pintor el espacio preferente de los distintos márgenes para la decoración ornamental del texto y de la hoja. Así, el patrón decorativo que se va repitiendo siempre en el recto de la página —pero no de manera sistemática— consiste en una semiorla simétrica, de motivos geométricos y florales, que separa por el centro las dos columnas del texto, enmarcado en los extremos superior e inferior por las miniaturas más amplias, lugares que aprovecha el artista para introducir ornamentación más desarrollada, como las máscaras de la comedia y la tragedia (VIII, XXIX), indicaciones de los momentos de la acción (I, XIII) o, según veremos, la galería con los retratos de varios actores que estrenaron la obra.

Esta disposición, que organiza la copia de la práctica totalidad del texto de la obra, se abandona en distintos momentos e imágenes, que por su calidad o significación se destacan, como veremos, de manera particular: el comienzo y el final del códice; la intervención de Silvia al final del primer acto; el retrato de Leandro y las obras con las que colaboraron Julio Romero de Torres y Aurelio Arteta.

El tipo de letra es uniforme a lo largo del códice, de estilo gótico de finales del xvii, categoría libraría, *ductus* o trazado en redonda (*textualis rotunda*), módulo intermedio y pequeño y peso regular de trazo grueso. La escritura se

ajusta con precisión al espacio del renglón, del que sólo sobresalen, mínimamente, los palos altos y bajos de las letras (b, d, f, g, l, p, q, etc.). Las funciones de la letra comprenden tanto la común como la titular y la ornamental. Las tintas empleadas para la escritura son el negro y el rojo misal (predominantes), el dorado, el verde y el azul, con una distribución de los colores que parece seguir un criterio de decoración cromática de la página con los valores decorativos y ornamentales que tienen dichos colores en los códices antiguos (para destacar frases de las intervenciones, diferencias las indicaciones de las escenas y los intervenientes, así como términos concretos, mayúsculas y signos de interrogación y exclamación) en lugar de un patrón sistemático significativo, sólo presente en las acotaciones o didascalías, siempre en tinta roja y siempre diferenciadas ortotipográficamente en menor cuerpo de letra. También la paginación se señala siempre en tinta roja, de acuerdo con lo más habitual en los códices antiguos, aunque, frente a esas características para el diseño de la página, el artista no señala los enlaces textuales con las páginas siguientes.

La ortografía se ajusta al sistema moderno, incluyendo la acentuación sistemática, orientada a facilitar la lectura del texto, que resulta legible sin dificultad. No obstante, se emplean distintos valores antiguos con voluntad arqueológica arcaizante, como abreviaturas, la escritura de la i latina con valor de i griega en las mayúsculas iniciales (aunque emplea la grafía y en el cuerpo del texto en lugar de las antiguas grafías con dicha función que abundan en los viejos códices, como el signo tironiano) y, sobre todo, la utilización sistemática de la ese alta (ſ) en comienzos de palabra y final de sílaba, que combina con la baja, más frecuente en los finales de palabra.

La extraordinaria labor decorativa, de enormes riqueza y elaboración, comprende varios niveles de ornamentación, desarrollados en distintas modalidades que afectan a otros tantos componentes en la ejecución material del trabajo. Junto con lo ya apuntado sobre la disposición de la página y la letra, el grueso de la ornamentación responde a la labor específica del pintor miniaturista o iluminador.

El recto de la primera hoja de pergamino corresponde al título de la farsa. Prescindiendo de su subtítulo, *comedia de polichinelas*, aparece en letras doradas dentro de un tondo de campo azul rodeado, a su vez, por sendos marcos circulares de decoración floral, que se amplía en forma de cruz con una serie de ramilletes y cornucopias. En el vuelto se relacionan las *dramatis personae* bajo el epígrafe de «Personajes», cuyos nombres, en tinta negra y separados con signos dorados, se adornan con las iniciales en tinta roja. No se incluye, sin embargo, el reparto del estreno el 9 de diciembre de 1907, información pertinente para una lectura correcta y global de la copia miniada —y que sí recogen las primeras ediciones de la farsa— dado que algunos de los actores aparecen retratados en las orlas de varias páginas.

La ornamentación de la escritura combina las iniciales miniadas en el cuerpo del texto y las grandes iniciales miniadas de comienzo de página o de párrafo. El tamaño de las primeras oscila entre el ajuste al renglón de escritura, los dos renglones y, en los casos mayores, los tres. La pauta más común de su decoración es el coloreado con tinta azul o roja, enmarcando la letra sobre un fondo dorado. En las más grandes, la amplitud permite incluir adornos florales

y vegetales dentro de los trazos de la propia letra, cuyo espacio es rellenado también con un campo de oro bruñido. En cuanto a las grandes iniciales miniadas de comienzo de página o de párrafo, su altura varía entre los tres, cuatro, cinco —lo más frecuente—, seis y siete renglones. La ornamentación del texto se extiende a los adornos en los finales de las escenas y los cuadros, así como —lugares destacados en la *dispositio*— las indicaciones del prólogo y del final de la comedia.

Entre las imágenes destacan las tres grandes piezas señaladas: el *Leandro* de Gabriel Ochoa y las ilustraciones de Julio Romero de Torres y Aurelio Arteta. Para concederles todo el protagonismo, el artista emplea otra disposición en esas páginas, igual que en los casos de las *dramatis personae* al comienzo o en los versos de *Silvia*, como veremos. Para colocar las pinturas de Romero de Torres y Arteta, Ochoa realizó una orla completa, en cuyas bandas, sobre campo de oro bruñido de desigual tamaño, introduce el mismo tipo de decoración vegetal que en las semiorlas que decoran el recto de numerosas páginas, añadiendo alguna miniatura como un medallón romano ([XII]) o un pergamo ([XXVI]).

El retrato imaginario del protagonista que llevó a cabo Ochoa, firmado en su parte inferior derecha, dentro de la pintura, imita las características de los retratos barrocos y se encuentra enmarcado suntuosamente por una cetrería gótica que le confiere la solidez de una pintura de retablo. Dos columnas sostienen los laterales del marco, en cuyos centros se puede leer: «A. JA- | CIN- | TO» | «1907» (izquierda) y «BENA- | VEN- | TE» | «1915» (derecha), acotando los años del estreno de *Los intereses creados* y del homenaje que dio lugar al encargo y ejecución del códice de la comedia de polichinelas.

El retrato, de un equilibrio cromático soberbio, presenta a un joven ataviado como un caballero noble *al uso cortesano* —traje azul púrpura formado por golilla rígida de valona al cuello, ropilla de mangas acuchilladas sobre el jubón, calzones anchos o greguescos con medias, zapatos picados de lengüeta con sendos lazos, capa dorada, sombrero y espada envainada en la pretina— que parece descorrer con la mano derecha una bandera con el águila imperial que oculta su espacio con el escenario, pero también con el de los lectores-spectadores que contemplan su entrada en la acción desde un fondo neutro, reminiscencia de plancha de grabado, que acentúa la sensación teatral de trampantojo. Ochoa caracteriza a Leandro tal como se lo presenta al principio de la obra, aunque después se conocerá que su verdadera condición es la de un pícaro disfrazado de noble. La imagen contribuye a ambientar el desarrollo de la acción según quedaba sugerido por el autor al final de las *dramatis personae* y del reparto de los actores que estrenaron la comedia en 1907: «La acción pasa en un país imaginario, a principio del siglo XVII». La figura de Leandro, de este modo, refuerza el estilo de la ornamentación del códice, plenamente renacentista.

Este retrato, en nuestra opinión, se inspiró no sólo en los posibles rasgos de Leandro que se deducen de la lectura del texto de la comedia, sino en retratos barrocos y también en cómo fue puesta en escena la comedia en el estreno, dándole un mayor peso al cromatismo áureo predominante por los

Retrato de Leandro,  
por Gabriel Ochoa  
(código *Los intereses  
creados*, f. [5]r).



vestidos de los personajes protagonistas y a partir de las decoraciones precisas históricamente de los escenógrafos del teatro Lara: Amorós, Blancas y Martínez Garí. El estudio de la indumentaria iba alcanzando ya en aquellos años una notable precisión histórica y se aplicaba cada vez con mayor rigor a la consecución de la propiedad escénica de los espectáculos teatrales. Además del historicismo que rezuma la imagen, dada la condición del código como recreación moderna o «pastiche» de un texto contemporáneo en los moldes paleográficos y pictóricos del pasado, la representación del protagonista recoge a su vez la inspiración del artista en los modelos de las miniaturas de las ejecutorias de nobleza coetáneas, no en vano una de las dedicaciones fundamentales de Ochoa como pintor miniaturista y calígrafo.

La segunda pintura de Julio Romero de Torres, sin embargo, nos devuelve al horizonte de cierta ambigüedad histórica —aludida a su vez en la indicación de que «la acción pasa en un país imaginario»— que es consustancial a la pieza con la inclusión de personajes de la *commedia dell'arte* —arquetipos eternos, intemporales, entonces retomados como revulsivos de renovación— y la mixtura de géneros que sustenta su escritura. Romero de Torres, que había alcanzado ya una importancia relevante en el mundo artístico, aportó una bellísima composición en la que sitúa en primer plano a Leandro besando la mano de Silvia durante la celebración de la fiesta, que tiene lugar en el sumptuoso jardín que se avista en segundo plano. La composición, el tratamiento de las figuras y la ambientación se llena de ecos de otras pinturas del artista cordobés; tiene el genuino sello personal de la pintura simbolista que cultivó en esos años. Con esa factura, la buscaba imprecisión histórica y ambiental del prólogo de la comedia se mantiene viva y hasta se amplía.

El cuadro está enmarcado en una orla realizada por Gabriel Ochoa y que integra la pintura de Romero de Torres en el diseño general de la ornamentación del códice. Ochoa debió proporcionarle al pintor la hoja de pergamino sobre la que este pintó la escena y después el miniaturista completó la hoja enmarcando la pintura.

En cuanto a su colocación en el códice, hay que señalar que se encuentra cerrando el primer cuadro y, a su manera, recoge todo el proceso de enamoramiento de Leandro y Silvia, la pareja protagonista. Sin dejar de ser una pintura simbolista, tiene cierto aire galante, propio de la época en que se ambienta históricamente la acción, aspecto que se intensifica mucho más en la contribución de Aurelio Arteta.

Por lo demás, Jacinto Benavente y Julio Romero de Torres mantenían una buena relación: asistían a las mismas tertulias y se embarcaron en proyectos artísticos que tenían soportes estéticos comunes. En cuanto a Ochoa, según hemos visto, el pintor cordobés ya había colaborado con él en obras de esta índole, como en el homenaje del *Heraldo Militar* a La Cierva, cuyo retrato pintó para el pergamino realizado por el miniaturista. La pintura entregada para el homenaje a Benavente es en cierto modo también un homenaje personal suyo al dramaturgo<sup>5</sup>.

La tercera pintura, *Escena galante en el jardín*, está firmada en la parte inferior izquierda de la pintura por «A. Arteta». El tamaño de la hoja de pergamino es un poco más pequeño que el resto, lo que probaría que se trabajó aparte y luego se incorporó al conjunto en el momento de la encuadernación. Tiene como marco también una orla con motivos florales y fondos dorados que la integran en el diseño general de la pieza. La orla debió realizarla como en el caso anterior Gabriel Ochoa formando parte de su trabajo habitual y del diseño general de la copia miniada.

<sup>5</sup> Referente fundamental en esas fechas era también su relación con Valle-Inclán: Margarita Santos Zas, «Valle-Inclán, de puño y letras: notas a una exposición de Romero de Torres», *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 23.1, 1998, pp. 405-450.

Colaboración de Julio Romero de Torres para el códice de *Los intereses creados* (f. [XII]r).



El centro de la escena vuelven a ocuparlo Leandro y Silvia. La ambientación también es de jardín, pero sin la profundidad de la perspectiva en la composición anterior y con una particularidad importante: en segundo plano se advierte la presencia de Crispín, cubierto con un sombrero clásico que le otorga una marcada reminiscencia pictórica barroca a la escena, entre los modelos de El Greco y Velázquez (la figura de Silvia se asemeja a una menina), que sugiere que está ejerciendo de algún modo su papel de celestino, con lo que la escena rebaja su solemnidad y cobra cierto carácter satírico, remitiendo a una amplísima tradición iconográfica en la pintura y en la literatura: las relaciones entre dos jóvenes, pero mediando las habilidades de una celestina que

facilita los encuentros. La particularidad, en este caso, es que no se trata de una mujer, como es más habitual en la tradición, sino de un hombre, de un pícaro avezado también en el ejercicio de estas artimañas amorosas. La obra de Arteta, además, tiene cierto aire y tonalidades de las escenas de galanteo de Watteau, testimonio de una iconografía que desarrolló a su vez la pintura galante dieciochesca. Y también la pintura romántica española está llena de ellas, aunque en lienzos como los de José Bécquer se acentúan los rasgos españoles de los personajes. Cuando pinta Arteta, en suma, esas imágenes habían modulado los modelos iconográficos en función de las circunstancias y los desarrollos pictóricos de cada momento, pero los referentes fundamentales —y en buena medida los significados— eran los mismos.

La pintura está colocada tras la escena última, al final del primer acto de la obra. Como el retrato de Leandro y la obra de Romero de Torres, no sigue la disposición habitual de la página, como tampoco, en el vuelto de la anterior que queda a su izquierda cuando se abre el códice, la copia de la intervención de Silvia (XXVv) en la que expresa su amor por Leandro, en la escena última del primer cuadro. Sus palabras se destacan organizando el texto, escrito de manera alterna en tintas azul y dorada, a una columna, con una capital miniada al comienzo de la intervención y, después, con sendas capitales al comienzo de cada estrofa. Su decoración se ajusta, mayoritariamente, a los colores de las tintas, de manera que si el renglón está escrito en azul, el campo de la letra es también azul y su trazo, dorado, como la línea siguiente, y viceversa, igual que ocurre con la escritura del prólogo. Ochoa, de este modo, subrayó artísticamente un momento singular en la acción dramática por varias razones —la intervención de sus protagonistas, el verso como forma expresiva, el final del acto primero— que constituye así mismo uno de los puntos más destacados de la puesta en escena de *Los intereses creados*.

Y no termina ahí la singularidad que se confiere al momento, pues justo en el recto de la página siguiente se inserta la colaboración de Aurelio Arteta. Por su situación, más allá de ilustrar la acción representada y orientar la imaginación del lector, la pintura adquiere un sentido escénico que hace las veces de telón, subrayado por la indicación en el extremo inferior de la orla que enmarca el cuadro: «FIN DEL ACTO | PRIMERO».

Queda por aclarar una ausencia misteriosa en relación con la singularidad de estas grandes imágenes y según la participación de otros pintores en la elaboración del códice. Como se ha visto, cuando se fue difundiendo el contenido del proyecto en la prensa se habló de una tercera colaboración: la de Anselmo Miguel Nieto, que iba a pintar una escena con tres mujeres para ilustrar otro momento de la comedia. Sin embargo, esta escena no existe en la copia miniada. Caben distintas interpretaciones de esta ausencia y van desde que finalmente no se ejecutara hasta que haya desaparecido después. La paginación de las hojas de pergamino, como se ha dicho, es correlativa e incluye, sin indicar el número, el retrato de Leandro y las obras de Romero de Torres y Arteta. En función de ese sistema, no hay duda de que la paginación completa indica que el códice se conserva íntegro. Por lo tanto, lo más probable es que la colaboración de Anselmo Miguel Nieto quedó al cabo fuera, por alguna causa que ignoramos.

Colaboración  
de Aurelio Arteta  
para el códice de  
*Los intereses creados*  
(f. [XXVI]r).



El pintor formaba parte de aquel grupo de artistas que estaban llevando a cabo en aquellos años diferentes ediciones artísticas modernistas. Frequentaba la tertulia del Nuevo Café de Levante, en la calle del Arenal, que se reunía en tono a Valle-Inclán y fue de los más destacados ilustradores de *Voces de gesta* (1912), en la que participaron también tanto Julio Romero de Torres como Aurelio Arteta, amigo íntimo éste desde sus primeros años como pintor. Juntos los encontramos a su vez en un proyecto para el monumento a Cervantes que se iba a erigir en la Plaza de España, pero que acabó desestimado y dio lugar a cierta polémica cuando se seleccionó otro menos moderno.

Desde que realizó su gran exposición «Retratos de mujer» en el salón de *La Tribuna* en 1912, Nieto se consagró como uno de los mayores especialistas en retratos femeninos; se lo llamaba, de hecho, «el pintor de la mujer» y de ahí proviene la idea de que realizara un retrato de un grupo de los personajes femeninos de *Los intereses creados*. La exposición constaba de doce retratos de mujer y un retrato de Ramón del Valle-Inclán, que ha sido considerado la mejor representación del escritor gallego, penetrando en su personalidad y evocando paralelamente la pintura renacentista. El ejemplo perfecto de cómo entendían aquellos artistas el arte del retrato sobre el que reflexionó con insistencia el propio don Ramón, que ejercía una notable influencia sobre aquellos artistas plásticos. Igual que Valle-Inclán, y en la misma página, Benavente reseñó la exposición en *Nuevo Mundo*, donde destacó la elegancia del pintor, su sencillez que parecía expresión de un don natural:

Es ese noble señorío que suele hallarse en labradores castellanos y no logran aprender grandes señores, nacidos en palacios. Es la gran hidalgía de Castilla, dulcificada por suavidades de Italia como lo fue nuestra poesía con Garcilaso y Lope de Vega. Anselmo Miguel es un pintor de Renacimiento. No del Renacimiento, entiéndase bien. De aquel pasado sería arcaísmo su pintura, y Anselmo Miguel llega muy a tiempo. Siempre es uno de su tiempo cuando es uno mismo. Anselmo Miguel es ante todo un admirable artista; luego, tan gran pintor, que puede permitirse la honradez de jugar limpio; no como otros pintores, que solo en fuerza de fullerías a costa de la pintura, quieren parecernos artistas y pensadores. [...] Los retratos de Anselmo Miguel, no tienen ese parecido de presente, pasmo de los allegados. Tienen el parecido de futuro; son como ha de ser el soneto, según Dante Gabriel Rossetti: lo momentáneo eternizado. Son la verdad poética de la leyenda, sobre el incierto comentario de la Historia. Cuando las obras de Valle-Inclán se perdieran, su retrato por Anselmo Miguel hablaría del espíritu que inspiró las *Sonatas y Voces de Gesta...* En el arte de Anselmo Miguel, ya lo dije, como en las églogas de Garcilaso, las tierras de Castilla se templaron con los aires suaves de Italia. En estos tiempos de peñas regionales, cuando tal vez no se concede una primera medalla por no promover discordias entre dos provincias hermanas, bueno es recordar que Anselmo Miguel nos viene de Castilla, la olvidada, la exausta<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> José Carlos Brasas Egido, *Anselmo Miguel Nieto. Vida y pintura*, Valladolid, Institución Cultural Simancas, 1980, pp. 26-27, sobre el monumento a Cervantes y p. 58 y ss. Entre las reseñas de la exposición: V., «La exposición de Anselmo Miguel Nieto», *Por Esos Mundos*, 209, junio de 1912, pp. 726-734; Jacinto Benavente, «Anselmo de Miguel» y Ramón del Valle-Inclán, «Notas de la Exposición», *Nuevo Mundo*, 20 de junio de 1912, p. 5, con fotografía de un banquete en honor de *La Argentina* al que asistieron Benavente, Nieto y Romero de Torres, entre «otros celebrados literatos y artistas» (p. 29). Acerca de su estética y sus coincidencias con Valle-Inclán, Javier Serrano Alonso, «El pintor de cámara de Valle-Inclán: Anselmo Miguel Nieto», *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 40.3, 2015, pp. 265-302.

En los años siguientes a esta exposición, que catalizó su fama en la sociedad, Anselmo Miguel Nieto anduvo muy ocupado en la proyección internacional de su pintura y acaso no encontró el momento de completar la obra ideada para el códice.

La buena amistad que tenía con Benavente quedó atestiguada en el retrato del Premio Nobel que realizó en 1946, tras coincidir en un viaje de vuelta de América, y que el pintor conservó con afecto hasta su muerte en 1964. Por el lado del dramaturgo, en su minuciosa monografía sobre Nieto, José Carlos Brasas Egido se refiere a que «don Jacinto era un gran admirador de la pintura de Anselmo Miguel, a quien dedicó una de sus más elogiosas críticas, siguiendo con verdadero interés su carrera desde los primeros pasos del pintor en Madrid. Como prueba de su amistad, Anselmo también realizó algunos gouaches para ilustrar *Los Intereses Creados*, en homenaje a Benavente»<sup>7</sup>.

No precisa más cuantos fueron estos posibles gouaches. En su catálogo del artista sólo incluye una pieza «Damas en un jardín» con los siguientes datos: «Gouache. 21,5 x 15 cms. Realizado para ilustrar *Los Intereses Creados*, en homenaje a don Jacinto Benavente. Fue subastado en Durán en abril de 1972»<sup>8</sup>. No se indica el soporte sobre el que fue realizada; tal vez se trate de la hoja de pergamino correspondiente, que debiera haberse incorporado al proyecto general. Los datos concuerdan y hacen pensar que esta obra fuera la destinada a la copia iluminada de la comedia que estaba realizando Gabriel Ochoa. Actualmente está ilocalizada en alguna colección particular.

Además de estas representaciones de los personajes, Ochoa realizó una llamativa galería de retratos en miniatura de los actores que estrenaron la obra el 9 de diciembre de 1907 en el Teatro Lara. La curiosa serie —incompleta, centrada en once personajes, los principales o más destacados— atestigua una de las especialidades del artista, que demostró su maestría en dicha disciplina en los pocos centímetros comprendidos al efecto en el centro del extremo inferior de las semiorlas del recto de las páginas, con la excepción del de Crispín, que se sitúa dentro de una capital historiada. Todos aparecen ataviados con el traje de la representación, sobre un fondo neutro y dentro de un espacio cuadrado o rectangular que remite a las características que solían tener estos retratos de pequeño formato, tanto pictóricos como fotográficos. Ofrecemos a continuación una identificación de todos ellos, aunque no resulta fácil en todos los casos; su imagen no siempre corresponde con su intervención en el texto de la página donde figuran y aparte de los que tienen unos signos identificativos inequívocos gracias a su caracterización, en otros es más compleja la identificación precisa. Utilizamos para ello también, cuando es posible, las fotografías de los actores durante el estreno reproducidas en el primer apartado, que ayudan a identificar los retratos y pudieron servir así mismo a Ochoa para realizarlos.

<sup>7</sup> Brasas Egido, *Anselmo Miguel Nieto*, pp. 208 (n.º 134 del catálogo) y 67.

<sup>8</sup> Brasas Egido, *Anselmo Miguel Nieto*, p. 78 (n.º 200 del catálogo).

Relación de los personajes retratados y los actores que los interpretaron en el estreno:

Folio	Personaje	Actor
IVr	Crispín	Sr. Puga
IXr	El capitán	Sr. R. de la Mata
XVr	Laura	Srta. Toscano
XVIIIr	Arlequín	Sr. Barraycoa
XIXr	Colombina	Srta. Pardo
XXIr	Polichinela	Sr. Mora
XXIIr	Señora de Polichinela	Señorita Alba
XXIIIr	Silvia	Srta. Suárez
XXVIIIr	El secretario	Sr. Romea
XXXIIIr	Pantalón	Sr. Simó-Raso
XXXIVr	El hostelero	Sr. Pacheco

Visto el afecto que Benavente demostró por los cómicos, hasta el punto de que en 1929 donó los derechos de la comedia al Montepío de los actores, esta galería de retratos debió de resultarle un aspecto conmovedor. Además, por otro lado, la imagen de sus personajes encarnados por quienes les infundieron vida sobre las tablas no hacía sino subrayar de dónde había surgido aquel genuino homenaje dentro de la vorágine conmemorativa de que fue objeto el dramaturgo en 1912.

Finalmente, en el recto de la página XL, última hoja de pergamino, los paratextos constituyen la decoración ornamental con la que termina el códice, que ya no sigue la pauta dispositiva del texto a dos columnas. En la parte superior, el colofón de Diego San José, remedando con solemnidad la expresión de la lengua antigua, refleja el encargo de la obra en homenaje a Benavente:

Por suscripción de todos los | comediantes de España | encargose al artista Gabriel | Ochoa sacar este traslado | único, de la jamás como se debe alabada y famosa comedia de polichi-| nelas, intitulada *Los Intereses Creados* | que para más alta gloria y esplendor de | nuestro Teatro compuso el nuevo Fenix | de los Ingenios Españoles y Príncipe | de las Letras Castellanas don Jacinto | Benavente

Sobre la escritura predominante en tinta negra, Ochoa introduce distintas ornamentaciones de un fragmento importante del códice. Con tinta roja escribe su nombre y las iniciales de las palabras «*Intereses Creados*», «Teatro», «Fénix», «Ingenios Españoles», «Príncipe», «Letras Castellanas» y «don». El título de la obra se destaca también con una capital para el artículo, del mismo tipo que la inicial de «España» y de menor decoración que las iniciales de «Jacinto Benavente», decorados con el mismo estilo que la «P» inicial absoluta del párrafo, de gran tamaño.



Crispín (Sr. Puga)



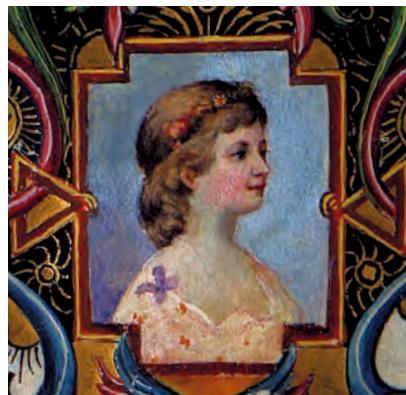
El Capitán (Sr. R. de la Mata)



Laura (Srta. Toscano)



Arlequín (Sr. Barraycoa)



Colombina (Srta. Pardo)



Polichinela (Sr. Mora)



Sra. de Polichinela (Srta. Alba)



Silvia (Srta. Suárez)



El Secretario (Sr. Romea)



Pantalón (Sr. Simó-Raso)



El Hostelero (Sr. Pacheco)

Sigue, en el centro de la página, la miniatura de una medalla con la efigie de Benavente de perfil, rodeada por la escritura de su nombre en mayúsculas: «JACINTO» (derecha) «BENAVENTE» (izquierda), y la fecha de «1915» en la parte inferior.

El retrato de Jacinto Benavente simulando en su miniatura que se está reproduciendo una medalla conmemorativa del homenaje tiene su propio alcance y significado para cerrar el trabajo interior. Hasta donde sabemos no se acuñó ninguna medalla con motivo del homenaje. Pero a su manera, este pequeño trampantojo de una simbólica medalla del homenajeado constituye otro detalle no exento que cierra como merecía el elogio final del dramaturgo a quien consideraban nada más ni nada menos que «el nuevo Fénix de los Ingenios Españoles y Príncipe de las Letras Castellanas.» Es decir, alguien situado a la altura de los mayores clásicos de la literatura española y encarnación de lo más elevado del supuesto genio nacional.

Gabriel Ochoa emplea la parte inferior restante para estampar el colofón o suscripción del copista, donde, siguiendo la pauta de dicha anotación final, atestigua la elaboración de la obra. Escrito con tinta roja y en base de lámpara, en tanto conclusión formal decorativa de la página, recoge las circunstancias espaciotemporales de la realización de la copia —destacadas con la escritura de los días y los meses de comienzo y final con tinta negra— y añade, también destacada en negro, la alabanza a Dios como fórmula estereotipada que manifiesta el regocijo por el trabajo culminado con fortuna:

¶ Comenzose tan laudatoria y peregrina la- | bor en la Villa y Corte de Madrid a los veinte | días del mes de agosto de MCMXIII, y diose por | finada a los catorce días del mes de Marzo | del año de gracia de MCMXV.I | Laus Deo



# LOS INTERESES CREADOS

Comedia de polichinelas, en dos actos,  
tres cuadros y un prólogo original de

JACINTO BENAVENTE



*A don Rafael Gasset, su afectísimo  
Jacinto Benavente*



Estrenada en el Teatro Lara el día 9 de diciembre de 1907

**REPARTO**

<b>PERSONAJES</b>	<b>ACTORES</b>
Doña Sirena	Sra. Valverde
Silvia	Srta. Suárez
La señora de Polichinela	Srta. Alba
Colombina	Srta. Pardo
Laura	Srta. Toscano
Risela	Srta. Beltrán
Leandro	Srta. Domus
Crispín	Sr. Puga
El doctor	Sr. Rubio
Polichinela	Sr. Mora
Arlequín	Sr. Barraycoa
El capitán	Sr. R. de la Mata
Pantalón	Sr. Simó-Raso
El hostelero	Sr. Pacheco
El secretario	Sr. Romea
Mozo 1º de la hostería	Sr. Suárez (A.)
Ídem 2º	Sr. Enríquez
Alguacilillo 1º	Sr. De Diego
Ídem 2º	Sr. Suárez (A.)

*La acción pasa en un país imaginario, a principios del siglo XVII*



## ACTO PRIMERO

### PRÓLOGO

*Telón corto en primer término, con puerta al foro, y en ésta un tapiz.  
Recitado por el personaje CRISPÍN*

He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares a los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas a los más variados concursos, como en París sobre el Puente Nuevo, cuando Tabarin desde su tablado de feria solicitaba la atención de todo transeúnte, desde el espetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de la alegre farsa, hasta el pícaro hampón, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa; y el prelado y la dama de calidad, y el gran señor desde sus carrozas, como la moza alegre y el soldado, y el mercader y el estudiante. Gente de toda condición, que en ningún otro lugar se hubiera reunido, comunicábase allí su regocijo, que muchas veces, más que de la farsa, reía el grave de ver reír al risueño, y el sabio al bobo, y los pobres de ver reír a los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reír a los pobres, tranquilizada su conciencia con pensar: ¡también los pobres ríen! Que nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa. Alguna vez, también subió la farsa a palacios de príncipes, altísimos señores, por humorada de sus dueños, y no fue allí menos libre y despreocupada. Fue de todos y para todos. Del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos, de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura. Ilustró después su plebeyo origen con noble ejecutoria: Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, como enamorados príncipes de cuento de hadas, elevaron a Cenicienta al más alto trono de la Poesía y el Arte. No presume de tan gloriosa estirpe esta farsa, que por curiosidad de su espíritu inquieto os presenta un poeta de ahora. Es una farsa *guiñolesca*, de asunto disparatado, sin realidad alguna. Pronto veréis cómo cuanto en ella sucede no pudo suceder nunca, que sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos o fantoches de cartón y trapo, con gresos hilos, visibles a poca luz y al más corto de vista. Son las mismas grotescas máscaras de aquella comedia de Arte italiano, no tan regocijadas como solían, porque han meditado mucho en tanto tiempo. Bien conoce el autor que tan primitivo espectáculo no es el más digno de un culto auditorio de estos tiempos; así, de vuestra cultura tanto como de vuestra bondad se ampara. El autor sólo pide que aníñéis cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo está ya viejo y chocante; el Arte no se resigna a envejecer, y por parecer niño finge balbuceos... Y he aquí cómo estos viejos polichinelas pretenden hoy divertiros con sus niñerías.

### MUTACIÓN

## CUADRO PRIMERO

*Plaza de una ciudad. A la derecha, en primer término, fachada de una hostería con puerta practicable y en ella un aldabón. Encima de la puerta un letrero que diga: «Hostería».*

## ESCENA PRIMERA

LEANDRO y CRISPÍN, *que salen por la segunda izquierda.*

LEANDRO. Gran ciudad ha de ser ésta, Crispín; en todo se advierte su señorío y riqueza.

CRISPÍN. Dos ciudades hay. ¡Quisiera el Cielo que en la mejor hayamos dado!

LEANDRO. ¿Dos ciudades dices, Crispín? Ya entiendo, antigua y nueva, una de cada parte del río.

CRISPÍN. ¿Qué importa el río ni la vejez ni la novedad? Digo dos ciudades como en toda ciudad del mundo: una para el que llega con dinero, y otra para el que llega como nosotros.

LEANDRO. ¡Harto es haber llegado sin tropezar con la justicia! Y bien quisiera detenerme aquí algún tiempo, que ya me cansa tanto correr tierras.

CRISPÍN. A mí no, que es condición de los naturales, como yo, del libre reino de Picardía, no hacer asiento en parte alguna, si no es forzado y en galeras, que es duro asiento. Pero ya que sobre esta ciudad caímos y es plaza fuerte a lo que se descubre, tracemos como prudentes capitanes nuestro plan de batalla, si hemos de conquistarla con provecho.

LEANDRO. ¡Mal pertrechado ejército venimos!

CRISPÍN. Hombres somos, y con hombres hemos de vernos.

LEANDRO. Por todo caudal, nuestra persona. No quisiste que nos desprendiéramos de estos vestidos, que, malvendiéndolos, hubiéramos podido juntar algún dinero.

CRISPÍN. ¡Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece.

LEANDRO. ¿Qué hemos de hacer, Crispín? Que el hambre y el cansancio me tienen abatido, y mal discurso.

CRISPÍN. Aquí no hay sino valerse del ingenio y de la desvergüenza, que sin ella nada vale el ingenio. Lo que he pensado es que tú has de hablar poco y desabrido, para darte aires de persona de calidad; de vez en cuando te permito que descargues algún golpe sobre mis costillas; a cuantos te preguntan responde misterioso; y cuanto hables por tu cuenta, sea con gravedad; como si sentenciaras. Eres joven,

de buena presencia; hasta ahora sólo supiste malgastar tus cualidades; ya es hora de aprovecharte de ellas. Ponte en mis manos, que nada conviene tanto a un hombre como llevar a su lado quien haga notar sus méritos, que en uno mismo la modestia es necesidad y la propia alabanza locura, y con las dos se pierde para el mundo. Somos los hombres como mercancía, que valemos más o menos según la habilidad del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que así fueras vidrio, a mi cargo corre que pases por diamante. Y ahora llamemos a esta hostería, que lo primero es acampar a vista de la plaza.

LEANDRO. ¿A la hostería dices? ¿Y cómo pagaremos?

CRISPÍN. ¡Si por tan poco te acobardas, busquemos un hospital o casa de misericordia, o pidamos limosna, si a lo piadoso nos acogemos; y si a lo bravo, volvamos al camino y saltemos al primer viandante; si a la verdad de nuestros recursos nos atenemos, no son otros nuestros recursos!

LEANDRO. Yo traigo cartas de introducción para personas de valimiento en esta ciudad, que podrán socorremos.

CRISPÍN. ¡Rompe luego esas cartas y no pienses en tal bajeza! ¡Presentarnos a nadie como necesitados! ¡Buenas cartas de crédito son éas! Hoy te recibirán con grandes cortesías, te dirán que su casa y su persona son tuyas, y a la segunda vez que llames a su puerta, ya te dirá el criado que su señor no está en casa ni para en ella; y a otra visita, ni te abrirán la puerta. Mundo es éste de toma y daca; lonja de contratación, casa de cambio, y antes de pedir, ha de ofrecerse.

LEANDRO. ¿Y qué podré ofrecer yo si nada tengo?

CRISPÍN. ¡En qué poco te estimas! Pues qué, un hombre por sí, ¿nada vale? Un hombre puede ser soldado, y con su valor decidir una victoria; puede ser galán o marido, y con dulce medicina curar a alguna dama de calidad o doncella de buena linaje que se sienta morir de melancolía; puede ser criado de algún señor poderoso que se afione de él y le eleve hasta su privanza, y tantas cosas más que no he de enumerar. Para subir, cualquier escalón es bueno.

LEANDRO. ¿Y si aun ese escalón me falta?

CRISPÍN. Yo te ofrezco mis espaldas para encumbrarte. Tú te verás en alto.

LEANDRO. ¿Y si los dos damos en tierra?

CRISPÍN. Que ella nos sea leve. (*Llamando a la hostería con el aldabón.*) ¡Ah de la hostería! ¡Hola, digo! ¡Hostelero o demonio! ¿Nadie responde? ¿Qué casa es ésta?

LEANDRO. ¿Por qué esas voces si apenas llamas?

CRISPÍN. ¡Porque es ruindad hacer esperar de ese modo! (*Vuelve a llamar más fuerte.*) ¡Ah de la gente! ¡Ah de la casa! ¡Ah de todos los diablos!

HOSTELERO. (*Dentro.*) ¿Quién va? ¿Qué voces y qué modo son éstos? No hará tanto que esperan.

CRISPÍN. ¡Ya fue mucho! Y bien nos informaron que es ésta muy ruin posada para gente noble.

## ESCENA II

DICHOS, el HOSTELERO y *dos Mozos que salen de la hostería.*

HOSTELERO. (*Saliendo.*) Poco a poco, que no es posada, sino hospedería y muy grandes señores han parado en ella.

CRISPÍN. Quisiera yo ver a esos que llamáis grandes señores. Gentecilla de poco más o menos. Bien se advierte en esos mozos que no saben conocer a las personas de calidad, y se están ahí como pasmarotes sin atender a nuestro servicio.

HOSTELERO. ¡Por vida que sois impertinente!

LEANDRO. Este criado mío siempre ha de extremar su celo. Buena es vuestra posada para el poco tiempo que he de parar en ella. Disponed luego un aposento para mí y otro para este criado, y ahorremos palabras.

HOSTELERO. Perdonad, señor; si antes hubierais hablado... Siempre los señores han de ser más comedidos que sus criados.

CRISPÍN. Es que este buen señor mío a todo se acomoda; pero yo sé lo que conviene a su servicio, y no he de pasar por cosa mal hecha. Conducidnos ya al aposento.

HOSTELERO. ¿No traéis bagaje alguno?

CRISPÍN. ¿Pensáis que nuestro bagaje es hatillo de soldado o de estudiante para traerlo a mano, ni que mi señor ha de traer aquí ocho carros, que tras nosotros vienen, ni que aquí ha de parar sino el tiempo preciso que conviene al secreto de los servicios que en esta ciudad le están encomendados?...

LEANDRO. ¿No callarás? ¿Qué secreto ha de haber contigo? ¡Pues voto a... que si alguien me descubre por tu hablar sin medida!... (*Le amenaza y le pega con la espada*)

CRISPÍN. ¡Valedme, que me matará! (*Corriendo.*)

HOSTELERO. (*Interponiéndose entre Leandro y Crispín.*) ¡Teneos, señor!

LEANDRO. Dejad que le castigue, que no hay falta para mí como el hablar sin tino.

HOSTELERO. ¡No le castiguéis, señor!

LEANDRO. ¡Dejadme, dejadme, que no aprenderá nunca! (*Al ir a pegar a Crispín, éste se esconde detrás del Hostelero, quien recibe los golpes.*)

CRISPÍN. (*Quejándose.*) ¡Ay, ay, ay!

HOSTELERO. ¡Ay digo yo, que me dio de plano!

LEANDRO. (*A Crispín.*) Ve a lo que diste lugar: a que este infeliz fuera el golpeado. ¡Pídele perdón!

HOSTELERO. No es menester. Yo le perdonó gustoso. (*A los criados.*) ¡Qué hacéis ahí parados? Disponed los aposentos donde suele parar el embajador de Mantua y preparad comida para este caballero.

CRISPÍN. Dejad que yo les advierta de todo, que cometerán mil torpezas y pagaré yo luego, que mi señor, como veis, no perdona falta... Soy con vosotros, muchachos... Y tened cuenta a quién servís, que la mayor fortuna o la mayor desdicha os entró por las puertas. (*Entran los criados y Crispín en la hostería.*)

HOSTELERO. (*A Leandro*) ¿Y podéis decirme vuestro nombre, de dónde venís, y a qué propósito?...

LEANDRO. (*Al ver salir a Crispín de la hostería*) Mi criado os lo dirá... Y aprended a no importunarme con preguntas... (*Entra en la hostería.*)

CRISPÍN. ¡Buena la hicisteis! ¿Atreverse a preguntar a mi señor? Si os importa tenerle una hora siquiera en vuestra casa, no volváis a dirigirle la palabra.

HOSTELERO. Sabed que hay Ordenanzas muy severas que así lo disponen.

CRISPÍN. ¡Veníos con Ordenanzas a mi señor! ¡Callad, callad, que no sabéis a quién tenéis en vuestra casa, y si lo supierais no diríais tantas impertinencias!

HOSTELERO. Pero ¿no he de saber siquiera...?

CRISPÍN. ¡Voto a... que llamaré a mi señor y él os dirá lo que conviene, si no le entendisteis! ¡Cuidad de que nada le falte y atendedle con vuestros cinco sentidos, que bien puede pesaros! ¿No sabéis conocer a las personas? ¿No visteis ya quién es mi señor? ¿Qué replicáis? ¡Vamos ya! (*Entra en la hostería empujando al Hostelero.*)

### ESCENA III

ARLEQUÍN y el CAPITÁN, *que salen por la segunda izquierda.*

ARLEQUÍN. Vagando por los campos que rodean esta ciudad, lo mejor de ella sin duda alguna, creo que sin pensarlo hemos venido a dar frente a la hostería. ¡Animal de costumbre es el hombre! ¡Y dura costumbre la de alimentarse cada día!

CAPITÁN. ¡La dulce música de vuestros versos me distrajo de mis pensamientos! ¡Amable privilegio de los poetas!

ARLEQUÍN. ¡Que no les impide carecer de todo! Con temor llego a la hostería. ¡Consentirán hoy en fiarnos! ¡Válgame vuestra espada!

CAPITÁN. ¿Mi espada? Mi espada de soldado, como vuestro plectro de poeta, nada valen en esta ciudad de mercaderes y de negociantes... ¡Triste condición es la nuestra!

ARLEQUÍN. Bien decís. No la sublime poesía, que sólo canta de nobles y elevados asuntos; ya ni sirve poner el ingenio a las plantas de los poderosos para elogiarlos o satirizarlos; alabanzas o diatribas no tienen valor para ellos; ni agradecen las unas ni temen las otras. El propio Aretino hubiera muerto de hambre en estos tiempos.

CAPITÁN. ¿Y nosotros, decidme? Porque fuimos vencidos en las últimas guerras, más que por el enemigo poderoso, por esos indignos traficantes que nos gobiernan y nos enviaron a defender sus intereses sin fuerzas y sin entusiasmo, porque nadie

combate con fe por lo que no estima; ellos, que no dieron uno de los suyos para soldado ni soltaron moneda sino a buen interés y a mejor cuenta, y apenas temieron verla perdida amenazaron con hacer causa con el enemigo, ahora nos culpan a nosotros y nos maltratan y nos menosprecian y quisieran ahorrarse la mísera soldada con que creen pagarnos, y de muy buena gana nos despedirían si no temieran que un día todos los oprimidos por sus maldades y tiranías se levantaran contra ellos. ¡Pobres de ellos si ese día nos acordamos de qué parte están la razón y la justicia!

ARLEQUÍN. Si así fuera... ese día me tendréis a vuestro lado.

CAPITÁN. Con los poetas no hay que contar para nada, que es vuestro espíritu como el ópalo, que a cada luz hace diversos visos. Hoy os apasionáis por lo que nace y mañana por lo que muere; pero más inclinados sois a enamoraros de todo lo ruinoso por melancólico. Y como sois por lo regular gente trasnochadora, más veces visteis morir el sol que amanecer el día, y más sabéis de sus ocasos que de sus auroras.

ARLEQUÍN. No lo diréis por mí, que he visto amanecer muchas veces cuando no tenía dónde acostarme. ¿Y cómo queríais que cantara a1 día, alegre como alondra, si amanecía tan triste para mí? ¿Os decidís a probar fortuna?

CAPITÁN. ¡Qué remedio! Sentémonos, y sea lo que disponga nuestro buen hostelero.

ARLEQUÍN. ¡Hola! ¡Eh! ¿Quién sirve? (*Llamando en la hostería.*)

#### ESCENA IV

DICHOS, el HOSTELERO. *Después los Mozos, LEANDRO y CRISPÍN, que salen a su tiempo de la hostería.*

HOSTELERO. ¡Ah, caballeros! ¿Sois vosotros? Mucho lo siento, pero hoy no puedo servir a nadie en mi hostería.

CAPITÁN. ¿Y por qué causa, si puede saberse?

HOSTELERO. ¡Lindo desahogo es el vuestro en preguntarlo! ¿Pensáis que a mí me fía nadie lo que en mi casa se gasta?

CAPITÁN. ¡Ah! ¿Es ése el motivo? ¿Y no somos personas de crédito a quien puede fijarse?

HOSTELERO. Para mí, no. Y como nunca pensé cobrar, para favor ya fue bastante; con que así, hagan merced de no volver por mi casa.

ARLEQUÍN. ¿Creéis que todo es dinero en este bajo mundo? ¿Contáis por nada las ponderaciones que de vuestra casa hicimos en todas partes? ¡Hasta un soneto os tengo dedicado y en él celebro vuestras perdices estofadas y vuestros pasteles de liebre!... Y en cuanto al señor Capitán, tened por seguro que él solo sostendrá contra un ejército el buen nombre de vuestra casa. ¿Nada vale esto? ¡Todo ha de ser moneda contante en el mundo!

HOSTELERO. ¡No estoy para burlas! No he menester de vuestros sonetos ni de la espada del señor Capitán, que mejor pudiera emplearla.

CAPITÁN. ¡Voto a... que si la emplearé escarmentando a un pícaro! (*Amenazándole y pegándole con la espada.*)

HOSTELERO. (*Gritando.*) ¿Qué es esto? ¿Contra mí? ¡Favor! ¡Justicia!

ARLEQUÍN. (*Conteniendo al Capitán.*) ¡No os perdáis por tan ruin sujeto!

CAPITÁN. ¡He de matarle! (*Pegándole.*)

HOSTELERO. ¡Favor! ¡Justicia!

MOZOS. (*Saliendo de la hostería.*) ¡Que matan a nuestro amo!

HOSTELERO. ¡Socorredme!

CAPITÁN. ¡No dejaré uno!

HOSTELERO. ¿No vendrá nadie?

LEANDRO. (*Saliendo con Crispín.*) ¿Qué alboroto es éste?

CRISPÍN. ¿En lugar donde mi señor se hospeda? ¿No hay sosiego posible en vuestra casa? Yo traeré a la Justicia, que pondrá orden en ello.

HOSTELERO. ¡Esto ha de ser mi ruina! ¡Con tan gran señor en mi casa!

ARLEQUÍN. ¿Quién es él?

HOSTELERO. ¿No oséis preguntarlo?

CAPITÁN. Perdonad, señor, si turbamos vuestro reposo; pero este ruin hostelero...

HOSTELERO. No fue mía la culpa, señor, sino de estos desvergonzados...

CAPITÁN. ¿A mí desvergonzado? ¡No miraré nada!...

CRISPÍN. ¡Alto, señor Capitán, que aquí tenéis quien satisfaga vuestros agravios, si los tenéis de este hombre!

HOSTELERO. Figuraos que ha más de un mes que comen a mi costa sin soltar blanca, y porque me negué hoy a servirles se vuelven contra mí.

ARLEQUÍN. Yo, no, que todo lo llevo con paciencia.

CAPITÁN. ¿Y es razón que a un soldado no se le haga crédito?

ARLEQUÍN. ¿Y es razón que en nada se estime un soneto con estrambote que compuse a sus perdices estofadas y a sus pasteles de liebre?... Todo por fe, que no los probé nunca, sino carnero y potajes.

CRISPÍN. Estos dos nobles señores dicen muy bien, y es indignidad tratar de ese modo a un poeta y a un soldado.

ARLEQUÍN. ¡Ah, señor, sois un alma grande!

CRISPÍN. Yo no. Mi señor, aquí presente; que como tan gran señor, nada hay para él en el mundo como un poeta y un soldado.

LEANDRO. Ciento.

CRISPÍN. Y estad seguros de que mientras él pare en esta ciudad no habéis de carecer de nada, y cuanto gasto hagáis aquí corre de su cuenta.

LEANDRO. Ciento.

CRISPÍN. ¡Y mírese mucho el hostelero en trataros como corresponde!

HOSTELERO. ¡Señor!

CRISPÍN. Y no seáis tan avaro de vuestras perdices ni de vuestras empanadas de gato, que no es razón que un poeta como el señor Arlequín hable por sueño de cosas tan palpables...

ARLEQUIN. ¿Conocéis mi nombre?

CRISPÍN. Yo no; pero mi señor, como tan gran señor, conoce a cuantos poetas existen y existieron, siempre que sean dignos de ese nombre.

LEANDRO. Ciento.

CRISPÍN. Y ninguno tan grande como vos, señor Arlequín; y cada vez que pienso que aquí no se os ha guardado todo el respeto que merecéis...

HOSTELERO. Perdonad, señor. Yo les serviré como mandáis, y basta que seáis su fiador...

CAPITÁN. Señor, si en algo puedo serviros...

CRISPÍN. ¿Es poco servicio el conoceros? ¡Glorioso Capitán, digno de ser cantado por ese solo poeta!...

ARLEQUIN. ¡Señor!

CAPITÁN. ¡Señor!

ARLEQUÍN. ¿Y os son conocidos mis versos?

CRISPÍN. ¿Cómo conocidos? ¡Olvidados los tengo! ¡No es vuestro aquel soneto admirable que empieza: «La dulce mano que acaricia y mata»?

ARLEQUIN. ¿Cómo decís?

CRISPÍN. «La dulce mano que acaricia y mata.»

ARLEQUÍN. ¿Ése decís? No, no es mío ese soneto.

CRISPÍN. Pues merece ser vuestro. Y de vos, Capitán, ¿quién no conoce las hazañas? ¡NO fuisteis el que sólo con veinte hombres asaltó el castillo de las Peñas Rojas en la famosa batalla de los Campos Negros?

CAPITÁN. ¿Sabéis?...

CRISPÍN. ¿Cómo si sabemos? ¡Oh! ¡Cuánta veces se lo oí referir a mi señor entusiasmado! ¡Veinte hombres, veinte, y vos delante, y desde el castillo... ¡bum!, ¡bum!, ¡bum!, disparos y bombardas y pez hirviente, y demonios encendidos...! ¡Y los veinte hombres como un solo hombre y vos delante! Y los de arriba.... ¡bum! ¡bum! ¡bum! Y los tambores... ¡ran, rataplán, plán! Y los clarines... ¡tatarí, tarí, tarí!...

Y vosotros sólo con vuestra espada y vos sin espada... ¡ris, ris ris!, golpe aquí, golpe allí..., una cabeza, un brazo... (*Empieza a golpes con la espada, dándoles de plano al Hostelero y a los Mozos.*)

MOZO. ¡Ay, ay!

HOSTELERO. ¡Téngase; que se apasiona como si pasara!

CRISPÍN. ¿Cómo si me apasiono? Siempre sentí yo el *animus belli*.

CAPITÁN. No parece sino que os hallasteis presente.

CRISPÍN. Oírselo referir a mi señor es como verlo, mejor que verlo. ¡Y a un soldado así, al héroe de las Peñas Rojas en los Campos Negros, se le trata de esa manera!... ¡Ah! Gran suerte fue que mi señor se hallase presente y que negocios de importancia le hayan traído a esta ciudad, dónde él hará que se os trate con respeto, como merecéis... ¡Un poeta tan alto, un tan gran capitán! (*A los Mozos.*) ¡Pronto! ¿Qué hacéis ahí como estafermos? Servidles de lo mejor que haya en vuestra casa, y ante todo una botella del mejor vino, que mi señor quiere beber con estos caballeros, y lo tendrá a gloria... ¿Qué hacéis ahí? ¡Pronto!

HOSTELERO. ¡Voy, voy!... ¡No he librado de mala! (*Se va con los Mozos a la hostería*)

ARLEQUÍN. ¡Ah, señor! ¿Cómo agradeceros?...

CAPITÁN. ¿Cómo pagaros?

CRISPÍN. ¡Nadie hable aquí de pagar, que es palabra que ofende! Sentaos, sentaos, que para mi señor, que a tantos príncipes y grandes ha sentado a su mesa, será éste el mayor orgullo.

LEANDRO. Ciento.

CRISPÍN. Mi señor no es de muchas palabras; pero, como veis, esas pocas son otras tantas sentencias llenas de sabiduría.

ARLEQUÍN. En todo muestra su grandeza.

CAPITÁN. No sabéis cómo conforta nuestro abatido espíritu hallar un gran señor como vos, que así nos considera.

CRISPÍN. Esto no es nada, que yo sé que mi señor no se contenta con tan poco y será capaz de llevaros consigo y colocaros en tan alto estado...

LEANDRO. (*A parte a Crispín.*) No te alargues en palabras, Crispín...

CRISPÍN. Mi señor no gusta de palabras, pero ya le conoceréis por las obras.

HOSTELERO. (*Saliendo con los Mozos que traen las viandas y ponen la mesa.*) Aquí está el vino... y la comida.

CRISPÍN. ¡Beban, beban y coman y no se priven de nada, que mi señor corre con todo, y si algo os falta, no dudéis en decirlo, que mi señor pondrá orden en ello, que el hostelero es dado a descuidarse!

HOSTELERO. No por cierto; pero comprenderéis...

CRISPÍN. No digáis palabra, que diréis una impertinencia.

CAPITÁN. ¡A vuestra salud!

LEANDRO. ¡A la vuestra, señores! ¡Por el más grande poeta y el mejor soldado!

ARLEQUÍN. ¡Por el más noble señor!

CAPITÁN. ¡Por el más generoso!

CRISPÍN. Y yo también he de beber, aunque sea atrevimiento. Por este día grande entre todos que juntó al más alto poeta, al más valiente capitán, al más noble señor y al más leal criado... Y permitid que mi señor se despida, que los negocios que le traen a esta ciudad no admiten demora.

LEANDRO. Ciento.

CRISPÍN. ¿No faltaréis a presentarle vuestros respetos cada día?

ARLEQUÍN. Y a cada hora; y he de juntar a todos los músicos y poetas de mi amistad para festejarle con músicas y canciones.

CAPITÁN. Y yo he de traer a toda mi compañía con antorchas y luminarias.

LEANDRO. Ofenderéis mi modestia...

CRISPÍN. Y ahora comed, bebed... ¡Pronto! Servid a estos señores... (*Aparte al Capitán.*) Entre nosotros... ¿estaréis sin blanca?

CAPITÁN. ¿Qué hemos de deciros?

CRISPÍN. ¡No digáis más! (*Al Hostelero.*) ¡Eh! ¡Aquí! Entregaréis a estos caballeros cuarenta o cincuenta escudos por encargo de mi señor y de parte suya... ¡No dejéis de cumplir sus órdenes!

HOSTELERO. ¡Descuidad! ¡Cuarenta o cincuenta, decís?

CRISPÍN. Poned sesenta... ¡Caballeros, salud!

CAPITÁN. ¡Viva el más grande caballero!

ARLEQUÍN. ¡Viva!

CRISPÍN ¡Decid ¡viva! también vosotros, gente incivil!

HOSTELERO y MOZOS. ¡Viva!

CRISPÍN. ¡Viva el más alto poeta y el mayor soldado!

TODOS. ¡Viva!

LEANDRO. (*Aparte a Crispín.*) ¿Qué locuras son éstas, Crispín, y cómo saldremos de ellas?

CRISPÍN. Como entramos. Ya lo ves; la poesía y las armas son nuestras... ¡Adelante! ¡Sigamos la conquista del mundo!

(*Todos se hacen saludos y reverencias, y Leandro y Crispín se van por la segunda izquierda. El Capitán y Arlequín se disponen a comer los asados que les han preparado el Hostelero y los Mozos que los sirven.*)

## SEGUNDO CUADRO

*Jardín con fachada de un pabellón, con puerta practicable en primer término izquierda. Es de noche.*

### ESCENA PRIMERA

DOÑA SIRENA y COLOMBINA *saliendo del pabellón.*

SIRENA. ¡No hay para perder el juicio, Colombina! ¡Que una dama se vea en trance tan afrentoso por gente baja y descomedida! ¡Cómo te atreviste a volver a mi presencia con tales razones?

COLOMBINA. ¡Y no habíais de saberlo?

SIRENA. ¡Morir me estaría mejor! ¡Y todos te dijeron lo mismo?

COLOMBINA. Uno por otro, y como lo oísteis... El sastre, que no os enviará el vestido mientras no le paguéis todo lo adeudado.

SIRENA. ¡El insolente! ¡El salteador de caminos! ¡Cuando es él quien me debe todo su crédito en esta ciudad, que hasta emplearlo yo en el atavío de mi persona no supo lo que era vestir damas!

COLOMBINA. Y los cocineros y los músicos y los criados todos dijeron lo mismo: que no servirían esta noche en la fiesta si no les pagáis por adelantado.

SIRENA. ¡Los sayones! ¡Los forajidos! ¡Cuándo se vio tanta insolencia en gente nacida para servirnos! ¡Es que ya no se paga más que con dinero? ¡Es que ya sólo se estima el dinero en el mundo? ¡Triste de la que se ve como yo, sin el amparo de un marido, ni de parientes, ni de allegados masculinos!... Que una mujer sola nada vale en el mundo, por noble y virtuosa que sea. ¡Oh, tiempos de perdición! ¡Tiempos del Apocalipsis! ¡El Anticristo debe ser llegado!

COLOMBINA. Nunca os vi tan apocada. Os desconozco. De mayores apuros supisteis salir adelante.

SIRENA. Eran otros tiempos, Colombina. Contaba yo entonces con mi juventud y con mi belleza como poderosos aliados. Príncipes y grandes señores rendíanse a mis plantas.

COLOMBINA. En cambio, no sería tanta vuestra experiencia y conocimiento del mundo como ahora. Y en cuanto a vuestra belleza, nunca estuvo tan en su punto, podéis creerlo.

SIRENA. ¡Deja lisonjas! ¡Cuándo me vería yo de este modo si fuera la doña Sirena de mis veinte!

COLOMBINA. ¡Años queréis decir?

SIRENA. ¡Pues qué pensaste? ¡Y qué diré de ti, que aún no los cumpliste y no sabes aprovecharlo! ¡Nunca lo creyera cuando al verme tan sola de criada te adopté por sobrina! ¡Si en vez de malograr tu juventud enamorándote de ese Arlequín, ese poeta que nada puede ofrecer sino versos y músicas, supieras emplearte mejor, no nos veríamos en tan triste caso!

COLOMBINA. ¿Qué queréis? Aún soy demasiado joven para resignarme a ser amada y no corresponder. Y si he de adiestrarme en hacer padecer por mi amor, necesito saber antes cómo se padece cuando se ama. Yo sabré desquitarme. Aún no cumplí los veinte años. No me creáis con tan poco juicio que piense en casarme con Arlequín.

SIRENA. No me fío de ti, que eres muy caprichosa y siempre te dejaste llevar de la fantasía. Pero pensemos en lo que ahora importa. ¿Qué haremos en tan gran apuro? No tardarán en acudir mis convidados, todos personas de calidad y de importancia, y entre ellas el señor Polichinela con su esposa y su hija, que por muchas razones me importan más que todos. Ya sabe a cómo frecuentan esta casa algunos caballeros nobilísimos, pero, como yo, harto deslucidos en su nobleza, por falta de dinero. Para cualquiera de ellos, la hija del señor Polichinela, con su riquísima dote, y el gran caudal que ha de heredar a la muerte de su padre, puede ser un partido muy ventajoso. Muchos son los que la pretenden. En favor de todos ellos interpongo yo mi buena amistad con el señor Polichinela y su esposa. Cualquiera que sea el favorecido, yo sé que ha de corresponder con larguezas a mis buenos oficios, que de todos me hice firmar una obligación para asegurarme. Ya no me quedan otros medios que estas mediaciones para reponer en algo mi patrimonio; si de camino algún rico comerciante o mercader se prendara de ti... ¿quién sabe?... aún podía ser esta casa lo que fue en otro tiempo. Pero si esta noche la insolencia de esa gente trasciende, si no puedo ofrecer la fiesta... ¡No quiero pensarla..., que será mi ruina!

COLOMBINA. No paséis cuidado. Con qué agasajarlos no ha de faltar. Y en cuanto a músicos y a criados, el señor Arlequín, que por algo es poeta y para algo está enamorado de mí, sabrá improvisarlo todo. Él conoce a muchos truhanes de buen humor que han de prestarse a todo. Ya veréis, no faltará nada, y vuestros convidados dirán que no asistieron en su vida a tan maravillosa fiesta.

SIRENA. ¡Ay, Colombina! Si eso fuera, ¡cuánto ganarías en mi afecto! Corre en busca de tu poeta... No hay que perder tiempo.

COLOMBINA. ¿Mi poeta? Del otro lado de estos jardines pasea, de seguro, aguardando una señá mía...

SIRENA. No será bien que asista a vuestra entrevista, que yo no debo rebajarme en solicitar tales favores... A tu cargo lo dejo. ¡Que nada falte para la fiesta, y yo sabré recompensar a todos; que esta estrechez angustiosa de ahora no puede durar siempre... o no sería yo doña Sirena!

COLOMBINA. Todo se compondrá. Id descuidada. (*Vase doña Sirena por el pabellón.*)

## ESCENA II

COLOMBINA. *Después Crispín, que sale por la segunda derecha.*

COLOMBINA. *(Dirigiéndose a la segunda derecha y llamando)* ¡Arlequín! ¡Arlequín!  
*(Al ver salir a Crispín).* ¡No es él!

CRISPÍN. No temáis, hermosa Colombina, amada del más soberano ingenio, que por ser raro poeta en todo, no quiso extremar en sus versos las ponderaciones de vuestra belleza. Si de lo vivo a lo pintado fue siempre diferencia, es toda en esta ocasión ventaja de lo vivo, ¡con ser tal la pintura!

COLOMBINA. Y vos ¿sois también poeta, o sólo cortesano y lisonjero?

CRISPÍN. Soy el mejor amigo de vuestro enamorado Arlequín, aunque sólo de hoy le conozco, pero tales pruebas tuvo de mi amistad en tan corto tiempo. Mi mayor deseo fue el de saludaros, y el señor Arlequín no anduviera tan discreto en complacerme a no fiar tanto de mi amistad, que sin ella fuera ponerme a riesgo de amaros sólo con haberme puesto en ocasión de veros.

COLOMBINA. El señor Arlequín fiaba tanto en el amor que le tengo como en la amistad que le tenéis. No pongáis todo el mérito de vuestra parte, que es tan necia presunción perdonar la vida a los hombres como el corazón a las mujeres.

CRISPÍN. Ahora advierto que no sois tan peligrosa al que os ve como al que llega a escucharos.

COLOMBINA. Permitid; pero antes de la fiesta preparada para esta noche he de hablar con el señor Arlequín, y...

CRISPÍN. No es preciso. A eso vine, enviado de su parte y de parte de mi señor, que os besa las manos.

COLOMBINA. ¿Y quién es vuestro señor, si puede saberse?

CRISPÍN. El más noble caballero, el más poderoso... Permitid que por ahora calle su nombre; pronto habréis de conocerle. Mi señor desea saludar a doña Sirena y asistir a su fiesta esta noche.

COLOMBINA. ¡La fiesta! ¿No sabéis...?

CRISPÍN. Lo sé. Mi deber es averiguarlo todo. Sé que hubo inconvenientes que pudieron estorbarla; pero no habrá ninguno, todo está prevenido.

COLOMBINA. ¿Cómo sabéis...?

CRISPÍN. Yo os aseguro que no faltará nada. Suntuoso agasajo, luminarias y fuegos de artificio, músicos y cantores. Será la más lucida fiesta del mundo...

COLOMBINA. ¿Sois algún encantador, por ventura?

CRISPÍN. Ya me iréis conociendo. Sólo os diré que por algo juntó hoy el destino a gente de tan buen entendimiento, incapaz de malograrlo con vanos escrúpulos. Mi señor sabe que esta noche asistirá a la fiesta el señor Polichinela, con su hija única,

la hermosa Silvia, el mejor partido de esta ciudad. Mi señor ha de enamorarla, mi señor ha de casarse con ella y mi señor sabrá pagar como corresponde los buenos oficios de doña Sirena y los vuestros también si os prestáis a favorecerle.

COLOMBINA. No andáis con rodeos. Debiera ofenderme vuestro atrevimiento.

CRISPÍN. El tiempo apremia y no me dio lugar a ser comedido.

COLOMBINA. Si ha de juzgarse del amo por el criado...

CRISPÍN. No temáis. A mi ama le hallaréis el más cortés y atento caballero. Mi desvergüenza le permite a él mostrarse vergonzoso. Duras necesidades de la vida pueden obligar al más noble caballero a empleos de rufián, como a la más noble dama a bajos oficios, y esta mezcla de ruindad y nobleza en un mismo sujeto desluce con el mundo. Habilidad es mostrar separado en dos sujetos lo que suele andar junto en uno solo. Mi señor y yo, con ser uno mismo, somos cada uno una parte del otro. ¡Si así fuera siempre! Todos llevamos en nosotros un gran señor de altivos pensamientos, capaz de todo lo grande y de todo lo bello... Y a su lado, el servidor humilde, el de las ruinas obras, el que ha de emplearse en las bajas acciones a que obliga la vida... Todo el arte está en separarlos de tal modo que cuando caemos en alguna bajeza podamos decir siempre; no fue mía, no fui yo, fue mi criado. En la mayor miseria de nuestra vida siempre hay algo en nosotros que quiere sentirse superior a nosotros mismos. Nos despreciaríamos demasiado si no creyésemos valer más que nuestra vida... Ya sabéis quién es mi señor: el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. Ya sabéis quién soy yo: el de los ruines empleos, el que siempre muy bajo, rastrea y socava entre toda mentira y toda indignidad y toda miseria. Sólo hay algo en mí que me redime y me eleva a mis propios ojos. Esta lealtad de mi servidumbre esta lealtad que se humilla y se arrastra para que otro pueda volar y pueda ser siempre el señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. (*Se oye música dentro.*)

COLOMBINA. ¿Qué música es esa?

CRISPÍN. La que mi señor trae a la fiesta, con todos sus pajes y todos sus criados y toda una corte de poetas y cantores presididos por el señor Arlequín, y toda una legión de soldados, con el Capitán al frente, escoltándole con antorchas...

COLOMBINA. ¿Quién es vuestro señor, que tanto puede? Corro a prevenir a mi señora...

CRISPÍN. No es preciso. Ella acude.

### ESCENA III

DICHOS y DOÑA SIRENA, *que sale por el pabellón.*

SIRENA. ¿Qué es esto? ¿Quién previno esa música? ¿Qué tropel de gente llega a nuestra puerta?

COLOMBINA. No preguntéis nada. Sabed que hoy llegó a esta ciudad un gran señor, y es él quien os ofrece la fiesta esta noche. Su criado os informará de todo. Yo aún

no sabré deciros si hablé con un gran loco o con un gran bribón. De cualquier modo, os aseguro que él es un hombre extraordinario...

SIRENA. ¿Luego no fue Arlequín?

COLOMBINA. No preguntéis... Todo es como cosa de magia...

CRISPÍN. Doña Sirena, mi señor os pide licencia para besaros las manos. Tan alta señora y tan noble señor no han de entender en intrigas impropias de su condición. Por eso, antes que él llegue a saludaros, yo he de decirlo todo. Yo sé de vuestra historia mil notables sucesos que, referidos, me asegurarían toda vuestra confianza... Pero fuera impertinencia puntualizarlos. Mi amo os asegura aquí (*entregándole un papel*) con su firma la obligación que ha de cumpliros si de vuestra parte sabéis cumplir lo que aquí os propone.

SIRENA. ¿Qué papel y qué obligación es ésta?... (*Leyendo el papel para sí.*) ¿Cómo? ¡Cien mil escudos de presente y otros tantos a la muerte del señor Polichinela si llega a casarse con su hija? ¿Qué insolencia es ésta? ¿A una dama? ¿Sabéis con quién habláis? ¿Sabéis qué casa es ésta?

CRISPÍN. Doña Sirena... ¡excusad la indignación! No hay nadie presente que pueda importaros. Guardad ese papel junto con otros... y no se hable más del asunto. Mi señor no os propone nada indecoroso, ni vos consentiríais en ello... Cuanto aquí suceda será obra de la casualidad y del amor. Fui yo, el criado, el único que tramo estas cosas indignas. Vos sois siempre la noble dama, mi amo el noble señor, que al encontraros esta noche en la fiesta, hablaréis de mil cosas galantes y delicadas, mientras vuestros convidados pasean y conversan a vuestro alrededor, con admiraciones a la hermosura de las damas, al arte de sus galas, a la esplendidez del agasajo, a la dulzura de la música y a la gracia de los bailarines... ¿Y quién se atreverá a decir que no es esto todo? ¿No es así la vida, una fiesta en que la música sirve para disimular palabras y las palabras para disimular pensamientos? Que la música suene incesante, que la conversación se anime con alegres risas, que la cena esté bien servida... es todo lo que importa a los convidados. Y ved aquí a mi señor, que llega a saludaros con toda gentileza.

#### ESCENA IV

DICHOS, LEANDRO, ARLEQUÍN y el CAPITÁN, *que salen por la segunda derecha.*

LEANDRO. Doña Sirena, bésos las manos.

SIRENA. Caballero...

LEANDRO. Mi criado os habrá dicho en mi nombre cuanto yo pudiera deciros.

CRISPÍN. Mi señor, como persona grave, es de pocas palabras. Su admiración es muda.

ARLEQUÍN. Pero sabe admirar sabiamente.

CAPITÁN. El verdadero mérito.

ARLEQUÍN. El verdadero valor.

CAPITÁN. El arte incomparable de la poesía.

ARLEQUÍN. La noble ciencia militar.

CAPITÁN. En todo muestra su grandeza.

ARLEQUÍN. Es el más noble caballero del mundo.

CAPITÁN. Mi espada siempre estará a su servicio.

ARLEQUÍN. He de consagrar a su gloria mi mejor poema.

CRISPÍN. Basta, basta, que ofenderéis su natural modestia. Vedle cómo quisiera ocultarse y desaparecer. Es una violeta.

SIRENA. No necesita hablar quien de este modo hace hablar a todos en su alabanza.

*(Después de un saludo y reverencia se van todos por la primera derecha. A Colombina.)*  
¿Qué piensas de todo esto, Colombina?

COLOMBINA. Que el caballero tiene muy gentil figura y el criado muy gentil desvergüenza.

SIRENA. Todo puede aprovecharse. O yo no sé nada del mundo ni de los hombres, o la fortuna se entró hoy por mis puertas.

COLOMBINA. Pues segura es entonces la fortuna; porque del mundo sabéis algo, y de los hombres, ¡no se diga!

SIRENA. Risela y Laura, que son las primeras en llegar...

COLOMBINA. ¿Cuándo fueron ellas las últimas en llegar a una fiesta? Os dejo en su compañía, que yo no quiero perder de vista a nuestro caballero... *(Vase por la primera derecha.)*

## ESCENA V

DOÑA SIRENA, LAURA y RISELA, *que salen por la segunda derecha.*

SIRENA. ¡Amigas! Ya comenzaba a dolerme de vuestra ausencia.

LAURA. ¿Pues es tan tarde?

SIRENA. Siempre lo es para veros.

RISELA. Otras dos fiestas dejamos por no faltar a vuestra casa.

LAURA. Por más que alguien nos dijo que no sería esta noche por hallarlos algo indisposta.

SIRENA. Sólo por dejar mal a los maldicientes, aun muriendo la hubiera tenido.

RISELA. Y nosotras nos hubiéramos muerto y no hubiéramos dejado de asistir a ella.

LAURA. ¿No sabéis la novedad?

RISELA. No se habla de otra cosa.

LAURA. Dicen que ha llegado un personaje misterioso. Unos dicen que es embajador secreto de Venecia o de Francia.

RISELA. Otros dicen que viene a buscar esposa para el Gran Turco.

LAURA. Aseguran que es lindo como un Adonis.

RISELA. Si nos fuera posible conocerle... Debisteis invitarle a vuestra fiesta.

SIRENA. No fue preciso, amigas, que él mismo envió un embajador a pedir licencia para ser recibido. Y en mi casa está y le veréis muy pronto.

LAURA. ¿Qué decís? Ved si anduvimos acertadas en dejarlo todo por asistir a vuestra casa.

RISELA. ¡Cuántas nos envidiarán esta noche!

LAURA. Todos rabian por conocerle.

SIRENA. Pues yo nada hice por lograrlo. Bastó que él supiera que yo tenía fiesta en mi casa.

RISELA. Siempre fue lo mismo con vos. No llega persona importante a la ciudad que luego no os ofrezca sus respetos.

LAURA. Ya se me tarda en verle... Llevadnos a su presencia por vuestra vida.

RISELA. Sí, sí, llevadnos.

SIRENA. Permitid, que llega el señor Polichinela con su familia... Pero id sin mí; no os será difícil hallarle.

RISELA. Sí, sí; vamos, Laura.

LAURA. Vamos, Risela. Antes de que aumente la confusión y no nos sea posible acercarnos.  
(*Vanse por la primera derecha.*)

## ESCENA VI

DOÑA SIRENA, POLICHINELA, LA SEÑORA DE POLICHINELA  
y SILVA, *que salen por la segunda derecha.*

SIRENA. ¡Oh, señor Polichinela! Ya temí que no vendríais. Hasta ahora no comenzó para mí la fiesta.

POLICHINELA. No fue culpa mía la tardanza. Fue de mi mujer, que entre cuarenta vestidos no supo nunca cuál ponerse.

SEÑORA DE POLICHINELA. Si por él fuera, me presentaría de cualquier modo... Ved cómo vengo de sofocada por apresurarme.

SIRENA. Venís hermosa como nunca.

POLICHINELA. Pues aún no trae la mitad de sus joyas. No podría con tanto peso.

SIRENA. ¿Y quién mejor puede ufanarse con que su esposa ostente el fruto de una riqueza adquirida con vuestro trabajo?

SEÑORA DE POLICHINELA. Pero ¿no es hora ya de disfrutar de ella, como yo le digo, y de tener más nobles aspiraciones? Figuraos que ahora quiere casar a nuestra hija con un negociante.

SIRENA. ¡Oh, señor Polichinela! Vuestra hija merece mucho más que un negociante.

No hay que pensar en eso. No debéis sacrificar su corazón por ningún interés.  
¿Qué dices tú, Silvia?

POLICHINELA. Ella preferiría algún barbilindo que, muy a pesar mío, es muy dada a novelas y poesías.

SILVIA. Yo haré siempre lo que mi padre ordene si a mi madre no le contraría y a mí no me disgusta.

SIRENA. Eso es hablar con juicio.

SEÑORA DE POLICHINELA. Tu padre piensa que sólo el dinero vale y se estima en el mundo.

POLICHINELA. Yo pienso que sin dinero no hay cosa que valga ni se estime en el mundo; que es el precio de todo.

SIRENA. ¡No habléis así! ¿Y las virtudes, y el saber, y la nobleza?

POLICHINELA. Todo tiene su precio, ¿quién lo duda? Nadie mejor que yo lo sabe, que compré mucho de todo eso, y no muy caro.

SIRENA. ¡Oh, señor Polichinela! Es humorada vuestra. Bien sabéis que el dinero no es todo, y que si vuestra hija se enamora de algún noble caballero, no sería bien contrariarla. Yo sé que tenéis un sensible corazón de padre.

POLICHINELA. Eso sí. Por mi hija sería capaz de todo.

SIRENA. ¿Hasta de arruinaros?

POLICHINELA. Eso no sería una prueba de cariño. Antes sería capaz de robar, de asesinar..., de todo.

SIRENA. Ya sé que siempre sabréis rehacer vuestra fortuna. Pero la fiesta se anima. Ven conmigo, Silvia. Para danzar téngote destinado un caballero, que habéis de ser la más lucida pareja...

*(Se dirigen todos a la primera derecha. Al ir a salir el señor Polichinela, Crispín, que entra por la segunda derecha, le detiene.)*

## ESCENA VII

CRISPÍN Y POLICHINELA.

CRISPÍN. ¡Señor Polichinela! Con licencia.

POLICHINELA. ¿Quién me llama? ¿Qué me queréis?

CRISPÍN. ¿No recordáis de mí? No es extraño El tiempo todo lo borra, y cuando es algo enojoso lo borrado, no deja ni siquiera el borrón como recuerdo, sino que se apresura a pintar sobre él con alegres colores, esos alegres colores con que ocultáis al mundo vuestras jorobas. Señor Polichinela, cuando yo os conocí apenas las cubrían unos descoloridos andrajos.

POLICHINELA. ¿Y quién eres tú y dónde pudiste conocerme?

CRISPÍN. Yo era un mozuelo, tú eras ya todo un hombre. Pero ¿has olvidado ya tantas gloriosas hazañas por esos mares, tantas victorias ganadas al turco, a que no poco contribuimos con nuestro heroico esfuerzo, unidos los dos al mismo noble remo en la misma gloriosa nave?

POLICHINELA. ¡Imprudente! ¡Calla o...!

CRISPÍN. O harás conmigo como con tu primer amo en Nápoles, y con tu primera mujer en Bolonia, y con aquel mercader judío en Venecia...

POLICHINELA. ¡Calla! ¿Quién eres tú, que tanto sabes y tanto hablas?

CRISPÍN. Soy... lo que fuiste. Y quien llegará a ser lo que eres... como tú llegaste. No con tanta violencia como tú, porque los tiempos son otros y ya sólo asesinan los locos y los enamorados y cuatro pobres que aún asaltan a mano armada al transeúnte por calles oscuras o caminos solitarios. ¡Carne de horca, despreciable!

POLICHINELA. ¿Y qué quieres de mí? Dinero, ¿no es eso? Ya nos veremos más despacio. No es éste el lugar...

CRISPÍN. No tiembles por tu dinero. Sólo deseo ser tu amigo, tu aliado, como en aquellos tiempos.

POLICHINELA. ¿Qué puedo hacer por ti?

CRISPÍN. No; ahora soy yo quien va a servirte, quien quiere obligarte con una advertencia. (*Haciéndole que mire a la primera derecha.*) ¿Ves a tu hija cómo danza con un joven caballero y cómo sonríe ruborosa al oír sus galanterías? Ese caballero es mi amo.

POLICHINELA. ¿Tu amo? Será entonces un aventurero, un hombre de fortuna, un bandido como...

CRISPÍN. ¿Como nosotros... vas a decir? No; es más peligroso que nosotros, porque, como ves, su figura es bella, y hay en su mirada un misterio de encanto, y en su voz una dulzura que llega al corazón y le conmueve como si contara una historia triste. ¿No es esto bastante para enamorar a cualquier mujer? No dirás que no te he advertido. Corre y separa a tu hija de ese hombre, y no la permitas que baile con él ni que vuelva a escucharle en su vida.

POLICHINELA. ¿Y dices que es tu amo y así le sirves?

CRISPÍN. ¿Lo extrañas? ¿Te olvidas ya de cuando fuiste criado? Yo aún no pienso asesinarle.

POLICHINELA. Dices bien; un amo es siempre odioso. Y en servirme a mí, ¿qué interés es el tuyo?

CRISPÍN. Llegar a buen puerto, como llegamos tantas veces remando juntos. Entonces, tú me decías alguna vez: «Tú, que eres fuerte, rema por mí...». En esta galera de ahora eres tú más fuerte que yo; rema por mí, por el fiel amigo de entonces, que la vida es muy pesada galera y yo llevo remado mucho.

*(Vase por la segunda derecha.)*

### ESCENA VIII

EL SEÑOR POLICHINELA, DOÑA SIRENA, LA SEÑORA POLICHINELA, RISELA y LAURA,  
*que salen por la primera derecha.*

LAURA. Sólo doña Sirena sabe ofrecer fiestas semejantes.

RISELA. Y la de esta noche excedió a todas.

SIRENA. La presencia de tan singular caballero fue un nuevo atractivo.

POLICHINELA. ¿Y Silvia? ¿Dónde quedó Silvia? ¿Cómo dejaste a nuestra hija?

SIRENA. Callad, señor Polichinela, que vuestra hija se halla en excelente compañía, y en mi casa siempre está segura.

RISELA. No hubo atenciones más que para ella.

LAURA. Para ella es todo el agrado.

RISELA. Y todos los suspiros.

POLICHINELA. ¿De quién? ¿De ese caballero misterioso? Pues no me contenta. Y ahora mismo...

SIRENA. ¡Pero, señor Polichinela!

POLICHINELA. ¡Dejadme, dejadme! Yo sé lo que me hago. *(Vase por la primera derecha.)*

SIRENA. ¿Qué le ocurre? ¿Qué destemplanza es ésta?

SEÑORA DE POLICHINELA. ¡Veis qué hombre! ¡Capaz será de una grosería con el caballero! ¡Que ha de casar a su hija con algún mercader un hombre de baja estofa! ¡Qué ha de hacerla desgraciada para toda la vida!

SIRENA. ¡Eso no!... que sois su madre y algo ha de valer vuestra autoridad...

SEÑORA DE POLICHINELA. ¡Ved! Sin duda dijo alguna impertinencia, y el caballero ya deja la mano de Silvia y se retira cabizbajo.

LAURA. Y el señor Polichinela parece reprender a vuestra hija...

SIRENA. ¡Vamos, Vamos! Que no puede consentirse tanta tiranía.

RISELA. Ahora vemos, señora Polichinela, que con todas vuestras riquezas no sois menos desgraciada.

SEÑORA DE POLICHINELA. No lo sabéis, que algunas veces llegó hasta golpearme.

LAURA. ¿Qué decís? ¿Y fuisteis mujer para consentirlo?

SEÑORA DE POLICHINELA. Luego cree componerlo con traerme algún regalo.

SIRENA. ¡Menos mal! Que hay maridos que no lo componen con nada.

*(Vanse todas por la primera derecha.)*

#### ESCENA IX

LEANDRO y CRISPÍN, *que salen por la segunda derecha.*

CRISPÍN. ¿Qué tristeza, qué abatimiento es ése? ¡Con mayor alegría pensé hallarte!

LEANDRO. Hasta ahora no me vi perdido; hasta ahora no me importó menos perderme. Huyamos, Crispín; huyamos de esta ciudad antes de que nadie pueda descubrirnos y vengan a saber lo que somos.

CRISPÍN. Si huyéramos, es cuando todos lo sabrían y cuando muchos correrían hasta detenemos y hacernos volver a nuestro pesar, que no parece bien ausentarnos con tanta descortesía, sin despedirnos de gente tan atenta.

LEANDRO. No te burles, Crispín, que estoy desesperado.

CRISPÍN. ¡Así eres! Cuando nuestras esperanzas llevan mejor camino.

LEANDRO. ¿Qué puedo esperar? Quisiste que fingiera un amor, y mal sabré fingirlo.

CRISPÍN. ¿Por qué?

LEANDRO. Porque amo, amo con toda verdad y con toda mi alma.

CRISPÍN. ¿A Silvia? ¿Y de eso te lamentas?

LEANDRO. ¡Nunca pensé que pudiera amarse de este modo! ¡Nunca pensé que yo pudiera amar! En mi vida errante por todos los caminos, no fui siquiera el que siempre pasa, sino el que siempre huye, enemiga la tierra, enemigos los hombres, enemiga la luz del sol. La fruta del camino, hurtada, no ofrecida, dejó acaso en mis labios algún sabor de amores, y alguna vez, después de muchos días azarosos, en el descanso de una noche, la serenidad del cielo me hizo soñar con algo que fuera en mi vida como aquel cielo de la noche que traía a mi alma el reposo de su serenidad. Y así esta noche, en el encanto de la fiesta... me pareció que era un descanso en mi vida... y soñaba... ¡He soñado! Pero

mañana será otra vez la huida azarosa, será la justicia que nos persigue... y no quiero que me halle aquí, donde está ella, donde ella puede avergonzarse de haberme visto.

CRISPÍN. Yo creí ver que eras acogido con agrado... Y no fui yo solo en advertirlo. Doña Sirena y nuestros buenos amigos el Capitán y el poeta le hicieron de ti los mayores elogios. A su excelente madre, la señora Polichinela, que sólo sueña emparentar con un noble, le pareciste el yerno de sus ilusiones. En cuanto al señor Polichinela...

LEANDRO. Sospecha de nosotros... Nos conoce...

CRISPÍN. Sí; al señor Polichinela no es fácil engañarle como a un hombre vulgar. A un zorro viejo como él hay que engañarle con lealtad. Por eso me pareció mejor medio prevenirle de todo.

LEANDRO. ¿Cómo?

CRISPÍN. Sí; él me conoce de antiguo... Al decirle que tú eres mi amo, supuso, con razón, que el amo sería digno del criado. Y yo, por corresponder a su confianza, le advertí que de ningún modo consintiera que hablaras con su hija.

LEANDRO. ¿Eso hiciste? ¿Y qué puedo esperar?

CRISPÍN. ¡Necio eres! Que el señor Polichinela ponga todo su empeño en que no vuelvas a ver a su hija.

LEANDRO. ¡No lo entiendo!

CRISPÍN. Y que de este modo sea nuestro mejor aliado, porque bastará que él se oponga, para que su mujer le lleve la contraria y su hija se enamore de ti más locamente. Tú no sabes lo que es una joven, hija de un padre rico, criada en el mayor regalo, cuando ve por primera vez en su vida que algo se opone a su voluntad. Estoy seguro de que esta misma noche, antes de terminar la fiesta, consigue burlar la vigilancia de su padre para hablar todavía contigo.

LEANDRO. Pero ¿no ves que nada me importa del señor Polichinela ni del mundo entero? Que es a ella, sólo a ella, a quien yo no quiero parecer indigno y despreciable... a quien yo no quiero mentir...

CRISPÍN. ¡Bah! ¡Deja locuras! No es posible retroceder. Piensa en la suerte que nos espera si vacilamos en seguir adelante. ¿Que te has enamorado? Ese amor verdadero nos servirá mejor que si fuera fingido. Tal vez de otro modo hubieras querido ir demasiado de prisa y si la osadía y la insolencia convienen para todo, sólo en amor sienta bien a los hombres algo de timidez. La timidez del hombre hace ser más atrevidas a las mujeres. Y si lo dudas, aquí tienes a la inocente Silvia, que llega con el mayor sigilo y sólo espera para acercarse a ti que yo me retire o me esconda.

LEANDRO. ¿Silvia dices?

CRISPÍN. ¡Chito! ¡Que pudiera espantarse! Y cuando esté a tu lado, mucha discreción.... pocas palabras, pocas... Adora, contempla, admira, y deja que hable por ti el encanto de esta noche azul, propicia a los amores, y esa música que apaga sus sones entre la arboleda y llega como triste eco de la alegría de la fiesta.

LEANDRO. ¡No te burles, Crispín; ni te burles de este amor que será mi muerte.

CRISPÍN. ¿Por qué he de burlarme? Yo sé bien que no conviene siempre rastrear. Alguna vez hay que volar por el cielo para mejor dominar la tierra. Vuela tú ahora; yo sigo arrastrándome. ¡El mundo será nuestro!

(*Vase por la segunda izquierda.*)

### ESCENA ÚLTIMA

LEANDRO y SILVIA, *que salen por la primera derecha. Al final, CRISPÍN*

LEANDRO. ¡Silvia!

SILVIA. ¿Sois vos? Perdonad; no creí hallaros aquí.

LEANDRO. Huí de la fiesta. Su alegría me entristece,

SILVIA. ¿También a vos?

LEANDRO. ¿También, decís? ¡También os entristece la alegría!...

SILVIA. Mi padre se ha enojado conmigo. ¡Nunca me habló de este modo! Y con vos también estuvo desatento. ¿Le perdonáis?

LEANDRO. Sí lo perdono todo. Pero no le enojéis por mi causa. Volved a la fiesta que han de buscaros y si os hallaran aquí a mi lado...

SILVIA. Tenéis razón. Pero volved vos también. ¿Por qué habéis de estar triste?

LEANDRO. No; yo saldré sin que nadie lo advierta... Debo ir muy lejos.

SILVIA. ¿Qué decís? ¿No os trajeron asuntos de importancia a esta ciudad? ¿No debíais permanecer aquí mucho tiempo?

LEANDRO. ¡No, no! ¡Ni un día más! ¡Ni un día más!

SILVIA. Entonces... ¿Me habéis mentido?

LEANDRO. ¡Mentir!... No... No digáis he mentido... No; ésta es la única verdad de mi vida... ¡Este sueño que no debe tener despertar!

(*Se oye a lo lejos la música de una canción hasta que cae el telón.*)

SILVIA. Es Arlequín que canta... ¿Qué os sucede? ¿Lloráis? ¿Es la música la que os hace llorar? ¿Por qué no decirme vuestra tristeza?

LEANDRO. ¿Mi tristeza? Ya la dice esa canción. Escuchadla.

SILVIA. Desde aquí sólo la música se percibe; las palabras se pierden. ¿No la sabéis? Es una canción al silencio de la noche, y se llama *El reino de las almas*. ¿No la sabéis?

LEANDRO. Decidla

SILVIA.

La noche amorosa, sobre los amantes  
 tiende de su cielo el dosel nupcial.  
 La noche ha prendido sus claros diamantes  
 En el terciopelo de un cielo estival.  
 El jardín en sombra no tiene colores,  
 y es en el misterio de su oscuridad  
 susurro el follaje, aroma las flores  
 y amor... un deseo dulce de llorar.  
 La voz que suspira, y la voz que canta  
 y la voz que dice palabras de amor,  
 impiedad parecen en la noche santa,  
 como una blasfemia entre una oración.  
 ¡Alma del silencio, que yo reverencio,  
 tiene tu silencio la inefable voz  
 de los que murieron amando en silencio,  
 de los que callaron muriendo de amor,  
 de los que en la vida, por amamos mucho,  
 tal vez no supieron su amor expresar!  
 ¿No es la voz acaso que en la noche escucho  
 y cuando amor dice, dice eternidad?  
 ¡Madre de mi alma! ¿No es luz de tus ojos  
 la luz de esa estrella  
 que como una lágrima de amor infinito  
 en la noche tiembla?  
 ¡Dile a la que hoy amo que yo no amé nunca  
 más que a ti en la tierra,  
 y desde que has muerto sólo me ha besado  
 la luz de esa estrella!

LEANDRO.

¡Madre de mi alma! Yo no he amado nunca  
 más que a ti en la tierra,  
 y desde que has muerto sólo me ha besado  
 la luz de esa estrella.

*(Quedan en silencio, abrazados mirándose.)*

CRISPÍN

*(Que aparece por la segunda izquierda. Aparte.)*  
 ¡Noche, poesía, locuras de amante!...  
 ¡Todo ha de servirnos en esta ocasión!  
 ¡El triunfo es seguro! ¡Valor y adelante!  
 ¿Quién podrá vencernos si es nuestro el amor?

*(Silvia y Leandro, abrazados, se dirigen muy despacio a la primera derecha. Crispín los sigue sin ser visto por ellos. El telón va bajando muy despacio.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

## CUADRO TERCERO

*Sala en casa de LEANDRO.*

## ESCENA PRIMERA

CRISPÍN, el CAPITÁN, ARLEQUÍN. *Salen por la segunda derecha, o sea el pasillo.*CRISPÍN. Entrad caballeros, y sentaos con toda comodidad. Diré que os sirvan algo...  
¡Hola! ¡Eh! ¡Hola!

CAPITÁN. De ningún modo. No aceptamos nada.

ARLEQUÍN. Sólo venimos a ofrecernos a tu señor, después de lo que hemos sabido.

CAPITÁN. ¡Increíble traición, que no quedará sin castigar! ¡Yo te aseguro que si el señor Polichinela se pone al alcance de mi mano!...

ARLEQUÍN. ¡Ventaja de los poetas! Yo siempre le tendré al alcance de mis versos...  
¡Oh! La tremenda sátira que pienso dedicarle... ¡Viejo dañino, viejo malvado!

CAPITÁN. ¡Y dices que tu amo no fue siquiera herido?

CRISPÍN. Pero pudo ser muerto. ¡Figuraos! ¡Una docena de espadachines asaltándolo de improviso! Gracias a su valor, a su destreza, a mis voces...

ARLEQUÍN. ¡Y ello sucedió anoche, cuando tu señor hablaba con Silvia por la tapia de su jardín?

CRISPÍN. Ya mi señor había tenido aviso...; Pero ya le conocéis: no es hombre para intimidarse por nada.

CAPITÁN. Pero debió advertirnos...

ARLEQUÍN. Debió advertir al señor Capitán. Él le hubiera acompañado gustoso.

CRISPÍN. Ya conocéis a mi señor. Él solo se basta.

CAPITÁN. ¡Y dices que por fin conseguiste atrapar por el cuello a uno de los malandrines, que confesó que todo estaba preparado por el señor Polichinela para deshacerse de tu amo?...

CRISPÍN. ¡Y quién sino él podía tener interés en ello? Su hija ama a mi señor; él trata de casarla a su gusto; mi señor estorba sus planes, y el señor Polichinela supo toda su vida cómo suprimir estorbos. ¡No enviudó dos veces en poco tiempo? ¡No heredó en menos a todos sus parientes, viejos y jóvenes? Todos lo saben, nadie dirá que le calumnio... ¡Ah! La riqueza del señor Polichinela es un insulto a la humanidad y a la justicia. Sólo entre gente sin honor puede triunfar impune un hombre como el señor Polichinela.

ARLEQUÍN. Dices bien. Y yo en mi sátira he de decir todo eso... Claro que sin nombrarle, porque la poesía no debe permitirse tanta licencia.

CRISPÍN. ¡Bastante le importará a él de vuestra sátira!

CAPITÁN. Dejadme, dejadme a mí, que como él se ponga al alcance de mi mano... Pero bien sé que él no vendrá a buscarme.

CRISPÍN. Ni mi señor consentiría que se ofendiera al señor Polichinela. A pesar de todo, es el padre de Silvia. Lo que importa es que todos sepan en la ciudad como mi amo estuvo a punto de ser asesinado; como no puede consentirse que ese viejo zorro contrarie la voluntad y el corazón de su hija.

ARLEQUÍN. No puede consentirse; el amor está sobre todo.

CRISPÍN. Y si mi amo fuera algún ruin sujeto... Pero, decidme: ¿no es el señor Polichinela el que debía enorgullecerse de que mi señor se haya dignado enamorarse de su hija y aceptarle por suegro? ¡Mi señor, que a tantas doncellas de linaje excelso ha despreciado, y por quien más de cuatro princesas hicieron cuatro mil locuras!... Pero, ¿quién llega? (*Mirando hacia la segunda derecha.*) ¡Ah, Colombina! ¡Adelante, graciosa Colombina, no hayas temor! (*Sale Colombina.*) Todos somos amigos, y nuestra mutua amistad te defiende de nuestra unánime admiración.

## ESCENA II

DICHOS y COLOMBINA, *que sale por la segunda derecha, o sea, el pasillo.*

COLOMBINA Doña Sirena me envía a saber de tu señor. Apenas rayaba el día, vino Silvia a nuestra casa, y refirió a mi señora todo lo sucedido. Dice que no volverá a casa de su padre, ni saldrá de casa de mi señora más que para ser la esposa del señor Leandro.

CRISPÍN. ¿Eso dice? ¡Oh, noble joven! ¡Oh, corazón amante!

ARLEQUÍN. ¡Qué epitalamio pienso componer a sus bodas!

COLOMBINA. Silvia Cree que Leandro está malherido... Desde su balcón oyó ruido de espadas, tus voces en demanda de auxilio. Después cayó sin sentido, y así la hallaron al amanecer. Decidme lo que sea del señor Leandro, pues muere de angustia hasta saberlo, y mi señora también quedó en cuidado.

CRISPÍN. Dile que mi señor pudo salvarse, porque amor le guardaba; dile que sólo de amor muere con incurable herida... Dile... (*Viendo venir a Leandro.*) ¡Ah! Pero aquí llega él mismo, que te dirá cuanto yo pudiera decirte.

## ESCENA III

DICHOS y LEANDRO, *que sale por la primera derecha.*

CAPITÁN. (*Abrazándole.*) ¡Amigo mío!

ARLEQUÍN. (*Abrazándole*) ¡Amigo y señor

COLOMBINA. ¡Ah, señor Leandro! ¡Que estáis salvo! ¡Qué alegría!

LEANDRO. ¿Cómo supisteis?

COLOMBINA. En toda la ciudad no se habla de otra cosa; por las calles se reúne la gente en corrillos, y todos murmurran y claman contra el señor Polichinela.

LEANDRO. ¿Qué decís?

CAPITÁN. ¡Y si algo volviera a intentar contra vos...!

ARLEQUÍN. ¡Y si aún quisiera oponerse a vuestros amores?

COLOMBINA. Todo sería inútil. Silvia está en casa de mi señora, y sólo saldrá de allí para ser vuestra esposa...

LEANDRO. ¡Silvia en vuestra casa? Y su padre...

COLOMBINA. El señor Polichinela hará muy bien en ocultarse.

CAPITÁN. ¡Creyó que a tanto podría atreverse con su riqueza insolente!

ARLEQUÍN. Pudo atreverse a todo, pero no al amor...

COLOMBINA. ¡Pretender asesinaros tan villanamente!

CRISPÍN. ¡Doce espadachines, doce... yo los conté!

LEANDRO. Yo sólo pude distinguir a tres o cuatro.

CRISPÍN. Mi señor concluirá por deciros que no fue tanto el riesgo, por no hacer mérito de su serenidad y de su valor... Pero ¡yo lo vi! Doce eran, doce, armados hasta los dientes, decididos a todo. ¡Imposible me parece que escapara con vida!

COLOMBINA. Corro a tranquilizar a Silvia y a mi señora.

CRISPÍN. Escucha, Colombina. A Silvia, ¿no fuera mejor no tranquilizarla?...

COLOMBINA. Déjalo a cargo de mi señora. Silvia cree a estas horas que tu señor está moribundo, y aunque doña Sirena finge contenerla... no tardará en venir aquí sin reparar en nada.

CRISPÍN. Mucho fuera que tu señora no hubiera pensado en todo.

CAPITÁN. Vamos también, pues ya en nada podemos aquí serviros. Lo que ahora conviene es sostener la indignación de las gentes contra el señor Polichinela.

ARLEQUÍN. Apedrearemos su casa... Levantaremos a toda la ciudad en contra suya... Sepa que si hasta hoy nadie se atrevió contra él, hoy todos juntos nos atreveremos; sepa que hay un espíritu y una conciencia en la multitud.

COLOMBINA. Él mismo tendrá que venir a rogaros que toméis a su hija por esposa.

CRISPÍN. Sí, sí; corred, amigos. Ved que la vida de mi señor no está segura... El que una vez quiso asesinarle, no se detendrá por nada.

CAPITÁN. No temas... ¡Amigo mío!

ARLEQUÍN. ¡Amigo y señor!

COLOMBINA. ¡Señor Leandro!

LEANDRO. Gracias a todos, amigos míos, amigos leales.

(*Se van todos, menos Leandro y Crispín, por la segunda derecha.*)

#### ESCENA IV

LEANDRO y CRISPÍN.

LEANDRO. ¿Qué es esto, Crispín? ¿Qué pretendes? ¿Hasta dónde has de llevarme con tus enredos? ¿Piensas que lo creí? Tú pagaste a los espadachines; todo fue invención tuya. ¡Mal hubiera podido valerme contra todos si ellos no vinieran de burla!

CRISPÍN. ¡Y serás capaz de reñirme, cuando así anticipo el logro de tus esperanzas?

LEANDRO. No, Crispín, no. ¡Bien sabes que no! Amo a Silvia y no lograré su amor con engaños, suceda lo que suceda.

CRISPÍN. Bien sabes lo que ha de sucederte... ¡Si amar es resignarse a perder lo que se ama por sutilezas de conciencia... que Silvia misma no ha de agradecerte!...

LEANDRO. ¿Qué dices? ¡Si ella supiera quién soy!

CRISPÍN. Y cuando lo sepa, ya no serás el que fuiste: serás su esposo, su enamorado esposo, todo lo enamorado y lo fiel y lo noble que tú quieras y ella puede desear... Una vez dueño de su amor..., y de su dote, ¿no serás el más perfecto caballero? Tú no eres como el señor Polichinela, que con todo su dinero, que tantos lujos le permite, aún no se ha permitido el lujo de ser honrado... En él es naturaleza la truhanería; pero en ti, en ti fue sólo necesidad... Y aun si no me hubieras tenido a tu lado, ya te hubieras dejado morir de hambre de puro escrupuloso. ¡Ah! ¿Crees que si yo hubiera hallado en ti otro hombre me hubiera contentado con dedicarte a enamorar?... No; te hubiera dedicado a la política, y no al dinero del señor Polichinela, el mundo hubiera sido nuestro... Pero no eres ambicioso, te contentas con ser feliz...

LEANDRO. ¿Pero no viste que mal podía serlo? Si hubiera mentido para ser amado y ser rico de este modo hubiera sido porque yo no amaba, y mal podía ser feliz. Y si amo, ¿cómo puedo mentir?

CRISPÍN. Pues no mientas. Ama, ama con todo tu corazón, inmensamente. Pero defiende tu amor sobre todo. En amor no es mentir callar lo que puede hacernos perder la estimación del ser amado.

LEANDRO. Ésas sí que son sutilezas, Crispín.

CRISPÍN. ¿Que tú debiste hallar antes si tu amor fuera como dices. Amor es todo sutilezas, y la mayor de todas no es engañar a los demás, sino engañarse a sí mismo.

LEANDRO. Yo no puedo engañarme,

CRISPÍN. No soy de esos hombres que cuando venden su conciencia se creen en el caso de vender también su entendimiento.

CRISPÍN. Por eso dije que no servías para la política. Y bien dices. Que el entendimiento es la conciencia de la verdad, y el que llega a perderla entre las mentiras de su vida, es como si se perdiera a sí propio, porque ya nunca volverá a encontrarse ni a cono-  
cerse, y él mismo vendrá a ser otra mentira.

LEANDRO. ¿Dónde aprendiste tanto, Crispín?

CRISPÍN. Medité algún tiempo en galeras, donde esta conciencia de mi entendimiento me acusó más de torpe que de pícaro. Con más picardía y menos torpeza, en vez de remar en ellas pude haber llegado a mandarlas. Por eso juré no volver en mi vida. Piensa de qué no seré capaz ahora que por tu causa me veo a punto de que-  
brantar mi juramento.

LEANDRO. ¿Qué dices?

CRISPÍN. Que nuestra situación es ya insostenible, que hemos apurado nuestro crédito, y las gentes ya empiezan a pedir algo efectivo. El hostelero, que nos albergó con toda esplendidez por muchos días, esperando que recibieras tus libranzas. El señor Pantalón, que, fiado del crédito del hostelero, nos proporcionó cuanto fue preciso para instalarnos con suntuosidad en esta casa... Mercaderes de todo género, que no dudaron en proveernos de todo, deslumbrados por tanta grandeza. Doña Sirena misma, que tan buenos oficios nos ha prestado en tus amores... Todos han esperado lo razonable, y sería injusto pretender más de ellos, ni quejarse de tan amable gente... ¡Con letras de oro quedará grabado en mi corazón el nombre de esta insigne ciudad que desde ahora declaro por mi madre adoptiva! A más de esto... ¡olvídas que de otras partes habrán salido y andarán en busca nuestra? ¿Piensas que las hazañas de Mantua y de Florencia son para olvidarlas? ¿Recuerdas el famoso proceso de Bolonia?... ¡Tres mil doscientos folios sumaba cuando nos ausentamos alarmados de verle crecer tan sin tino! ¿Qué no habrá aumentado bajo la pluma de aquel gran doctor jurista que le había tomado por su cuenta? ¡Qué de considerandos y de resultandos de que no resultará cosa buena! ¿Y aún dudas? ¿Y aún me reprendes porque di la batalla que puede decidir en un día de nuestra suerte?

LEANDRO. ¡Huyamos!

CRISPÍN. ¡No! ¡Basta de huir a la desesperada! Hoy ha de fijarse nuestra fortuna... Te di el amor, dame tú la vida.

LEANDRO. Pero ¿cómo salvarnos? ¿Qué puedo yo hacer? Dime.

CRISPÍN. Nada ya. Basta con aceptar lo que los demás han de ofrecernos. Piensa que hemos creado muchos intereses y es interés de todos el salvarnos.

## ESCENA V

DICHOS y DOÑA SIRENA, *que sale por la segunda derecha, o sea el pasillo.*

SIRENA. ¿Dais licencia, señor Leandro?

LEANDRO. ¡Doña Sirena! ¿Vos en mi casa?

SIRENA. Ya veis a lo que me expongo. A tantas lenguas maldicentes. ¡Yo en casa de un caballero, joven, apuesto!...

CRISPÍN. Mi señor sabría hacer callar a los maldicentes si alguno se atreviera a poner sospechas en vuestra fama.

SIRENA. ¿Tu señor? No me fío. ¡Los hombres son tan jactanciosos! Pero en nada reparo por serviros. ¿Qué me decís, señor, que anoche quisieron daros muerte? No se habla de otra cosa... ¡Y Silvia! ¡Pobre niña! ¡Cuánto os ama! ¡Quisiera saber qué hicisteis para enamorarla de ese modo!

CRISPÍN. Mi señor sabe que todo lo debe a vuestra amistad.

SIRENA. No diré yo que no me deba mucho..., que siempre hablé de él como yo no debía, sin conocerle lo bastante... A mucho me atreví por amor vuestro. Si ahora faltáis a vuestras promesas...

CRISPÍN. ¿Dudáis de mi señor? ¿No tenéis cédula firmada de su mano...?

SIRENA. ¡Buena mano y buen nombre! ¿Pensáis que todos no nos conocemos? Yo sé confiar y sé que el señor Leandro cumplirá como debe. Pero si vieraís que hoy es un día aciago para mí, y por lograr hoy una mitad de lo que se me ha ofrecido, perdería gustosa la otra mitad...

CRISPÍN. ¿Hoy decís?

SIRENA. ¡Día de tribulaciones! Para que nada falte, veinte años hace hoy también que perdí a mi segundo marido, que fue el primero, el único amor de mi vida.

CRISPÍN. Dicho sea en elogio del primero.

SIRENA. El primero me fue impuesto por mi padre. Yo no le amaba, y a pesar de ello supe serle fiel.

CRISPÍN. ¿Qué no sabréis vos, doña Sirena?

SIRENA. Pero dejemos los recuerdos, que todo lo entristecen. Hablemos de esperanzas. ¿Sabéis que Silvia quiso venir conmigo?

LEANDRO. ¿Aquí, a esta casa?

SIRENA. ¿Qué os parece? ¿Qué diría el señor Polichinela? ¡Con toda la ciudad soliviantada contra él, fuerza le sería casaros!

LEANDRO. No, no; impedidla que venga.

CRISPÍN. ¡Chits! Comprenderéis que mi señor no dice lo que siente.

SIRENA. Lo comprendo... ¿Qué no daría él por ver a Silvia a su lado, para no separarse nunca de ella?

CRISPÍN. ¿Qué daría? ¡No lo sabéis!

SIRENA. Por eso lo pregunto.

CRISPÍN. ¡Ah, doña Sirena!... Si mi señor es hoy esposo de Silvia, hoy mismo cumplirá lo que os prometió.

SIRENA. ¿Y si no lo fuera?

CRISPÍN. Entonces... lo habréis perdido todo. Ved lo que os conviene.

LEANDRO. ¡Calla, Crispín! ¡Basta! No puedo consentir que mi amor se trate como mercancía. Salid, doña Sirena, decir a Silvia que vuelva a casa de su padre, que no venga aquí en modo alguno, que me olvide para siempre, que yo he de huir donde no vuelva a saber de mi nombre... ¡Mi nombre! ¡Tengo yo nombre acaso?

CRISPÍN. ¿No callarás?

SIRENA. ¡Qué le dio? ¡Qué lo cura es ésta! ¡Volved en vos! ¡Renunciar de ese modo a tan gran ventura!... Y no se trata sólo de vos. Pensad que hay quien todo lo fió en vuestra suerte, y no puede burlarse así de una dama de calidad que a tanto se expuso por serviros. Vos no haréis tal locura; vos os casaréis con Silvia, o habrá quien sepa pediros cuenta de vuestros engaños, que no estoy tan sola en el mundo como pudisteis creer, señor Leandro.

CRISPÍN. Doña Sirena dice muy bien. Pero creed que mi señor sólo habla así ofendido por vuestra desconfianza.

SIRENA. No es desconfianza en él... Es, todo he de decirlo..., es que el señor Polichinela no es hombre de dejarse burlar..., y ante el clamor que habéis levantado contra él con vuestra estratagema de anoche...

CRISPÍN. ¿Estratagema decís?

SIRENA. ¡Bah! Todos nos conocemos. Sabed que uno de los espadachines es pariente mío, y los otros me son también muy allegados... Pues bien: el señor Polichinela no se ha descuidado, y ya se murmura por la ciudad que ha dado aviso a la justicia de quién sois y cómo puede perderos; dícese también que hoy llegó de Bolonia un proceso...

CRISPÍN. ¡Y un endiablado doctor con él! Tres mil novecientos folios...

SIRENA. Todo esto se dice, se asegura. Ved si importa no perder tiempo.

CRISPÍN. ¿Y quién lo malgasta y lo pierde sino vos? Volved a vuestra casa... Decid a Silvia...

SIRENA. Silvia está aquí. Vino junto con Colombina, como otra doncella de mi acompañamiento. En vuestra antecámara espera. Le dije que estabais muy malherido...

LEANDRO. ¡Oh, Silvia mía!

SIRENA. Sólo pensó en que podíais morir..., nada pensó en lo que arriesgaba con venir a veros. ¿Soy vuestra amiga?

CRISPÍN. Sois adorable. Pronto. Acostaos aquí, haceos el doliente y el desmayado. Ved que si es preciso yo sabré que lo estéis de veras. (*Amenazándole y haciéndole sentar en un sillón.*)

LEANDRO. Sí, soy vuestro; lo sé, lo veo... Pero Silvia no lo será. Sí, quiero verla; decidle que llegue, que he de salvarla a pesar vuestro, a pesar de todos, a pesar de ella misma.

CRISPÍN. Comprenderás que mi señor no siente lo que dice.

SIRENA. No lo creo tan necio ni tan loco. Ven conmigo.

(*Se va con Crispín por la segunda derecha, o sea el pasillo.*)

## ESCENA VI

LEANDRO y SILVIA, *que sale por la segunda derecha.*

LEANDRO. ¡Silvia! ¡Silvia mía!

SILVIA. ¿No estás herido?

LEANDRO. No; ya lo ves... Fue un engaño, un engaño más para traerte aquí. Pero no temas; pronto vendrá tu padre; pronto saldrás con él sin que nada tengas tú que reprocharme... ¡Oh! Sólo el haber empañado la serenidad de tu alma con una ilusión de amor, que para ti sólo será el recuerdo de un mal sueño.

SILVIA. ¿Qué dices, Leandro? ¿Tu amor no era verdad?

LEANDRO. ¡Mi amor, sí... por eso no he de engañarte! Sal de aquí pronto, antes de que nadie, fuera de los que aquí te trajeron, pueda saber que viniste.

SILVIA. ¿Qué temes? ¿No estoy segura en tu casa? Yo no dudé en venir a ella... ¿Qué peligros pueden amenazarme a tu lado?

LEANDRO. Ninguno; dices bien. Mi amor te defiende de tu misma inocencia.

SILVIA. No he de volver a casa de mi padre después de su acción horrible.

LEANDRO. No, Silvia, no culpes a tu padre. No fue él; fue otro engaño más, otra mentira... Huye de mí, olvida a este miserable aventurero, sin nombre, perseguido por la justicia.

SILVIA. ¡No, no es cierto! Es que la conducta de mi padre me hizo indigna de vuestro cariño. Eso es. Lo comprendo... ¡Pobre de mí!

LEANDRO. ¡Silvia! ¡Silvia mía! ¡Qué crueles tus dulces palabras! ¡Qué cruel esa noble confianza de corazón, ignorante del mal y de la vida!

## ESCENA VII

DICHOS y CRISPÍN, *que sale corriendo por la segunda derecha.*

CRISPÍN. ¡Señor! ¡Señor! El señor Polichinela llega.

SILVIA. ¡Mi padre!

LEANDRO. ¡Nada importa! Yo os entregaré a él por mi mano.

CRISPÍN. Ved que no viene solo, sino con mucha gente y justicia con él.

LEANDRO. ¡Ah! ¡Si te hallan aquí! ¡En mi poder! Sin duda tú les diste aviso... Pero no lograréis vuestro propósito.

CRISPÍN. ¿Yo? No por cierto... Que esto va de veras, y ya temo que nadie pueda salvamos.

LEANDRO. ¡A nosotros no; ni he de intentarlo!... Pero a ella sí. Conviene ocultarte; queda aquí.

SILVIA. ¿Y tú?

LEANDRO. Nada temas. ¡Pronto, que llegan! (*Esconde a Silvia en la habitación del foro, diciéndole a Crispín.*) Tú verás lo que trae a esa gente. Sólo cuida de que nadie entre ahí hasta mi regreso... No hay otra huida. (*Se dirige a la ventana.*)

CRISPÍN. (*Deteniéndole.*) ¡Señor! ¡Tente! ¡No te mates así!

LEANDRO. No pretendo matarme ni pretendo escapar; pretendo salvarla. (*Tropa hacia arriba por la escalera y desaparece.*)

CRISPÍN. ¡Señor, señor! ¡Menos mal! Creí que intentaba arrojarse al suelo, pero trepó hacia arriba... Esperemos todavía... Aún quiere volar... Es su región, las alturas. Yo, a la mía, la tierra... Ahora más que nunca conviene afirmarse en ella. (*Se sienta en un sillón con mucha calma.*)

### ESCENA VIII

CRISPÍN, el SEÑOR POLICHINELA, el HOSTELERO, el SEÑOR PANTALÓN, el CAPITÁN, ARLEQUÍN, el DOCTOR, el SECRETARIO y dos ALGUACILES con enormes protocolos de curia. Todos salen por la segunda derecha, o sea el pasillo.

POLICHINELA. (*Dentro, a gente que se supone fuera.*) ¡Guardad bien las puertas, que nadie salga, hombre ni mujer, ni perro ni gato!

HOSTELERO. ¿Dónde están, donde están esos bandoleros, esos asesinos?

PANTALÓN. ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Mi dinero! ¡Mi dinero! (*Van saliendo todos por el orden que se indica. El doctor y el secretario se dirigen a la mesa y se disponen a escribir. Los dos Alguaciles, de pie, teniendo en las manos los enormes protocolos del proceso.*)

CAPITÁN. Pero, ¿es posible lo que vemos, Crispín?

ARLEQUÍN. ¿Es posible lo que sucede?

PANTALÓN. ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Mi dinero! ¡Mi dinero!

HOSTELERO. ¡Que los prendan..., que se aseguren de ellos!

PANTALÓN. ¡No escaparán..., no escaparán!

CRISPÍN. Pero ¿qué es esto? ¿Cómo se atropella así la mansión de un noble caballero? Agradezcan la ausencia de mi señor.

PANTALÓN. ¡Calla, calla, que tú eres su cómplice y has de pagar con él!

HOSTELERO. ¿Cómo cómplice? Tan delincuente como su pretendido señor... que él fue quien me engaño

CAPITÁN. ¿Qué significa esto, Crispín?

ARLEQUÍN. ¿Tiene razón esta gente?

POLICHINELA. ¿Qué dices ahora, Crispín? ¿Pensaste que habían de valerte tus enredos conmigo? ¿Conque yo pretendí asesinar a tu señor? ¿Conque yo soy un viejo avaro que sacrifica a su hija? ¿Conque toda la ciudad se levanta contra mí llenándome de insultos? Ahora veremos.

PANTALON. Dejadle, señor Polichinela, que éste es asunto nuestro, que al fin vos no habéis perdido nada. Pero yo... ¡todo mi caudal, que lo presté sin garantía! ¡Perdido me veré para toda la vida! ¿Qué será de mí?

HOSTELERO. ¡Y yo, decidme, que gasté lo que no tenía y aun hube de empeñarme por servirle como creí correspondía a su calidad! ¡Esto es mi destrucción, mi ruina!

CAPITÁN. ¡Y nosotros también fuimos ruinamente engañados! ¿Qué se dirá de mí, que puse mi espada y mi valor al servicio de un aventurero?

ARLEQUÍN. ¡Y de mí, que le dediqué soneto tras soneto como al más noble señor?

POLICHINELA. ¡Ja, ja, ja!

PANTALÓN ¡Sí, reíd, reíd! ... Como nada perdisteis...

HOSTELERO. Como nada os robaron...

PANTALÓN. ¡Pronto, pronto! ¿Dónde está el otro pícaro?

HOSTELERO. Registradlo todo hasta dar con él.

CRISPÍN. Poco a poco. Si dais un solo paso... (*Amenazando con la espada*)

PANTALÓN. ¿Amenazas todavía? ¿Y esto ha de sufrirse? ¡Justicia, justicia!

HOSTELERO. ¡Eso es, justicia!

DOCTOR. Señores... Si no me atendéis, nada conseguiremos. Nadie puede tomarse justicia por su mano, que la justicia no es atropello ni venganza y *summum jus, summa injuria*. La justicia es todo orden, y el orden es todo razón, y la razón es todo procedimiento, y el procedimiento es todo lógica. *Barbara Celare, Dario, Ferioque, Baralipiton*, depositad en mí vuestros agravios y querellas, que todo ha de unirse a este proceso que conmigo traigo.

CRISPÍN. ¡Horror! ¡Aún ha crecido!

DOCTOR. Constan aquí otros muchos delitos de estos hombres y a ellos han de sumarse estos de que ahora les acusáis. Y yo seré parte en todos ellos; sólo así obtendréis la debida satisfacción y justicia. Escribid, señor secretario, y vayan deponiendo los querellantes.

PANTALÓN. Dejadnos de embrolllos, que bien conocemos vuestra historia.

HOSTELERO. No se escriba nada, que todo será poner lo blanco negro... Y quedaremos nosotros sin nuestro dinero y ellos sin castigar.

PANTALÓN. Eso, eso... ¡Mi dinero, mi dinero! ¡Y después justicia!

DOCTOR. ¡Gente indocta, gente ignorante, gente incivil! ¿Qué idea tenéis de la Justicia? No basta que os digáis perjudicados si no pareciese bien claramente que hubo intención de causaros perjuicio, esto es, fraude o dolo; que no es lo mismo aunque la vulgar acepción los confunda. Pero sabed... que en el un caso...

PANTALÓN. ¡Basta! ¡Basta! Que acabaréis por decir que fuimos nosotros los culpables.

DOCTOR. ¡Y como pudiera ser si os obstináis en negar la verdad de los hechos!...

HOSTELERO. ¡Ésta es buena! Que fuimos robados. ¿Qué más verdad ni más claro delito?

DOCTOR. Sabed que robo no es lo mismo que hurto; y mucho menos que fraude o dolo, como dije primero. Desde las doce tablas hasta Justiniano, Triboniano, Emiliano y Triberiano...

PANTALÓN. Todo fue quedarnos sin nuestro dinero... Y de ahí no habrá quien nos saque.

POLICHINELA. El señor doctor habla muy en razón. Confiad en él, y que todo conste en proceso.

DOCTOR. Escribid, escribid luego, señor secretario.

CRISPÍN. ¿Quieren oírme?

PANTALÓN. ¡No, no! Calle el pícaro..., calle el desvergonzado.

HOSTELERO. Ya hablaréis donde os pesará.

DOCTOR. Ya hablará cuando le corresponda, que a todos ha de oírse en justicia... Escribid, escribid. En la ciudad de..., a tantos... No sería malo proceder primeramente al inventario de cuanto hay en la casa.

CRISPÍN. No dará tregua a la pluma...

DOCTOR. Y proceder al depósito de fianza por parte de los querellantes, porque no pueda haber sospecha en su buena fe. Bastará con dos mil escudos de presente y caución de todos sus bienes...

PANTALÓN. ¿Qué decís? ¡Nosotros dos mil escudos!

DOCTOR. Ocho debieran ser; pero basta que seáis personas de algún crédito para que todo se tenga en cuenta, que nunca fui desconsiderado...

HOSTELERO. ¡Alto, y no se escriba más, que no hemos de pasar por eso!

DOCTOR. ¿Cómo? ¿Así se atropella a la Justicia? Abrase proceso separado por violencia y mano airada contra un ministro de Justicia en funciones de su ministerio.

PANTALÓN. ¡Este hombre ha de perdernos!

HOSTELERO. ¡Está loco!

DOCTOR. ¡Hombre y loco, decís? Hablen con respeto. Escribid, escribid que hubo también ofensas de palabra...

CRISPÍN. Bien os está por no escucharme.

PANTALÓN. Habla, habla, que todo será mejor según vamos.

CRISPÍN. Pues atajen a ese hombre, que levantará un monte con sus papelotes.

PANTALÓN. ¡Basta, basta ya, decimos!

HOSTELERO. Deje la pluma...

DOCTOR. Nadie sea osado a poner mano en nada.

CRISPÍN. Señor Capitán, sírvanos vuestra espada, que es también atributo de justicia.

CAPITÁN. (*Va a la mesa y da un fuerte golpe con la espada en los papeles que está escribiendo el Doctor.*) Háganos la merced de no escribir más.

DOCTOR. Ved lo que es pedir las cosas en razón. Suspended las actuaciones, que hay cuestión previa a dilucidar... Hablen las partes entre si... Bueno fuera, no obstante proceder, en el ínterin al inventario...

PANTALÓN. ¡No, no!

DOCTOR. Es formalidad que no puede evitarse.

CRISPÍN. Ya escribiréis cuando sea preciso. Dejadme ahora hablar aparte con estos honrados señores.

DOCTOR. Si os conviene sacar testimonio de cuanto aquí les digáis...

CRISPÍN. Por ningún modo. No se escriba una letra, o no hablaré palabra.

CAPITÁN. Deje hablar al mozo.

CRISPÍN. ¿Y qué he de deciros? ¿De qué os quejáis? ¿De haber perdido vuestro dinero? ¿Qué pretendéis? ¿Recobrarlo?

PANTALÓN. ¡Eso, eso! ¡Mi dinero!

HOSTELEROS. ¡Nuestro dinero!

CRISPÍN. Pues escuchadme... ¿De dónde habéis de cobrarlo si así quitáis crédito a mi señor y así hacéis imposible su boda con la hija del señor Polichinela?... ¡Voto a... que siempre pedí tratar con pícaros mejor que con necios! Ved lo que hicisteis y cómo se compondrá ahora con la Justicia de por medio. ¡Qué lograreis ahora si dan con nosotros en galeras o en sitio peor? ¿Será buena moneda para cobrarlos las túrdigas de nuestro pellejo? ¡Seréis más ricos, más nobles o más grandes cuando nosotros estemos perdidos! En cambio, si no nos hubierais estorbado a tan mal tiempo, hoy, hoy mismo tendríais vuestro dinero, con todos sus intereses..., que ellos solos bastarían a llevaros a la horca, si la Justicia no estuviera en esas manos y en esas plumas... Ahora haced lo que os plazca, que ya os dije lo que os convenía...

DOCTOR. Quedaron suspensos...

CAPITÁN. Yo aún no puedo creer que ellos sean tales bellacos.

POLICHINELA. Este Crispín... capaz será de convencerlos.

PANTALÓN. (*Al Hostelero.*) ¿Qué decís a esto? Bien mirado...

HOSTELERO. ¿Qué decís vos?

PANTALÓN. Dices que hoy mismo se hubiera casado tu amo con la hija del señor Polichinela. ¿Y si él no da su consentimiento?...

CRISPÍN. De nada ha de servirle. Que su hija huyó con mi señor... y lo sabrá todo el mundo... y a él más que a nadie importa que nadie sepa cómo su hija se perdió por un hombre sin condición, perseguido por la Justicia.

PANTALÓN. Si así fuera... ¿Qué decís vos?

HOSTELERO. No nos ablandemos. Ved que el bellaco es maestro en embustes.

PANTALÓN. Decís bien. No sé cómo pude creerlo. ¡Justicia! ¡Justicia!

CRISPÍN. ¡Ved que lo perdéis todo!

PANTALÓN. Veamos todavía... Señor Polichinela, dos palabras.

POLICHINELA. ¿Qué me queréis?

PANTALÓN. Suponed que nosotros no hubiéramos tenido razón para quejarnos. Suponed que el señor Leandro fuera, en efecto, el más noble caballero..., incapaz de una baja acción...

POLICHINELA. ¿Qué decís?

PANTALÓN. Suponed que vuestra hija le amara con locura, hasta el punto de haber huido con él de vuestra casa.

POLICHINELA. ¿Que mi hija huyó de mi casa con ese hombre? ¿Quién lo dijo? ¿Quién fue el desvergonzado...?

PANTALÓN. No os alteréis. Todo es suposición.

POLICHINELA. Pues aún así no he de tolerarlo.

PANTALÓN. Escuchad con paciencia. Suponed que todo eso hubiera sucedido. ¿No os sería forzoso casarla?

POLICHINELA. ¿Casarla? ¡Antes la mataría! Pero es locura pensarla. Y bien veo que eso quierais para cobrarlos a costa mía, que sois otros tales bribones. Pero no será, no será...

PANTALÓN. Ved lo que decís, y no se hable aquí de bribones cuando estáis presente.

HOSTELERO. ¡Eso, eso!

POLICHINELA. ¡Bribones, bribones, combinados para robarme! Pero no será, no será.

DOCTOR. No hayáis cuidado, señor Polichinela, que aunque ellos renunciaran a perseguirle, ¿no es nada este proceso? ¿Creéis que puede borrarse nada de cuanto en él consta, que son cincuenta y dos delitos probados y otros tantos que no necesitan probarse?...

PANTALÓN. ¿Qué decís ahora, Crispín?

CRISPÍN. Que todos esos delitos, si fueran tantos, son como estos otros... Dinero perdido que nunca se pagará si nunca le tenemos.

DOCTOR. ¡Eso no! Que yo he de cobrar lo que me corresponda de cualquier modo que sea.

CRISPÍN. Pues será de los que se quejaron, que nosotros hartoaremos en pagar con nuestras personas.

DOCTOR. Los derechos de Justicia son sagrados, y lo primero será embargar para ellos cuanto hay en esta casa.

PANTALÓN. ¿Cómo es eso? Esto será para cobrarnos algo.

HOSTELERO. Claro es; y de otro modo...

DOCTOR. Escribid, escribid, que si hablan todos nunca nos entenderemos.

PANTALÓN y HOSTELERO. ¡No, no!

CRISPÍN. Oídme aquí, señor doctor. ¿Y si se os pagara de una vez y sin escribir tanto vuestros... cómo los llamáis? ¿Estipendios?

DOCTOR. Derechos de justicia.

CRISPÍN. Como queráis. ¿Qué os parece?

DOCTOR. En ese caso...

CRISPÍN. Pues ved que mi amo puede ser hoy rico, poderoso, si el señor Polichinela consiente en casarle con su hija. Pensad que la joven es hija única del señor Polichinela; pensad en que mi señor ha de ser dueño de todo; pensad...

DOCTOR. Puede, puede estudiarse.

PANTALÓN. ¿Qué os dijo?

HOSTELERO. ¿Qué resolvéis?

DOCTOR. Dejadme reflexionar. El mozo no es lerdo y se ve que no ignora los procedimientos legales. Porque si consideramos que la ofensa que recibisteis fue puramente pecuniaria y que todo delito que puede ser reparado en la misma forma lleva en la reparación el más justo castigo; si consideramos que así en la ley bárbara y primitiva del talión se dijo: ojo por ojo, diente por diente, mas no diente por ojo ni ojo por diente... Bien puede decirse que en este caso escudo por escudo. Porque al fin, él no os quitó la vida para que podáis exigirle la suya en pago. No os ofendió en vuestra persona, honor ni buena fama, para que podáis exigir otro tanto. La equidad es la suprema justicia. *Equitas justiciam magna est.* Y desde las Pandectas hasta Triboniano, con Emiliano, Triberiano...

PANTALÓN. No digáis más. Si él nos pagara...

HOSTELERO. Como él nos pagara...

POLICHINELA. ¡Qué disparates son éstos, y cómo ha de pagar, ni qué tratar ahora!...

CRISPÍN. Se trata de que todos estáis interesados en salvar a mi señor, en salvamos por interés de todos. Vosotros, por no perder vuestro dinero; el señor doctor, por no perder toda esa suma de admirable doctrina que fuisteis depositando en esa balumba de sabiduría; el señor Capitán, porque todos le vieron amigo de mi amo, y a su

valor importa que no se murmure de su amistad con un aventurero; vos, señor Arlequín, porque vuestros ditirambos de poeta perderían todo su mérito al saber que tan mal los empleasteis; vos, señor Polichinela..., antiguo amigo mío, porque vuestra hija es ya ante el Cielo y ante los hombres la esposa del señor Leandro.

POLICHINELA. ¡Mientes, mientes! ¡Insolente, desvergonzado!

CRISPÍN. Pues procédase al inventario de cuanto hay en la casa. Escribid, escribid, y sean todos estos señores testigos y empiécese por este aposento.

*(Descorre el tapiz de la puerta del foro y aparecen formando grupo Silvia, Leandro, Doña Sirena, Colombina y la señora de Polichinela.)*

#### ULTIMA ESCENA

DICHOS, SILVIA, LEANDRO, DOÑA SIRENA, COLOMBINA,  
y la SEÑORA DE POLICHINELA, que aparece por el foro.

PANTALÓN y HOSTELERO. ¡Silvia!

CAPITÁN y ARLEQUÍN. ¡Juntos! ¡Los dos!

POLICHINELA. ¿Conque era cierto? ¡Todos contra mí! ¡Y mi mujer y mi hija con ellos! ¡Todos conjurados para robarme! ¡Prended a ese hombre, a esas mujeres, a ese impostor, o yo mismo...!

PANTALÓN. ¡Estáis loco, señor Polichinela?

LEANDRO. *(Bajando al proscenio en compañía de los demás.)* Vuestra hija vino aquí creyéndome malherido acompañada de doña Siena, y yo mismo corrí al punto en busca vuestra esposa para que también la acompañara. Silvia sabe quién soy, sabe toda mi vida de miserias, de engaños, de bajezas, y estoy seguro que de nuestro sueño de amor nada queda en su corazón... Llevadla de aquí, llevadla; yo os lo pido antes de entregarme a la Justicia.

POLICHINELA. El castigo de mi hija es cuenta mía; pero a ti... ¡Prendedle digo!

SILVIA. ¡Padre! Si no le salváis, será mi muerte. Le amo, le amo siempre, ahora más que nunca. Porque su corazón es noble y fue muy desdichado, y pudo hacerme suya con mentir, y no ha mentido.

POLICHINELA. ¡Calla, calla, loca, desvergonzada! Éstas son las enseñanzas de tu madre..., sus vanidades y fantasías. Éstas son las lecturas romancescas, las músicas a la luz de la luna.

SEÑORA DE POLICHINELA. Todo es preferible a que mi hija se case con un hombre como tú, para ser desdichada como su madre. ¿De qué me sirvió nunca la riqueza?

SIRENA. Decís bien, señora Polichinela. ¿De qué sirven las riquezas sin amor?

COLOMBINA. De lo mismo que el amor sin riquezas.

DOCTOR. Señor Polichinela, nada os estará mejor que casarlos.

PANTALÓN. Ved que esto ha de saberse en la ciudad.

HOSTELERO. Ved que todo el mundo estará de su parte.

CAPITÁN. Y no hemos de consentir que hagáis violencia a vuestra hija.

DOCTOR. Y ha de constar en el proceso que fue hallada aquí, junto con él.

CRISPÍN. Y en mi señor no hubo más falta que carecer de dinero, pero a él nadie le aventará en nobleza... y vuestros nietos serán caballeros..., si no dan en salir al abuelo...

TODOS. ¡Casadlos! ¡Casadlos!

PANTALÓN. O todos caeremos sobre vos.

HOSTELERO. Y saldrá a relucir vuestra historia...

ARLEQUÍN. Y nada iréis ganando...

SIRENA. Lo pide una dama, commovida por este amor tan fuera de estos tiempos.

COLOMBINA. Que más parece de novela.

TODOS. ¡Casadlos! ¡Casadlos!

POLICHIMELA. Cásense enhoramala. Pero mi hija quedará sin dote y desheredada...  
Y arruinaré toda mi hacienda antes que ese bergante...

DOCTOR. Eso sí que no haréis, señor Polichinela.

PANTALÓN. ¿Qué disparates son éstos?

HOSTELERO. ¡No lo penséis siquiera!

ARLEQUÍN. ¿Qué se diría?

CAPITÁN. No lo consentimos.

SILVIA. No, padre mío; soy yo la que nada acepto, soy yo la que ha de compartir su suerte. Así le amo.

LEANDRO. Y sólo así puedo aceptar tu amor... (*Todos corren hacia Silvia y Leandro.*)

DOCTOR. ¿Qué dicen? ¿Están locos?

PANTALÓN. ¡Eso no puede ser!

HOSTELERO. ¡Lo aceptaréis todo!

ARLEQUÍN. Seréis felices y seréis ricos.

SEÑORA DE POLICHINELA. ¡Mi hija en la miseria! ¡Ese hombre es un verdugo!

SIRENA. Ved que el amor es niño delicado y resiste pocas privaciones.

DOCTOR. ¡No ha de ser! Que el señor Polichinela firmará aquí mismo espléndida donación, como corresponde a una persona de su calidad y a un padre amantísimo. Escribid, escribid, señor secretario, que a esto no ha de oponerse nadie.

TODOS. (*Menos Polichinela.*) ¡Escribid! ¡Escribid!

DOCTOR. Y vosotros, jóvenes enamorados..., resignaos con las riquezas, que no conviene extremar escrupulos que nadie agradece.

PANTALÓN. (*A Crispín.*) ¿Seremos pagados?

CRISPÍN. ¿Quién lo duda? Pero habéis de proclamar que el señor Leandro nunca os engaño... Ved cómo se sacrifica por satisfacerlos aceptando esa riqueza que ha de repugnar a sus sentimientos.

PANTALÓN. Siempre le creímos un noble caballero.

HOSTELERO. Siempre.

ARLEQUÍN. Todos lo creímos.

CAPITÁN. Y lo sostendremos siempre.

CRISPÍN. Y ahora, doctor, ese proceso, ¿habrá tierra bastante en la tierra para echarle encima?

DOCTOR. Mi previsión se anticipa a todo. Bastará con puntuar debidamente algún concepto... Ved aquí: donde dice... «Y resultando que si no declaró...», basta una coma, y dice: «Y resultando que sí, no declaró...». Y aquí: «Y resultando que no, debe condenársele», fuera la coma, y dice: ‘Y resultando que no debe condenársele...’.

CRISPÍN. ¡Oh, admirable coma! ¡Maravillosa coma! ¡Genio de la Justicia! ¡Oráculo de la Ley! ¡Monstruo de la Jurisprudencia!

DOCTOR. Ahora confío en la grandeza de tu señor.

CRISPÍN. Descuidad. Nadie mejor que vos sabe cómo el dinero puede cambiar a un hombre.

SECRETARIO. Yo fui el que puso y quitó esas comas...

CRISPÍN. En espera de algo mejor... Tomad esta cadena. Es de oro.

SECRETARIO. ¿De ley?

CRISPÍN. Vos lo sabréis, que entendéis de leyes.

POLICHINELA. Sólo impondré una condición: que este pícaro deje para siempre de estar a tu servicio.

CRISPÍN. No necesitáis pedirlo, señor Polichinela. ¿Pensáis que soy tan pobre de ambiciones como mi señor?

LEANDRO. ¿Quieres dejarme Crispín? No será sin tristeza de mi parte.

CRISPÍN. No la tengáis, que ya de nada puedo serviros y conmigo dejáis la piel del hombre viejo... ¿Qué os dije, señor? Que entre todo habían de salvarnos... Creedlo. Para salir adelante con todo, mejor que crear afectos es crear intereses...

LEANDRO. Te engañas, que sin el amor de Silvia nunca me hubiera salvado.

CRISPÍN. ¿Y es poco interés ese amor? Yo di siempre su parte al ideal y conté con él siempre. Y ahora, acabó la farsa.

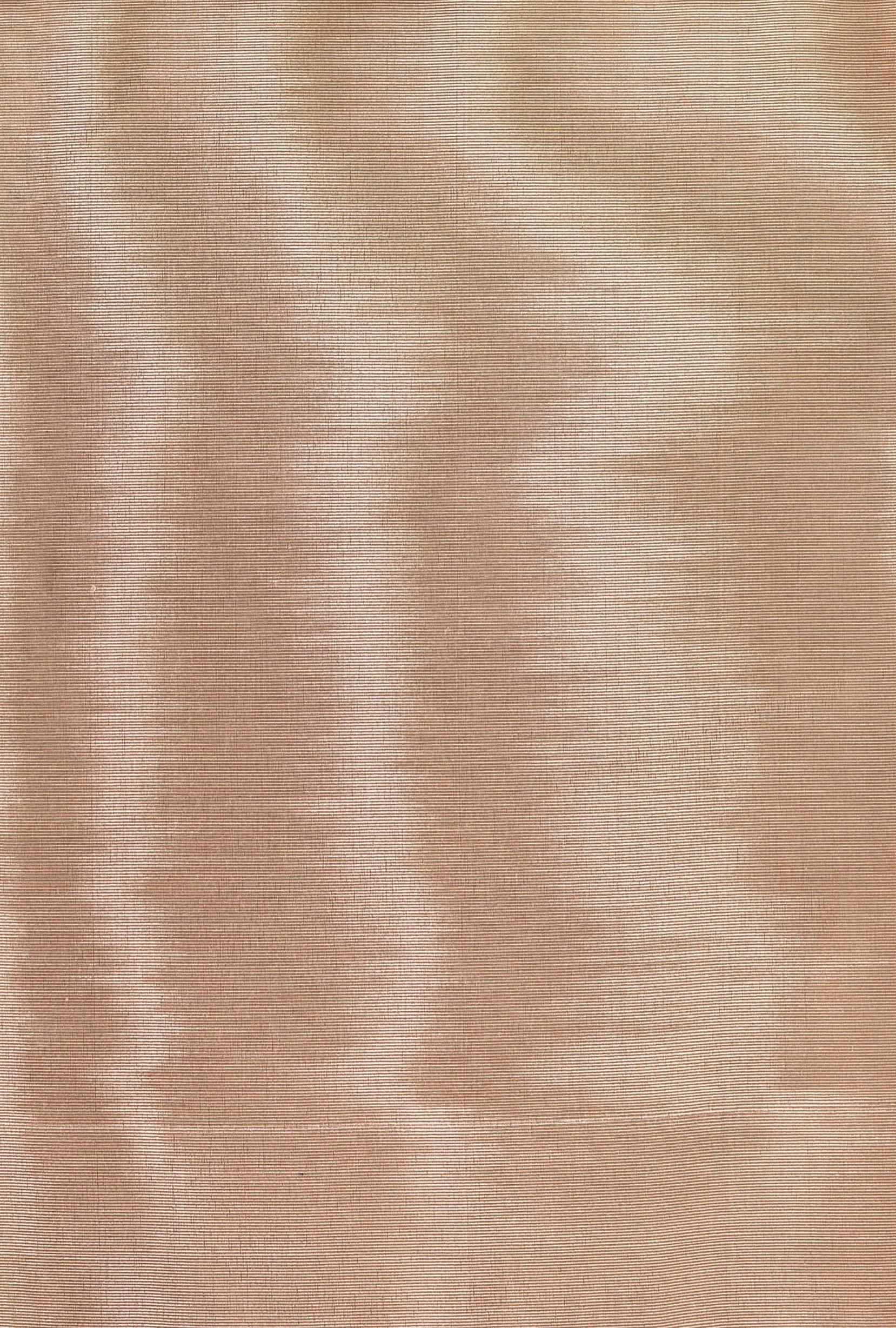
SILVIA. (*Al público.*) Y en ella visteis, como en las farsas de la vida, que a estos muñecos, como a los humanos, muévenlos cordelillos groseros, que son los intereses, las pasioncillas, los engaños y todas las miserias de su condición: tiran unos de sus pies y los llevan a tristes andanzas; tiran otros de sus manos, que trabajan con pena, luchan con rabia, hurtan con astucia, matan con violencia. Pero entre todos ellos, desciende a veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz del sol y con luz de luna: el hilo del amor, que a los humanos, como a esos muñecos que semejan humanos, les hace parecer divinos, y trae a nuestra frente resplandores de aurora, y pone alas en nuestro corazón y nos dice que no todo es farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida que es verdad y es eterno, y no puede acabar cuando la farsa acaba. (*Telón*)

FIN DE LA COMEDIA





Comunidad  
de Madrid



















Los  
Intereses  
Creados



**P**ersonajes: **M**ona **S**irena **S**ilvia **S**a Señora de **P**olichí-  
**n**ela **S** Colomrina **S**aura **R**isé-  
**l**a **S**eandro **S** Erispín **S** El **D**octor  
**P**olichinela **S** Arlequín **S** El **C**apitán  
**P**antalón **S** El **H**ostelero **S** El **S**ecre-  
**t**ario **S** Mozo 1º de la **H**ostería **S** Idem 2º  
**A**lguacilillo 1º **S** Idem 2º

**L**a acción pasa en un país imaginario, á prin-  
cipios del siglo **XVII**

Derecha e izquierda, las del actor.

**H**é aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares á los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas á los más variados concursos como en París sobre el puente nuevo, cuando Tábarin desde su tablado de feria solicitaba la atención de todo transeunte, desde el espaldado doctor que detiene un momento su doccta cabalgadura, para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún clonaire de la alegre farsa, hasta el pícaro hampón que allí disierte sus ocios horas

y horas, engañando al hambre con la risa, y el prelado y la clama de calidad y el gran señor desde sus carrozas como la moza alegre y el soldado y el mercader y el estudiante. ente de toda condición que en ningún otro lugar  
  
ie hubiera reunido, comunicabase allí su regocijo, que muchas veces, más que de la farsa, refleja el grave, de ver reír al risueño, y el sabio, al bobo y los pobres de ver reír á los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reír á los pobres tranquilizada su conciencia con pensar, también los pobres rien!  
Que nada prende  
tan pronto de unas  
Q

**Prologo.**

almas en otras como es-  
ta simpatía de la risa. Al-  
guna vez, también subió  
la farsa á palacios de prin-  
cipes, altísimos señores,  
por humorada de sus due-  
ños, y no sue allí menos  
libre y despreocupada.  
Fue de todos y para to-  
dos. Del pueblo reco-  
gió burlas y malicias y  
dichos sentenciosos, de  
esa filosofía del pueblo  
que siempre sufre, dulci-  
ficada por aquella resig-  
nación de los humildes  
de entonces que no lo es-  
peraban todo de este mun-  
do, y por eso sabian reir-  
se del mundo sin odio y  
sin amargura. Ilustró des-  
pués su plevello origen  
con noble ejecutoria; Sope  
de Rueda, Shakespeare,  
Moliere, como en amora-  
dos príncipes de cuento  
de hadas, elevaron á Cen-  
icienta al más alto trono de  
la poesía y del arte. No  
presume de tan gloriosa es-  
tirpe esta farsa, que por  
curiosidad de su espíritu in-  
quieto os presenta un poe-  
ta de ahora. Es una farsa

guinoleña, de asunto dispa-  
ratado, sin realidad alguna.  
Pronto vereis cómo  
cuanto en ella su-  
cede no puelo su-  
ceder nunca, que sus per-  
sonajes no son ni semejan  
hombres y mujeres, sino mu-  
ñecos ó fantoches de cartón  
y trapo con groseros hilos,  
visibles á poca luz y al más  
corto de vista. Son las mismas  
grotescas máscaras de aquella  
comedia del Arte italiano;  
no tan regocijadas como  
solian porque han medita-  
do mucho en tanto tiempo.  
Bien conoce el autor, que  
tan primitivo espectáculo  
no es el más digno de un  
culto auditorio de estos  
tiempos; así de vuestra cul-  
tura tanto como de vuestra  
bondad se ampara. El autor  
solo pide que anímeis cuan-  
to sea posible vuestra espi-  
ritu. El mundo está ya vie-  
jo y chochea; el Arte no  
se resigna á envejecer y por  
parecer niño仿se balbu-  
ceos.... Y he aquí cómo es-  
tos viejos polichinelas  
pretenden hoy divertir-  
ros con sus niñerías.

**M**utacion.



Gabriel Cohen

Leandro



**U**adro Primero  
Plaza de una ciu-  
dad. A la dere-  
cha, en primer termí-  
no, fachada de una hos-  
telería con puerta prac-  
ticable y en ella un alda-  
bón. Encima de la pu-  
erta un letrero que di-  
ga "Hostería".

**E**scena Primera.  
Leandro y Cris-  
pin que salen por la se-  
gunda izquierda.

Lean.

ran ciu-  
dad ha-  
de ser ésta. Cris-  
pin; en to-  
do se ad-  
vierte su señorío y ri-  
queza.

Cris.

**D**os ciudades hay  
¡quiera el cielo que  
en la mejor hallamos  
dado!

Lean.

**D**os ciudades, dices,  
Crispin? Ya entiendo.  
antigua y nueva; una  
de cada parte del río.

**C**ris. Que importa ni la ve-  
jez ni la novedad? Digo  
dos ciudades como en to-  
da ciudad del mundo; una  
para el que llega con  
dinero y otra para el q  
llega como nosotros.

Lean.

**H**arto es haber llega-  
do sin tropezar con la  
justicia! Y bien quisi-  
era detenerme aquí al-  
gun tiempo, que ya me  
cansa tanto correr tie-  
rras.

Cris.

**A** mí no, que es condi-  
ción de los naturales  
como yo, del libre reino  
de Ricardía no hacer a-  
siento en parte alguna,  
sino es forzado y en ga-  
leras, que es duro asien-  
to. Pero ya que sobre es-  
ta ciudad caímos y es  
plaza fuerte á lo que se  
descubre, tracemos co-  
mo prudentes capita-  
nes nuestro plan de ba-  
talla si hemos de con-  
quistarla con provecho

Lean.

**M**al pertrechado ejer-

*cito venimos!*

*Eris.* **H**ombres somos y con hombres hemos de vernos.

*Lean.* **O** por todo causdal nuestra persona. No quisiste que nos desprendiéramos de estos vestidos, que mal vendiéndolos, hubiéramos podido juntar algún dinero.

*Eris.* **A**ntes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece.

*Lean.* **Q**ué hemos de hacer, Erispín? Que el hambre y el cansancio me tienen abatido y mal discurro.

*Eris.* **N**o hay sino valerse del ingenio y de la desvergüenza, que sin ella nada vale el ingenio. Lo que he pensado es, que tú has de hablar poco y desabrido, para darte aires de persona de calidad; de vez en cuando, te permíto que descargues algún

golpe sobre mis costillas; á cuanto te pregunten responde misterioso y cuando hables por tu cuenta sea con gravedad, como si sentenciaras. Eres joven, de buena presencia; hasta ahora sólo supiste malgastar tus cualidades; ya es hora de aprovecharte de ellas.

**C**onte en mis manos que nada conviene tanto á un hombre como llevar á su lado quien baga notar sus méritos, que en uno mismo, la modestia es necesidad y la propia alabanza locura, y con las dos se pierde para el mundo.

**S**omos los hombres como mercancía, que valemos más o menos, según la habilidad del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que así fueras vidrio, á mi cargo corre que pases por diamante. Y ahora, llamemos á esta hostería, que lo primero es acampar á vista de la plaza.

*Lean.* **A** la hostería, dices?

Eris.

Como pa-  
garemos? **S**i por  
tan poco  
te acobar-  
das, bus-  
quemos un hospital ó  
caja de misericordia ó  
pidaamos limosna, si á lo  
piadoso nos acogemos;  
y si á lo bravo volva-  
mos al camino y saltee-  
mos al primer viandante;  
si á la verdad de nues-  
tros recursos nos atene-  
mos, no son otros nues-  
tros recursos.

**L**ean. Yo traigo cartas de intro-  
ducción para personas  
de valimiento en esta ciu-  
dad que podrán soco-  
rrernos.

**E**ris. ¡Rompe luego esas car-  
tas y no pienses en tal  
bajeza! ¡Presentarnos  
á nadie como necesita-  
dos! ¡Buenas cartas de  
crédito son esas! Yo  
te recibirán con gran-  
des cortesías, te dirán  
que su casa y su perso-  
na son tuyas, y á la se-  
gunda vez que llame  
á su puerta, ya te dirá  
el criado que su señor  
no está en casa ni para  
en ella; y á otra visita nite

abrirán la puerta. **M**undo  
es este de toma y daca, lon-  
ja de contratación, casa de  
cambio y antes de pedir  
ha de ofrecerse.

**L**ean. ¡Qué podré yo ofrecer  
si nada tengo?

**E**ris. En que poco te estímas! **P**u-  
es qué, un hombre por si na-  
da vale? Un hombre puede  
ser soldado y con su valor  
decidir una victoria, pue-  
de ser gallán ó ma-  
rino y con dulce me-  
dicina curar alguna  
dama de calidez ó  
doncella de buen li-  
naje que se sienta  
morir de melancolía;  
puede ser criado de  
algún poderoso se-  
ñor que se aficióne  
de él y le eleve hasta  
su privanza, y tantas  
cosas más que no he  
de enumerarte. Para  
subir, cualquier esca-  
lón es bueno.

**L**ean. ¡Si aún ese escalón  
me falta!

**E**ris. Yo te ofrez-  
co mis es-  
palda pa-  
ra encum-  
brarte. Tú  
te verás alto.

**L**ean. ¡Si los dos clamos

en tierra?

Eris. Que ella nos sea leve.

(Clamando á la hostería con el  
alabón.)

¡Ah, de la hostería!

Holá, digo, Hosteler

o ó demonio!... Na

die responde? ¡Qué

casa es esta?

Sean. Por qué esas voces  
sí, apenas llamaste?

Eris. Porque es ruindad  
hacer esperar de ese  
modo! (Vuelve á llamar más  
fuerte.) ¡Ah, de la gente!

¡Ah, de la casa! ¡Ah, de

todos los diablos!

Dos. (Dentro.) Quién va?

¡Qué voces y qué mo-  
dos son estos? No ha-  
rá tanto que esperan.

Eris. ¡Ja sue mucho! ¡bien

nos informaron que es  
esta muy ruin posada

para gente noble.

## Escena Segunda.

Dichos, el Hostelero y dos Mozos que salen de la hostería.

(saltando)

**H**oco a poco, que no es posada, sino hospedería, y muy grandes señores han parado en ella.

**Cris.** Quisiera yo ver á esos que llaman grandes señores. **Gen.** ecilla de poco más ó menos. Bien se advierte en esos mozos que no saben conocer á las personas de calidad y se están ahí como pasmarotes sin atender a nuestro servicio.

**Hos.** ¡Por vida, que sois impertinente!

**Lean.** Este criado mío siempre ha de extremar su ce lo. Huena es vuestra posada para el poco tiempo que he de parar en ella. **Disponed,** luego

un aposento para mi y otro para este criado y ahorremos palabras.

**Hos.** Perdonad, señor; si antes hubierais hablado... Siempre los señores han de ser más comedidos que sus criados.

**Cris.** Si que este buen señor mio á todo se acomoda; pero yo sé lo q conviene á su servicio y no he de pasar por cosa mal hecha. **Conducidnos** ya al aposento. **Hos.** ¡No traéis bagaje alguno?

**Cris.** ¿Pensáis que nuestro bagaje es batillo de soldado ó de estudiante para traerlo á mano, ni q mi señor ha de traer á qui ocho carros q tras nosotros vienen, ni que aquí ha de parar sino el tiempo preciso q conviene al secreto de los servicios que en esta

10  
Ciudad le estan encomendados?....

Lean.

**L**o callaras? **¿**Que secreto ha de haber con nigo? **M**uere voto a.... que si alguien me descubre por tu hablar sin medida!... (Le amenaza y le pega con la espada.)

Cris.

**V**aledme, que me matará! (Corriendo.)

Hos.

(Interponiendose entre Leandro y Crispín) **G**eneos, señor!

Lean.

**D**ejad que le castigue, que no hay falta para mí como el hablar sin tino.

Hos.

**N**o le castigüéis, señor!

Lean.

**D**ejadme, dejadme, que no aprenderá nunca! (Al ir a pegar a Crispín éste se esconde detrás de hostelero, quien recibe los golpes.)

Cris.

(Quesandose) **A**y, ay, ay!

Hos.

**A**y, digo yo, que me dió de plano!

Lean.

(A Crispín) **V**e a lo que diste, lugar; a que este infeliz fuera el golpeado. **D**

Hos.

**N**o es menester. **J**o le perdono gustoso. (A los criados.)

**Q**ue hacéis ahí parados?

**D**isponed los aposentos donde suele parar el Embajador de la Antia y prepara-

rad comida para este caballero

**Cris.** **D**ejad que yo les advierta de todo, que cometerán mil torpezas y pagare yo luego, que mi señor, como veis, no perdona falta... **S**oy con vosotros muchachos... **T**ened cuenta a quien servis, que la mayor fortuna o la mayor desdicha os entró por las pueras. (Entran los criados y Crispín en la hostería)

**Hos.** (A Leandro) **T**podéis decirme vuestra nombre, de donde venis y a que propósito?

**Lean.** (Al ver salir a Crispín de la hostería) **M**is criado os lo dirá. **A**prended a no importunarme con preguntas...

(Entra en la hostería.) **Cris.** **U**ena la bicistería! **A**treverse a preguntar a mi señor? **S**i os importa tenerle una hora siquiera en vuestra casa, no volváis a dirigirle la palabra.

**Hos.** **S**abed que hay ordenanzas muy severas que así lo disponen.

**Cris.** **V**enidos con ordenanzas a mi señor! **C**allad, callad, que no sabéis a quien tenéis en vuestra casa, y si lo supierais no diríais tantas im-

per **tinencias**!

**Hof.** Pero no he de saber si  
quiero?

**Eris.** Poto á...  
que llamaré á mi se-  
ñor y él os  
dirá lo que  
conviene  
si no lo entendisteis!

**C**uidad de que na-  
da le falte y aten-  
deciale con vuestros cin-  
co sentidos, que bien  
puedle pesaros! No  
sabéis conocer á las per-  
sonas? No visteis ya  
quién es mi señor?  
¿Qué replicais? Vá-  
mos, ya! (Entra en la hoste-  
ría empusando al Hostelero.)

**Hof.** ¿Por qué no les impide ca-  
recer de pedazos? Con el  
mismo lago á la batería  
se enfrentaron hoy los  
mármoles? (Siguiendo)  
nuestra cibata!

**Cap.** ¿Por qué? (Sale el  
soldado como vuo-  
lito piezito de roca)

vi  
nada valen en esta ciu-  
dad de mercaderes y de-  
negociantes... ¡Otra  
conclación es la nuestra!  
Tú no dejas de la fe-  
cha, que se  
lo canta en todos y cle-  
veros amigos, ya mi sir-  
vo ponece el fingido á las  
celdas celos poderos-  
os, para elegirlos ó fa-  
cilitar sucesos albergues  
y en el rumbas no tienen  
más que para ellos su alca-  
zaba, en la que se pasa el ronco  
y las horas. (El proprie-  
tario no habrá mu-  
chos dambres en ellos  
mismos.

**hostero de**  
**cibata**? Por  
que sin duda  
nunca se cir-  
ca de cibatas, que son  
muy pocas, el cuchillo po-  
drá ser para cada indig-  
nante en la cibata que no  
se pierda y que se pierda  
en la cibata que no se pierda

que yo collare  
que ha de mo-  
der conmigo  
que yo vota

que si me quie-  
re tu hermano  
que yo te lo de-  
muestro. — **Q**uoniam y  
que yo te lo de-  
muestro.

**C**on. **Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**H**ab. **Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**H**ab. **Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**H**ab. **Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**C**on. **Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**C**on. **Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**H**ab. **Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

**Q**uoniam que yo te  
lo de-  
muestro. — **C**onmigo.

scena tercera.  
Arlequín y el  
Capitán, que sa-  
len por la segun-  
da izquierda.

**Arl.** Agando por los  
campos que rode-  
an esta ciudad, lo me-  
jor de ella sin duda al-  
guna, creo que sin pen-  
sarlo, hemos venido á  
dar frente á la hoste-  
ría. ¡Animal de costum-  
bre es el hombre! ¡T-  
dura costumbre la de  
alimentarse cada día!

**Cap.** ¡La dulce música de  
vuestras versos me dis-  
trajo de mis pensamien-  
tos! ¡Amable prívi-  
legio de los poetas!

**Arl.** ¡Que no les impide ca-  
recer de todo! ¡Con te-  
mor llego á la hostería.  
¡Consentirán hoy en-  
fiarnos? ¡Valganos,  
nuestra espada!

**Cap.** ¡Di espada? ¡Di espa-  
da de soldado como vues-  
tro plectro de poeta

nada valen en esta ciu-  
dad de mercaderes y de  
negociantes.... ¡Grisa-  
condición es la nuestra!

**Arl.** Bien decís. ¡No la su-  
blime poesía, que só-  
lo canta de nobles y ele-  
vados asuntos, ya ni sir-  
ve poner el ingenio á las  
plantas de los poderoso-  
s para elogiarlos ó sa-  
tisfacerlos; alabanzas  
ó diatribas no tienen  
valor para ellos; ni agra-  
decen las unas ni temen  
las otras. ¡El propio  
Trentino hubiera muer-  
to de hambre en estos  
tiempos.

**Cap.** nosotros, de-  
cidme? ¡Por  
que fuimos  
vencidos en  
las últimas guerras, más  
que por el enemigo  
poderoso, por esos indi-  
nos traficantes que nos  
gobiernan y nos enviaron  
a defender sus intereses,  
sin fuerzas y sin entusias-

mo, por que nadie combate con fe por lo que no estima; ellos que no dieron uno de los suyos para soldado, ni soltaron moneda, sino á buen interés y á mejor cuenta y apenas temieron verla perdida, amenazaron con hacer causa con el enemigo, ahora nos culpan á nosotros y nos maltratan y nos menosprecian y quisieran ahorrarse la miseria soldada con que creen parganios, y de muy buena gana nos despedirían si no temieran q un dia todos los oprimidos por sus maldades y tiranías no se levantaran contra ellos.

**¶** **O**bres de ellos si ese dia nos acordamos de que parte está la razón y la justicia!

Arl.



í así fuera.... ese dia me tendréis á vuestro lado.

Cap.

Con los poetas no hay que contar para nada, q es vuestro espíritu como el opalo que a cada luz hace diversos visos.



oy os apasionais por lo q hace y mañana por lo que muerre, pero más inclinados sois á enamoraros de todo lo ruinoso por melan-cólico.

**A** como sois por lo regular poco madrugadores más veces vistois morir el sol que amanecer el dia, y mas sabeis de sus ocasos que de sus auroras

**Arl.** **M**o lo direis por mí que he visto amanecer muchas veces, cuando no tenía donde acostarme.

**T** como queríais que cantara al dia, alegre como alondra, si amanecía tan triste para mí?

**Q**o decidís á probar fortuna?

**C**ap. **¡Q**ue remedio! **G**entemo-nos y sea lo que disponga nuestro buen hostelero.

**Arl.** **H**ola! **Eh** **Q**uién sirve?

(Llamando en la hostería)

scena cuarta.  
Dichos, el hoste-  
lero. Despues los  
mozos, Leandro y Cris-

hos. *que salen á su tiempo de la hostería*  
¡Ah, caballeros! Sois vo-  
sotros? Mucho lo siento, pe-  
ro hoy no puedo servir á  
nadie en mi hostería.

Cap. ¡Y por qué causa, si puede  
saberse?

hos. ¡Sindo desabogo es el vues-  
tro en preguntarlo! Pensáis que á mí me fia nadie  
lo que en mi casa se gasta?

Cap. ¡Ah! Ese el motivo? ¡Y  
no somos personas de credi-  
to á quien puede fiarse?

hos. Para mí no. ¡Como nun-  
ca pensé cobrar, para fa-  
vor ya fué bastante; con-  
que así, hagan merced de  
no volver por mi casa.

Arl. ¿Creeís que todo es diñe-  
ro en este bajo mundo?  
¿Contáis por nada las con-  
sideraciones que de vuestra  
casa hicimos en todas par-  
tes? ¡Basta un soneto os

tengo dedicado, y en el ce-  
lebro vuestras perdices es-  
tofadas y vuestras paste-  
les de liebre!... ¡En cuan-  
to al señor Capitán, tened  
por seguro que él sólo so-  
tendrá contra un ejército  
el buen nombre de vue-  
stra casa. ¡Nada vale esto!  
¡Todo ha de ser moneda  
contante en el mundo!

hos. No estoy para burlas. No he  
menester de vuestros sonetos  
ni de la espada del señor  
Capitán, que mejor pudie-  
ra emplearla.

Cap. Voto á... que si la emplea-  
ré escarmentando á un pi-  
caro! *(amenazandole y pegandole con la espada.)*

hos. *(gritando)* ¡Qué es esto? ¡Con-  
tra mí? ¡Favor! ¡Justicia!

arl. *(conteniendo al capitán)* ¡No os per-  
dáis por tan ruin sujeto!

Cap. ¡He de matarle! *(pegandole.)*

hos. ¡Favor! ¡Justicia! *(saliendo de la hostería.)* ¡Qué ma-  
tan á nuestro amo!

hos. ¡Socorredme!

Cap. ¡No desaré uno!



hos. ¿No vendrá nadie?  
Lean. (Saliendo con Crispín) Que albo-  
roto es éste?  
Cris. En lugar donde mi señor  
se hospeda? No hay soñie-  
go posible en vuestra casa?  
Yo traeré á la justicia que  
pondrá orden en todo.  
hos. Esto ha de ser mi ruina!  
Con tan gran señor en  
mi casa!  
Arl. ¿Quién es él?  
hos. No oséis preguntarlo!  
Cap. Perdonad, señor; si turbu-  
mos vuestro reposo; pero  
este ruin hostelero...  
hos. No fué mía la culpa, señor,  
sino de estos desvergonzados...  
Cap. ¿A mí desvergonzado?  
No miraré nada!...  
Cris. Alto, señor Capitán, que  
aquí tenéis quien satisfa-  
ga vuestros agravios, si  
los tenéis de este hombre!  
hos. Figuraos, que há mas de  
un mes que comen á mí  
costa sin soltar blanca, y  
porque me negué hoy á  
servirles se vuelven con-  
tra mí.

Arl. Yo no, que todo lo llevo  
con paciencia.  
Cap. ¡Es razón que á un sol-  
dado no se le haga cré-  
dito!

Arl.  Es razón  
que en na-  
da se esti-  
me un so-  
neto con  
estambor-  
te que compuse á sus per-  
dices estofadas y á sus  
pastelos de liebre...? Go-  
do por fe, que no los pro-  
bé nunca, sino carnero  
y potajes.

Cris. Estos dos nobles señores  
dicen muy bien y es in-  
dignidad tratar de este  
modo á un poeta y á un  
soldado.

Arl. ¡Ah, señor; sois un alma  
grande!

Cris. Yo no. Mi señor, aquí  
presente; que como tan  
gran señor, nada hay pa-  
ra él en el mundo como  
un poeta y un soldado.

Lean. Cíerto.

Cris. Estad seguros de que  
mientras él pare en esta  
ciudad no habeis de ca-  
recer de nada, y cuanto  
gasto hagáis aquí, corre  
de su cuenta.

Lean. Cíerto.

Cris. ¡Mírese mucho el hos-  
telero en trataros como  
corresponde!

Hos.  
Eris.

Señor! Tú no séais tan avá-  
ro de vuestras per-  
dices ni de vuestras empa-  
nadas de gato, que no es  
razón que un poeta como  
el señor Arlequín hable  
por sueno de cosas tan  
palpables.

Arl. ¿Conoceís mi nombre?  
Eris. Yo no; pero mi señor, co-  
mo tan gran señor, conoce  
a cuantos poetas existen  
y existieron, siempre que  
sean dignos de ese nombre.

Cap. Cierto.

Eris. Tú ninguno tan grande  
como vos, señor Arlequín;  
y cada vez que pienso  
que aquí no se os ha guar-  
dado todo el respeto  
que merecéis.

Hos. Perdonad, señor. Yo les  
serviré como mandais y  
basta que seais su siador...

Cap. Señor, si en algo puedo  
serviros...

Eris. ¿Es poco servicio el cono-  
ceros? ¡Glorioso Capi-

tan, digno de ser cantado  
por este solo poeta!...

Arl. Señor!

Cap. Señor!

Arl. ¡Yo son conocidos mis  
versos!

Eris. ¡Como conocidos! ¡Ol-  
vidados los tengo! ¡No  
es vuestro aquél soneto  
admirable que empieza:

«La dulce mano que acaricia y mata»

Arl. ¡Como dices?

Eris. «La dulce mano que acaricia y mata»

Arl. ¡Es dices? ¡No, no es mío,  
ese soneto.

Eris. Pues merece ser vuestro. Tú  
de vos, Capitán, ¿quién no co-  
noce las bravas? ¡No fuisteis  
el que sólo con veinte  
hombres asaltó el castillo  
de las Peñas Rojas en la sa-  
mosa batalla de los Campos  
Negros?

Cap. ¡Sabeis?

Eris. ¡Como si sabemos! ¡Oh!  
Cuántas veces se lo oí re-  
ferir a mi señor entusias-  
mado. Veinte hombres,  
veinte y vos delante y

desde el castillo... ¡Bum!  
¡bum! ¡bum! disparos y  
bombardas y pez hirviente  
y demonios encendidos...  
¡T los veinte hombres co-  
mo un solo hombre y vos  
delante! ¡T los de arriba...  
¡Bum! ¡bum! ¡bum! ¡T los  
tambores... ¡Ran, rataplán,  
plán! y los clarines... ¡Bara-  
ri, tarí, tarí, ... y vosotros sólo  
con vuestra espada y  
vos sin espada... ¡Ris, ris, ris!  
golpe aquí, golpe allí... una  
cabeza, un brazo... (Empieza  
a golpear con la espada, dándoles de  
plano al Hostelero y a los mozos.)

Mozos. ¡Ay, ay!

Hos. ¡Tengáse, que se apasiona!  
Eris. como si pasara! ¡Como si  
me apasiono? Siempre  
senti yo el *animus belli*.

Cap. No parece sino que os ha-  
llasteis presente.

Eris. Oírselo referir a mi señor;  
es como verlo, mejor que  
verlo. ¡T a un soldado si-  
si, al héroe de las Peñas Ro-  
jas en los Campos Negros,  
se le trata de esa manera!  
¡Ah! gran suerte fué que  
mi señor se hallase presen-  
te, y que negocios de im-  
portancia le hayan traído

á esta ciudad donde él  
hará que se os trate con  
respeto como merecéis...  
¡Un poeta tan alto, un tan  
gran capitán! (A los Mozos.)  
¡Pronto! ¡Que haceís abi-  
como estafermos? Servid-  
les de lo mejor que haya  
en vuestra casa, y, ante to-  
do, una botella del mejor  
vino, que mi señor quiere  
beber con estos caballe-  
ros y lo tendrá a gloria...  
¡Que haceís abi? ¡Pronto!

Hos. ¡Voy, voy!... ¡No he libra-  
do de mala! (Se va con los Mo-  
zos a la hostería.)

Arl. ¡Ah, señor! ¡Como agra-  
deceros?

Cap. ¡Como pagaros?...

Eris. Nadie hable aquí de pa-  
gar, que es palabra que  
ofende! Sentaos, senta-  
os, que para mi señor, que  
a tantos príncipes y gran-  
des ha sentado a su mesa,  
será este el mayor orgullo.

Lean. Cierto.

Eris. **M**i señor no es de mu-  
chas palabras; pero co-  
mo veis, esas pocas son  
otras tantas sentencias lle-  
nadas de sabiduría.

Arl. En todo muestra su gran-

deza.

Cap.

  
o sabéis cómo conforta  
nuestro abatido espíritu hallar un  
gran señor como vos  
que así nos considera.

Eris. **E**sto no es nada, que yo  
sé que mi señor no se  
contenta con tan poco  
y será capaz de llevados  
consigo y colocaros en  
tan alto estado...

Lean. (Aparte a Crispín) **N**o te alar-  
gues en palabras, Cris-  
pín...

Eris. **M**i señor no gusta de pa-  
labras, pero ya le cono-  
ceréis por las obras.

Hos. (Saliendo con los Mozos que tra-  
en las viandas y ponen la mesa)  
**A**quí está el vino... y la co-  
mida.

Eris. **B**eban, beban y coman  
y no se priven de nada,  
que mi señor corre con  
todo, y si algo os falta no  
dudéis en decírlo, que  
mi señor pondrá orden  
en ello, que el hostelero  
está a descuidarse!

Hos. **N**o, por cierto; pero  
comprenderéis...

Lean. **N**o digais palabra, que  
diréis una impertinencia.

Cap. **A** vuestra salud!

Lean. **A** la vuestra, señores!  
¡Por el más grande poe-  
ta y el mejor soldado!

Arl. **¡P**or el más noble señor!

Cap. **¡P**or el más generoso!

Eris. **T**yo también he de be-  
ver, aunque sea atrevimien-  
to. **P**or este día grande en-  
tre todos que juntó al  
más alto poeta, al más va-  
liente capitán, al más no-  
ble señor y al más leal  
criado... **T** permitid  
que mi señor se despi-  
da, que los negocios  
que le traen a esta ciu-  
dad no admiten demora

Lean. **C**ierto.

Eris. **Y**o faltareis a presen-  
tarle vuestros respetos  
cada día?

Arl. **T**á cada hora; y he de  
juntar a todos los mu-  
sicos y poetas de mi amistad  
para festejarle con  
música y canciones.

Cap. **T**yo he de traer a toda  
mi compañía con antor-  
chas y luminarias.

Lean. **O**fenderéis mi modestia...

Eris. **T**abora, comed, bebed...

**P**ronto! **S**ervid a estos  
señores. (Aparte al capitán.)

**E**ntra nosotros; **Y**esta-  
réis sin blanca?

**E.ap.** ¿Que hemos de deciros?

**Eris.** ¡No digais más! (Al hostelero.)

¡Oh! ¡Aqui! Entregareis  
á ellos caballeros cuar-  
renta ó cincuenta escu-  
dos por encargo de mi  
señor y de parte suya...  
¡Ilo dejéis de cumplir sus  
órdenes!

**Hos.** ¡Despaciad! ¡Cuarenta  
ó cincuenta, decís?

**Eris.** Ponecl sesenta... Cabal-  
leros, salud!

**E.ap.** ¡Viva el más grande ca-  
ballero!

**Arl.** ¡Viva!

**Eris.** ¡Decid ¡viva! tambien  
vosotros, gente incivil!

**Hos.** } ¡Viva!  
Mozos }

**Eris.** ¡Viva el más alto poeta  
y el mayor soldado!

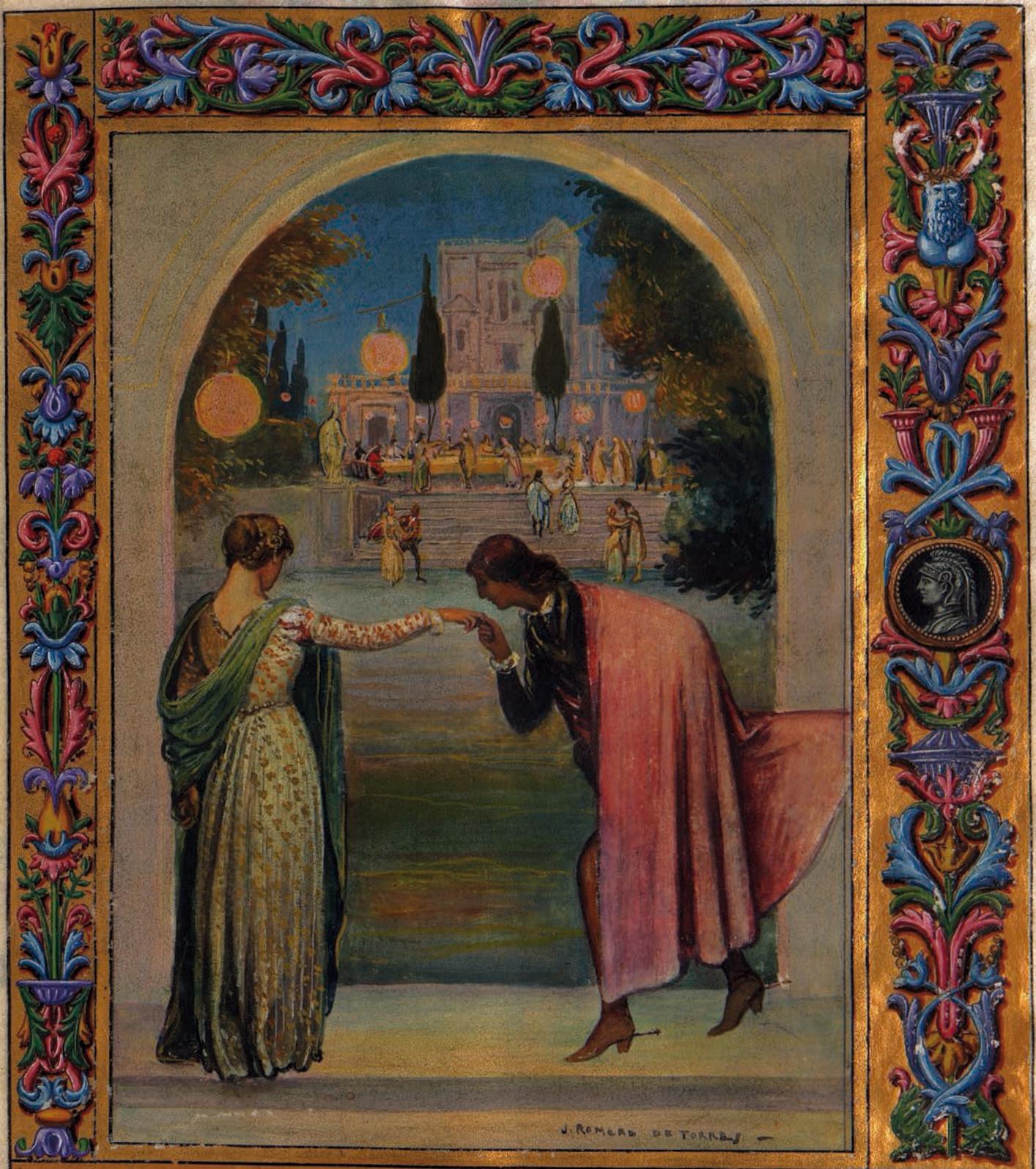
Dodos. ¡Viva!

**Lean.** (aparte a Crispín) ¡Qué lo-  
curas son estas, Crispín,  
y cómo saltaremos de  
ella!

**Eris.** Como entramos. ¡A lo  
ver; la poesía y las ar-  
mas son nuestras. ¡Adelante!  
¡Síguenos la  
conquista del mundo!

(Dodos se hacen saludos y reveren-  
ciar y Lean y Crispín se van por  
la segunda izquierda. El Capitán y Fir-  
lequim se disponen a comer los asados  
que les han preparado el Hostelero y  
los Mozos que le sirven.)







## Cuadro segundo.

Jardín con fachada de un pabellón, con puerta practicable en primer término izquierda.

Es de noche

## scena primera.

Doña Sírena y Colombina saliendo del pabellón.

Sir. ¿No hay para perder el suicio, Colombina?

¿Que una dama se vea en trance tan asrentoso por gente baja y descomedida? ¿Como te atreviste a volver a mí presencia con tales razones?

Col. ¿Y no habíais de saberlo?

Sir. Morir me estaría mejor; Y todos te dijeron lo mismo?

Col. Uno por uno y como lo osseis... El sastrre, que no os enviará el vestido mientras no le pagueis todo lo adeudado.

Sir. ¡El insolente! ¡El salteador de caminos! ¡Cuando

es el quién me debe todo su crédito en esta ciudad, que hasta emplearle yo en el atavío de mí persona no supo lo que era vestir damas

Col. Y los cocineros y los músicos y los criados todos dijeron lo mismo; que no servirán esta noche en la fiesta si no les pagais por adelantado.

Sir. ¡Los sayones! ¡Los foragidos! ¡Cuando se vio tanta insolencia en gente nacida para servirnos! ¿Es que ya no se paga más que con dinero? ¿Es que ya solo se estima el dinero en el mundo? ¡Triste de la que se ve como yo sin el amparo de un marido, ni de parientes, ni de allegados masculinos!... que una mujer sola nada vale en el mundo por noble y virtuosa que sea.

¡Oh, tiempos de perdición! ¡Tiempos del Apocalipsis! El Anticristo debe ser lle-

## Cuadro Segundo

gado!

Col. Nunca os ví tan apocada. Os desconozco. De mayores apuros supisteis salir adelante.

Sir. Eran otros tiempos, Colombina. Contaba yo entonces con mí juventud y con mí belleza como poderosos aliados. Príncipes y grandes señores rendíanse á mis plantas.

Col. En cambio no sería tanta vuestra experiencia y conocimiento del mundo como ahora. En cuanto á vuestra belleza, nunca estuvo tan en su punto, podeis creerlo.

Sir. ¡Deja lisonjas! ¡Cuando me vería yo de este modo si fuera la doña Sirena de mis veinte!

Col. ¿Años queréis decir?

Sir. ¡Pues qué pensaste! que diré de ti, que aun no los cumpliste y no sabes aprovecharlo! Nunca lo creyera cuando al verme tan sola, de criada te adopté por sobrina! ¡Dí en vez de malo-

grar tu juventud enamorándote de ese Arlequín, ese poeta que nada puede ofrecerte sino versos y músicas, supieras emplearte mesor, no nos veríamos en tan triste caso!

Col. ¿Que queréis? Aún soy demasiado joven para resignarme á ser amada y no corresponder. Si he adiestrado en hacer padecer por mí amor, necesito saber antes como se padece cuando se ama. Yo sabré desquitarme. Aún no cumplí los veinte años. No me creáis con tan poco juicio que piense en casarme con Arlequín.

Sir. No me fio de ti, que eres muy caprichosa y siempre te dejaste llevar de la fantasía. Pero pensemos en lo que ahora importa. ¿Que haremos en tan gran apuro? No tardarán en acudir mis convidados, todos personas de calidad y de importancia, y entre ellas el señor Polichinela con su esposa y su hija, que por muchas razones me importan más que todos. Ya saber cómo frecuentan esta

La al-  
 nos ca-  
 balleros  
 Unobiliti-  
 mos; pe-  
 lro, como  
 yo, harto de deslucidos en su  
 nobleza por falta de dinero.  
 Para cualquiera de ellos la  
 hija del señor Polichinela,  
 con su riquísima dote y el  
 gran caudal que ha de be-  
 regar a la muerte de su pa-  
 dre, puede ser un parti-  
 do muy ventajoso. Muchos  
 son los que la pretenden.  
 En favor de todos ellos in-  
 terpongo yo mi buena  
 mísida con el señor Poli-  
 chinela y su esposa. Cual-  
 quiera que sea el favore-  
 cido, yo sé que ha de co-  
 rrespondere con la que-  
 za a mis buenos oficios,  
 que de todos me hice fir-  
 mar una obligación pa-  
 ra asegurarme. Ya no me  
 quedan otros medios que  
 estas mediaciones para

reponer en algo mi patri-  
 monio; si de camino algui-  
 rico negociante o merca-  
 dor se prendara de ti.  
 Quién sabe?... Aún po-  
 día ser esta casa lo que  
 fué en otro tiempo. Pero  
 si esta noche la insolén-  
 cia de esa gente tracie-  
 nde, si no puedo ofrecer la  
 fiesta... ¡No quiero pensar  
 lo... que sería mi ruina!

Col. **N**o paseis cuidado. Con  
 qué agasajarlos no ha de  
 faltar. Y en cuanto a mu-  
 sicos y a criados, el señor Ar-  
 lequín, que por algo es  
 poeta y para algo está e-  
 namorado de mí, sabrá im-  
 provisar lo todo. El conoce  
 a muchos trianés de  
 buen humor que han de  
 prestarse a todo. Ya vereis,  
 no faltará a nadia y vuestros  
 convidados dirán que no  
 asistieron en su visita a  
 tan maravillosa fiesta.

Sir. Ay, Colombina! Si eso  
 fuera, ¡cuanto ganaría!

en mí afeto! Corre en  
busca de tu poeta... **No**  
hay que perder tiempo.

**Pol.** ¡Mí poeta? Del otro la-  
do de estos jardines pa-  
seá, de seguro, aguardan-  
do una señá mía...

**Sir.** **N**o será bien que  
alista a vuestra  
entrevista, que  
yo no debo rebajarme  
en solicitar tales favores...  
**A** tu cargo lo dejo. Que  
nada falte para la fiesta,  
y yo sabré recomendar  
a todos; que esta estre-  
chez angustiosa de aho-  
ra no puede durar siem-  
pre... ó no sería yo do-  
ña **Sirena**.

**Pol.** **T**odo se compondrá.  
**T**á descuidada. (Vase Si-  
rena por el pabellón.)

scena se-  
gunda.  
Colom-  
bina. *despu*  
*es* Erispín

que sale por la segunda derecha  
Col. Dirigiéndose a la segunda derecha y llorando  
¡Arlequín! ¡Arlequín!  
(Al ver salir a Erispín) ¡No es él!

Eris. No temáis, hermosa Colombina, amada del más soberano ingenio, que por ser raro poeta en todo, no quisiera extremar en sus versos las ponderaciones de vuestra belleza. Si de lo vivo a lo pintado fué siempre diferencia, es toda en esta ocasión ventaja de lo vivo con ser tal la pintura!

Col. Vos, ¿sois también poeta o solo cortesano y lisonjero?

Eris. Soy el mejor amigo de vuestro enamorado Arlequín, aunque sólo de hoy le conozco, pero tales pruebas tuvo de mi amistad en tan corto tiempo. Mi ma-

yor deseo fué el de saludarlos, y el señor Arlequín no anduviera muy discreto en complacermie a no ser tanto de mi amistad, que sin ella, fuera ponerme a riesgo de amarlos solo con haberme puesto en ocasión de veros.

Col. I señor Arlequín siaba tanto en el amor que le tengo como en la amistad que le tengo. No pongáis todo el merito de vuestra parte, que es tan necia presunción perdonar la vida a los hombres como el corazón a las mujeres.

Eris. Ahora advierto que no sois tan peligrosa al que os ve, como al que llega a escuchardos.

Col. Permitid pero antes de la fiesta preparada para esta noche, he de hablar con el señor Arlequín, y...  
Eris. No es preciso. A eso viene,



enviado de su parte y de parte de mi señor que os besa las manos.

Col. ¿Quién es vuestro señor, si puede saberse?

Eris. El más noble caballero, el más poderoso... Permítid que por abora calle su nombre; pronto habéis de conocerle. Mi señor de sea saludar a doña Sirena y asistir a su fiesta esta noche.

Col. ¡La fiesta! ¿No sabeis?

Eris. No sé. Mi deber es averiguarlo todo. Se que hubo inconvenientes que pudieron estorbarla; pero no habrá ninguno, todo está prevenido.

Col. ¿Como sabeis?

Eris. Yo os aseguro que no faltará nada. Suntuoso azafrán, luminarias y fuegos de artificio, músicos y cantores. Será la más lucida fiesta del mundo...

Col. ¿Sois algún encantador por ventura?

Eris. Ya me iréis conociendo. Solo os dire que por algo suyo hoy el destino a gente de tan buen entendimien-

to, incapaz de malograrlo con varios escriúpulos. Mi señor sabe que esta noche asistirá a la fiesta el señor Polichinela, con su hija única, la hermosa Silvia, el mejor partido de esta ciudad. Mi señor ha de enamorala, mi señor ha de casarse con ella y mi señor sabrá pagar como corresponde los buenos oficios de doña Sirena y los vuestros tambien si os prestáis a favorecerle.

Col. No andáis con rodeos. Debería ofenderme vuestro atrevimiento.

Eris. El tiempo apremia y no me dió lugar a ser comedido.

Col. Si ha de juzgarse del amo por el criado...

Eris. No temáis. A mi amo le haréis el más cortés y atento caballero. Mi desvergüenza le permite a él mostrarse vergonzoso. Durás necesidades de la vida pueden obligar al más noble caballero a empleos de rufian, como a la más noble dama a bajos oficios, y esta mezcla de ruindad y nobleza en un mismo sujeto des-

luce con el mundo. **H**abilidad es mostrar separado en dos sujetos lo que suele andar junto en uno solo. **A**si señor y yo, con ser uno mismo, somos cada uno una parte del otro. **S**i así sueña siempre! **T**odos llevamos en nosotros un gran señor de altivos pensamientos, capaz de todo lo grande y de todo lo bello... **T**á su lado, el servidor humilde, el de las ruinas o bras, el que ha de emplearse en las bajas acciones a que obliga la vida... **T**odo el arte está en separarlos de tal modo, que cuando caemos en alguna bajeza podamos decir siempre: **N**o sueña mía, no suí yo, sué mi criado. **E**n la mayor miseria de nuestra vida siempre hay algo en nosotros que quiere sentirse superior a nosotros mismos. **N**os despreciariamos demasiado si no creyésemos valer más que nuestra vida... **T**a sabéis quién es mi señor; el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. **T**a sabéis quién soy yo; el de los ri-

nes empleos, el que siempre, muy bajo, rastrea y tocaba entre toda mentira y toda indignidad y toda miseria. **S**ólo hay algo en mí, que me redime y me eleva á mis propios ojos. **E**sta lealtad de mi servidumbre, esta lealtad que se humilla y se arrastra para que otro pueda volar y pueda ser siempre el señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. **(Se oye música dentro)**

**C**ol. **Q**ue música es esa?  
**E**ris. **S**a que mi señor trae á la fiesta, con todos sus vajes y todos sus criados y toda una corte de poetas y cantores presididos por el señor Arlequin, y toda una legión de soldados con el Capitán, al frente, escoltán dole con autorchas...

**C**ol. **Q**uien es vuestro señor, que tanto puede? corro á prevenir á mi señora...

**E**ris. **N**o es preciso, **E**lla acude.





scena Tercera.  
Dichos y Doña  
Sirena que sale por el  
pabellón

Sir. ¿Qué es esto? ¿Quién  
previno esa música? ¿Qué  
tropel de gente llega a nues-  
tra puerta?

Col. No pregunteis nada. Sa-  
bed que hoy llegó a esta  
ciudad un gran señor, y  
es él quien os ofrece la  
fiesta esta noche. Su cri-  
ado os informará de todo.  
Yo aun no sabré deciros  
si hablé con un gran ho-  
bro o con un gran brisón  
De cualquier modo, os a-  
seguro que él es un hom-  
bre extraordinario...

Sir. ¿Luego no fue Arlequín?

Col. No pregunteis... Todo  
es como cosa de magia...

Oris. Doña Sirena, mi señor  
os pide licencia para be-  
saros las manos. Tan al-  
ta señora y tan noble se-  
ñor no han de entender  
en intrigas impropias de  
su condición. Por eso an-

tes que él llegue a saluda-  
ros yo he de decirlo todo.  
Yo sé de vuestra historia  
mil notables sucesos que  
referidos, me asegurarian  
toda vuestra confianza...  
Pero fuera impertinencia  
puntualizarlos. Mi amo  
os asegura aquí (entregandola  
un papel.) con su firma la ob-  
ligación que ha de cum-  
plirlos si de vuestra parte  
sabeis cumplir lo que a-  
quí os propone.

Sir. ¿Qué papel y qué obliga-  
ción es esta?... (leyendo el pa-  
pel para su amo) Como! Ese mil  
escudos de presente y o-  
tros tantos a la muerte  
del señor Polichinela si  
llega a casarse con su bi-  
ja? ¿Qué insolencia es es-  
ta? A una dama? ¿Sabes  
con quién hablarás? ¿Sa-  
bes que casa es esta?

Oris. Doña Sirena... Escusad la  
indignación. No hay na-  
die presente

que pueda importaros. **G**uardad ese papel junto con otros... y no se hable más del asunto. **M**í señor no os propone nada indecoroso ni vos consentiríais en ello... **C**uanto aquí sucede será obra de la casualidad y del amor. **F**ui yo, el criado, el único que trajo estas cosas indignas. **V**os sois siempre la noble dama, mi amo el noble señor, que al encontrarnos esta noche en la fiesta, hablaréis de mil cosas galantes y delicadas. **M**ientras vuestrros convidados pasean y conversan á vuestro alrededor con admiraciones á la hermosura de las damas, al arte de sus galas, á la esplendidez del agasajo, á la dulzura de la música y á la gracia de los bailarines...

**q**uien se atrevá a decir que no es esto todo? **N**o es así la vida una fiesta en que la música sirve para disimular palabras y las palabras para disimular pensamientos?



ue la música suene incesante, que la conversación se anime con alegres risas, que la cena esté bien servida. **E**s todo lo que importa á los convidados. **V**ed a qui á mí señor que llega á saludaros con toda gentileza.

scena cuarta.  
Dichos, Leandro,  
Arlequín y el Capitán, que salen por la segunda

derecha.

Lean. Doña Sirena, bésos las manos.

Sir Caballero...

Lean. Mi criado os habrá dicho en mi nombre cuan-  
to yo pudiera deciros.

Eris. Mi señor, como persona grave, es de pocas pa-  
labras. Su admiración es muda.

Arl. Pero sabe admirar sa-  
biamente.

Cap. El verdadero mérito.

Arl. El verdadero valor.

Cap. El arte incomparable  
de la poesía.

Arl. La noble ciencia mili-  
tar.

Cap. En todo muestra su  
grandeza.

Arl. Es el más noble caba-  
llero del mundo.

Cap. Mi espada estará siem-  
pre a su servicio.

Arl. De de consagrar a su glo-  
ria mi mejor poema.

Eris. Basta, basta, que ofende-  
reis su natural modestia.

Vedle cómo quisiera ocul-  
tarse y desaparecer. Es  
una violeta.

Sir. No necesita hablar quien  
de este modo hace hablar  
a todos en su alabanza.

(Después de un saludo y reveren-  
cia se van todos por la primera  
derecha. A columbina.) Que  
piensas de todo esto Co-  
lombina?

Col. Que el caballero tiene  
muy gentil figura y el cri-  
ado muy gentil desverguen-  
za.

Sir. Todo puede aprovechar-  
se. Yo no sé nada del  
mundo ni de los hombres ó  
la fortuna se entro hoy por  
mis puertas.

Col. Pues segura es entonces  
la fortuna; porque del  
mundo sabeis algo y de  
los hombres, ¡no se diga!

Sir. Risela y Laura que son las



primeras en llegar...

Col. Cuando fueron ell@s las  
últimas en llegar á una  
fiesta? Os dejo en su com-  
pañía, que yo no quiero  
perder de vista á nuestro  
caballero... (Vase por la prime-  
ra derecha.)

ra derecha.)

**B**scena quinta.  
Doña Sirena, Laura y Risela, que salen por

la segunda derecha

Sir. ¡Amigas! Ta comenzaba á dolerme de vuestra ausencia.

Laura. Pues es tan tarde?

Sir. Siempre lo es para vos.

Ris. Otras dos fiestas dejamos por no faltar á vuestra casa.

Laura. Por más que alguien nos dijo que no sería esta noche por hallaros algo indisposta.

Sir. Solo por dejar mal á los maldicentes, aun muriendo, la hubiera tenido.

Ris. ¡Nosotras nos hubiéramos muerto y no hubiéramos dejado de asistir á ella.

Laura. ¿No sabeis la novedad?

Ris. No se habla de otra cosa.

Laura. Dicen que ha llegado un personaje misterioso. Unos dicen que es embajador secreto de Venecia ó de

Francia.

Ris. Otros dicen que viene á buscar esposa para el Gran Turco.

Laura. Aseguran que es lindo como un Adonis.

Ris. Si nos fuera posible conocerle... Debiosteis invitarle á vuestra fiesta.

Sir. No fué preciso, amigas, que el mismo envio un embajador á pedir licencia para ser recibido. En mi casa está y le vereis muy pronto.

Laura. Que decís? Ved si anduvimos acertadas en dejarlo todo por asistir á vuestra casa.

Ris. ¡Cuantas nos envidiarán esta noche!

Laura. Todos rabian por conocerle.

Sir. Pues yo nada hice por lograrlo. Bastó que el supiera que yo tenía fiesta en mi casa.

Ris. Siempre fué lo mismo con vos. No llega perso-



na importante á la Ciudad,  
que luego no os ofrezca  
sus respetos.

Laura. ¡Ja se me tarda en ver! Sra. Pol. Si por él fuera me presentaría de cualquier modo... Ved cómo vengo de sofocada por apresurarme.

Llevadnos á su presencia  
por vuestra vida.

Ris. Sí, sí, llevadnos.

Sir. Permitid, que llega el señor Polichinela con su familia... Pero id sin mí; no os será difícil hablarle.

Ris. Sí, sí; vamos, Laura.

Laura. Vamos, Risela. Antes de que aumente la confusión y no nos sea posible acercarnos. (Vase por la primera derecha.)

### Escena sexta.

Señora Sirena, Polichinela, la Señora de Polichinela y Silvía,

que salen por la segunda derecha

Sir. Oh! Señor Polichinela. ¡Ja temía que no vendrías! Hasta ahora no comenzó para mí la fiesta. No fue culpa mía la tardanza. Fue de mi mujer,

que entre cuarenta vestidos no supo nunca cuál ponerse.

Si por él fuera me presentaría de cualquier modo... Ved cómo vengo de sofocada por apresurarme.

Sir. Venís hermosa como nunca.

Pol. Pues aún no trae la mitad de sus joyas. No podrás con tanto peso.

Sir. ¡Quién mejor puede扇arse con que su esposo oferte el fruto de una riqueza adquirida con vuestro trabajo?

Sra. Pol. Pero, ¡no es hora ya de disfrutar de ella, como yo le digo, y de tener más nobles aspiraciones? Figúratos que ahora quiere casar a mi hija con un negociante

Sir. Oh, señor Polichinela! Vuestra hija merece mucho más que un negociante. No hay que pensar en eso. No debeis sacrificar su corazón por ningún interés. ¡Qué dices tú, Silvía?

Pol. Ella preferirá algún barbudo; que muy á pesar

mio, es muy dada á no  
velas y poesía.

Sil. Yo haré siempre lo que  
mi padre ordene; si á  
mi madre no le contra-  
ria y á mi no me dissus-  
ta.

Sir. **E**so es hablar con  
inicio.

Sra. Pol. Tu padre piensa que  
sólo el dinero vale y se  
estima en el mundo.

Pol. Yo pienso que sin di-  
nero no hay cosa que  
valga ni se estime en el  
mundo, que es el precio  
de todo.

Sir. ¡No habléis así! **I** las  
virtudes y el saber y  
la nobleza?

Pol. Todo tiene su precio.  
¿Quién lo duda? **N**adie mejor que yo lo sa-  
be que compré mucho  
de todo eso y no muy  
caro.

Sir. **O**h, señor Polichinela!  
**E**s humorada vue-  
stra. Bien sabéis  
que el dinero no  
es todo y que si vues-

tra hija se enamora de  
algún noble caballe-  
ro, no sería bien con-  
trariarla. Yo sé que  
tenéis un sensible co-  
razón de padre.

Pol. **E**so sí. Por mi hija se-  
ría yo capaz de todo.

Sir. Hasta de arruinaros?

Pol. **E**so no sería una prue-  
ba de cariño. Antes se-  
ría capaz de robar de  
asesinar... de todo.

Sir. **J**a sé que siempre sa-  
briais rebacer vuestra  
fortuna. Pero la fiesta  
se anima. Ven con mi-  
go, **Silvia**. Para danzar  
téngote destinado un  
caballero, que habéis  
de ser la más lucida  
pareja... (Se dirigen todos  
á la primera derecha. Al ir  
a salir el señor Polichinela,  
Erispín que entra por la se-  
gunda derecha, le detiene.)



**E**scena septima  
Erispín y Polichinela

Eris. ¡Señor Polichinela! Con  
licencia.

Pol. ¿Quién me llama? ¿Qué  
me queréis?

Eris. ¡No recordáis de mí? No  
es extraño. El tiempo to-  
do lo borra y cuando es  
algo enojoso lo borrado,  
no deja ni siquiera el borrón  
como recuerdo, sino que  
se apresura a pintar sobre  
el con alegres colores, e  
sos alegres colores con que  
ocultáis al mundo vuestras  
sorpresas. Señor Polichinela,  
cuando yo os conocí, ape-  
nas las cubrían unos des-  
coloridos andrajos.

Pol. ¡Quién eres tú y dónde  
pudiste conocerme?

Eris. Yo era un mozuelo, tú e-  
ras ya todo un hombre.  
Ero, has olvi-  
dado ya tan-  
tas gloriosas  
hazañas por  
esos mares, tan

tas victorias ganadas al  
turco, a que no poco con-  
tribuimos con nuestro he-  
roico esfuerzo, unidos los  
dos al mismo noble remo  
en la misma gloriosa nave!

Pol. ¡Imprudente! ¡Ca-  
lla o....!

Eris. O harás conmigo como  
con tu primer amo en  
Nápoles y con tu prime-  
ra mujer en Bolonia y  
con aquel mercader ju-  
dío en Venecia...

Pol. ¡Calla! ¿Quién eres tú  
que tanto sabes y tanto  
hablas?

Eris. Soy... lo que fuiste. Tú  
quién llegará a ser lo  
que eres... como tú lle-  
gaste. No con tanta vi-  
olencia como tú, por-  
que los tiempos son o-  
tros y ya sólo asesinan  
los locos y los enamo-  
rados y cuatro pobres  
que aun asaltan a  
mano armada al transe-  
unte por calles obscuras

122  
ó caminos solitarios  
¡Carne de horca despreciable!

Pol. ¿Qué quieres de mí?  
Dinero, no es eso? Ta-  
nos veremos más despa-  
cio. No es este el lugar...

Eris. No tiembles por tu di-  
nero. Solo deseo ser  
tu amigo, tu aliado, como  
en aquellos tiempos...

Pol. ¿Qué puedo hacer por  
ti?

Eris. No, ahora soy yo quien  
va a servirte, quien quie-  
re obligarte con una ad-  
vertencia... (Haciéndole que  
mire a la primera derecha) Ves  
allí a tu hija como dan-  
za con un joven caballe-  
ro y como sonrie rubo-  
rosa al oír sus galante-  
rias? Ese caballero es  
mí amo.

Pol. ¿Tu amo? Será enton-  
ces un aventurero, un  
hombre de fortuna, un  
bandido como...

Eris. Como nosotros... vas a  
decir? No, es más peligro-  
so que nosotros; porque,  
como ves, su figura es be-  
lla, y hay en su mirada  
un misterio de encanto

y en su voz una dulzura  
que llega al corazón y le  
comuove como si con-  
tara una historia triste.  
¿No es esto bastante para  
enamorar a cualquier mu-  
jer? No dirás que no te he  
advertido. Corre y sepa-  
ra a tu hija de ese hombre  
y no la permitas que baile  
con él ni que vuelva a  
escucharle en su vida.

Pol. ¿Dices que es tu amo  
y así le sirves?

Eris. ¿Lo extrañas? ¿Te olvi-  
das ya de cuando fuiste  
criado? Yo aun no pien-  
so asesinarle.

Pol. Dices bien; un amo es siem-  
pre odioso. ¿En servirme  
a mí, qué interés es el tuyo?

Eris. (legar a buen puer-  
to, como llegamos  
tantas veces reman-  
do juntos. Entonces tú me  
decías alguna vez: tú que  
eres fuerte rema por mí...  
En esta galera de ahora  
eres tú más fuerte que  
yo; rema por mí, por el fiel  
amigo de entonces, que la  
vida es muy pesada gale-  
ra, y yo llevo remado mu-  
cho. (Vase por la segunda derecha)

scena octava.  
**El Señor Polichinela, Doña Sirena, la Señora Polichinela, Risela y Laura**, que salen por la primera derecha.

**Laura** Solo doña Sirena sabe ofrecer fiestas semejantes  
**Ris.** ¡Tal la de esta noche excedió a todas.

**Sir.** La presencia de tan singular caballero fué un nuevo atractivo.

**Pol.** ¡Silvia! ¿Dónde quedó Silvia? ¿Cómo deseaste a nuestra hija?

**Sir** Callad, señor Polichinela, que vuestra hija se halla en excelente compañía, y en mi casa siempre estará segura.

**Ris.** No hubo atenciones más que para ella.

**Laura.** Para ella es todo el agrado.

**Ris.** ¡Todos los suspiros

**Pol.** ¿De quién? ¿De ese caballero misterioso?

Pues no me contenta. ¡Ahora mismo...

**Sir.** Pero señor Polichinela!  
**Pol.** ¡Dejadme, dejadme! ¡Sé lo que me hago. (Vase por la primera derecha.)

**Sir.** ¿Que le ocurre? ¿Que desplazamiento es ésta?  
**Sir.** Veis qué hombre? ¡Ea paz será de una grosería con el caballero! ¡Que ha de casar a su hija con algún mercader u hombre de baja estofa! ¡Que ha de hacerla desgraciada para toda la vida!

**Sir.** ¡Eso no! ¡Que sois su madre, y algo ha de valer nuestra autoridad.

**Sir.** ¡Ved! Sin duda dijo alguna impertinencia, y el caballero ya deja la mano de Silvia y se retira cabizbajo.

**Laura.** ¡El señor Polichinela parece reprender a vuestra hija...

**Sir.** ¡Vamos, vamos! Que no puede consentirse tan-



ta tiranía.

Ric. Ahora venmos, señora Polichinela, que con todas vuestras riquezas no sois menos desgraciada.

Sra Bl. No lo sabéis, que algunas veces llegó hasta golpearme.

Laura. ¿Qué decís? ¿Fuisteis mujer para consentirlo?

Sra Bl. Queso cree componerlo con traerme algún regalo.

Sir. Menos mal! Que hay maridos que no lo componen con maza.

(Vasen todas por la primera derecha)

scena novena  
Leandro y  
Erisipin, que  
salen por la se-  
gunda derecha.

tras esperanzas llevan  
mejor camino.

Lean. ¿Qué puedo esperar?  
Quisiste que fingiera  
un amor y mal sabré  
fingirlo.

Eris. Por qué?

Lean. Por que amo, amo con  
toda veracidad y con to-  
da mi alma.

Eris. A Silvia? Y de eso te  
lamentas?

Lean. Nunca pensé que pudie-  
ra amarle de este modo!  
Nunca pensé que yo pu-  
diera amar! En mi vida  
errante por todos los ca-  
minos, no fui siquiera el  
que siempre pasa, sino el  
que siempre huye; ene-  
miga la tierra, enemigos  
los hombres, enemiga la  
luz del sol. La fruta del  
camino, hurtada, no ofre-  
cida, dejó acaso en mis la-  
bios algún sabor de amo-  
res, y alguna vez, despu-  
és de muchos días azaro-  
sos, en el descanso de u-  
na noche, la serenidad

Eris. ¡Qué tristeza, qué abati-  
miento es ese? ¡Con ma-  
yor alegría pienso hallarte!  
Lean. Hasta ahora no me vi  
perdido, hasta ahora no  
me importó menos perder  
me. Hullamos, Erisipin,  
hullamos de esta ciudad  
antes de que nadie pue-  
da descubrirnos y ven-  
gan a saber lo que so-  
mos.

Eris. Si hulleramos, es cuan-  
do todos lo sabrian y  
cuando muchos corre-  
rian hasta detenernos  
y hacernos volver a  
nuestro pesar, que no  
parece bien asentarnos  
con tanta descorte-  
sia, sin despectirnos de  
gente tan atenta.

Lean. No te burles, Erisipin,  
que estoy desesperado.

Eris. ¡Así eres! Cuando nues-



del cielo me hizo soñar  
con algo que fuera en mi  
vida como aquel cielo de  
la noche que trajo a mi al-  
ma el reposo de su serenidad.  
Así estan noche  
en el encanto  
de la fiesta...  
me pareció  
que era un  
descanso en mi vida... y  
soñaba... **H**e soñado! Pero  
mañana será otra vez la  
bujida azarosa, será la jus-  
ticia que nos persigue...  
y no quiero que me halle  
aquí, donde está ella donde  
ella puede avergonzarse  
de haberme visto.

**Eris.** **J**o creí ver que eras a-  
cogido con agrado... **J**o no  
sí, yo solo en advertirlo.  
**D**onna Sirena y nuestros  
buenos amigos el Capitán y  
el poeta le hicieron de tí  
los mayores elogios. **A** su  
excelente madre, la señora  
Polichinela, que solo fin-  
ría emparentar con un no-  
ble, le pareciste el vermo de  
sus ilusiones. **O**n cuánto al  
señor Polichinela...

**Lean.** Sospecha de nosotros...  
nos conoce...

**Eris.** Sí; al señor Polichinela no

es fácil engañarle como a  
un hombre vulgar. A un  
zorro viejo como él hay  
que engañarle con lealtad. Por eso me pareció  
el mejor medio prevenir  
le de todo.

**Lean.** **P**ómo?  
**Eris.** Sí; él me conoce de an-  
tiguo... al decirle que tú  
eres mi amo, supuso, con  
razón, que el amo sería  
digno del triado. **J**o por  
correspondir a su confi-  
anza, le advertí que de  
ningún modo consintie-  
ra que hablaras con su  
hija.

**Lean.** **O**só hiciste? **J**qué pue-  
do esperar?

**Eris.** **M**ecto eres! Que el señor  
Polichinela ponga todo  
su empeño en que no vuel-  
vas a ver a su hija.

**Lean.** **N**o lo entiendo!

**Eris.** **Q**ue de este modo sea  
nuestro mejor aliado,  
porque bastará que él se-  
oponga para que su mu-  
jer le lleve la contraria  
y su hija se enamore de tí  
más locamente. **T**ú no sa-  
bes lo que es una joven,  
hija de un padre rico, cria-  
da en el mayor regalo,

cuando ve por primera vez en su vida que algo se opone á su voluntad

**E**stoy seguro de que esta misma noche, antes de terminar la fiesta, consigue burlar la vigilancia de su padre para hablar todavía contigo.

**Lean.** Pero no ves que nada me importa del señor Polichinela, ni del mundo entero? Que es á ella, sólo á ella á quien yo no quiero parecer indigno y despreciable... á quien yo no quiero mentir.

**Erif.** ¡Bah! ¡Deja locuras! No es posible retroceder.

**P**iensa en la suerte que nos espera si vacilamos en seguir adelante. ¿Que te has enamorado? Ese amor verdadero nos servirá mejor que si fuera fingido. Tal vez de otro modo hubieras querido ir demasiado deprisa, y si la osadía y la insolencia convienen para todo, sólo en amor sienta bien a los hombres algo de timidez. La timidez del hombre hace ser más atrevidas á las mujeres. Si lo dudas,

aquí tienes á la inocente Silvia, que llega con el mayor sigilo y sólo espera para acercarse á ti á que yo me retire ó me esconda.

**Lean.** ¿Silvia, dices?

**Erif.** ¡Chito! ¡Que pudiera esbantarse! ¡cuando esté á tu lado, mucha discrecion... pocas palabras, pocas... adora, contempla, admira y deja que habble por ti el encanto de esta noche azul, propicia á los amores, y esa musica que apaga sus sones entre la arboleda y llega como triste de la alegría de la fiesta.

**Lean.** No te burles, Erispín, no te burles de este amor que será mi muerte.

**Erif.** ¿Por qué he de burlarme? **J**o se bien que no conviene siempre rastrear. **A**lguna vez hay que volar por el cielo para mejor dominar la tierra. **V**uela tu ahora; yo sigo arrastrandome. **O**l mundo será nuestro. (Váse por la segunda izquierda.)



וְיַעֲשֵׂה יְהוָה כָּל־אֲשֶׁר־יְבָרֵךְ

scena ultima.

Scandio, Silvia

que salen por la primera dere-

cha. Al final Crispín

Scandio, Silvia

Sil. ¿Vos vos? Perdonad,  
no creí hallaros aquí...

Scandio. Hui de la fiesta. Su ale-  
gria me entristece.

Sil. ¿Tambien á vos?

Scandio. ¿Tambien decís? Tambi-

en os entristece la alegría...

Sil. Mi padre se ha enojado  
conmigo. Nunca me habló  
de ese modo! Y con vos  
tambien estuve desaten-  
to. ¿Le perdonais?

Scandio. Sí; lo perdono todo, todo.  
Pero no le enojeis por mi  
causa. Volved á la fiesta,  
que han de buscaros y si-  
os hallaran aquí a mí lado...

Sil. Teneís razón. Pero volved  
vos tambien. Por qué ha-  
beis de estar triste?

Scandio. No; yo saldré sin que nadie  
lo advierta. Debo ir muy le-  
jos.

Sil. ¿Qué decís? No os traje-

ron asuntos de importan-  
cia á esta ciudad? No de-  
bíais permanecer aquí mu-  
cho tiempo?

Scandio. No, no! Ni un día más! Ni  
un día más!

Sil. Entonces... Me habeis men-  
tido?

Scandio. Mentir! No... no digáis que  
he mentido... No: ésta es la  
única verdad de mi vida...  
Este sueño que no debe  
tener despertar!

(Se oye á lo lejos música de una canción basta  
que cae el telón.)

Sil. Arlequín que canta...  
¿Qué os sucede? Llorais?  
Es la música la que nos ha-  
ce llorar? Por qué no de-  
cirme vuestra tristeza?

Scandio. Mi tristeza? Ya la dice esa  
canción. Escuchadla.

Sil. Desde aquí sólo la música se  
percibe, las palabras se pier-  
den. ¿No la sabéis? Es una can-  
ción al silencio de la noche y  
se llama: El reino de  
las almas. ¿No la sa-  
beis?

Scandio. Decidla...



022  
Sil. **A** la noche amorosa, sobre los amantes  
tiende de su cielo el dozel nupcial.

**A** la noche ha prendido sus claros diamantes  
en el terciopelo de un cielo estival.

**E**l jardín en sombra no tiene colores  
y es en el misterio de su obscuridad,  
susurro el follaje, aroma las flores  
y amor... un deseo dulce de llorar.

**A** la voz que inspira, y la voz que canta,  
y la voz que dice palabras de amor,  
impiedad parecen en la noche santa.  
como una blasfemia entre una oración.

**A** alma del silencio que yo reverencio,  
tene tu silencio la inefable voz  
de los que murieron amando en silencio,

de los que callaron muriendo de amor.

**D**e los que en la vida por amarnos mucho  
tal vez no supieron su amor expresar,

**E**so es la voz acañó que en la noche escuchó  
y cuando amor dice dice eternidad?

**M**adre de mi alma! No es luz de sus ojos  
que como una lágrima de amor infinito  
en la noche tembla?

**D**ile á la que hoy amo que yo no amé nunca  
más que á ti en la tierra,

y desde que has muerto sólo me ha besado  
la luz de esa estrella!

**M**adre de mi alma! Yo no he amado nunca  
más que á ti en la tierra.

y desde que has muerto sólo me ha besado  
la luz de esa estrella.

(que sale por la segunda izquierda) **N**oche, poesía, locuras de amante...

**G**odó ha de servirnos en esta ocasión!

**E**l triunfo es seguro! **V**valor y adelante!

**Q**uién podría vencernos si es maestro el amor.



FIN DEL ACTO  
PRIMERO



scena primera  
Erispin el Capitan, Arlequin.  
Sale por la segunda  
derecha o sea el pasillo.

Eris. Entrad, Caballeros y señatores con toda comodidad  
Diré que os sirvan algo...  
¡hola! ¡Eh! ¡hola!

Cap. De ningún modo. No aceptamos nada.

Arl. Solo venimos a ofrecernos a tu señor, después de lo que hemos sabido

Cap. ¡Increíble traición, que no quedará sin castigar!  
¡Yo te aseguro que si el señor Polichinela se pone al alcance de mi mano!...

Arl. Ventaja de los poetas!  
Yo siempre le tendré al alcance de mis versos...  
¡Oh! la tremenda satira que pienso dedicarle...  
Viejo dañino, viejo malvado!

Cap. ¡Dices que tu amo no tiene siquiera herido?

Eris. Pero pudo ser muerto.  
Figuras! Una docena de espadachines asaltandole de improviso! Gracias a su valor, a su destreza a mis voces...

Arl. ¡Tello sucedio anoche cuando tu señor hablaba con Silvia por la tapia de su jardín?

Eris. A mi señor había tenido aviso... pero ya le conocéis; no es hombre para intimidarse por nada.

Cap. Pero debio advertirnos.  
Arl. Debio advertir al señor Capitán. El le hubiera acompañado gustoso.

Eris. Ya conocéis a mi señor.  
El sólo se basta.

Cap. ¡Dices que por fin conseguiste atrapar por el cuello a uno de los malandrines que confeso que todo estaba preparado por el señor Polichinela para desacerse de tu amo?

Eris. ¡Quién si no el podía tener interés en ello? Su

bija ama á mi señor, él trata de casarla á su gusto, mi señor estorba sus planes, y el señor Polichinela supo toda su vida como suprimir estorbos. **N**o enviudó dos veces en poco tiempo? **N**o heredo en menos á todos sus parientes viejos y jóvenes? **T**odos lo saben, nadie dirá que le calumnio.... **Ah!** la riqueza del señor Polichinela es un insulto á la humanidad y á la justicia. **S**olo entre gente sin honor puede triunfar impune un hombre como el señor Polichinela.

**Arl.** Dices bien. **T**yo en mi sátira he de decir todo eso.... **C**laro que sin nombrarle, porque la poesía no debe permitirse tanta licencia.

**Eris.** ¡Bastante le importará á el vuestra sátira!

**Cap.** Dejadme, dejadme á mi, que como él se ponga al alcance de mi mano...

**P**ero bien sé que él no vendría á buscarme.

**Eris.** Ni mi señor consentiría que se ofendiera al señor

**P**olichinela. **A**pesar de todo, es el padre de **Silvia**. **O** que importa es que todos sepan en la ciudad como mi amo estuvo á punto de ser asesinado, como no puede consentirse que ese viejo zorro contrarie la voluntad y el corazón de su hija.

**Arl.** **N**o puede consentirse, el amor está sobre todo.

**Eris.** **T**u mi amo fuera algún ruín sujeto... pero decidme, **N**o es el señor Polichinela el que debía enorgullecerse de que mi señor se haya dignado enamorarse de su hija y aceptarle por suegro? **M**i señor, que á tantas doncellas de linaje exelso ha despreciado, y por quien mas de cuatro princesas hicieron cuatro mil locuras... **P**ero quien llega?

(mirando hacia la segunda derecha.) **Ah.** **C**olombina! **A**delante, graciosa Colombina, no hayas temor! (Sale Colombina.) **T**odos somos amigos y nuestra mucha amistad te defiende de nuestra unánime admiración.

scena Se-  
gunda.  
Bichos y  
Colombi-  
na que sa-  
le por la se-  
gunda derecha o sea el pasillo.

Col. **D**ona Sirena me envía á  
saber de tu señor. Apenas  
rayaba el día, vino Silvia á  
nuestra casa y refirió á mi  
señora todo lo sucedido...  
**D**ice que no volverá á ca-  
sa de su padre, ni saldrá de  
casa de mi señora más que  
para ser la esposa del señor  
Leandro.

Cris. **¿** Eso dice? **¡** Oh, noble so-  
ven! **¡** Oh, corazón amante!

Arl. **¡** Que epitalamio pienso  
componer á sus bodas!

Col. Silvia cree que Leandro  
está mal herido... Desde  
su balcón oyo ruido de es-  
padas, sus voces en de-  
manda de auxilio. Despi-  
ré cayó sin sentido, y así la  
hallaron al amanecer. De-  
cidme lo que sea del señor  
Leandro, pues muere de

angustia hasta saberlo, y  
mi señora también quedó  
en cuidado.

Cris. **D**ile que mi señor pudo  
salvarse porque amor le  
guardaba, dile que solo de  
amor muere con incurable  
herida... dile... (Viendo ve-  
nir a Leandro) **¡** Ah... Pero  
qui llega el mismo que te  
dirá cuanto yo pudiera  
decirte.

scena Tercera  
Bichos y Lean-  
dro, que sale por la  
primera derecha

Cap. **(Abrazandole)** **¡** Amigo mío!

Arl. **(Idem)** **¡** Amigo y señor!

Col. **¡** Ah, señor Leandro!  
**¡** Que estais salvos! Que  
alegría!

Lean. **¿** Como supisteis?...

Col. **E**n toda la ciudad no se  
habla de otra cosa; por  
las calles se reune la gen-  
te en corrillos, y todos  
murmuran y claman con-  
tra el señor Polichinela.

Lean. **¿** Que decís?

Col. **¡** Si algo volviera á in-



- Arl. tentar contra vos!...  
Col. ¡Si aun quisiera oponerse  
a vuestras amores!...  
Col. Todo sería inútil. Silvia es  
ta en casa de mi señora, y so-  
lo saldrá de allí para ser vue-  
stra esposa....  
Lean. ¿Silvia en vuestra casa? 3  
sí su padre...  
Col. El señor Polichinela hará  
muy bien en ocultarse.  
Cap. ¡Creyo que a tanto podía  
atreverse con su riqueza im-  
solente!  
Arl. Pudo atreverse a todo pero  
no al amor....  
Col. ¡Pretender asesinaros tan vi-  
llamente!  
Eris. ¡Doce espadachines, doce...  
yo los conte!  
Lean. Yo solo pude distinguir a  
tres o cuatro.  
Eris. Mi señor concluirá por decí-  
ros q' no fue tanto el riesgo,  
por no hacer mérito a su seño-  
ridad y a su valor... ¡Pero yo  
la vi! Doce eran, doce, arima-  
dos hasta los dientes, decididos  
a todo. ¡Imposible me pare-  
ce que escapara con vida!  
Corro a tranquilizar a Silvia  
y a mi señora.  
Eris. ¡Cuchacolombina! A Silvia,  
¿ibfuerá mejor no tranquilizarla?  
Col. Dejalo a cargo de mi señora Sil-  
via cree a estas horas que su se-  
ñor está moribundo y aunque
- doña Sirena finge contenerla...  
no tardará en venir aquí sin  
reparar en nada.  
Eris. Mucho suera que tu señora no  
hubiera pensado en todo.  
Cap. Vamos también, puer ya en nada  
podemos aquí levantos. Lo que  
ahora conviene es sostener la  
indignación de las gentes  
contra el señor Polichinela.  
Arl. Apedrearemos su casa... Sevantare-  
mos a toda la ciudad en contra  
suya... Sepa que si hasta hoy nadie  
se atrevió contra él, hoy todo  
juntos nos atrevemos; sépa que  
hay un espíritu y una concien-  
cia en la multitud.  
Col. El mismo tendrá que venir a  
rogaros que toméis a su hija  
por esposa.  
Eris. Si, si; corred, amigos. Vea q'  
la vida de mi señor, no está  
segura... El que una vez  
quiso asesinarle, no se deten-  
dra por nada.  
Cap. No temas... ¡Amigo mío!  
Arl. ¡Amigo y señor!  
Col. ¡Señor Leandro!  
Lean. Gracias a todos, amigos míos,  
amigos leales. (Se van todos, me-  
nos Leandro y Erispin, por la segun-  
da derecha.)

## Escena cuarta

Leandro y Crispín

Lean. ¿Que es esto Crispín?  
 ¿Que pretendes? Has  
 ta donde has de llevar  
 me con tus enredos?  
 ¿Piensas que lo creí? Tú  
 pagaste á los espada-  
 chines; todo fué inven-  
 ción tuya. Mal hubie-  
 ra podido valerme con-  
 tra todos, si ellos no vi-  
 nieran de burla.

Cris. ¡Serás capaz de reñir-  
 me, cuando así antici-  
 po el logro de tus espe-  
 ranzas?

Lean. No, Crispín, no. Bien  
 sabes que no! Amo á  
 Silvia y no lograre su  
 amor con engaño, suce-  
 da lo que suceda.

Cris. Bien sabes lo que  
 ha de sucederte... Si amar es resig-  
 narie á perder lo que se  
 ama por sutilezas de con-  
 ciencia... que Silvia mis-  
 ma no ha de agradecerte!...  
 Lean. Que dices? Si ella supie-

ra quién soy!...

ciiando lo  
 sepa, ya no  
 serás el que  
 fuiste; serás  
 su esposo, su  
 enamorado esposo, todo lo  
 enamorado y lo fiel y lo  
 noble que tú quieras y e-  
 lla pueda deseas... Una vez  
 dueño de su amor... y de su  
 dote, no serás el mas per-  
 fecto caballero? Tú no e-  
 res como el señor Polichí-  
 nela, que con todo su di-  
 nero, que tantos lujos le  
 permite, aun no se ha per-  
 mitido el lujo de ser hon-  
 rado... En él es naturale-  
 za la truhanería; pero en  
 ti, en ti fué sólo necesidad...  
 ¡Aun si no me hubieras  
 tenido á tu lado, ya te hu-  
 bieras dejado morir de  
 hambre de puro escrupu-  
 loso. ¡Ah! Crees que si  
 yo hubiera hallado en ti  
 otro hombre, me hubiera  
 contentado con dedicar-  
 te á enamorar?... No; te



hubiera dedicado á la política, y no el dinero del señor Polichinela, el mundo hubiera sido nuestro.... Pero no eres ambicioso, te contentas con ser feliz.

Lean. Pero no viste que mal podía serlo? Si hubiera mentido para ser amado y ser rico de este modo, hubiera sido porque yo no amaba, y mal podría ser feliz. Si amo, ¿cómo puedo mentir?

Eris. ¿Qué no mientas. Ama, ama con todo tu corazón, inmensamente. Pero defiende tu amor sobre todo. En amor no es mentir callar lo que puede hacernos perder la estimación del ser amado.

Lean. Esas si que son sutilizas, Crispín.

Eris. Que tú debiste hallar antes si tu amor fuera como dices. Amor es todo sutilizas y la mayor de todas no es engañar á los demás sino engañarse á sí mismo.

Lean. Yo no puedo engañarme, Crispín. No soy de

esos hombres que cuando venden su conciencia se creen en el caso de vender también su entendimiento.

Eris.



or eso dije que no serviría para la política. Tú bien dices. Que el entendimiento es la conciencia de la verdad, y el que llega á perderla entre las mentiras de su vida, es como si se perdiera á sí propio, porque ya nunca volverá á encontrarse ni conocerse, y él mismo vendrá á ser otra mentira.

Lean. ¿Donde aprendiste tanto, Crispín?

Eris. Medité algún tiempo en galerías, donde esta conciencia de mi entendimiento me acusó más de torpe que de picaro. Con más picardía y menos torpeza, en vez de remar en ellas, pude haber llegado á mandarlas. Por eso jure no volver en mi vida... Piensa de qué no seré capaz a hora que por tu causa

me veo á punto de quebrantar mi juramento.

Lean. **¿Que dices?**

Cris. Que nuestra situación es ya insostenible, que hemos apurado nuestro crédito, y las gentes ya empiezan a pedir algo efectivo. **El hostelero** que nos albergó con toda esplendidez por muchos días, esperando que recibieras tus libranzas. **El señor Pantalón**, que fiado en el crédito del hostelero, nos proporcionó cuanto fué preciso para instalarnos con sumosidad en esta casa... mercaderes de todo género, que no dudaron en proveernos de todo, deslumbrados por tanta grandeza. **Doña Sirena** misma, que tan buenos oficios nos ha prestado en tus amores... **Todos** han esperado lo razonable, y sería injusto pretender más de ellos, ni quejarse de tan amable gente... ¡Con letras de oro queclará grabado en mi corazón el nombre de esta insigne ciudad, que desde ahora declaro por mi madre adoptiva! **A** más de esto... **Olvidarás** que de otras partes habrán salido y andarán en busca nuestra? **¿Pien-**

**sas** que las bazañas de **Mantua** y de **Florencia** son para olvidadas? **¿Recuerdas** el famoso proceso de **Bolonia**?... ¡tres mil doctos folios sumaba cuando nos ausentamos alarmados de verle crecer tan sin fin! **Que** no habrá aumentado bajo la pluma de aquel gran doctor jurista que lo había tomado por su cuenta? **¿Qué** de considerando y de resultando de que no resultará cosa buena! **¿T** aún dudas? **¿T** aún me reprendes por que di la batalla que puede decidir en un día de nuestra suerte?

Lean. **¡Buyamos!**

Cris. ¡No! ¡Basta de huir á la desesperada! hoy ha de fijarse nuestra fortuna... te di el amor, dame tu la vida! **Lean.** **¿Pero** cómo salvarnos? **¿Que** puedo yo hacer? **Dime.**

Cris. Nada ya. Basta con aceptar lo que los demás han de ofrecernos... **Piensa** que hemos creado muchos intereses y es interés de todos es salvarnos





scena quinta.

Dichos y Doña Sirena, que sale  
por la segunda derecha, o sea el pasillo.

Sir. ¿Dais licencia, señor Leandro?

Lean. Doña Sirena! Vos en  
mi casa?

Sir. Ya veis á lo que me expongo. A tantas lenguas maldicentes. Yo en casa de un caballero, joven, apuesto!...

Eris. Mi señor sabría hacer callar á los maldicentes si alguno se atreviera á poner sospecha en vuestra fama.

Sir. Tu señor? No me sólo. Los hombres son tan taciturnos! Pero en nada reparo por serviros. ¿Qué me decís, señor, qué anoché quisieron daros muerte? No se habla de otra cosa... ¡Silvia! Pobre niña! Cuánto os ama! Quisiera saber que hicisteis para ena-

morarla de ese modo!

Eris. Mi señor sabe que todo lo debe á vuestra amistad.

Sir. No diré yo que no me deba mucho... que siempre hable de él como yo no debía, sin conocerle lo bastante... A mucho me atreví por amor vuestro. Si ahora faltárais á vuestras promesas...

Eris. ¿Dudáis de mi señor? No tenéis cédula firmada de su mano...

Sir. Buena mano y buen nombre! Pensáis que todos no nos conocemos? Yo sé confiar y sé que el señor Leandro cumplirá como debe. Pero si viérais que hoy es un día aciago para mí, y por lograr hoy una mitad de lo que se me ha ofrecido perdería gustosa la otra mitad!

Eris. Hoy decís?

Sir. Día de tribulaciones! Para que nada falte, veinte años hace hoy también

que perdi á mí segundo ma-  
rido, que fué el primero el  
único amor de mí vida.

Eris.  Icho sea en  
elogio del  
primero.

Sir. El primero  
me fué im-  
puesto por  
mí padre. Yo no le amaba,  
y á pesar de ello supe serle  
fiel.

Eris. ¿Qué no sabréis vos do-  
ña Sirena?

Sir. Pero dejemos los recuer-  
dos que todo lo entriste-  
cen. Hablemos de espe-  
ranza. ¿Saben que Sil-  
via quisó venir con mí?

Lean. Aquí á esta casa?

Sir. Que os parece? ¿Qué di-  
ría el señor Polichinela?  
Con toda la ciudad soli-  
viantada contra él, fuerza  
le sería casaros.

Lean. No, no; impediála que ven-  
ga.

Eris. Chis! Comprendereis  
que mí señor no dice lo  
que siente.

Sir. Yo comprendo.... ¿Qué  
no daría el por ver á Sil-  
via á su lado, para no se-  
pararse nunca de ella?

Eris. Que daría? ¡No lo sabeis!

Sir. Por eso lo pregunto.

Eris. ¡Ah! Doña Sirena...

Si mí señor es hoy esposo  
de Silvia, hoy mismo cum-  
plirá lo que os prometió.

Sir. ¿Y si no lo fuera?

Eris. Entonces... lo habréis per-  
dido todo. Ved lo que os  
conviene.

Lean. Calla, Crispín, basta! No  
puedo consentir que mí a-  
mor se trate como merca-  
cia. Salid, doña Sirena,  
decid á Silvia que vuel-  
va á casa de su padre, que  
no venga aquí en modo al-  
guno, que me olvide para  
siempre, que yo he de huir  
donde no vuelva á saber  
de mí nombre... ¡Mí nom-  
bre! Tengo yo nombre acaso?

Eris. ¿No callarás?

Sir. Que le dio? Que locu-  
ra es esta! Volved en vos.  
Renunciar de ese modo  
á tan gran ventura!... ¡J  
no se trata sólo de vos. Pen-  
sad que hay quien todo  
lo fió en vuestra suerte, y  
no puede burlarse así de  
una dama de calidad que  
á tanto se expuso por servi-  
ros. Vos no haréis tal locur-

ra, vos os casareis con **Silvia** o habrá quien sepa pediros cuenta de vuestros engaños, que no estoy tan sola en el mundo como pudisteis creer, señor **Leandro**.

**Eris.** **S**oña Sirena dice muy bien. Pero creed que mi señor sólo habla así, ofendido por vuestra desconfianza.

**Sir.** **N**o es desconfianza en él... **E**s, todo he de decirlo... **E**s que el señor **Pollachinela** no es hombre para dejarse burlar... y ante el clamor que habeis levantado contra él con vuestra estratagemma de noche...

**Eris.** ¿Estratagemma decís?

**Sir.** ¡Ba! Todos nos conocemos. Sabed que uno de los espadachines es parente mio y los otros me son tambien muy allegados... **P**ues, bien; el señor **Pollachinela** no se ha descuidado, y ya se murmurra por la ciudad que ha dado aviso á la justicia de quien sois y como puede perderos; dicese tambien que hoy llego de Bolonia

un proceso...

**Eris.** ¡**T**um endiablado doctor con él! Tres mil novecientos solios...

**Sir.** Todo esto se dice, se asegura. Ved si importa no perder tiempo.

**Eris.** ¡**T**u quién lo malgasta y lo pierde sino vos? Volved á vuestra casa... Decid á **Silvia**...

**Sir.** **S**ilvia está aquí. Vino junto con **Colombina**, como otra doncella de mi acompañamiento. En vuestra antecámara espera. Le dije que estabais muy mal herido...

**Lean.** ¡Oh, **Silvia** mia!

**Sir.** Solo pensó en que podía morir... nada pensó en lo que arriesgaba con venir a veros. **Soy vuestra amiga**?

**Eris.** Sois adorable. **P**ronto. **A**costaos aquí, haceos del caliente y del císmavado. Ved que si es preciso yo sabré que lo estes deveras. (Amenazandole y haciendole sentar en un sillón)

**Lean.** Si, soy vuestro, lo sé, lo veo... Pero **Silvia** no lo será. Si, quiero verla, de

cidle que llegue, que he de  
salvarla a pesar vuestro a pe-  
sar a todos a pesar de ella misma.

**Eris.** Comprenderéis que mi  
señor no siente lo que di-  
ce.

**Sir.** No lo creo tan necio ni  
tan loco. Ven con mígo.

(Se va con Crispín por la segunda  
derecha, o sea el pasillo.)

scena sexta.

**S**eandro y Silvia,

que sale por la segunda derecha.

**L**ean. ¡Silvia! ¡Silvia mia!

**S**il. ¿No estás herido?

**L**ean. No; ya lo ves... Fue un engaño, un engaño más para traerte aquí. Pero no temas, pronto vendrá tu padre, pronto saldrás con él sin que nadie tengas que reprocharme...

**S**il. Solo el haber empañado la serenidad de tu alma con una ilusión de amor, que para ti solo será el recuerdo de un mal sueño.

**S**il. ¿Que dices, Seandro?

¿Tu amor no era verdad?

**L**ean. Mi amor, sí... por eso no ha de engañarte! Sal de aquí pronto, antes de que nadie, fuera de los que aquí te trajeron, pueda saber que viniste.

**S**il. ¿Que temes? ¡No estoy

segura en tu casa? Yo no dudé en venir á ella....

¿Que peligros pueden amenazar me á tu lado?

**S**ean. Ninguno; dices bien. Mi amor te defiende de tu misma inocencia.

**S**il. No he de volver á casa de mi padre, después de su acción horrible.

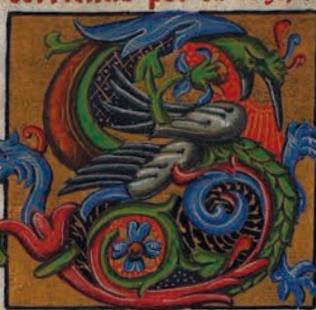
**S**ean. No, Silvia, no culpes á tu padre. No fué el, fué otro engaño más, otra mentira... Huye de mí, olvídate á este miserable aventurero sin nombre, perseguido por la justicia.

**S**il. No, no es cierto! Es que la conducta de mi padre me hizo indigna de vuestro cariño. Eso es. Yo comprendo... ¡Pobre de mí!

**S**ean. ¡Silvia! ¡Silvia mia! Que crueles tus dulces palabras! Que cruel esa noble confianza de tu corazón, ignorante del mal y de la vida!

## Escena septima.

Dichos y Crispín, que sale corriendo por la segunda derecha.



Señor! ¡Señor! ¡Señor Polichinela llega.

Sil.

Sean. ¡Nada importa! Yo os entregaré á el por mi mano.

Eris. Ved que no viene solo, si no con mucha gente y justicia con él...

Sean. ¡Ah! Si te hallan aquí! ¡En mi poder! Sin duda tu les diste aviso... Pero no lograreis vuestro propósito.

Eris. ¡Yo? No por cierto... Que esto va de veras y ya temo que nadie pueda salvarnos.

Sean. ¡A nosotros, no; ni he de intentarlo!... Pero á ella sí... Conviene ocultarte: queda aquí.

Sil. ¡Tú?

Sean. ¡Nada temas. ¡Pronto, que llega! (Esconde á Silvia en la habitación del foro, diciéndola á Crispín.)

Tú verás lo que trae á esa gente. Solo cuídate de que nadie entre allí hasta mi regreso... No

hay otra huída (Se dirige á la ventana.)

Eris. (Deteniéndole.) ¡Señor! ¡Gente! ¡No te mates así!

Sean. No pretendo matarme ni pretendo escapar; pretendo salvarla... (Crepá hacia arriba por la ventana y desaparece.)

Eris. ¡Señor, señor! ¡Menos mal! Creí que intentaba arrojarse al suelo, pero trepó hacia arriba... Esperemos todavía... Nun quiere volar... Es su región, las alturas. Yo á la mía, la tierra... Ahora más que nunca conviene afirmarse en ella. (Se sienta en un sillón con mucha calma.)

scena octava.  
Erisspín, el Señor Polichinela, el Hostelero, el Señor Pantalón el Capitán, Arlequín, el Doctor, el Secretario y dos Alguaciles con enormes protocolos de curia. Todos salen por la segunda derecha ó sea el pasillo.

Pol. (Dentro á gente que se supone fuera)  
¡Guardad bien las puertas, que nadie salga, hombre ni mujer, ni perro ni gato!  
Hos. ¿Dónde están, dónde están esos bandoleros, esos asesinos?  
Pan. ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Mí dinero! ¡Mí dinero!

(Van saliendo todos por el orden que se indica. El Doctor y el Secretario se dirigen á la mesa y se disponen a escribir. Los dos Alguaciles de pie teniendo en las manos los enormes protocolos del proceso.)

Cap. Ero, es posible lo que vemos, Erisspín?  
Arl. Es posible lo que sucede?  
Pan. ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Mí di-

nero! ¡Mí dinero!

Hos. Que los prendan... que se aseguren de ellos  
Pan. No escaparán, no escaparán...  
Erisspín. Pero ¿que es esto? ¿Como se atropella así la mansión de un noble caballero? Agradezcan la ausencia de mi señor.

Pan. ¡Calla, calla, que tú eres su cómplice y has de pagar con él!

Hos. ¿Como cómplice? Tan delincuente como su pretendido señor... que él fue quien me engañó.

Cap. Que significa esto, Erisspín?

Arl. Tiene razón esta gente?

Pol. Que dices ahora, Erisspín? Pensaste que habían de valerte tus enredos conmigo? Conque yo pretendí asesinar á tu señor? Conque yo soy un viejo avaro que sacrifica á su hija? Conque toda la ciudad se levanta contra mí llenándome de insultos? Ahora veremos. Dejadle, señor Polichinela



la, que este es asunto nues-  
tro, que al fin vos no habéis  
perdido nada. Pero yo...  
¡Todo mi caudal! Que lo  
preste sin garantía. Perdido  
me vere para toda mi vida!  
Que será de mí?

Nos. ¡Yo, decidme, que gaste  
lo que no tenía y aun hu-  
be de empeñarme por ser-  
vírle como creí correspon-  
día a su calidad! Esto es  
mi destrucción mi ruina!

Cap. ¡Nosotros también fuí-  
mos ruínidamente engañados!  
¡Que se dirá de mí que pier-  
se mi espada y mi valor al  
servicio de un aventurero!

Arl. ¡T de mí! ¡Que le dedí  
qué soneto tras soneto  
como al más noble señor!

Pol. ¡Ja, ja, ja!

Pan. ¡Sí, reíd, reíd!... Como  
nada perdisteis...

Nos. ¡Como nada os ro-  
baron...

Pan. ¡Pronto, pronto!  
¡Dónde está el otro pica-  
ro?

Nos. Registradlo todo hasta  
dar con él.

Eris. Poco a poco. Sí daís ni  
un solo paso... (Amenazando  
con la espada.)

Pan. ¡Amenazas todavía? ¡T  
esto ha de sufrirse? ¡Ju-  
sticia, justicia!

Nos. ¡Eso es, justicia!

Doc.   
enores si  
no me aten-  
déis, nada  
consegui-  
mos. Nadie  
puede to-  
marle justicia por su mano,  
que la justicia no es atro-  
pello ni venganza, y *sum-  
mum jus, summa iniuria*.

La justicia es todo sabiduría,  
y la sabiduría es todo  
orden, y el orden es todo  
razón, y la razón es todo  
procedimiento, y el proce-  
dimiento es todo lógica.

*Barbara Celare, Darío, Fe-  
rioque, Baralípto*, depositad  
en mí vuestros agravios y  
querellas, que todo ha de  
unirse a este proceso que  
conmigo traigo.

Eris. ¡Horror! ¡Aún ha crecido!

Doc. Constan aquí otros mu-  
chos delitos de estos hom-  
bres, y a ellos han de su-  
marse estos de que aho-  
ra les acusais. ¡Yo seré  
parte en todos ellos; sólo  
así obtendréis la debida

satisfaccion y justicia. **E**scribid, señor secretario, y vayan deponiendo los querellantes.

**Pan.** Dejadnos de embrollos, qué bien conocemos vuestra justicia.

**Hof.** No se escriba nada, que todo será poner lo blanco negro... **T**o queclarímos nosotros sin nuestro dinero y ellos sin castigar.

**Pan.** Eso, eso... **M**i dinero, mi dinero! **T**o despues justicia!

**Doc.** Gente indocta, gente ignorante, gente incivil!

  
Qué idea tenéis de la justicia? **N**o basta que os digais perjudicados, si no pareciere bien claramente que hubo intención de causaros perjuicio, esto es, fraude ó dolo, que no es lo mismo... aunque la vulgar acepcion los consumida. **P**ero sabed... que en el un caso...

**Pan.** ¡Basta! ¡Basta! Que acabareis por decir que fuimos nosotros los culpables.

**Doc.** ¡T como pudiera ser si os obistinais en negar la verdad de los hechos!...

**Eris.** Esta es buena! Qué fuí-

mos robados. **Q**uiere más verdad ni más claro delito?

**Doc.**

**S**abed que robo no es lo mismo que hurtio, y mucho menos que fraude ó dolo, como dije primero. Desde las doce tablas hasta **J**ustiniano, **G**ibboniano, **E**miiano y **G**rigeriano...

**Pan.** Todo sié queclarímos sin nuestro dinero... **T**o de ahí no habrá quien nos saque.

**Pol.** El señor Doctor habla muy en razón. **C**onsíad en él y que todo consiste en proceso.

**Doc.** **E**scribid, escribid luego, señor **S**ecretario.

**Eris.** Quieren oírme?

**Pan.** No, no! **C**alle el picaro... calle el desvergonzado.

**Hof.** **T**a hablaréis donde os pellará.

**Doc.** **T**a hablará cuando le corresponda, que a todos ha de oírse en justicia... **E**scribid, escribid.

**E**n la ciudad de... **A**lantoc... **N**o sería malo proceder primeramente al inventario de cuanto hay en la casa.

**Eris.** No dará tregua a la pluma.

Doc. **T** proceder al deposito  
de fianza por parte de los  
querellantes, porque no  
pueda haber sospecha en  
su buena fe. Bastara con  
dos mil escudos de pre-  
sente y caucion de todos  
sus bienes...

Pan. **Q**ué decís? **M**osotros  
dos mil escudos!

Doc.  **D**icho debieran  
ser; pero basta  
que seais perso-  
nas de algún  
credito para que todo se  
tenga en cuenta, que  
nunca sui desconsidera-  
do...

Hos. **A**lto, y no se escriba más  
que no hemos de pasar  
por eso!

Doc. **C**omo? **A**si se atrope-  
lla a la justicia? **A**brase  
proceso separado por vio-  
lencia y mano airada con-  
tra un ministro de justicia  
en funciones de su minis-  
terio.

Pan. **E**ste hombre ha de per-  
dermos!

Hos. **E**sta loco!

Doc. **H**ombre, y loco decís?  
Hablen con respeto. **E**scribid, escribid, que hu-  
bo tambien ofensas de  
palabra...

Eris. **B**ien os esta por no es-

cucharme.

Pan. **H**abla, habla, que todo  
será mejor según vemos.

Eris. **P**ues atajen a ese hombre  
que levantará un monte  
con sus papelotes.

Pan. **B**asta, basta ya décimos!

Hos. **D**eje la pluma...

Doc. **N**adie sea osado a poner  
mano en nadia.

Eris. **S**enior Capitán, sirvanos  
vuestra espada, que es

tambien atributo de justi-  
cia.

Cap. **(V**a a la mesa y da un fuerte golpe con  
la espada en los papeles que está es-  
cribiendo el Doctor) **H**aganos la  
merced de no escribir  
más.

Doc. **V**ed lo que es pedir las  
cosas en razón. **S**uspen-  
ded las actuaciones, que  
hay cuestión previa a di-  
lucidar... **H**ablen las par-  
tes entre sí... **B**ueno fue-  
ra, no obstante proceder  
en el interin al inventario...

Pan. **N**o, no!

**E**s formalidad que no pue-  
de evitarse.

Eris. **J**a escribireis cuanto sea  
preciso. **D**ejadme ahora  
hablar aparte con estos  
honrados señores.

Doc. **S**i os conviene sacar testi-  
monio de cuanto aquí  
les digais...

Eris. Por ningún modo. No se escriba una letra ó no hablaré nunca.

Cap. Deje hablar al mozo.

Eris. ¿Qué he de deciros? ¿De qué os quejais? ¿De haber perdido vuestro dinero? ¿Qué pretendéis? ¿Recomendarlo?

Pan. ¡Eso, eso! ¡Mi dinero!

Hos. ¡Nuestro dinero!

Eris. Pues escuchadme aquí... ¿De dónde habéis de cobrarlo si así quitaís crédito á mi señor y así hacéis imposible su boda con la hija del señor Polichinela?... ¡Voto á... que siempre pedí tratar con pícaros mejor que con necios! Ved lo que hicisteis y como se compondrá ahora con la justicia de por medio. ¿Qué lograreis ahora si dan con nosotros en galeras ó en sitio peor? ¡Será buena moneda para cobrarlos las tiradas de nuestro pellejo! ¿Seréis más ricos, más nobles, ó más grandes, cuando nosotros estemos perdidos? En cambio, si no nos hubierais estorбado á tan mal tiempo, hoy, hoy mismo, tendríais vuestro dinero con todos sus intereses... que ellos solos bastarian á lleváros á la horta, si la justicia no estuviera en

esas manos y en esas plumas... Ahora, haced lo que os plazca, que yo os dije lo que os convenía.

Pan. Quedaron suspensos...

Cap. Yo aun no puedo creer que ellos sean tales bellacos.

Pol. Este Crispin... Capaz será de convencerlos...

Pan. (Al hostero) ¿Qué decís á esto?

Bien mirado...

Hos. ¿Qué decís vos?

Pan. Dices que hoy mismo se hubiera casado tu amo con la hija del señor Polichinela. ¡Si él no da su consentimiento...

Eris. De naqá ha de servirle. Que su hija huyó con mi señor... y lo sabrá todo el mundo. ¡A él más que á nadie importa que nadie sepa como su hija se perdió por un hombre sin condición, perseguido por la justicia.

Pan. Si así fuera... ¿Qué decís vos?

Hos. No nos ablandemos. Ved que el bellacón es maestro en embustes.

Pan. Decís bien. No se cómo puede creerlo. ¡Justicia! ¡Justicia!

Eris. ¡Ved que lo perdeis todo!

Pan. Veamos todavía... Señor Polichinela; dlos palabras.

Pol. ¿Qué me queréis?

Pan. Suponed que nosotros no hubieramos tenido razón para que jarnos. Suponed que el señor

Leandro fuera, en efecto, el más noble caballero... incapaz de una baja acción.

Pol. ¿Qué decís?

Pan. Suponed que vuestra hija le amara con locura, hasta el punto de haber huído con él de vuestra casa.

Pol. ¿Qué mi hija huyó de mi casa y con ese hombre? ¿Quién lo dijo? ¿Quién fue el desvergonzado?

Pan. No os alteréis. Todo es suposición.

Pol. Pues aun así no he de tolerarlo.

Pan. Escuchad con paciencia. Suponed que todo eso hubiera sucedido. ¿No os sería forzoso casarla?

Pol. Casarla? ¡Antes la mataría! Pero es locura pensar lo. ¡bien veo que eso quisierais para cobrarlos a costa mía, que sois otros tales bribones! Pues no será, no será...

Pan. Ved lo que decís, y no se habla aquí de bribones cuando estais presente.

Nos. ¡Eso, eso!...

Pol. Bribones, bribones, combinados para robarme. Pero no será, no será.

Doc. No hayáis cuidado, señor Polichinela, que aunque ellos renunciaran a perseguirle. ¡No es nada este proceso!

6. ¿Creeís que puede borrarse nada de lo que en él consta, que son cincuenta y dos delitos probados y otros tantos que no necesitan probarse?

Pan. ¿Qué decís ahora Crispín?

Eris. Que todos esos delitos, si fueran tantos, son como estos otros... Dinero perdido que nunca se pagará si nunca le tenemos.

Doc. ¡Eso no! Que yo he de cobrar lo que me corresponda de cualquier modo que sea.

Eris. Pues será de los que se quejaron, que nosotros hartoaremos en pagar con nuestras personas.

Doc. Los derechos de justicia son sagrados, y lo primero será embarazar para ellos cuanto hay en esta casa.

Pan. ¿Cómo es eso? Esto será para cobrarnos en algo.

Nos. Claro es; y de otro modo...

Doc. Escribid, escribid que si hablan todos nunca nos entenderemos.

Nos. ¡No, no!

Eris. Oídme aquí, señor Doctor.

6. ¡Si os pagara de una vez y sin escribir tanto, vuestras... cómo los llamais? ¿Estipendios?

Nos. Derechos de justicia.

Eris. Como quieran. ¿Qué os parece?

Doc. En ese caso...

Eris. Pues veo que mi amo puede ser hoy rico, poderoso, si el señor Polichinela consiente en casarle con su hija, pensad que la joven es hija única del señor Polichinela, pensad en que mi señor ha de ser dueño de todo, pensad...

Doc. Puede, puede estudiarse.

Pan. ¿Qué os dijó?

hos. ¿Qué resolveis?

Doc. Dejadme reflexionar. El mozo no es lerdo y se ve que no ignora los procedimientos legales. Porque si consideramos que la ofensa que recibisteis fué puramente pecuniaria y que todo delito que puede ser reparado en la misma forma, lleva en la reparación el más justo castigo, si consideramos que así en la ley bárbara y primitiva del talión se dijo: ojo por ojo, diente por diente, más no diente por ojo ni ojo por diente... Bien puede decirse en este caso, escudo por escudo. Porque al fin, él no os quitó la vida para que podáis exigir la suya en pago. No os ofendió en vuestra persona, honor, ni buena fama, para que podáis exigir otro

tanto. La equidad es la suprema justicia. *Equitas justiciam magna est.* Y desde las Pandectas hasta Triboniano con Emiliiano, Triboniano...

Pan. No digáis más. Si él nos pagara...

hos. Como él nos pagará...

Pol. ¡Qué disparates son estos, y cómo ha de pagar; ni qué tratar ahora!...

Eris. Se trata de que todos estais interesados en salvar á mi señor, en salvarnos, por interés de todos. Vosotros por no perder vuestra carne, el señor Doctor; por no perder toda esa suma de admirable doctrina que suisteis depositando en esa balumba de sabiduría. El señor Capitán, porque todos le vieron amigo á mi amo, y á su valor importa que no se murmure de su amistad con un aventurero; vos, señor Arlequin, porque vuestrlos ditirambos de poeta, perderian todo su mérito al saber que tan mal los empleasteis. Vos, señor Polichinela... antiguo amigo mio, porque vuestra hija es ya ante el cielo y ante los hombres, la esposa del señor

Seandro.

Pol. ¡Mientes, mientes! ¡Insolente, desvergonzado!

Erif. Pues procedáse al inventario de cuanto hay en la casa. Escribid, escribid, y sean todos estos señores testigos y empiécese por este aposento.

(Descorre el tapiz de la puerta del fondo y aparecen formando grupo, Silvia, Seandro, doña Sirena Colombina y la señora Polichinela.)

## scena Ultima.

Dichos, **Silvia**, **Seandro**, **Doña Sirena**, **Colombina** y la **Señora Polichinela**, que aparecen en el foro.

**Pan.** ¡Silvia!

**hos.** ¡Juntos!

**Cap.** ¡Los dos!

**Pol.** ¿Conque era cierto? ¡Todos contra mí! ¡Tú mi mujer y mi hija con ellos? ¡Todos consurados para robarme! ¡Prended á ese hombre, á esas mujeres, á ese impostor o yo mismo!...

**Pan.** ¡Estás loco, señor Polichinela?

**Lean.** (Bajando al proscenio en compañía de los demás.)

uestra hija víno aquí creyéndome malherido, acompañada de doña **Sirena**, y yo mismo corrí al punto en busca de vuestra esposa para que también la acompañara. **Sil-**

via sabe quién soy, sabe toda mi vida de miserias, de engaños, de bajezas, y estoy seguro que de nuestro sueño de amor, nada queda en su corazón... **Elevadla de aquí, llevadla; yo os lo pido** antes de entregarme á la justicia.

**Pol.** ¡El castigo de mi hija es cuenta mía; pero á tí... ¡Prendedle dígo!

**Sil.** ¡Padre! Si no le salvais, será mi muerte. Te amo, te amo siempre, ahora más que nunca. Por que su corazón es noble y fue muy desdichado y pudo hacerme suya con mentir, y no ha mentido...

**Pol.** ¡Calla, calla, loca, desvergonzada! Estas son las enseñanzas de tu madre... sus vanidades y fantasías. Estas son las lecturas romancescas, las músicas á la luz de la luna.

**Pol.** Todo es preferible á que

mí hija se case con un hombre como tú, para ser desdichada como su madre.

**M**e qué me sirvió Nunca la riqueza?

**Sir.** Decís bien, señora Polichinela. De qué sirven las riquezas sin amor?

**Col.** De lo mismo que el amor sin riquezas...

**Doc.** Señor Polichinela. Nada os esterá mejor que casarlos.

**Pan.** Ved que esto ha de saberse en la ciudad.

**Hos.** Ved que todo el mundo estará de su parte.

**Cap.** ¡No hemos de consentir que hagáis violencia a vuestra hija.

**Doc.** **L**ha de constar en el proceso, que fui hallada aquí, juntita con él.

**Erl.** En mi señor no hubo más falta que carecer de dinero, pero a él nadie le aventajará en nobleza... y vuestros nietos serán caballeros... si no dan en sañir al abuelo...

**Todos** ¡Casadlos! ¡Casadlos!

**Pan.** ¡Todos caeremos sobre

vos.

**Hos.** ¡Saldrá a relucir vuestra historia...

**Arl.** ¡Nada iréis ganando...

**Sir.** ¡Si lo pide una dama, movida por este amor tan fuera de estos tiempos.

**Col.** Que más parece de novela.

**Todos** ¡Casadlos! ¡Casadlos!

**Pol.** ¡Casense enhorabuena. Pero mí hija quedará sin dote y desheredada... ¡Arruinaré toda mi hacienda antes que ese bergante...

**Doc.** ¡Eso sí que no haréis, señor Polichinela.

**Pan.** ¡Qué disparates son esos!

**Hos.** ¡No lo penseis siquiera!

**Arl.** ¡Que se diría?

**Cap.** ¡No lo consentiremos!

**Sil.** ¡No, padre mío, soy yo la que nada acepto, soy yo la que ha de compartir su suerte. Así le amo.

**Lean.** ¡Solo así puedo aceptar tu amor... (Todos corren hacia Silvia y Leandro)

**Doc.** ¡Qué dicen? ¡Están locos!

**Pan.** ¡Eso no puede ser!

**Hos.** ¡Lo aceptareis todo!

**Arl.** Seréis felices y seréis ricos

**Sra. Bl.** ¡Mi hija en la miseria! ¡Ese hombre es un verdugo!

**Sir.** ¡Ved que el amor es niño

delicado y resiste pocas privaciones.

Doc. No ha de ser! Que el señor Polichinela firmará aquí mismo espléndida donación como corresponde a una persona de su calidad y a un padre amantísimo. Escríbid, escribid, señor Secretario, que a esto no ha de oponerse nadie.

Todos. (Menos Polichinela.) ¡Escríbid, escribid!

Doc. Vosotros jóvenes enamorados... resguardaos con las riquezas que no conviene extremar escriúpulos que nadie agradece.

Pan. (A erispiñ) ¿Seremos pagados?

Eris. ¿Quién lo duda?... Pero habéis de proclamar que el señor Leandro nunca os engaño... Ved cómo se sacrifica por satisfaceros, aceptando esa riqueza que ha de repugnar a sus sentimientos...

Pan. Siempre le creímos un noble caballero.

Hos. Siempre.

Arl. Todos lo creímos.

Cap. Yo sostendremos siempre.

Eris. ¡Ahora, Doctor! Se pro-

ceso. & habrá tierra bastante en la tierra para echarle encima?

Doc. Mi previsión se anticipa a todo. Bastará con puntuar debidamente algún concepto... Ved aquí; donde dice... «**T** resultando que si no declaro... Basta una coma y dice: « resultando que si, no declaro...»



aquí. **T** resultando que no, debe condenarsele...

Fuera la coma, y dice. « Resultando que no debe condenarsele»

Eris. ¡Oh, admirable coma! Maravillosa coma! ¡Genio de la justicia! ¡Oráculo de la ley! ¡Monstruo de la prudencia!...

Doc. Ahora confío en la grandeza de tu señor.

Eris. Descuidad. Nadie mejor que vos sabe cómo el dinero puede cambiar a un hombre.

Sec. Yo fui el que puso y quitó esas comas...

Eris. En espera de algo mejor... Tomad esta cadena. Es de oro.

Sec. ¿De ley?

Eris. Vos lo sabréis que entendéis de leyes...

Pol. Solo impondré una con-

dición. Que este picaro  
deje para siempre de es-  
tar a tu servicio.

**Cris.** No necesitais pedirlo,  
señor Polichinela. **Pen-**  
**sais** que soy tan pobre de  
ambiciones como mi se-  
ñor?

**Lean.** **Q**uieres dejarme, **Cris-**  
**pin?** No será sin tristeza  
de mi parte.

**Cris.** No la tengais, que ya de-  
nada puedo serviros y  
con miso dejais la piel  
del hombre viejo... **Que**  
**os** dije, señor? **Que** entre  
todos habian de salvarnos...

**Creedlo.** Para salir ade-  
lante con todo, mejor que  
crear asertos, es crear in-  
tereses...

**Lean** Te engañas; que sin el a-  
mor de **Silvia**, nunca me  
hubiera salvado.

**Cris.** **T**es poco interés ese a-  
mor? **J**o di siempre su  
parte al ideal y conte-  
con él siempre. **J**ahora  
acabó la farsa.

**Sil.** **(Al público)** **T**en ella vistois co-  
mo en las farsas de la vida,  
que a estos muñecos como  
a los humanos, muevenlos  
cordelillos groseros, que son  
los intereses, las pasioncillas,  
los engaños y todas las misé-  
rias de su condición; tiran u-

nos de sus pies y los llevan  
a tristes andanzas, tiran o-  
tros de sus manos que tra-  
bajan con pena, luchan  
con rabia, hurtan con as-  
tricia, matan con violencia  
**E**ro entre to-  
dos ellos des-  
ciende ave-  
cer del cielo  
al corazón un

hilo sutil como tejido con  
luz de sol y con luz de luna,  
el hilo del amor, que a los  
humanos, como a estos  
muñecos que semejan  
humanos, les hace pare-  
cer divinos y trae a nues-  
tra frente resplandores de  
aurora y pone alas en nues-  
tro corazón y nos dice que  
no todo es farsa en la far-  
sa, que hay algo divino  
en nuestra vida que es  
verdad y es eterno y  
no puede acabar cuan-  
do la farsa acaba.





**C**omenzose tan laudatoria y peregrina la-  
bor en la Villa y Corte de Madrid á los ueinte  
días del mes de agosto de M. CXXVII, y dióse por  
finada á los catorce días del mes de Marzo  
del año de gracia de M. CXXV.  
**Laus Deo.**







**Comunidad  
de Madrid**